MORRIS WEST

La Torre de Babel



Dramatización de un conflicto: el destino de Israel y la trágica lucha que le enfrenta al mundo árabe. Un agente secreto israelí, un jefe del contraespionaje, un general de Damasco, un banquero libanes y una pintora judía son los protagonistas, ficticios o no, que marcan con su línea de acción el dramático devenir de un pueblo y las trágicas oscilaciones de su destino. Jacob Baratz (director del servicio de inteligencia militar de Israel), Selim Fathalla/Adom Ronen (dual judío iraquí y espía de Israel), y por último, al Dr. Bitar (médico sirio colaborador del espía judío) son los protagonistas principales. Los tres con el denominador común de su rigor profesional y absoluta entrega a una causa noble: el bien común del colectivo al que pertenecen. Superpuesta por ellos a todo, incluido lo individual y lo privado. El papel crucial lo tienen los intereses económicos y financieros de muchos que aparentemente no están, ni tan siquiera aparecen implicados en este conflicto entre árabes y judíos.

Lectulandia

Morris West

La torre de Babel

ePub r1.0
diegoan 03.07.2019

Título original: *The tower of Babel*
Morris West, 1968
Traducción: O. L. M. S.

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

Después dijeron: Vamos a edificarnos… una torre con la cúspide en los cielos… Bajó Yaveh a ver… la torre que habían edificado los humanos y dijo Yaveh: He aquí que todos son un mismo pueblo con un mismo lenguaje… Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo… Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yaveh el lenguaje de todo el mundo.

(Génesis, XI, 4-9)

Capítulo Primero

Sha'ar Hagolan… Octubre, 1966. El vigía de puesto en lo alto de la colina, se apoyó en el tronco nudoso de un olivo, probó la radio, desplegó el mapa sobre sus rodillas, enfocó los anteojos de campaña y se puso a examinar lenta y meticulosamente el panorama desde el extremo sur del lago Tiberíades hasta la punta de Sha'ar Hagolan, en la que el río Yarmuk dobla hacia el Sur para unirse al Jordán. Eran las once de la mañana. El cielo estaba claro y el aire fresco y seco después de las primeras y escasas lluvias del otoño.

Examinó la sierra hacia levante. Siguió de Norte a Sur la línea sinuosa que servía de límite entre Siria y la zona desmilitarizada de Israel. Los cerros se alzaban pardos y desiertos desde el lindero hasta el mismo borde de la sierra. No había pastores. Ni ovejas ni cabras. Tampoco podía advertirse la menor señal de vida en la aldea que se apretujaba contra la ladera como un montón de rocas blancas. Observó largo rato las ruinas que había bajo la aldea: los sirios solían apostar un destacamento dispuesto a barrer el valle con fuego de ametralladora. Las ruinas estaban vacías. Y también las trincheras próximas; aquella larga cicatriz laberíntica que rompía el extremo Sur y que los australianos habían construido durante la guerra de 1918. Quedaban dentro del territorio israelí; pero a veces los invasores las utilizaban como punto de apoyo para incursiones nocturnas contra el kibbutz.

Un pequeño grupo de gamos pacía tranquilamente entre la línea superior y la inferior de las trincheras. Observó largo tiempo a los gamos; seres asustadizos que se inquietan al menor ruido o movimiento. Dirigió entonces sus anteojos a las viñas del extremo sur del valle; pero, estas, que se secaban ya al sol de la tarde de otoño, no ofrecían refugio alguno a hombres ni animales.

Al norte de las viñas quedaban las dos zonas de tierra labrada, separadas por una estrecha franja de terreno cubierta de hierbas. No podía cultivarse aquella franja: debido a uno de tantos desatinos de los cartógrafos y elaboradores del armisticio, nunca se la calificó como tierra cultivable; por

tanto cavar en ella o meramente cruzarla, podía significar exponerse al fuego de los tiradores apostados al lado sirio de la frontera. Yigael trabajaba en aquel instante en la primera zona.

Conducía el nuevo tractor, roturando el suelo y levantando una alta nube de polvo gris en el aire quieto. Yigael era su hermano y, a mediodía, reemplazaría al vigía mientras otro hombre se haría cargo del tractor. Más hacia el Norte estaban las plantaciones de plátanos que daban vida y verdor a una franja de tierra que se extendía casi hasta la orilla misma del lago. De noche se convertían también en zona peligrosa: ofrecían abrigo suficiente. Pero de día los cerros de atrás resultaban demasiado desnudos y expuestos aun para las guerrillas más temerarias… Así pues, todo parecía indicar que se trataba de otra jornada tranquila en el valle de Sha’ar Hagolan. Bebió un gran sorbo de agua de la cantimplora. Puso el transmisor en funcionamiento y pasó informe negativo al puesto del ejército situado poco más allá de la zona desmilitarizada.

El tractor atravesaba una y otra vez el campo y el valle retumbaba al hipnótico golpear del motor. La nube de polvo resplandecía al sol como la niebla de la mañana. El último viraje acercó el tractor a la franja de hierba seca. Al girar se inclinó un poco de costado, cayó a una zanja y, por un momento, pareció que iba a volcar. Pero Yigael era un buen tractorista. Aceleró el motor, giró a fondo el volante en dirección contraria y enderezó el vehículo. Pero le hizo cruzar por el centro de la zona de hierba. El vigía tragó saliva y se puso de pie esperando los disparos. No hubo ninguno.

Yigael conducía el tractor a toda velocidad por la estrecha franja hacia la otra zona labrada. Aún no disparaban. Dentro de cinco segundos estaría a salvo.

Y entonces explotó la mina. El depósito de petróleo del tractor se incendió estallando luego. Y Kibbutz: centro agrícola comunal, en Israel.

Yigael voló por el aire como un muñeco desarticulado, con el pelo y la ropa ardiendo…

Tel Aviv

El teniente general Jacob Baratz, director del servicio de inteligencia militar, estaba sentado en su amplio y frío despacho del cuarto piso del edificio central de operaciones. Estudiaba el informe sobre el incidente de Sha’ar Hagolan que le acababa de llegar de Tiberíades. Pidió a su ayudante que

hiciera las anotaciones pertinentes en el mapa. Este dibujó una pequeña cruz roja rodeada de un círculo y después agregó un dato a la lista que tenía en la mano.

Es el cuarto incidente en el sector de Revaya-Sha'ar Hagolan, señor. Sabotaje en un oleoducto, en una estación de bombeo, en tres viviendas y en una bomba de agua. Y ahora esto.

El teniente general precisó en el informe:

—Cuatro incidentes en nueve meses. Quieren provocarnos. Buscan que adoptemos medidas militares en la zona desmilitarizada.

—¿Y qué hacemos ahora, señor?

—¿Nosotros? Nada. —Habla en tono irónico y triste.

—Kaplan ha telefoneado desde Tiberíades y ya ha escrito a la comisión mixta de armisticio de las Naciones Unidas. Mañana acusarán recibo del memorándum y la comisión mixta iniciará una investigación en regla. Dentro de un mes o de seis semanas, la comisión emitirá informe oficial: una mina de características no identificadas, puesta por uno o varios desconocidos en la franja de tierra llamada Green Finger de la zona de Sha'ar Hagolan, hizo explosión bajo un tractor israelí. El tractor estalló. Conclusión: la persona o personas desconocidas son responsables del acto ilegal de poner una mina en zona desmilitarizada y un israelí, lamentablemente muerto, cometió la acción ilegal de penetrar en zona prohibida. Actuación que se aconseja: Ninguna.

—Y nos culparán a nosotros, como siempre.

—Como siempre —le dijo Baratz, secamente—. Pero dentro de la más estricta legalidad —y la comisión de armisticio es un organismo muy legalista — nosotros somos los únicos identificables. Tenemos un muerto en el umbral de nuestra casa.

Hizo una larga pausa y agregó después, en tono más sereno:

—Pero el precio se está elevando excesivamente. Desde agosto del año pasado hasta octubre de este, hemos sido objeto de cuarenta y siete actos de sabotaje. Tenemos también nuevo Gobierno en Jerusalén. Muy pronto, alguno empezará a gritar pidiendo que actuemos. No puedo culparlos… Pero aún no es el momento; todavía no.

—¿Y cuándo será, señor?

Baratz sintió piedad del otro. Era demasiado joven e inquieto. Pero carecía de experiencia en el frío cálculo militar y la maniobra política.

—¿Cuándo? Nosotros no lo decidimos, capitán. Lo decidirá el primer ministro en Jerusalén junto con el gabinete y los jefes del estado mayor. Nosotros solo podemos ofrecerles informaciones, cálculos y opiniones sobre

las probables consecuencias… Y esperar a que Dios nos permita acertar en la mitad de ellas. Pero si me pregunta qué puede forzarnos a tomar represalias, debo decirle que nada de lo que sucede, por ejemplo… aquí…

Puso el huesudo dedo sobre el mapa, señalando la ancha franja de territorio que se extiende desde el extremo sur del Líbano hasta la frontera oriental de Siria. Estaba llena de cruces y círculos que partían de Metula, al Sur, llegando hasta la depresión del Jordán.

—… Ni tampoco aquí, en la planicie de Sharon; ni en el Shefelah; ni en el Mar Muerto, entre Gedi y Arad… Tenemos que considerar el plan general conjunto; siempre el plan general.

—Esta mañana mataron a un hombre, señor. Era un pacífico granjero. ¿Y esto no forma parte del conjunto?

—En los holocaustos perdimos seis millones, capitán. Israel se ha construido sobre sus cenizas. No lo olvide.

Pero le preguntó en tono más amable:

—¿No nos ha llegado nada de Fathalla?

—Nada todavía. Hace diez días que no ha comunicado por radio. Y tampoco le hemos podido localizar.

—Ya lo sé —le dijo Baratz, preocupado—. No estoy tranquilo. Llámeme en cuanto establezca contacto. Eso es todo.

El joven saludó y se fue. Cerró la puerta al salir. Baratz se quedó de pie, con la vista fija en el mapa. La tinta roja de las señales parecía sangre derramada y las enigmáticas señales le contaban toda la historia de la lucha diaria por la supervivencia.

El mapa le resultaba tan conocido como la propia piel y reaccionaba instantáneamente ante cada uno de los pliegues de su superficie. A veces, en sueños, le parecía realmente una piel, una piel humana viviente, tensa y dispuesta sobre angosto territorio entre Egipto, Jordania, Siria, el Líbano y el mar, que era su vida. Y la piel reventaba de súbito en hinchazones y pústulas y de ella salían legiones y legiones de hormigas soldados marchando en filas apretadas hasta que desaparecía la piel al comérsela, dejando al descubierto la tierra desnuda. Y cuando las hormigas se marchaban, el suelo quedaba cubierto de huesos sobre los que discurría el antiguo lamento del profeta.

> «El poder del Señor se apoderó de mí y el Espíritu del Señor me arrebató y me dejó en medio de la llanura cubierta de huesos. Me llevó por toda su extensión en la que yacían amontonados, calcinados y resecos. Hijo del hombre —dijo— la vida puede volver a estos huesos…».

Entonces, en el sueño, había un momento de silencio mientras esperaba que se cumpliera la promesa de resurrección que seguía al lamento. Pero la promesa no se realizaba nunca y despertaba sudando y aterrorizado, sabiendo que si las hormigas se apoderaban de la tierra jamás habría resurrección y la Casa de Israel desaparecería para siempre.

Sonó el teléfono, agudo, estridente. Se fue al escritorio y atendió, tajante:

—Habla Baratz.

—Jacob, soy Franz Lieberman. Acabo de ver a Hannah.

Sintió como una mano fría en el corazón. Empezó a temblar. Cogió un lápiz y lo apretó con fuerza, para dominarse.

—¿Cómo está? ¿Qué impresión te ha causado, Franz?

—Me parece que deberías dejarla un tiempo con nosotros, Jacob.

—¿Cuánto?

—Un mes. Quizá dos o tres. Ahora tiene para largo. Debemos seguirla en su viaje y tratar de que vuelva atrás, con nosotros, cuando pueda.

—¿No podéis hacer nada?

—Oh, sí. Hay algunos tratamientos, por supuesto. Pero nada podemos garantizar. Ya lo sabes.

—Sí. Cuidaba mucho, Franz.

—Como si fuera mi mujer —le dijo Franz Lieberman.

—¿Cuándo podré verla?

—Te llamaré; confía en mí, Jacob.

—Ya lo hago. ¿Quién está contigo?

Dejó el auricular y se quedó sentado, largo rato, con la vista clavada en las palmas de sus manos, como si fuera un mago que pudiera leer en ellas el futuro de su esposa y el suyo propio y el de todos aquellos por los que se mantenía firme, como vigía secreto de un mundo en la penumbra. Pero la quiromancia es un arte mágico y él no creía en la magia, como no creía en el Dios de sus Padres; ese Dios que podía permanecer inmóvil en su cielo mientras seis millones de sus elegidos perecían en monstruosa hecatombe. Y esa era la ironía de su situación pues precisamente en él, a quien se había confiado la continuidad de Israel, se había roto aquella continuidad. Las manos que ante sí tenía, sobre la mesa, no eran las ungidas de un sacerdote. En aquellas palmas correosas no había escrita profecía alguna. No solicitaban bendición alguna de un cielo silencioso. Eran manos de artesano, aptas para trabajar la madera o el metal. Manos de soldado, capaces de desmontar un cañón y volverlo a montar con más rapidez que la mayoría. Manos de amante, manos que habían llevado una vez a Hannah hasta el triunfo del éxtasis, pero

que ahora no sabían sacarla de su dolorosa regresión hacia el pasado. Encerrado en la desierta habitación, con su mapa y sus secretos, estuvo a punto por un momento de dejarse arrastrar por una ola de desesperación. Pero la disciplina de toda una vida le fue liberando lentamente, la ola retrocedió y volvió a pensar con claridad.

Su principal preocupación se llamaba Fathalla: Selim Fathalla, cuyo nombre significaba Don de Dios en árabe, que poseía un negocio de importación-exportación en Damasco y amigo de gente muy bien situada en Siria y que arriesgaba diariamente la vida: su verdadero nombre era Adom Ronen y era agente judío. Cada semana, de un modo u otro, enviaba un informe general. Los medios eran muy dispares. Cada día, a horas distintas y en diferente longitud de onda, Fathalla establecía contacto por radio con Tel Aviv. A veces un piloto israelí traía una carta cifrada desde Chipre. A veces, un conductor de coches del cuerpo diplomático, que cruzaba todos los días la puerta de Mendelbaum, entregaba un regalo de Jordania a una amiga de Jerusalén. Alguna vez el mensaje llegó desde Roma o Atenas. Fathalla era hombre ingenioso y de gran sentido del humor y cuidaba la seguridad de su trabajo. Pero hacía diez días que Baratz no recibía una palabra suya y empezaba seriamente a preocuparse…

Damasco

No podía recordar cuánto tiempo llevaba enfermo. El tiempo se le había transformado en dimensión caprichosa y en él pasaba algunos momentos para volver enseguida a una inquieta eternidad de fiebres, temores anónimos y sueños encontrados. El tiempo era el golpe sesgado de la luz del sol contra el calado de las persianas, la forma del tamarisco fuera de la ventana abierta y el blanco minarete de la mezquita al fondo. El tiempo era una luna blanca en cielo de púrpura. El tiempo era un rostro de mujer y el tacto de sus manos y el olor del agua de rosas. Pero los símbolos resultaban inconsistentes y cada vez que trataba de aferrarse a alguno, se le desenfocaban y desvanecían confusamente. Hasta ahora… hasta este instante en que yacía, tímido pero reposado, y volvía a sentir la solidez del mundo en torno suyo.

En primer lugar tuvo conciencia de su cuerpo. Estaba frío y seco. No sentía dolor, solo una agradable debilidad y distanciamiento. Apretaba la colcha con los dedos. La almohada le parecía suavísima contra la reseca mejilla. Abrió los ojos. Primero vio la gran lámpara de cobre batido que

colgaba de la blanca bóveda del techo. Cada rincón y dibujo de la lámpara le resultaba familiar después de cientos de noches de muda contemplación. No había, entonces, posibilidad alguna de que se tratara de una ilusión: si la lámpara estaba allí, también estaba él.

Enfrente del lecho el mirador abovedado de siempre, con sus colgaduras de seda, el diván y el taburete con ataujía de nácar. Las persianas estaban cerradas y su dibujo formaba oscuro contraste con el azul del cielo. A la izquierda de la ventana, en el centro de una pared blanca, estaba el enorme panel de mayólica azul que trajera de uno de sus viajes a Ispahán… Todo estaba allí, conocido y tranquilizador: las alfombras de Bojara, los brillantes azulejos, el pequeño grupo de miniaturas pintadas en marfil, la cimitarra de funda dorada que había comprado a Alí, el fabricante de espadas. Y entonces, débil pero distinto, oyó el grito del vendedor de confituras y después los largos y quejumbrosos requerimientos del muecín, distorsionados por los altavoces del minarete que no alcanzaba a ver. Se sintió de súbito feliz, con infantil alegría: Selim Fathalla estaba vivo, en su propia cama, en su propia casa, en Damasco.

Era extraño lo amorosamente que se aferraba a su identidad, el gozo que le producía, los laboriosos esfuerzos que efectuaba para reforzarla. No era un disfraz: era una personalidad genuina, orgánicamente completa. Sin ella se habría encontrado solitario y perdido como a quien arrebatan su hermano gemelo. Y la otra personalidad —la de Adom Ronen— era también completa. Incluso su semejanza de gemelos era total: entre sus dos personalidades había fraternal conflicto cada vez que los intereses de una amenazaban la comodidad o la seguridad de la otra. Su diálogo era cual conversación ante un espejo, conversación teñida por el temor de que un día el hombre del espejo desapareciera o de que el hombre de fuera del espejo se marchara dejando su imagen encerrada para siempre en el vidrio. Y cada uno de ellos tenía el mismo problema: con el implacable paso del tiempo era cada vez más difícil saber cuál era el hombre y cuál la imagen.

En esta ciudad sucia y tortuosa solo era real Selim Fathalla: Selim Fathalla, el conspirador de Bagdad que, cuando suprimieron el partido Baas en Irak, se marchó a Damasco a pedir asilo a sus camaradas sirios. Llevaba cartas de jefes del partido ocultos a la sazón, y de viejos amigos de la universidad norteamericana de Beirut. Y dinero: un amplio crédito en el banco Fenicio. Trajo también consigo ligeros conocimientos del negocio de importación y exportación, que había aprendido en la calle Rashid de la vieja Bagdad. Por las cartas y el dinero, le recibieron, si no con cordialidad, por lo

menos sin excesiva suspicacia. Como era agradable y desprendido, entabló muy pronto amistad con bastante gente. Y como era buen comerciante y partidista del Baas en apuros, pronto resultó útil a un gobierno que había expropiado la industria, socializado la agricultura y destruido la clase comerciante y que se enfrentaba con el problema de la venta de sus productos nacionales en el mercado libre.

Selim Fathalla no hacía ostentación de sus éxitos. Comprendía que un huésped debe mostrarse modesto para no despertar la envidia de quienes le han acogido. Así pues, se había comprado una casa en el viejo barrio de Damasco próximo a los bazares, detrás de cuyas blancas paredes vivía con discreto lujo y recibía a amigos del partido y del ejército y a diplomáticos de Moscú, Praga y Sofía.

Para estos últimos era un conocido que les daba útiles informaciones y resultaba excelente guía en los vericuetos de la política del mundo árabe. Era también un buen musulmán, aunque no se advirtiera demasiado su devoción; pero más de una vez se le había visto en la mezquita y tenía varios amigos en la Ulema, amigos que podían dar fe de su ortodoxia.

Se enamoró de su secretaria y la convirtió en su amante. Pero no pensaba en casarse con ella: era mitad francesa y además cristiana y un matrimonio de esta especie habría ofendido a quienes ahora le alababan por su buen gusto en materia de mujeres. Le gustaba el comercio y realizaba buenos negocios —¿qué iraquí no hacía otro tanto?—, pero no era demasiado codicioso, no se creaba enemigos ni cometía la locura de tratar de engañar al gobierno. De este modo, aun el temible Safreddin, director de seguridad interior de Siria y cabeza del tribunal militar especial, llegó finalmente a confiar en Selim Fathalla.

Pero Adom Ronen, el gemelo del espejo, estaba en situación muy distinta. No vivía cómodo ni tranquilo y, a veces, le costaba bastante respetarse a sí mismo.

Era un prisionero de esa habitación blanca. De hecho, estaba confinado en un espacio mucho menor: una estrecha cámara apenas mayor que un armario, oculta detrás del panel de mayólica. Allí escribía sus informes y fotografiaba documentos y almacenaba el acusador equipo de su oficio.

Desde allí, burlón observador, vigilaba los frenéticos abrazos de Selim Fathalla mientras recordaba a su propia esposa y a su hijo que vivían en Jerusalén. Allí, volvía a revivir día tras día la tragedia íntima llamada «Un Hogar Dividido»; porque Adom Ronen, el agente, estaba dividido y subdividido contra sí mismo.

Era un judío del *ghetto* de Bagdad, que había organizado el éxodo de su pueblo, pero nunca definitivamente el propio… porque nunca había estado completamente seguro de desearlo. Era un sionista para el que, la Casa de Israel, era un lugar demasiado aburrido para quedarse allí a vivir y, sin embargo, se exponía continuamente a grave peligro con tal de conservarlo. Era un aventurero atormentado por una necesidad misionera; un cínico cargado de culpas que le dolían como pústulas de lepra oculta.

El había sido quien creó a Selim Fathalla revistiéndolo de esa plácida amoralidad que le permitía aguantar. Era él quien conspiraba y proyectaba en secreto mientras Fathalla mimaba a su amante siria o concluía negocios con Safreddin en nombre de Alá. Y, no obstante, amaba a Fathalla y Fathalla le amaba a él. Dependían uno de otro por sensatez y simplemente para sobrevivir. Cuando a Adom Ronen le era intolerable su propio peso, Fathalla le envolvía con satíricas burlas. Y si Fathalla podía dormir tranquilo, era porque Adom Ronen mantenía atenta vigilancia sobre ciertos lóbulos cerebrales que de otro modo podrían no controlar una lengua muy dada a la confidencia.

Pero Selim Fathalla había contraído la malaria en Aleppo, y yacido delirando durante ocho días, ignorando lo que había dicho ni quién pudo oírle.

Se quitó la colcha incorporándose en la cama. Luego se sentó en el borde. Estaba algo mareado, pero más fuerte de lo que creía. Se puso de pie. Se apoyó en la pared. Cuando estuvo seguro de que no iba a perder el equilibrio, anduvo hasta la ventana, abrió las persianas y se encaramó en el diván.

Miró al jardín.

Los penachos del tamarisco colgaban en el aire quieto del mediodía. Los geranios en sus tiestos daban una pincelada de color al gris uniforme de las paredes. El único rosal, bajo la ventana, ya estaba casi enteramente en flor. Un tenue hililo de agua salía de la boca del león del tiempo de las cruzadas, y sonaba musicalmente en la pila de piedra. Hassán, el jardinero, de rodillas en medio de la pequeña zona de césped —como sobre una alfombra de oraciones — lo limpiaba y cortaba cuidadosamente con las tijeras de mano. El murmullo de las calles y el bullicio de los mercados adyacentes, se mezclaba en monótono zumbido. La intimidad, por lo menos hasta ahora, seguía intacta.

Mientras respiraba la suave fragancia de las rosas, pensaba en Emilie Ayub. Ojalá estuviera con él y le bañara y le hiciera masajes y devolviera la pasión a su cuerpo deprimido. Pero no vendría hasta que él la llamara, porque era el papel que le había asignado: el de discreta y servicial mujer que se reserva a disposición de su dueño, digno así entre sus iguales musulmanes. El

papel parecía satisfacerla plenamente, pero no a él. Sin embargo, no se atrevía a confiarle otro de más categoría: era preferible sufrir de soledad espiritual a correr el riesgo de perder la cabeza al compartir el secreto de los gemelos.

Le sorprendió un golpe dado en la puerta. Le costó bastante reponerse y decir:

—Pase.

La pesada puerta crujió al abrirse y la vieja Farida dejó pasar al Dr. Bitar al dormitorio. Bitar era un hombre alto y flexible que le recordaba a un bambú oscilando al viento. Tenía la cara larga, delgada, y la piel tersa como la de una mujer; sus manos eran suaves, expresivas y siempre perfectamente cuidadas. Pero la voz resultaba incongruente: era baja, profunda y resonante; la voz de un bajo de ópera y no la de un médico. Entró a la habitación en forma un tanto teatral. Expulsó a la vieja, con amplio gesto, y se quedó de pie en medio del dormitorio, con las piernas abiertas, contemplando a su paciente. ¡Bien! Estamos mejor. No tenemos fiebre. Parece que nos hemos recobrado completamente.

Fathalla le sonrió desde el diván de seda y le contestó en tono bastante despreocupado:

—Me siento muy débil… y todavía huelo como mendigo dé mercado.

—Tome un baño, amigo. Coma poco, beba mucho líquido. Dentro de dos días será hombre nuevo.

Del mismo modo, estudiadamente dramático, se trasladó a la ventana y se sentó frente a Fathalla.

Le tomó el pulso y movió la cabeza sabiamente.

—¡Muy bien! Algo acelerado, pero bien. Ya sabes, por otra parte, que llevas la infección para siempre. Si quieres evitar otro ataque, tendrás que seguir siempre tomando tabletas. Le di la receta a tu amiga. Te las traerá esta noche.

—¿Cuándo puedo volver al trabajo?

Bitar se encogió de hombros.

—Dentro de un par de días…, a menos que te haya afectado al hígado; pero creo que no.

Y después agregó en frase precisa:

—Hablaste mientras dormías, amigo. Eso es peligroso. Fathalla alzó la vista, asustado.

—¿Qué dije?

—Nombres… como Jacob Baratz y Safreddin y otros que los dos conocemos, pero que no nos conviene oír. Hablaste de la matanza de reyes y

de un hombre que envía mensajes desde Chipre. Y también de otras cosas…

—¿Me oyó alguien?

—Tu mujer, Emilie Ayub. Pasó noche y día contigo durante la fiebre.

—¿Comprendió?

—No lo sé. No le pregunté nada. No hizo comentarios. Es evidente que te ama y eso te debiera bastar.

—¿Hablé de otra… mujer?

—A mí no. A ella, espero que tampoco.

Selim Fathalla dijo:

—Tengo miedo.

—¡Bien! —dijo el doctor Bitar—. Eso te hará ser más prudente… ¡Bien!

—¿Tienes alguna noticia?

—Directamente no. Pero ya tenemos otros seis editoriales en que se ataca al rey Hussein y se le califica de instrumento del imperialismo. En vista de lo que sabemos, el momento me parece significativo. Safreddin me llamó dos veces para preguntarme por tu salud. Le dije que le informaría apenas estuviera seguro de que podías recibir visitas.

—¿Debo telefonearle?

Bitar pensó la pregunta un momento y después extendió las manos en gesto de indiferencia.

—Como quieras. Podría resultar un gesto amable que te reportaría algunas informaciones.

—Le llamaré ahora mismo.

Caminó, algo vacilante, al teléfono y marcó el número particular del director de seguridad. Poco después le contestó la monótona y conocida voz.

—Habla Safreddin.

—Coronel, soy Selim Fathalla.

—¡Estimado amigo!

Safreddin cambió de tono inmediatamente. Ahora hablaba cordialmente.

—Has estado mal. Bitar me lo dijo. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco débil. Pero la fiebre ya ha pasado… En realidad debierais hacer algo para controlar la malaria en el país.

La broma era elemental, pero le hizo gracia, al parecer, a Safreddin. Se rio y le replicó amistosamente:

—Ya estoy estudiando el nuevo plan. Y voy a agregar una nota que diga que no nos podemos permitir el lujo de perder buenos amigos como tú.

—El doctor Bitar me ha confinado en casa por un par de días más. Ojalá pudieras pasar por aquí a tomar una taza de café.

—Por supuesto. ¿Qué te parece mañana por la mañana, a las diez?

—Te estaré esperando.

Hubo una larga pausa; la línea sonaba apagada, como si hubieran tapado con la mano el otro micrófono. Quitaron la mano y Safreddin volvió a hablar otra vez.

—Me gustaría que pensaras una cosa, amigo mío. Quizá puedas ayudarnos.

—Cuando quieras —le dijo Selim Fathalla, tranquilamente—. ¿En qué puedo servirte?

—¿Cuándo haces el próximo envío a Amman?

—Tendría que comprobarlo en la lista, pero me parece que será el miércoles veinticinco. ¿Por qué?

—Nos gustaría que nos transportaras algo.

—¿De qué se trata?

—Armas —le dijo Safreddin con toda franqueza—. Cañones, granadas y explosivos de plástico.

—¡Oh!…

La sorpresa de Fathalla era auténtica, pero procuró darle un mayor énfasis.

—Te podemos llevar elefantes, coronel, pero tienes que arreglar las cosas en el Jordán.

—En este caso…

Safreddin no concluyó la frase enseguida, como si no quisiera apresurarse ni precipitarse.

—En este caso, amigo, podríamos desear que pasara sin los trámites normales de aduana.

—¡Oh! —volvió a exclamar Selim Fathalla—. Entonces tenemos que planear juntos el asunto.

—Deja que lo piense, coronel. Trataré de tener la solución mañana por la mañana.

—Eres un buen amigo —le dijo Safreddin, amablemente—. Quiero que sepas que confiamos mucho en ti.

—Me alegro de saberlo, coronel.

Fathalla colgó y advirtió entonces que le estaban temblando las manos y que la frente se le había cubierto de sudor frío. Le dijo a Bitar lo que le había pedido Safreddin y el médico silbó suave y brevemente. Y se quedó en silencio. Fathalla le dijo:

—Esto me huele mal. Huele como un montón de estiércol.

—Ya lo veo —le dijo el doctor Bitar—. Hay cien modos de pasar armas a Jordania sin que intervenga la aduana. Safreddin los conoce todos. Los ha usado todos una y otra vez. ¿Por qué te necesita ahora a ti? ¿Y por qué te lo pide de modo tan manifiesto?

Alejandría

En la parte occidental de la Grand Gorniche de Alejandría, cerca del palacio de Ras-el-Tin, había una villa rodeada de un jardín con palmeras, césped y macizos de flores. Aún le quedaba cierto aire de marchita opulencia, aunque toda su gloria se había disipado con la partida de su propietario griego que, perdida la fe en el régimen de Nasser y decidido a no seguir perdiendo dinero, se había marchado a vivir de sus inversiones en Europa abandonando su mermado capital egipcio. También el jardín tenía aspecto de decadencia: se habían oxidado los blancos muebles metálicos, los toldos descoloridos y hechos jirones y el césped cubierto de maleza, hojas y dátiles pudriéndose al sol.

Un día después del incidente de Sha’ar Hagolan, dos hombres caminaban por el jardín. Uno era un tipo menudo de pulcro aspecto, de cara redonda e inocente y ojos dulces; parecía banquero o viejo funcionario. Se llamaba Idris Jarrah. Era, en efecto, un pobre funcionario: era el director de operaciones del Frente de Liberación de Palestina. Su nacionalidad no estaba muy clara: había nacido en Jaffa y, por tanto, era árabe de Palestina; pero un pueblo, al que odiaba, había ocupado su patria y había dedicado su vida a destruir una nación cuya existencia legal negaba. Su documentación aumentaba el equívoco: poseía pasaportes de Egipto, de Grecia, de Siria, del Líbano, de Jordania y de Italia. Su compañero era un personaje aún más equívoco: era alto, de pelo canoso, y poco más de cincuenta años cuyo verdadero nombre permanecía cuidadosamente sepultado en la oscuridad. Era el jefe de planificación del mismo organismo.

El día era cálido y se prestaba a la pereza. Soplaba una suave brisa constante de África, cargada de acre olor a arena y a humedad: la conocida emanación del pantano de Maryut. Las ramas de las palmeras se movían como abanicos, marcando un ritmo bajo y crepitante y, a cada paso que daban los dos hombres sobre el suelo de piedras, una hoja muerta se deshacía a sus pies pulverizándose. El mayor de los dos hombres hablaba enfáticamente, subrayaba las palabras con ademanes espasmódicos como el aletear frenético

de las alas de un pájaro. Idris Jarrah hablaba con suavidad y sin gestos; era hombre acostumbrado a diversas personalidades y había aprendido la necesidad del control y el anonimato. El hombre sin nombre decía:

—Ese asunto de Galilea… ¡es una insensatez! Una provocación inútil que solo sirve para endurecer la opinión pública de Israel y situar a Siria en el centro de atención de todos, cuando lo que más falta nos hace es que se mantenga al margen.

—De acuerdo —le dijo suavemente Idris Jarrah—. Pero esto suele suceder. Es muy probable que la mina estuviera allí hace meses.

—Cuando vayas a Damasco háblale a Safreddin al respecto. Y recuérdale, enfáticamente, los términos de nuestro acuerdo. Todos los incidentes futuros se deben provocar exclusivamente en la frontera del Jordán. Y subráyale que, según el tratado de ayuda mutua, Egipto no tiene obligación alguna de ayudar a Siria si esta provoca un ataque de Israel.

—Lo haré así… En cualquier caso, el nuevo programa precisa que nuestra acción debe concentrarse en Nablus, Hebrón y en el sector del mar Muerto. Allí tendremos las manos ocupadas. Safreddin tendrá suficiente trabajo con… lo otro.

—¿Cuándo empieza?

—Dentro de dos semanas. Espera a que yo haga llegar el dinero a Jordania.

—¿Está bien organizado Jalil?

—Safreddin cree que sí. Pero voy a comprobarlo personalmente antes de entregar el dinero.

—Ahora ha de lograrse —dijo el innominado, súbitamente furioso—. Otra purga en el ejército jordano nos haría perder un año o quizá más tiempo.

—Lo sé —le dijo Idris Jarrah—. Si el plan de Jalil tiene el menor fallo, estoy autorizado para diferir toda la operación. ¿Correcto?

—Correcto… Y ahora, el asunto del dinero. Hemos depositado doscientas mil libras esterlinas en una cuenta a tu nombre en el banco Panarábico de Beirut.

Idris Jarrah alzó la vista, sorprendido.

—¿En el Panarábico? Siempre habíamos trabajado con Chakry.

Su compañero sonrió. Una sonrisa breve, reservada, severa.

—Ya lo sé. Pero hemos decidido otra cosa. Tu cuenta con Chakry asciende actualmente a cincuenta y siete mil dólares. Cuando vayas a Beirut, retira inmediatamente esos fondos y depósitalos en la nueva cuenta.

—¿Hay alguna razón especial?

—Muchas. La principal es que Chakry se ha engreído demasiado. La segunda es que los libaneses han de comprender que no pueden seguir con todos los beneficios mientras los demás cargamos con todos los riesgos.

—¿Y los cincuenta y siete mil dólares se lo van a hacer comprender?

—Difícilmente. Pero cincuenta millones supongo que sí.

—Me parece que el próximo mes será muy interesante —dijo Idris Jarrah con cierta ironía.

—Espero que estés vivo para disfrutar de ello. ¿Cuándo partes?

—Esta tarde a las tres en punto. El barco ya está en el puerto. Llegaré a Beirut a las once de la mañana.

—Que te diviertas —dijo el otro, con indiferencia.

—Ojalá —le dijo el funcionario de cara de luna.

Beirut

En sus momentos brillantes —momentos en que le ayudaba mucho su confiado buen humor— Nuri Chakry era propenso a soltar discursos describiéndose a sí mismo.

—No existe el azar ni la suerte. La personalidad es el destino. Actuamos según lo que somos.

»Conseguimos lo que merecemos. Yo, por ejemplo, soy fenicio. Amo el dinero. Me gusta el comercio. El regateo es un juego para mí tan embriagador como el hachís. Si hubiera vivido aquí en la antigüedad, me habría sentado junto al rompeolas a cambiar oro por plata, a comprar y vender camellos y bueyes y aceites y lentejas de los faraones. Soy… ¿cómo decís vosotros?… un traficante.

»Solo tengo una norma: «no negociar nunca con un traficante más hábil que yo…».

Esas afirmaciones eran verdaderas. Todo lo que Chakry decía era verdad: otra de sus normas era no mentir jamás en los negocios. El problema que se planteaba a los que negociaban con él era la distinción entre verdad poética y verdad real, recordar que lo que se callaba solía ser mucho más importante que lo que expresaba con lenguaje vívido y convincente.

Chakry era fenicio por ser ciudadano adoptivo de lo que en otro tiempo fue ciudad fenicia. Sin embargo, sus papeles demostraban —a quien tuviera habilidad para descubrirlo— que era un árabe de Palestina, nacido en Acre; un árabe que huyó de su país en 1948 cuando los israelíes se establecieron en

él. Pero otros afirmaban haber penetrado aún más profundamente, que Chakry era un judío renegado a quien le gustaba más leer los informes del mercado que el Talmud; que prefería regatear en el mercado libre a someterse a la burguesa disciplina socialista del nuevo estado judío.

Pero sus enemigos se inclinaban a considerar esto como una calumnia inventada por aquellos a quienes Chakry dejó en el camino en la ininterrumpida marcha ascensional de sus negocios.

No se podía dudar de que le gustaba el dinero. Y era un hecho, a todas luces demostrado, que amaba apasionadamente el comercio. Llegó a Beirut prácticamente en la miseria. Pero mendigó, pidió prestado y especuló. Y se estableció al poco tiempo como agente de cambio en una calle secundaria cerca de los muelles. Sus primeros clientes fueron marineros, prostitutas, porteros de hotel, empleados de clubs nocturnos, comerciantes del puerto, contrabandistas, traficantes de objetos robados y vendedores de antigüedades de dudosa autenticidad. No existía moneda —por débil que fuese— con la que no fuera capaz de obtener beneficios. No había negocio —por pequeño que fuera— en el que no estuviera dispuesto a participar con tal de que la comisión fuera adecuada y se la pagaran las dos partes.

Compraba monedas antiguas a los granjeros a quienes se las descubría el arado y a los trabajadores de las excavaciones de Baalbek y Biblos. Las limpiaba y vendía a buen precio por medio de las revistas internacionales de coleccionistas. Afinó la vista llegando a conocer las verdaderas antigüedades y conocía su limitado pero provechoso mercado. Era, en suma, un traficante en toda la línea, que gustaba de la buena vida y con intuitiva comprensión en cuanto a los usos del poder.

La primera lección que aprendió fue que la rapidez de las comunicaciones es la clave del éxito comercial. Una moneda fenicia de oro podía costar unos cien dólares en Biblos. En Nueva York cuadruplicaba su valor. La moneda de Thailandia no valía mucho en Beirut, pero en Bangkok servía para comprar rubíes, zafiros y cinturones de oro. Un billete de África oriental se podía comprar con un descuento de cinco y a veces diez por ciento en el mercado europeo, pero si se le hacía llegar otra vez a Kenia se le podía cambiar a la par con la libra esterlina. Así pues, Nuri Chakry, sentado en su sucio despacho, soñaba con barcos, aerolíneas, telegramas y aparatos de télex… con toda una red de contactos por medio de la cual ponerse al habla diariamente con todos los mercados del mundo.

Aprendió también otra cosa: el dinero es medroso y quienes lo poseen muy propensos al miedo.

Viven con constante temor a los recaudadores de impuestos, a los reformadores sociales, a los revolucionarios, a los políticos y a las esposas separadas. Esos tímidos Midas tenían el más feliz de los puertos en Beirut: allí se refugiaban las fortunas del petróleo de Kuwait y de Arabia Saudita, las de los mercaderes sirios que temían que les expropiaran, de los navieros griegos y de los millonarios de Texas.

Así pues, Nuri Chakry cerró un día su despacho próximo a los muelles, se guardó los sueños en el bolsillo de un traje nuevo y se incorporó al banco Fenicio. Era capaz y se arriesgaba, era hedonista cauteloso que se entregaba con prudencia a los placeres que le proporcionaba su saludable situación económica y, por tanto, prosperó rápidamente. Los clientes posibles se transformaron en clientes de hecho y se entregó a los más fantásticos despliegues de propaganda para demostrarles que la confianza que le tenían era bien fundada. Una vez, en el pabellón moro, anexo a su despacho y en donde recibía a sus mejores clientes —los de Kuwait y Arabia Saudita—, amontonó más de un metro cúbico de barras de oro sobre la mesa y las cubrió con bonos y talones bancarios para demostrar que el dinero de sus clientes estaba siempre a mano y que, estuvieran ellos donde estuvieran, nunca podrían encontrar mejor custodio que Nuri Chakry.

A los cincuenta años era un hombre esbelto de pelo negro y se había construido un imperio que iba desde Beirut a la Quinta Avenida, desde Brasil a Nigeria y Quatara. Lo controlaba desde su nido de águila del último piso del banco Fenicio; una enorme *suite* de vidrio y cemento que daba al Mediterráneo y a las montañas tras de las cuales quedaban los desiertos y el petróleo.

No había nadie en todo el Líbano que le superara en poder ni en prestigio y los filamentos dorados de su red reunían a multitud de empresas. Por medio de sus clientes y empleados controlaba el diez por ciento de la fuerza electoral del país y el veinte por ciento del capital del Líbano estaba depositado en las bóvedas del banco Fenicio.

Sobre el escritorio, forrado en plástico trasparente, tenía su sello privado y su amuleto de buena suerte: una moneda de oro de Alejandro Magno. En una cara aparecía el conquistador divinizado como Amón y en la otra la diosa Atenea triunfante. Este emblema quizá demostrara que Nuri Chakry era un vanidoso. Pero no estúpido en modo alguno. Sabía que su imperio tenía límites más estrechos que el de Alejandro. Que sus fondos se hallaban repartidos en grandes y arriesgadas inversiones, que de poder mantenerlas el tiempo suficiente, las doblaría o triplicaría. Pero si tenía que liquidarlas, le

costarían el brazo derecho. Sabía que mientras más se extendieran sus líneas de comunicación, menos de fiar resultarían. Sobre todo, sabía que su misma existencia dependía del precario equilibrio de la política del Oriente Medio. Mientras más poderoso fuera el Baas en Siria, más se preocuparían los kuwaitíes y sauditas del futuro de sus poderosas autocracias. Y mientras más se preocuparan, más desearían suprimir los riesgos que implicaban los negocios del complaciente corredor de apuestas que era Nuri Chakry. Mientras más se enredase Egipto en la guerra del Yemen, más se endeudaría con los rusos y mayor necesidad tendría de un banquero amigo que estuviera siempre dispuesto a facilitarle la situación financiera. Cada choque en las fronteras de Israel significaba un poco más de dinero que acudía al Líbano para convertirse en valores europeos.

Hasta los rusos mantenían un estimable depósito de seis millones de dólares y los norteamericanos, por tanto, se sentían obligados a mantener el equilibrio mediante parecida cantidad.

Pero se necesitaban nervios fuertes, lengua prudente y ojo alerta para jugar a este juego de equilibrios y para evitar que se rompiera alguna cuerda de la delicada red. Aquella mañana había varias cuerdas flotando al viento y Nuri Chakry estaba de pie junto a la ventana de su despacho, pensativo. Contemplaba el mar lleno de luz y se preguntaba a dónde irían a caer los cabos sueltos.

Pasaron unos minutos, volvió a su escritorio, conectó un aparato de comunicación interior y llamó:

—¿Mark? Ya puede pasar. Estoy a su disposición.

Un momento después se abrieron silenciosamente las puertas eléctricas del despacho y entró Mark Matheson con una gran carpeta de cuero bajo el brazo. Era un personaje de unos cuarenta y cinco años, gordo, casi calvo y de cara incongruentemente juvenil. Norteamericano, había aprendido el negocio en Nueva York con los Rockefeller, y Chakry le había contratado para que le sirviera de principal colaborador y agente en Europa. Muchos amigos le habían aconsejado que no aceptara el puesto; pero el sueldo era muy elevado y la confianza de Chakry, halagadora; terminó aceptando.

Hasta el momento no había tenido por qué lamentar su decisión. Al principio le sorprendió la gran complejidad de las manipulaciones de Chakry; pero los libros estaban a su disposición, la situación parecía clara y limpia y si bien Chakry no siempre aceptaba los consejos que le daban, siempre respetaba a sus consejeros. Era duro y aun violento con los hombres de su confianza, pero sus esporádicas explosiones temperamentales se equilibraban

con otros momentos de extraordinaria generosidad. Le indicó un asiento a Matheson y entró seguidamente en materia.

—¿Cómo estamos este mes, Mark?

—Muy justos —le dijo Mark Matheson—. Mucho más que de costumbre. Necesitamos los diez millones de siempre para financiar los sueldos del gobierno. Eso lo podemos cubrir sin dificultades.

Estamos bien para la semana próxima, salvo que se produzca alguna retirada masiva… Pero a fines de mes necesitaremos alguna ayuda.

—¿Cuánto?

—Seis millones. Quizá podamos arreglarnos con cinco millones.

—Eso lo arreglaré yo mismo —le dijo Chakry, categóricamente—. Mañana voy a comer con el presidente y lograré que el Banco Central nos cubra. Y ahora…

Tocó con la mano un montón de periódicos perfectamente apilados en una esquina del escritorio.

—Tendremos dificultades. Hay cuatro editoriales que atacan al rey Feisal. Esto no le va a gustar nada.

Matheson se encogió de hombros.

—El viejo método egipcio. Nasser es quien financia esos periódicos. Feisal tiene que saberlo.

—Por supuesto que lo sabe —le dijo Chakry, tajante—. Pero estos periódicos se publican en el Líbano. Y Feisal considera que representan la opinión de gran parte de la población de este país.

Así que…

Se interrumpió.

—¿Así qué? —le incitó amablemente Matheson.

—Si yo fuera Feisal —y le conozco muy bien—, me preguntaría por qué tener quince millones en el Líbano, un país cuyos periódicos me insultan a diario, cuando puedo transferirlos a Londres y ganar el ocho por ciento en la Imperial Chemical Industries.

—Buena pregunta —dijo Mark Matheson.

—Muy peligrosa… para nosotros —dijo Nuri Chakry—. Y otra cosa: esta mañana me llamó por teléfono Ibrahim, del Panarábico.

—¿Ah, sí? Y ¿le gusta el nuevo empleo?

Chakry se alzó de hombros con indiferencia y contestó distraídamente.

—No le gusta, pero está dispuesto a tolerarlo, mientras le sigamos pagando. Me dijo que el Frente de Liberación acaba de depositar doscientas mil libras esterlinas en el Panarábico. En la cuenta de Idris Jarrah.

—¡Jarrah!

Matheson estaba perplejo.

—Es uno de los nuestros. Lo ha sido durante tres años. Y actualmente le tenemos concedido un margen de crédito importante.

—Lo sé. Me imagino que llegará dentro de uno o dos días, sacará el dinero y cerrará la cuenta.

—¿Y qué significa eso?

Chakry cogió el pequeño cubo de plástico que encerraba su talismán y empezó a pasárselo distraídamente de mano a mano.

—Significa que los egipcios nos manifiestan su desaprobación de la política del Líbano, que nos quieren ver más árabes y menos fenicios, que quieren que trabajemos contra Israel de modo más efectivo, que desean que impulsemos a Jordania y a Kuwait a incorporarse a la línea de la República Árabe Unida…

Alzó el cubo, lo puso a la luz y lo contempló como si se tratara de una bola de cristal para adivinar el futuro.

—Significa que si los egipcios recurren a golpes bajos, los sirios jugarán aún más sucio y los rusos nos darán el empujón final para que tomemos las medidas del caso… Significa que doscientas mil libras esterlinas es demasiado dinero, mucho más del que Jarrah necesita para sus sabotajes fronterizos. Esto quiere decir que muy pronto va a suceder algo muy serio.

—Con doscientas mil libras se puede comprar a todos los refugiados palestinos al oeste del Jordán… y a buena parte del ejército de Hussein.

—Y lo más probable es que trate de hacer precisamente eso —le dijo Chakry fríamente—. Dime, Mark, ¿cómo nos podríamos cubrir en caso de una emergencia semejante?

—¿Cuánto y cuándo?

—Cincuenta millones en treinta días.

—¡Jesús! —exclamó Mark Matheson—. Como está el mercado actualmente, sería pedir la luna. Cuando Imperial Chemical Industries tiene que ofrecer el ocho por ciento sobre un préstamo de veinticuatro millones, quiere decir que casi no hay dinero disponible.

Chakry le sonrió breve y burlonamente.

—¿Estás asustado, Mark?

La observación no le hizo ninguna gracia a Mark.

—¡Por supuesto que estoy asustado! Contamos con una liquidez del tres y medio por ciento —que en cualquier parte, menos en Beirut, sería un crimen

— y ahora me dice que uno de los mayores clientes va a retirar sus fondos. ¡Cincuenta millones en treinta días! ¿De dónde los vamos a sacar?

En Londres están remendando la libra esterlina con cinta adhesiva; estamos adeudados hasta el límite en Zurich y lo mismo nos sucede con los Rockefeller. Nos queda solamente Mortimer por una parte y el mercado judío por la otra. Bastaría una llamada telefónica para que nos cubriera Mortimer, pero ya sabe lo que nos va a pedir a cambio.

—La línea aérea… ¡Y antes pasará sobre mi cadáver!

—Exacto. Y esto nos lanza al mercado judío. Y no me los imagino rompiéndose la cabeza para financiar la Liga Árabe, ¿verdad?

—No estoy seguro —le dijo Chakry, suavemente—. El dinero no tiene razas. Y los judíos gustan de la ironía. ¡Sí! Ya me estoy imaginando cierta combinación en que un fuerte grupo judío podría arreglar muy bien la situación del banco Fenicio.

Matheson le miró fijamente, admirado y escéptico.

—Creo que usted tiene ánimo suficiente para intentarlo.

—No se trata de tener o no buen ánimo; se trata de la supervivencia y si para sobrevivir tengo que hacer negocios con Satanás, los haré encantado. Y ahora déjeme preparar unas notas.

En el mar Idris Jarrah, el terrorista de ojos dulces, era hombre que comprendía el por qué de las cosas.

Comprendía el porqué personal, el porqué político y el porqué público. Y comprendía que todos eran distintos y contradictorios entre sí.

El porqué personal era el más sencillo. Idris Jarrah era un árabe sin patria. Un árabe sin patria no tiene personalidad ni futuro. Si quería un hogar, debía buscarlo en la franja de Gaza, entre los refugiados, o en las poblaciones miserables del oeste del Jordán. Si quería trabajar, podría hacerlo de barrendero en las calles, de trabajador a jornal, de buhonero o de fabricante de chucherías para turistas. Pero si deseaba tener personalidad —la seguridad oficial de ser persona humana y no resto de un naufragio, a la deriva—, entonces tenía que buscar un mercado donde pudiera adquirirla a un precio a su alcance.

Idris Jarrah había hallado ese mercado en el Frente de Liberación Nacional de Palestina, esa familia de desposeídos que había jurado echar a los judíos al mar, recuperar las antiguas fronteras de Palestina y lograr la hegemonía árabe en toda la Fértil Medialuna. En cuanto al precio, Idris Jarrah podía ofrecer dinero contante y sonante. Había actuado primero como delator y después como joven detective en las antiguas fuerzas de policía de

Palestina. Conocía los trucos del espionaje y los procedimientos de terror. Y había aprendido de los británicos el valor del sistema y del método.

Como no se hacía ilusiones ni abrigaba esperanzas fuera de la Organización, trabajaba con serena eficacia. Nunca prometía más de lo que podía cumplir y así todos quedaban satisfechos. Y como no creía en Dios ni en la política y solo confiaba en sí mismo, Idris Jarrah estaba fuera de toda seducción; aunque no dejara de interesarse por su propio bienestar. Decía lo que pensaba, recibía órdenes, lanzaba una excursión nocturna o una bomba, cobraba su sueldo y dormía feliz con cualquier mujer disponible, mientras que otros de más importancia se revolvían en pesadillas de fracasos o en sueños fantásticos de imperio.

El porqué político le parecía igualmente claro. En cuanto concernía a los árabes, el estado de Israel era como Dios. Si no existía, había que inventárselo para polarizar el descontento y para reunir al tristemente dividido mundo islámico. Si no se contaba con los judíos, ¿qué otra coartada quedaba para justificarse ante los miserables pobladores de los arrabales de Alejandría, ante los mendigos que se rascaban las heridas en el patio del Santuario Noble, ante los hombres sin trabajo de Damasco y ante los cientos de miles de personas perdidas que acampaban entre el desierto y el mar cerca de la ciudad de Sansón? Sin los judíos, ¿cómo encontrar una causa común que uniera a los ricos libaneses y kuwaitíes con los beduinos del desierto, reyes hachemitas, sirios marxistas y campesinos egipcios que combatían en aquella guerra sin sentido del Yemen? La unidad árabe solo se podía manifestar negativamente: ¡destruid a los judíos! ¡Pero sin los judíos no se podría manifestar de ningún modo! Y Jarrah sabía perfectamente que la unidad de Palestina era un mito, que, si alguna vez se lograba terminaría al día siguiente destrozada por las envidias de los vecinos.

Así pues, la Organización se dedicaba a una fantasía, pero la fantasía es el equipaje de los políticos que pagan grandes sumas para mantenerla y evitar que hombres de la categoría de Idris Jarrah trabajen por la causa contraria.

Y este era el porqué público. Los egipcios querían destruir a Israel, pero carecían de poder y de dinero para conseguirlo. Los socialistas sirios querían librarse del pequeño rey de Jordania, que era amigo de los británicos y símbolo de la vieja monarquía tribal. Los jordanos querían una carretera hacia el mar y un puerto en el Mediterráneo. Los libaneses querían dinero y comercio y los rusos buscaban la construcción de un arco socialista desde Bagdad hasta las Columnas de Hércules. El Frente de Liberación de Palestina

tenía valor distinto para cada uno de ellos. Lo alababan en público, lo maldecían en privado y pagaban generosamente para que no se muriera.

Así pues, a las nueve y media de una brillante mañana de otoño, Idris Jarrah estaba de pie en la cubierta de la motonave Surriento, de diez mil toneladas, procedente de Génova, con escala prevista en Alejandría, Beirut y Limassol. Jarrah veía surgir del mar las montañas del Líbano y cobrar forma en lontananza la dorada Beirut. Había pasado una noche placentera… con una cantante de clubs nocturnos de bastante belleza y considerable fogosidad; se había bañado y se encontraba bien, con la seguridad que da el saberse hombre importante.

Después de la monotonía de Alejandría y del trato difícil de los egipcios —pueblo febril, arrogante y desgraciado, que le molestaba profundamente—, la perspectiva de dos días en el Líbano le resultaba muy atrayente. Sus asuntos allí eran sencillos y sin urgencia. Se hospedaría en el hotel «St. George», lugar agradable con vistas al mar y un conserje que le conocía los gustos y siempre dispuesto a satisfacerlos. Iría al banco Fenicio, retiraría su dinero y lo depositaría en el Panarábico.

Hablaría brevemente con amigos y agentes y después se llegaría tranquilamente hasta Merjaioun para visitar a un subordinado que dirigía los sabotajes en la región de Hasbani. No tendría mucho que hacer allí, pues el plan establecía que se mantuviera la tranquilidad en la frontera del Líbano y se concentraran los ataques desde Jordania a lo largo del corredor de Jerusalén. Entregaría el dinero y dispondría la distribución de armas —que iban dentro de tubos de plástico en las bodegas del Surriento— que más adelante se venderían a un constructor de sistemas de desagüe residente en Beirut. Pasaría una noche divertida y después tomaría el avión de Damasco para pasar una tarde con Safreddin. Allí empezarían sus problemas: Safreddin jugaba muchas cartas a un tiempo y quería comprometer a Idris Jarrah en todas.

El coronel Safreddin era un soldado que había hecho un trato con los políticos; mantendría leal al ejército sirio mientras se le concediera autoridad suficiente para tenerlo en sus manos y satisfacer así su tremenda ambición de poder. Crearía una oficialidad preparada en las doctrinas del Baas —el partido de la resurrección socialista árabe— y la destinaría a reforzar la política y la economía de un estado de partido único. Haría una purga y expulsaría a los descontentos que aún admiraban a Nasser y a los egipcios. Mantendría constante vigilancia sobre los terratenientes y comerciantes que intentaban

sacar sus capitales de Siria e introducirlos en Egipto y en los países mediterráneos.

Conservaría la amistad con los rusos mientras mantenía controlada la subversión o la desviaba hacia los moldes del socialismo sirio-árabe a socialismo sirio.

Pero tenía más amplias ambiciones. Quería que fuera Siria —y no Egipto — el factor determinante de la política árabe. Quería borrar del mapa a Israel. Deseaba que egipcios y jordanos se entregaran lo antes posible a una guerra total contra el usurpador sionista. Quería suprimir al rey hachemita e instalar en su lugar un gobierno socialista, de modo que el bloqueo fronterizo se pudiera convertir en un sitio en toda regla. Idris Jarrah era el hombre ideal para apretar el gatillo que desencadenaría la lucha decisiva.

Idris Jarrah enviaría saboteadores de Jordania a Israel. Y cuando los judíos tomaran represalias lo harían contra Jordania y no contra Siria. La población de la frontera culparía al rey Hussein y solicitaría un nuevo gobierno que les protegiera del ejército judío. Al mismo tiempo, Idris Jarrah entregaría el dinero necesario para financiar la rebelión dentro del palacio de Amman. Idris Jarrah sería el responsable de la operación final y, si fracasaba, cargaría con la culpa y se le calificaría de agitador a sueldo que trabajaba ilegalmente en la frontera de un estado soberano.

Pero Idris Jarrah era un hombre que comprendía el porqué de las cosas y no tenía la menor intención de echarse la soga al cuello. Así pues, mientras se solazaba, manso e inocente como un gato, mientras miraba las montañas del Líbano que se aguzaban duras hacia el cielo, empezó a redactar su propia póliza de seguro y a pensar en los que la suscribirían en su nombre…

Los primeros firmantes serían los miembros de su propia organización en el Líbano, en Jordania y en Gaza. El dinero les daría de comer, las armas una sensación de poder y dignidad; las promesas los llenarían de esperanza de restauración de su patria. Incluso los riesgos a que les sometía durante las operaciones de sabotaje darían cierta elegancia y sentido a su vivir, de los que carecerían en otro caso. No había héroes. Algunos eran decididamente cobardes y había que presionarlos violentamente para que cumplieran la tarea asignada. Pero los había también patriotas y si se destruía el orgullo y la esperanza que abrigaban sobre la patria perdida, también ellos se perderían y, Jarrah se quedaría sin ellos. Se quedaría desnudo e impotente. En cambio, ahora era una especie de príncipe, aunque en un reino de mercenarios y proscritos.

Necesitaba, por lo tanto, de otros y más potentes refuerzos. Una red en donde caer en caso de que le faltara el equilibrio sobre la cuerda floja que había tendido entre sirios y egipcios. Por eso se acordó de Nuri Chakry, que también hacía equilibrios sobre la cuerda floja y que seguramente estaría dispuesto a realizar cierto negocio privado en beneficio de ambos.

CAPÍTULO SEGUNDO

Jerusalén

Cuarenta y ocho horas después del incidente de Sha'ar Hagolan, el teniente general Jacob Baratz fue convocado a una reunión en el despacho del primer ministro en Jerusalén. La reunión debía tener lugar a las tres de la tarde. El viaje desde Tel Aviv, en coche y a velocidad moderada, duraba unas dos horas como máximo. Pero Baratz prefirió partir al amanecer, cosa que para el conductor, bostezando con mal gusto de boca, resultaba un suplicio, aunque para Baratz era uno de los más puros placeres espartanos.

El mar, al amanecer, tenía color de ópalo y la bruma que lo acariciaba era como pañuelo sobre el pecho de una mujer hermosa. La brisa de tierra era aún bastante fresca y limpia del humo y polvo de la circulación de la costa. La ciudad aún no había empezado a quitarse el sueño de los ojos y los escasos peatones caminaban sin prisa como si no pertenecieran a la bulliciosa y frenética ciudad que había brotado velozmente de las dunas al norte de la vieja Jaffa.

Las granjas en la llanura aún estaban húmedas de rocío. Se olía a azahares y a tierra labrada. La luz sesgada brillaba verde en las hojas de los huertos, dorada en el rastrojo del heno, rosa y blanca y a veces marrón en las rocas de piedra caliza. En las laderas de los cerros orientales se amontonaban los pinares, aún sombríos y oscuros; pero ya en las cimas se empezaban a llenar de fuego como espadas de legiones en marcha… Este era el verdadero rostro de la Tierra Prometida, pensaba Jacob Baratz, un rostro limpio y nuevo en cada amanecer. Y lo miraba tal como lo vería un niño: con nueva maravilla cada vez.

Había llegado allí de niño. Era hijo de un modesto traficante del Báltico. Nunca había olvidado el esplendor de la llegada: el terrible calor del sol, el cielo cegador, las montañas taladas, desiertas, como si por ellas hubiera

pasado el hacha implacable, el desierto donde bailaba el aire y las ciudades y aparecían de súbito las palmeras para desvanecerse luego ante la vista. De joven había trabajado en el desierto, levantando muros a mano desnuda, cargando a cuestas canastos de tierra, plantando viñas y limoneros. Ya adulto, había luchado en aquella tierra, y empleado las artes militares que los británicos le enseñaron, y contado milla a milla la ruta sangrienta de Lidda a Ramle y a Abu Ghosh y finalmente Sión. Y ahora su amor por ella era diverso: una pasión ciega le ataba al suelo con más fuerza que la que sintiera nunca en brazos de una mujer. También sentía celos, como todo amante: sentía inseguridad en la posesión de su amada y nadie mejor que él conocía los peligros que la amenazaban.

En sentido estrictamente legal —si se puede hablar de legalidad en los negocios de las naciones—, Israel ni siquiera tenía fronteras. Sus límites eran líneas de armisticio, líneas que dependían de la ratificación y firma de un tratado de paz; tratado que ahora parecía más lejano que la llegada del hombre a la luna. Incluso las líneas que Baratz defendía, eran vulnerables en muchos sitios debido a la existencia de zonas desmilitarizadas donde no se podía circular con armas, donde ningún hombre podía llevar ni siquiera una pistola para proteger su vida, la de sus hijos o su cosecha. El comercio de Israel no se podía desenvolver con libertad debido a las sanciones que le aplicaban los estados árabes. Sus barcos no podían atravesar el canal de Suez. Tenía cortadas las comunicaciones: no era posible hacer una llamada telefónica de un lado al otro de Jerusalén, y el camino de Acre a Sidón estaba cortado por campos de minas, alambradas y hombres armados que tiraban a matar sobre cualquiera que se aventurara.

Y, a pesar de todo, Israel había prosperado y seguía prosperando. Pero le quedaba muy poca grasa bajo la piel y había claros indicios de que se aproximaban tiempos peores. Después de la primera oleada de inmigrantes —por el hundimiento de Europa, de Libia, Túnez, Argel, Marruecos, los Balcanes, el Yemen, Sudamérica, Irak e Irán— el flujo se había secado. A menos que Rusia abriera sus puertas y dejara salir a sus tres millones de infelices judíos, Israel se vería forzada a depender de su crecimiento demográfico natural para llenar los espacios desiertos, construir una economía industrial y mantener sus fuerzas armadas. La llegada de cerebros y de capital de la diáspora de Norteamérica también había cesado: el recuerdo de los holocaustos se debilitaba y las trompetas de Sión sonaban cada vez más impotentes en los oídos de las jóvenes generaciones. Aún había algunos que venían a compartir la vida de un kibbutz durante temporadas de tres a seis

meses, pero eso no era inmigración. Y en realidad apenas bastaban a cubrir el vacío que dejaban los que salían del país y se marchaban a los abundantes mercados de Europa y de Estados Unidos.

La historia se empezaba a repetir también dentro de las fronteras de Israel: había tensiones tribales, disputas religiosas, descontento social y rivalidades políticas. Israel aún no había decidido —no podía decidir— la forma que iba a adoptar definitivamente: no sabía si se iba a convertir en un estado de tendencia occidental o en una comunidad autóctona y levantina. Hasta el momento y a pesar de la educación masiva y del servicio militar obligatorio, aún no se lograba un feliz ensamblamiento de las líneas occidentales y orientales de las distintas culturas inmigradas.

El conflicto religioso era todavía más amargo. Los adukim, los rectos, los del Libro y de la vieja ortodoxia, no aceptaban ningún compromiso con un estado secular. Jugaban con el poder político con la misma dureza con que imponían los rituales de la purificación; y, debido a ellos, Israel carecía aún de constitución y sus leyes sociales ofrecían multitud de anomalías y de pequeñas y corrosivas injusticias. Un cigarrillo fumado en sábado en Mear Sharim, podía ser arrancado de la boca por algún fanático indignado. Los miembros del rabinato no vacilaban en llenar las paredes de las calles con letreros que prohibían al pueblo ejercer su derecho al voto… y casi nunca se les castigaba.

En Israel no existía el matrimonio civil. Se podía ser cristiano, judío o musulmán. Pero si uno quería ser un simple ciudadano laico y casarse o divorciarse legalmente —o incluso ser sepultado legalmente— fuera de un grupo religioso, entonces había que marcharse a Chipre. Una mujer musulmana podía muy bien quedar con pensión de alimentos más baja que una judía o que una cristiana, pero no tenía medio de luchar contra esa evidente injusticia. Las leyes dietéticas se aplicaban tanto al religioso como al no religioso. Y el hotel «Carmelo» tenía el mismo aspecto lamentable y triste que Mear Sharim durante todo el día del sábado.

Las divisiones políticas tenían todas las características de las venganzas personales. Los grandes hombres de los años de las primeras luchas ya estaban envejeciendo. Se resentían contra los jóvenes que desafiaban su autoridad y su política. Algunos estaban incluso tan amargados que llegaban a provocar escándalos familiares a la vista de un mundo hostil. Seguían siendo una sola nación. Era la tierra lo que les mantenía unidos… Pero si no aprendían a mantenerse definitivamente unidos podrían volver a perder la tierra, como la habían perdido antes a manos de los asirios, de los asmoneos,

de los romanos, de los turcos otomanos… A medida que subían a las montañas del corredor de Jerusalén, el aire se iba enfriando y Jacob Baratz se estremeció, como si un ganso hubiera pasado sobre su tumba.

Llegaron a Abu Ghosh y se apartaron de la carretera principal. Pasaron a otra, más pequeña, que se internaba en los cerros y llevaba a Habamisha y a la frontera de Jordania. Subía muy pronunciadamente al principio, a través de granjas y de grupos de pinos y, de súbito, entraba a una gran meseta desde la cual se veían los cerros desiertos de Jordania, la cinta retorcida de la carretera de Ramallah y las apretujadas chozas de las aldeas de la frontera: Beit Surik, Biddu y Qubeiba.

La dura luz de la mañana daba al paisaje el aspecto de otro planeta. Los contornos eran afilados y dentados como cuchillos de piedra. Y los colores, estridentes: pardo, amarillo, carmín, púrpura, y un brillo blanco de piedra caliza junto a cráteres de sombras negras. A primera vista, el paisaje parecía demasiado pobre incluso para los rebaños de cabras; pero abajo, en las pequeñas depresiones, los beduinos disponían sus negras tiendas y daban pasto a su ganado mientras los aldeanos cultivaban penosamente en las laderas de los cerros lo mínimo para subsistir. No había la menor señal de violencia. La tierra y las amontonadas cabañas parecían demasiado vacías de savia humana como para sostenerla… hasta que se llegaba a la barrera de alambradas que cortaba la carretera y dos guardias armados de Israel salían de la sombra de una roca, alertas y decididos. Eran muy jóvenes, pero bien entrenados. No abrieron la barrera hasta haber examinado los papeles de Baratz y del chófer. Saludaron y les señalaron el camino del puesto de mando, construido como verdadera fortaleza en la ladera del cerro.

El comandante, un capitán de treinta años que hablaba hebreo con el acento gutural de los yemenitas, le ofreció café, huevos hervidos y pan del día anterior. Después subieron a pie al puesto de observación para mirar el paisaje que se extendía abajo como un mapa de arena. El comandante resumió lacónicamente la situación.

—Ya conoce la disposición general, señor. En Biddu tiene su base una compañía del tercer batallón de la legión árabe. Su zona se extiende al este hasta Beit Surik y al oeste hacia Qubeiba. Tienen dos compañías de reserva en Ramallah. Desempeñan labores de policía entre los refugiados palestinos de Ramallah y de los distritos adyacentes. Es una situación difícil para ellos…

—También para nosotros, capitán —dijo Jacob Baratz—. Nuestro agente de Ramallah nos ha informado de dos nuevos cargamentos de armas ya entregados al Frente de Liberación Nacional y de más entregas de

propaganda… sobre todo de folletos. Me parece que dentro de muy poco tendréis dificultades.

—Estamos preparados.

El joven capitán estaba muy seguro.

—Siempre ha sido fácil sostenerse en este sector. La geografía está a nuestro favor. Estamos setenta metros más arriba que la más próxima elevación del lado jordano. Tienen poco sitio donde ocultarse y, por otra parte, dominamos tres kilómetros con nuestra artillería. Hace dos años que no se ha producido un solo intento de sabotaje en esta zona.

—Leí su último informe, capitán. Por eso estoy aquí. ¿Me hablaba de gran actividad motorizada?

—Sí, señor. Durante los últimos cinco días hemos visto muchas patrullas hacia el este por la carretera de Beit Surik y tenemos informes semejantes de lugares tan al oeste como Beit Inan.

—¿Cuántos vehículos?

—Generalmente dos camiones. A veces tres. Con un *jeep* por delante. Salen entre ocho y nueve de la mañana y vuelven sobre las cuatro de la tarde.

—Es decir emplean siete horas entre ir y volver… ¿Cuál es la máxima distancia en ambos sentidos?

—Veinticinco millas a lo sumo.

—Me parece —dijo Baratz, pensativo—, que se interesan más por su propio pueblo que por nosotros. ¿No han intentado probar este sector?

—La legión árabe no, señor. Sin embargo, le informé que los beduinos están acercando el ganado a nuestras líneas.

Baratz se encogió de hombros.

—¿Qué se puede saber de los beduinos? Llega el invierno y les faltan pastos. Los toman donde los encuentran. A veces les hacen algún favor al Frente. Pero casi siempre se ocupan solo de sus propios asuntos. ¿Y de los asnos salvajes?

El joven capitán se rio.

—Hace un par de noches, media docena de asnos salvajes se metió en un campo minado. Uno pisó una mina y se hizo trizas. Mataron a otro. Eso fue todo. Casi no valía la pena de incluirlos en el informe.

—Es importante informar de todo, capitán. Por lo demás, es un método elemental de probar la eficacia de los campos de minas y no se corre ningún riesgo con él.

—Pero la prueba no se puede repetir una vez realizada. Y así no se puede hacer estallar el resto de las minas.

—Es verdad —le dijo Baratz, algo irónico—. Pero se puede cargar de explosivos a un animal y se le puede adosar un detonante. Y si logra pasar el campo minado puede provocar bastante daño y diversión.

—No había pensado en eso, señor.

Ahora se rio Baratz.

—Y yo tampoco hasta ahora, capitán. Pero si se está haciendo una guerra de hostigamiento —como la que hace el Frente— y si el ruido vale tanto como el efecto militar conseguido, vale la pena ser original. Así que me sigue importando que me informe cuanto sepa sobre asnos salvajes o sobre otro suceso inesperado y sorprendente que se pueda producir por aquí.

—Lo recordaré, señor.

Pasaron otros diez minutos comparando el terreno con los símbolos del mapa. Después volvieron al cuartel general y Baratz telefoneó desde allí al Dr. Franz Lieberman del hospital Hadassah de Jerusalén.

—¿Franz? Soy Jacob Baratz. Llegaré a Jerusalén dentro de media hora. ¿Podré ver a Hannah?

—Si quieres —le dijo Franz Lieberman, sin ningún entusiasmo—. Pero prepárate.

—¿No le perjudicará verme?

—No te verá, Jacob —le dijo Lieberman en voz baja—. No ve ni oye nada. No puedes dañarla ni aliviarla. Pero te puedes herir a ti mismo.

—Es mi esposa, Franz. La quiero.

—A eso me refería —le dijo Franz Lieberman—. Llámame cuando llegues.

Retrocedieron a Abu Ghosh y cruzaron los últimos desfiladeros, camino de Jerusalén. Baratz estaba nervioso y a punto de saltar. El conductor llevaba el coche con sumo cuidado. Y se preguntaba, sin atreverse a decirlo en voz alta, qué le habría entristecido tan rápidamente.

A Baratz, en el ejército le llamaban adish, el hombre con sangre de hielo y corazón de ceniza.

Como todo sobrenombre, este tenía de alabanza y de ironía. Muy diferente de lo que ellos hubieran preferido, era, en su oficio, preciso como un cirujano, sin compasión para los perezosos e intolerante para los locos. El enfado le hacía ser más frío y calculador y aun su humorismo tenía cierto matiz sardónico.

El calor que en él había lo guardaba celosamente, como fuego sagrado, y aunque su amistad fuera profunda jamás lo manifestó de modo efusivo.

Vivía como un monje. Bebía muy poco, no fumaba en absoluto y nunca había sonado su nombre en relación con alguna mujer que no fuera su esposa. Se envanecía de poder acudir, siempre afeitado y pulido, a cualquier desfile o reunión oficial, por mucho que se hubiese prolongado su quehacer la víspera o por temprano que fuese su aparición por la mañana. En las conferencias daba sus informes y opiniones con tan absoluta seguridad y confianza, que se le hacían pocas preguntas y ninguna oposición. Después se sentaba, tranquilo como un buda de piedra, mientras las discusiones seguían sobre la mesa. Cuando tenía ocasión de demoler un argumento o recusar una conclusión, lo hacía con la frialdad de un verdugo.

Pero había en su vida una apasionante obsesión, un pozo profundo. Los amigos que le habían conocido en los días de Haganah contaban historias de riesgos salvajes, terribles conspiraciones y de exhortaciones a sus hombres, llenos de un fervor digno de los antiguos profetas. Recordaban su rápido y romántico noviazgo con Hannah, que había llegado, de dieciséis años, durante el Aliyah Bet, la emigración ilegal de judíos de Europa a Palestina. La había reclutado al principio como mensajera y la expuso a fantásticos riesgos. Se casó con ella seis meses después y entonces la expuso a riesgos aún mayores. Después, cuando terminó la guerra, se habían retirado a una vida de hogar que solo podían compartir los amigos más íntimos. Su pasión por la vida privada, que era la manifestación exterior de la posesiva pasión que le inspiraba Hannah, se había convertido en la piedra angular de todo el arco de su carrera pública.

Hacía mucho tiempo que Franz Lieberman le había advertido del peligro de su exclusiva dependencia de Hannah y de la dependencia de su esposa respecto a él. Se lo había expuesto simple y crudamente:

—¿Qué sucederá a uno de vosotros si el otro se muere? Para Hannah tú eres una especie de puerta cerrada contra el pasado, y de este modo nunca se había enfrentado claramente con sus recuerdos. Y Hannah es para ti… ¡Oh, demonios! Cómo voy a saber lo que significa para ti… ¡Pero de todos modos es demasiado! Estás arriesgándote a algo muy serio, Jacob. Quizás a una tragedia.

Y ahora Franz Lieberman le estaba preparando para el último acto de la tragedia que se había negado a prever. Hannah se le había ido, quizá para siempre. La puerta había crujido, se había quebrado y había vuelto a la cámara de horrores de Barbazul que fue su infancia en tiempos de los holocaustos. Y él mismo estaba al borde del pozo oscuro, mirando ahora las profundidades que durante tantos años se negara a contemplar. En el

momento en que el vehículo llegó a la cumbre de la última colina y pudo ver el monte Sión, súbita y desesperadamente, se llenó de un terror profundo, aparentemente injustificado.

No solo sentía miedo por la pérdida: le temía al misterio de la desintegración de la persona humana que queda así convertida en algo menos humano. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Seis meses? ¿Un año? Comenzó cuando, después de una hora de amor, Hannah se había echado a llorar en sus brazos y él pasó la mitad de la noche tratando de calmarla. Algunas veces, después, la encontró al volver a casa en camisón y bata, sin haber hecho la limpieza de la casa y sin haber fregado aún los platos del desayuno. Otras veces se ponía a reír y a bailar y a escuchar música estridente. Alguna vez se despertó por la noche y no la encontró a su lado en la cama: se había ido al salón y se quedaba allí sentada en la oscuridad, inmóvil y aturdida; le costaba una o dos horas obligarla a volver al lecho y lograr que hablase. Finalmente había accedido a que Franz Lieberman la sometiera a tratamiento y después de un mes había regresado a casa, aparentemente recuperada. Pero un mes más tarde el ciclo volvió a empezar —esta vez más rápido— y ahora los ataques fueron más fuertes, más duraderos y profundos. ¿Cómo había sucedido? ¿Por qué? ¿Y si le había sucedido a ella, acaso no le podía suceder lo mismo a él, que tenía un pasado distinto, pero que era también una cámara oscura en el centro de su ser?

Franz Lieberman le estaba esperando en el hospital. Era un hombre de pelo gris, acartonado, de orejas de chivo como un antiguo Pan. No perdió tiempo en cortesías innecesarias y le llevó rápidamente por los corredores hasta una amplia y ventilada habitación que daba a un jardín lleno de flores tardías. Allí había quizás una docena de mujeres con dos jóvenes enfermeras. Parecían bastante normales. Un grupo jugaba a las cartas; dos estaban cosiendo; una leía; las demás estaban sentadas y conversaban en voz baja como gallinas en torno a una mesa de café. Las enfermeras pasaban de un grupo a otro como cuidadoras de un jardín de infancia. Lieberman se quedó junto a la puerta, con Baratz, y explicó la escena con un estilo brusco y elíptico.

—Una comunidad, como puedes ver. El síntoma más común de enfermedad mental es la incapacidad de vivir en comunidad y retirarse de ella a un mundo privado. Tratamos de devolver el paciente a la comunidad introduciéndole en una donde las exigencias son pequeñas y las presiones están reducidas al mínimo… Muy sencillo, pero también muy complejo.

—¿Dónde está Hannah?

—Allí en aquel rincón.

Estaba tan recogida en sí misma que, por el momento, se había creado la ilusión de ser invisible.

En el rincón más lejano de la habitación, donde los estantes de libros formaban ángulo con la pared, estaba encaramada sobre un taburete, con las rodillas levantadas hasta la barbilla y las manos apretadas alrededor. Tenía los ojos en blanco y la cara contraída y pálida. La cinta que llevaba en el pelo le daba aspecto de colegiala.

—Ya la has visto otras veces como ahora —le dijo Lieberman, tranquilamente.

Baratz asintió. No se atrevía a hablar.

—No sufre ni está asustada. Se ha encerrado en un útero de tiempo y no se atreve a salir de él.

—Así estuvo en otra época —dijo Jacob Baratz—. La tuvieron oculta durante cuatro años en una buhardilla de Salzburgo. No había ventanas, solo una trampa en el piso. La alimentaban de noche, cuando los sirvientes estaban durmiendo… ¿Puedo decirle algo?

—Si quieres.

Se le acercó lentamente, cruzando la habitación. Las demás pacientes no le hicieron caso, salvo una muchacha que se rio súbita y descaradamente. No dio la menor señal de reconocerlo cuando se detuvo frente a ella. Le puso una mano en el hombro. Lo sintió cálido, pero rígido como el mármol.

Le dijo:

—Hannah, soy yo, Jacob.

No se movió ni emitió sonido alguno. Jacob se volvió y se fue de nuevo a la puerta.

—Vamos a tomar un poco de café —le dijo Franz Lieberman.

En el despacho del médico, con el café amargo en la lengua, escuchó el veredicto de Lieberman.

—¿Quieres esperanzas? Solo te puedo dar una y pequeña. A veces se quiebra el encantamiento como a la princesa del bosque encantado. ¿Quieres el diagnóstico de un médico? Negativo. Todos los síntomas son regresivos.

—Necesito tu consejo, Franz. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Dejarla con nosotros. En ningún otro sitio la van a cuidar mejor.

—Ya lo sé.

—Entonces…

Lieberman tenía un lápiz entre los dedos y lo estaba doblando. Casi se le quebró.

—Entonces yo te diría que empezaras a pensar en reconstruir tu propia vida.

—¿Reconstruir? ¿En torno a qué, Franz?… ¿En torno a qué?

El lápiz se quebró entre los dedos del anciano. Dejó los trozos uno junto a otro sobre el papel secante y se quedó contemplándolos un momento como si estuviera apenado de la pequeña destrucción que acababa de hacer. Le dijo en voz baja:

—No lo sé, Jacob. No soy Dios. No puedo arreglar todas las vidas del mundo. Ojalá pudiera.

Cinco minutos después, Jacob Baratz estaba de pie, solo, en la carretera. Respiraba el aire frío y polvoriento y miraba al otro lado del valle las murallas de la ciudad dividida. Se sorprendió y se sintió culpable al advertir que no estaba pensando en Hannah, sino en Selim Fathalla, que trabajaba en Damasco, y en la esposa de Fathalla, que vivía en Jerusalén.

Damasco

Selim Fathalla yacía en el desordenado lecho y observaba la luz del sol que se le acercaba lentamente por el suelo de azulejos. Después de una noche de amor con Emilie, le embriagaba plácida languidez; pero tenía clara la mente y el pulso firme. Dentro de una hora le vendría a visitar Safreddin. Quería estar tranquilo y de buen humor durante la reunión. Safreddin parecía un gato: suave y agradable si se le acariciaba, febril y suspicaz cuando se le frotaba a contrapelo. Era un hombre extraño, orgulloso como un emperador de la antigüedad, intrigante y frío, místico musulmán, fanáticamente leal con sus amigos y violento y amargo con sus enemigos.

Al pensar en Safreddin, recordó a Eli Cohen, el espía, cuyo lugar había pasado a ocupar él y cuyo cuerpo habían colgado, envuelto en un saco, en la plaza de Morjan para escarmiento de traidores. Safreddin había seguido a Cohen durante doce meses, había escuchado sus emisiones de radio, le había destrozado la red de espías, arrestado en el lecho y torturado durante cien días antes de entregarle al juicio y a la muerte. Safreddin le admiraba y aún solía relatar anécdotas sobre el ingenio y sus atrevidas hazañas de espionaje. Safreddin aún se reía al recordar el juicio y las diatribas de los jueces musulmanes contra el infiel que se había atrevido a rezar en la mezquita y a recitar «Allah Akbar» junto con los fieles hijos del Profeta. Pero bajo esa risa latía el odio porque, también, Eli Cohen había sido amigo suyo y se

consideraba doblemente traicionado por aquel perro judío. Y si Safreddin descubría alguna vez la doble identidad de Selim Fathalla, su venganza sería doblemente espantosa…

Quizá ya lo había averiguado… A Fathalla se le aceleró el pulso y las palmas de las manos se le llenaron de sudor frío. Quizá la reunión de aquella mañana fuera solo un juego de un gato con un ratón ya condenado a muerte. Pero no podía haber sucedido tan rápido. En tal caso habría habido alguna advertencia, alguna señal, algún portento. El Dr. Bitar, que tenía oídos en toda la ciudad, habría notado que algo funcionaba mal. Por otra parte, Safreddin le había pedido un favor. Y esto podía implicar, a lo sumo, una prueba de lealtad, pero no una condena a muerte. Fathalla era lo bastante árabe como para comprender el tortuoso proceso de los posibles pensamientos de Safreddin: no confiar en nadie; hacer una prueba y luego otra; y, pasado mañana, probar de nuevo, porque todo hombre es un junco que puede doblarse si los vientos cambian o quebrarse con la presión de alguna mano…

El caso de Eli Cohen había perjudicado toda la estructura de la sociedad siria. Se descubrió que en la red de Cohen estaban comprometidos hombres pertenecientes al gabinete del gobierno, comerciantes, banqueros y altos oficiales del ejército. Algunos eran verdaderos agentes de Israel; otros, amigos crédulos; otros, en fin, eran solo mercenarios bien pagados. Cuando finalmente Safreddin destruyó la red, se encontró en la desagradable situación de tener que censurar el juicio y hacer tratos con hombres a los que habría ahorcado. Por eso ahora era comprensiblemente suspicaz y Fathalla comprensiblemente cauto.

No obstante, había aprendido mucho de los errores de Cohen. Este se había conducido con soltura y temeridad y una actitud algo despectiva respecto a los árabes. Pero finalmente había sucumbido a esa curiosa paranoia que se apodera de los hombres acostumbrados a arriesgarse y a manipular las pasiones de sus semejantes. Cohen empezó a descuidarse. Cuando le vinieron a arrestar, estaba sentado en la cama, trabajando con su emisora de radio y como olvidado de que los detectores le tenían localizado hacía ya dos meses.

Cohen hablaba abiertamente de su dinero y de los fondos que tenía disponibles en Bélgica, Suiza y Sudamérica. Sus empresas siempre eran grandes y espectaculares. Pero el hecho de que la mitad fuera pura invención suya, era ya bastante para hacerle sospechoso.

Fathalla, el iraquí, trabajaba de modo completamente distinto. Sus negocios eran visibles y legítimos. Tenía amigos poderosos, pero siempre se las arregló para dar la impresión de estar a nivel inferior, de que les agradecía

infinitamente la amistad. Solo tenía cuenta en un banco extranjero —en el banco Fenicio de Beirut— y había tenido cuidado suficiente de informar al ministerio de Hacienda e incluso de hacerlo con moderada exactitud y honradez. Hacía regalos generosos, pero nunca excesivos, Eli Cohen se había fingido árabe, pero de modo tan enfático que llegó a llamar la atención. Selim conservaba algo de las costumbres del comerciante del zoco que siempre procura aparecer menos rico de la realidad…

Así pues, hablaría fundado en dos suposiciones excluyentes: o Safreddin le quería pedir un auténtico favor, o se trataba de una calculada prueba de su lealtad al Baas. Si se trataba de un favor genuino, el cumplimiento del mismo le aumentaría el crédito. Si se trataba de una prueba, la aceptaría a regañadientes y cometería todos los errores que pueden esperarse de un hombre inocente.

Se abrió la puerta y Emilie Ayub entró a la habitación. Era una joven de baja estatura, pero la larga bata de brocado de Damasco la hacía aparentar más alta. Tenía el pelo largo y brillante y la piel color de miel. Los ojos, pardos y límpidos, a veces demasiado grandes para su rostro. Emilie parecía mirar el mundo con perpetuo asombro. Hablaba francés con acento árabe y el árabe con una curiosa suavidad.

Se inclinó sobre el lecho, besó a Fathalla y le dijo:

—Tienes listo el baño. Farida te traerá el desayuno cuando llegue el coronel Safreddin. Mejor que me vista y baje al despacho.

La retuvo un largo rato. Se aferró, súbitamente necesitado, a la seguridad y al calor de la joven.

La hizo sentarse en la cama, a su lado, le apretó las manos con las suyas y le preguntó sobre lo que le estaba torturando desde el día anterior.

—El doctor Bitar me dijo que cuando estaba enfermo, Emilie, deliré mucho. ¿Dije alguna cosa… rara?

La joven se puso rígida. Advirtió que por los ojos le pasaba una veloz nube de miedo. Pero se recuperó al instante y, después de vacilar un momento, le contestó.

—Dijiste muchas cosas que no comprendo.

—¿Qué cosas?

—No me acuerdo.

—¿O no te quieres acordar, Emilie?

—Eso es. No me quiero acordar. Te quiero decir algo, Selim, te quiero pedir algo. No me preguntes cosas… ¡No me digas nada! Eso no tiene nada que ver con nosotros.

Le falló la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No… no me interesan. No quiero, no sabría discutirlas. Así que no quiero saberlas… ¡jamás!

—¿Me tienes miedo, Emilie?

—No. Te quiero.

—Sabes que te quiero mucho.

—Lo sé.

—¿Tienes confianza en mí?

—Quiero tenerla siempre.

—Entonces, trato hecho. No temas. No digo nada. No pregunto nada.

La acercó a su lado y se quedaron tendidos un momento. Y entonces Emilie se levantó y se fue.

Fathalla se llegó a la ventana quedándose largo rato mirando la fuente y el tamarisco mientras el miedo le subía como un lagarto por la piel.

El coronel Omar Safreddin llegó puntualmente a las diez de la mañana a tomar el desayuno. Era un hombre impecable: delgado, con cara de halcón, suave y agradable. Se tomó tres tazas de café y se fumó un cigarrillo. Preguntó solícitamente por la salud del dueño de la casa. Habló, de pasada, de amigos y conocidos e hizo vivos comentarios sobre las últimas noticias. Pasó casi media hora antes de llegar al motivo de su visita. Cambió completamente de tono y habló de modo tajante e impersonal:

—Y ahora, amigo mío, vamos al asunto de que hablamos. Necesito tu ayuda.

—Ya la tienes, coronel.

—Es una operación muy sencilla…, pero confidencial.

—Naturalmente.

—Tu próximo despacho a Amman parte el miércoles, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Cuántos camiones?

—Dos.

—¿Qué llevarán?

—Harina, conservas, tejidos de algodón y otras cosas de menos importancia.

—¿A qué hora suelen salir de Damasco?

—A las seis de la mañana. Los camiones se cargan el día anterior. Se quedan toda la noche en el patio de la bodega. Bajo poco antes de las seis a despedir a los conductores.

—¿Quién se queda durante la noche?

—Solo el vigilante.

—Bien. Va a suceder esto: cargarás los camiones el martes por la tarde como de costumbre. A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde del martes, irás a la bodega y la abrirás. Le dirás al vigilante que vaya a cumplir un encargo que le ocupe un par de horas. Mi gente llegará a las nueve: un camión con un oficial y cuatro soldados. Descargarán parte de tus mercaderías, pondrán en su lugar nuestras cosas y lo volverán a cerrar todo.

—Y tus cosas serán…

—Lo que te dije: armas, granadas, explosivos de plástico, etc. Y tus camiones partirán hacia Amman a las seis de la mañana como siempre.

—¿Y no sabrán nada del nuevo cargamento?

—Nada. Cuando lleguen a la frontera de Jordania, habrá el control de aduanas acostumbrado. Esta vez será un poco más severo. Descubrirán y confiscarán armas, granadas y explosivos. Detendrán e interrogarán a tus conductores. Después los dejarán en libertad y continuarán con el cargamento a su destino normal en Amman.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

—Solo una. ¿Y en qué condiciones quedarán mis operaciones futuras? Ya sabes que hago muchos negocios con Amman.

—No habrá problema. Tomarán más precauciones en la frontera durante unas cuantas semanas y después todo quedará igual que antes.

—Pero mi compañía, por lo menos técnicamente, es la que va a llevar las armas.

—Pero la policía siria hará una investigación sobre el asunto y descubrirá la existencia de ese envío. Y te absolverá a ti y a la compañía de toda culpa. Los jordanos solicitarán que prosigamos investigando. Lo haremos enseguida y nuestro informe complementario te volverá a absolver. No hay más complicaciones, puedes creerme.

Selim Fathalla se permitió una sonrisa aduladora.

—Te creo, coronel. Siempre he admirado tu eficacia. ¿Más café?

—Una taza y me marcho enseguida.

Safreddin se reclinó en la silla, sacó una cigarrera de oro del bolsillo, seleccionó un cigarrillo cuidadosamente, lo encendió y creó con el humo que exhalaba una sucesión perfecta de anillos en el aire. Y después, en tono algo paternal le habló a Fathalla.

—Te admiro, Fathalla. Eres un buen hombre de negocios. Tienes un gusto excelente… y una discreción francamente espléndida.

Fathalla se rio y extendió las manos en el antiguo gesto de los mercaderes de los zocos, un gesto humilde, sonriente y astuto.

—Yo soy el que está de visita en la casa, coronel. Y trato de cuidar mis costumbres.

—Dime —le dijo Safreddin en voz baja—, ¿qué sabes del Dr. Bitar?

—¿Bitar?

Fathalla quedó realmente sorprendido. Se encogió de hombros con el máximo de indiferencia que le fue posible.

—Es una persona muy agradable. Ha sido muy atento conmigo. A veces nos reunimos a jugar al ajedrez. Fuera de eso, creo que apenas sé nada de él.

—¿Es buen médico?

—Me parece que sí, por lo menos según lo que he podido experimentar yo mismo. ¿Por qué, coronel?

—Me lo han recomendado como médico de cabecera. Eso es todo.

Y dejó el tema tan súbitamente como lo había iniciado. Le habló después de las últimas medidas para controlar la malaria en el valle del Éufrates. Se marchó tres minutos más tarde. Selim Fathalla se quedó sentado largo rato. Miraba los restos del café y trataba de comprender qué podía significar ese contrabando sin sentido y esa inesperada pregunta sobre la calidad profesional de Bitar. Pero la solución del rompecabezas se debía postergar por el momento. Tenía que efectuar el informe, pendiente ya tantos días, para Tel Aviv y tranquilizar a Baratz que, de este modo, sabría que su amigo Fathalla por lo menos continuaba vivo. Subió a su dormitorio, cerró la puerta, apretó el botón que abría el panel de mosaico y entró en el útero de piedra donde se transformaba en Adom Ronen, agente secreto de Israel.

Beirut

Nuri Chakry puso su florida rúbrica en el cheque y se lo entregó a Idris Jarrah.

—Cincuenta y siete mil dólares, deducidos los gastos bancarios. Y queda cerrada la cuenta del Frente de Liberación de Palestina en el banco Fenicio. Es una lástima. Nunca gusta perder un buen cliente.

Idris Jarrah dobló el talón, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y le dijo al otro, con suavidad y pena:

—Yo también lo siento. El banco nunca me ha dado motivo de queja, pero debe comprender que solo soy un servidor de la Organización. No tengo

control alguno sobre la distribución de fondos. Me limito a seguir instrucciones de la dirección central.

—Comprendo —repuso Nuri Chakry.

Tomó el pequeño cubo de plástico que contenía la moneda de oro y empezó a acariciarlo sin cesar. Y prosiguió:

—Le comprendo. Pero ya sabe que las relaciones entre banco y cliente son siempre muy especiales. Yo tenía la impresión… sigo creyendo que la Organización nos debió informar con más tiempo sobre sus intenciones. Una discusión directa habría podido ser muy útil a ambas partes.

Se produjo un breve silencio. Después habló Idris Jarrah:

—Me gustaría hablar de algo con usted… Si tiene tiempo, claro está.

—Por supuesto. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito un préstamo. Un préstamo personal.

—¿De qué cantidad?

—Cien mil dólares.

Nuri Chakry dejó su talismán sobre el escritorio y alzó la vista. Había abierto mucho los ojos. No pestañeaba. Parecía un pájaro.

—Es un importe muy elevado, señor Jarrah. Tendrá un aval, supongo. ¿Fincas, acciones, bonos?

—No poseo fincas. Soy trashumante. Es un inconveniente. ¿Acciones o bonos? Tampoco. Sin embargo, comercio con ciertas mercancías.

—¿Por ejemplo?

—Informaciones —le dijo Idris Jarrah.

—Solo valen cuando son exclusivas.

—Son exclusivas.

—Pero sigue habiendo mucho riesgo.

—Yo me arriesgué para obtenerlas. Y mucho más me arriesgo si las doy.

—No me ha comprendido.

Nuri Chakry hablaba con calculada amabilidad.

—El riesgo es que la información puede ser falsa o estar amañada y parecer verdadera.

—He aprendido a cuidar mucho la veracidad de mis informes, señor Chakry. De ello depende mi vida.

—Eso está mejor, señor Jarrah. Continúe, por favor.

—¿Quiere que le haga una demostración?

—¿Por cuánto?

—La primera parte es gratuita.

—Muy bien.

Idris Jarrah reflexionó un momento. Después se inclinó hacia adelante en la mesa y, tranquilo como un experimentado jugador de póquer, fue depositando sus cartas una a una.

—Usted pasa por momentos difíciles, señor Chakry. Su banco los tiene. Su pasivo alcanza, más o menos, los ciento setenta millones de dólares. El valor nominal de su activo es, aquí y en otros sitios, de cerca de doscientos cincuenta millones, pero la mayor parte consiste en inversiones a largo plazo que no se pueden liquidar rápidamente en el mercado libre. En el mejor de los casos cuenta con una liquidez de un cinco por ciento o acaso menor. Y esto a pesar de tener el cuarenta por ciento de los depósitos de todos los bancos propiedad de libaneses. Los sauditas proyectan retirar sus fondos por razones políticas. El Kuwait se halla bajo la tremenda presión de los intereses británicos que quieren que sus fondos vayan a Inglaterra a sostener la libra. Los depósitos norteamericanos ascienden a unos tres millones de dólares, pero pueden ser congelados en cualquier momento, pues usted se halla en deuda con los mismos intereses norteamericanos, en Suiza y en otros sitios. La crisis será inevitable dentro de treinta días. Tiene que cubrirse antes. Mañana por la mañana se reunirá con el ministro de Hacienda; espera que el Banco Central le apoye. Puede que el ministro le prometa una salida. Pero, por otra parte, tiene buen número de poderosos enemigos. A Aziz no le dio tiempo para salir de su hipoteca y se quedó con su edificio de apartamentos. Se negó a hacer un préstamo a Taleb cuando este se vio en dificultades con una mujer que antes había pertenecido a usted. Le podría nombrar media docena más. Mortimer, que le puede sacar del lío con solo una llama telefónica, no quiere hacerlo porque usted se niega a venderle la línea aérea… Puede comprobar cada extremo de esta información, señor Chakry, y ya sabe que si estos datos se dicen en voz alta, tendría que cerrar el banco veinticuatro o cuarenta y ocho horas después del primer rumor. La razón por la cual mi gente ha cancelado la cuenta es muy sencilla: no pueden arriesgar su dinero en una empresa vacilante.

Dejó de hablar y se reclinó en la silla, a la espera. Era conspirador avezado y tuvo que admirar la frialdad y calma de su interlocutor.

—Supongamos… —dijo Chakry—. Supongamos que esta información sea correcta. En tal caso, no me ha ofrecido información alguna que yo no sepa… ¿Qué otra cosa puede ofrecerme?

—La prueba ha terminado, señor Chakry. Ahora el dinero sobre la mesa.

Sin decir palabra, Chakry se levantó y salió de la habitación. Jarrah también se levantó y se acercó a las ventanas que daban a la deslumbrante

costa de Beirut: mar azul y playas doradas y nuevos edificios apilados, como piezas de madera de juego infantil, a lo largo del alto litoral y a ambos lados de la nueva carretera. Este era el verdadero país del comercio. Desde el principio de los tiempos había sido el punto de reunión de comerciantes que a la sombra de dioses ajenos, olvidaban la lealtad a príncipes y sátrapas y se dedicaban a regatear el precio de jóvenes esclavas y demás productos del mercado. Aquí se habían librado sangrientas batallas y tramado terribles intrigas. Y aquí se seguía calculando en monedas de plata el valor de un hombre o una mujer.

> «Aquí contaban la historia del escorpión que llegado a la ribera del río Perro, no podía cruzar por la mucha corriente y vio un pez que paseaba plácidamente por entre los juncos.
>
> —Por favor, pez —dijo el escorpión—, deja que me suba encima de ti y pásame a la otra ribera.
>
> Al pez no le gustó nada la proposición.
>
> —Si te llevo encima —le dijo—, me picarás y moriré. Pero el escorpión tenía una respuesta a punto:
>
> —Si te pico y mueres en mitad de la corriente, yo también moriré porque no sé nadar.
>
> El pez se tranquilizó entonces.
>
> Subió el escorpión a lomos del pez y este empezó a nadar por el turbulento río. El escorpión le picó a medio camino. Antes de morir, el pez le preguntó, quejumbroso:
>
> —¿Por qué lo has hecho? Ahora vamos a morir los dos.
>
> Y a esto le respondió el escorpión:
>
> —Ojalá lo hubiera sabido antes, amiguito… ¡Pero estamos en el Líbano!».

Chakry tardó menos de cinco minutos en volver. En una mano llevaba una cartera llena de dólares nuevos y en la otra una hoja de papel doblada por la mitad. Puso la cartera sobre el escritorio sin soltarla de las manos. Idris Jarrah se había vuelto a sentar. Chakry sonrió.

—¡Cien mil dólares, amigo mío! Hable ahora.

—Dentro de un par de semanas, aproximadamente —le dijo Idris Jarrah —, un grupo de oficiales del ejército tratará de asesinar al rey Hussein de Jordania. Cierto comandante Jalil será el jefe de los oficiales. La acción empezará con el sistemático desprestigio del actual jefe de la guardia de palacio; de este modo el comandante Jalil tomará el mando y reemplazará al

otro. El coronel Safreddin, de Damasco, ha planeado toda la operación. Mañana salgo hacia allí en avión a conversar con él.

—Y aunque esta información sea cierta, ¿cómo me va a beneficiar tanto que pueda equivaler a estos cien mil dólares?

—En primer lugar, usted ha invertido en Amman cerca de un millón en un nuevo proyecto de desarrollo. Si hay una revolución socialista, lo perdería todo de la noche a la mañana. En segundo lugar, usted puede vender esta información por mucho más de lo que me presta.

—Por otra parte, se la puedo ofrecer gratis al coronel Safreddin. Es un hombre poderoso. Podría convertirse en muy buen cliente del banco.

—Lo dudo —le dijo Idris Jarrah, plácidamente—. Los sirios están endeudados hasta el cuello. Usted necesita mejores clientes.

Una vez más se hizo el silencio en la enorme habitación. Finalmente habló Chakry.

—Siento mucho, señor Jarrah, no poder incluir este préstamo entre las operaciones bancarias corrientes. Sin embargo, como inversión privada, estoy dispuesto a prestarle personalmente el dinero, siempre que, por supuesto, firme el acostumbrado recibo y acepte las condiciones de pago de la deuda.

—¿Cuáles son?

Chakry desplegó el papel y leyó en voz alta:

> «El que suscribe, Idris Jarrah, apátrida, actualmente empleado por la Organización de Liberación de Palestina, reconoce que en esta fecha ha recibido un préstamo de cien mil dólares en efectivo de parte de Nuri Chakry, residente en Beirut, Líbano. Se compromete a pagar esta cantidad a sesenta días plazo a contar de la fecha que el señor Nuri Chakry determine. Acepta que el interés de este préstamo ascienda al quince por ciento anual sobre el total de la deuda. Reconoce, además, que a cambio de este préstamo le ha dado al señor Nuri Chakry cierta información sobre un asunto de naturaleza política que ha sido grabado en cinta magnetofónica en este despacho el día…».

Chakry apretó un botón oculto en el escritorio y se abrió un compartimento. Dentro había un magnetofón con los carretes aún en movimiento. Detuvo la máquina, se reclinó en el asiento y sonrió amabilísimamente al visitante.

—Bien, señor Jarrah. ¿Trato hecho?

—Por supuesto —dijo Idris Jarrah, sin inmutarse—. Nos comprendemos perfectamente. Espero que podamos realizar otros negocios.

—Siempre habrá tiempo de hablar de ello —dijo Nuri Chakry.

Cuando se marchó el otro, Chakry cogió el teléfono y llamó. Le contestó enseguida una voz de mujer que repitió el número que acababa de marcar.

—Habla el señor Chakry. Dígale a la señorita Frances que iré a comer con ella a las doce y media.

La respuesta fue vacilante y de desconcierto.

—Lo siento, señor. La señorita Frances salió esta mañana para Trípoli… con el señor Aziz. ¿No quiere dejarle algún recado?

—Ninguno.

Dejó el teléfono y sacó un pañuelo de seda para secarse el súbito sudor de las manos. Frances era una prostituta, una prostituta hermosa, inteligente y muy particular. Pero cuando las prostitutas empiezan a abandonar una ciudad, ya es hora de que los ciudadanos enciendan los fuegos de vigilancia y se ocupen de las defensas de las murallas. Hizo otra llamada, esta vez a un hombre que vivía en una villa en medio de un bosquecillo de naranjos al norte del promontorio de Biblos. El hombre se llamaba Heinrich Muller, vivía recluido en el país y tenía cierta fama, no probada, de historiador y arqueólogo. Nuri Chakry le habló como de costumbre, es decir, cordial y respetuosamente.

—Heinrich, habla Nuri. ¿Cómo va el trabajo?

—Lo terminaré dentro de tres días —le dijo Heinrich Muller.

—¿Lo puedes terminar en dos?

—A toda velocidad.

Muller se rio.

—Pero después necesitaré unas buenas vacaciones.

—Las podemos tomar juntos —le dijo Chakry—. Unas vacaciones largas. Telefonéame en cuanto acabes.

Zurich

En una oscura oficina gótica de la sobria ciudad de Zurich, Mark Matheson hablaba de negocios con Simon Lewisohn, un hombre bajo, regordete, de mejillas rojas como manzanas, ojos movedizos y un mechón de pelo blanco, que le daba aspecto de cantante de ópera retirado y no de director de una corporación bancaria suiza. Le gustaba el café y los pastelillos y comía con

infantil deleite mientras Mark Matheson extendía sus papeles en la mesa y le explicaba los problemas y necesidades urgentes del banco Fenicio. La exposición fue larga y detallada. Lewisohn la escuchó en silencio. Cuando terminó el otro de hablar se quitó las migas de la pechera de la camisa, se puso las manos sobre el amplio estómago y sonrió benévolamente.

—Tiene muy buena reputación, señor Matheson. Creo que se la merece. Si alguna vez piensa cambiar de empleo, le agradecería mucho que hablara conmigo.

—Gracias, señor Lewisohn. No he pensado aún en cambio alguno.

—Solo quería que lo tuviera en cuenta. Deje que le haga algunas preguntas. El banco Fenicio, según usted me ha demostrado, solo dispone de una liquidez del tres y medio por ciento. ¿Le parece buena esa posición?

—Evidentemente no.

—Pero usted es el ayudante personal del señor Chakry. ¿Cómo ha permitido que se cree esa situación?

—Yo no decido lo que se hace, señor Lewisohn. Solo doy mi consejo cuando se me pide. Y llevo a cabo las medidas adoptadas una vez que se han decidido.

—¿Se ha opuesto alguna vez a esta política bancaria?

—A veces. Sí.

—¿Pero la dirección no le ha hecho caso?

—Creo que por razones de peso. El dinero brota de la tierra todos los días en el Oriente Medio. Actualmente no hay motivo para prever un agotamiento. Hasta hoy hemos sido el principal cauce de inversión de ese dinero. Y no parecía existir razón alguna para que cambiara la situación.

—Pero ahora ha cambiado. ¿Y sigue aún cambiando?

—Sí. Hay presiones sobre la libra esterlina. Hay presiones sobre las reservas de oro norteamericanas. Los demás miembros de la Liga Árabe ejercen presiones sobre el Líbano.

Creemos que si contamos con tiempo para reagrupar nuestras fuerzas, podemos contrarrestar tales presiones. Y para ganar ese tiempo…

—¿Necesitáis cincuenta millones de dólares a toda prisa?

—Exacto.

—Pero las presiones van a continuar.

—Por supuesto.

—Y hay otras que usted no me ha mencionado.

—Me parece, señor Lewisohn, que no le estoy ocultando nada.

Simon Lewisohn sonrió infantil y plácidamente, se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa.

—No se enfade conmigo, señor Matheson. No he querido insinuar que esté ocultando dato alguno pertinente. Simplemente he expuesto el hecho de que existen otras presiones sobre el banco Fenicio y que usted no me las ha mencionado.

—¿Y son?

Lewisohn las enumeró una a una con sus dedos rechonchos.

—Primero: aunque consigáis ayuda nuestra o de otros bancos, siempre vais a necesitar que el Banco Central del Líbano os tienda la mano para sacaros de esta situación. En el Banco Central y en el ministerio de Hacienda hay personas importantes que el señor Chakry ha molestado mucho y a quienes gustaría verle arruinado. Segundo: en Zurich, Nueva York, París y Londres hay gente que pone en duda la honradez del señor Chakry. No se opondrían a que tales dudas se hicieran públicas.

Tercero: la exposición del activo del banco, que usted me ha hecho, contiene ciertos puntos que podríamos calificar de exageraciones.

—Si las hay —dijo Mark Matheson, acalorado—, no sé cuáles son.

Lewisohn se adelantó, tomó uno de los grandes folios y pasó el índice por la lista.

—Esto, por ejemplo: El «Hotel Vista del Lago», en Lugano. Aquí dice que vale unos catorce millones de dólares. He realizado una evaluación por mi cuenta. Vale ocho millones. Y en el mejor de los casos le darían hasta once. Con la falta de dinero que hay en la actualidad, os podríais considerar afortunados si os dan diez en el mercado libre. Por lo tanto está evaluado en, por lo menos, tres millones más que su valor comercial. ¿Comprende lo que le quiero decir?

—Por supuesto. Aunque no tengo medios para saber si tiene razón o se equivoca.

—Le puedo dar más datos, si quiere. En la lista hay unas cuatro exageraciones más. Y sospecho que ha de haber otras.

—La única prueba definitiva se dará en caso de ir a la liquidación.

—¿Y cuándo será eso, señor Matheson? —le preguntó suavemente Simon Lewisohn.

—Espero que tarde mucho tiempo. Todo lo que nos hace falta es una pequeña ayuda de los amigos y nos convertiremos definitivamente en el banco más fuerte del Oriente Medio.

—¡Chakry no tiene amigos!

El gordo hombrecillo dejó de sonreír súbitamente.

—Chakry es un perro que come perros. Si quiere dinero en efectivo, que le venda la línea aérea a Mortimer y le ofreceré ocho millones por el «Vista del Lago». ¡Y que lo acepte o lo deje! ¿Pero prestarle dinero? Ni en un millón de años. ¡Que se pudra en el hoyo que él mismo se ha cavado!

—Es usted muy vehemente, señor Lewisohn.

A Mark Matheson le pareció, por un momento, que estaba controlando la situación.

—¿Le importa decirme la razón?

Instantáneamente, como actor que cambiara de rostro, Lewisohn volvió a sonreír.

—Sí que me importa, señor Matheson. Todos tenemos derecho a guardar nuestros pequeños secretos. Pero le diré una cosa. He sido banquero durante toda la vida. Mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo también lo fueron antes que yo. ¿Sabe lo que derriba a los hombres como Chakry y los imperios que ellos construyen? Un hombrecillo que rumia furioso en un rincón porque le han herido el amor propio o le han quitado la mujer. Espera, espera y espera… Descubre que hay muchos hombres, más fuertes y más ricos que él, que rumian resentimientos mucho mayores que el suyo. Y entonces este hombrecillo sale de su rincón y les ofrece la llave que abre las puertas de las nubes. ¡Y entonces el diluvio es inevitable!

—¿Y ese hombrecillo tiene un nombre concreto? —le preguntó Mark Matheson.

—Lo tiene —le dijo Simon Lewisohn—. Pero ya es muy tarde para que se lo diga… Piense en mi oferta, señor Matheson. Y si se une a mí, me gustaría mucho que me cuente por qué acudió primero a Chakry.

Mientras caminaba por la calle que apenas calentaba el débil sol otoñal de Zurich, Mark Matheson pensaba, amargamente, que aquella era la única pregunta a la que nunca se había respondido sinceramente.

Jerusalén

La casa de Judit Ronen —la esposa de Adom Ronen, el hombre-espejo de Damasco— era una vieja residencia árabe encaramada en la cima de una colina de Har Sión. Para llegar a ella había que subir por un laberinto de edificios en ruinas hasta una pared de barro pintada de cal con una puerta de hierro por única abertura. Más allá de la puerta había un jardín lleno de

olivos, higueras y altos cipreses. Desde la puerta solo se alcanzaba a ver la cúpula, que se alzaba entre el verde como la tumba de un antiguo profeta. Había un extraño silencio en el ambiente, como si el distante murmullo de la ciudad y los gritos de los niños del vecindario, estrellándose contra aquella pared, se disiparan como las ondas del agua en las orillas de un lago.

El teniente general Jacob Baratz llegó a la puerta y tocó el timbre exactamente a las diez y veinte minutos de la mañana. Siempre anotaba cuidadosamente la hora de sus llegadas y de sus partidas. El hábito continuaba, aunque, después de la visita a Hannah, el tiempo se le había convertido en una espantosa e inmóvil eternidad. El sistema eléctrico funcionó cinco segundos más tarde, la puerta cedió al empuje de su mano y siguió adelante por el jardín después de cerrarla. Bajo el oscuro follaje de las higueras el aire era frío y Baratz se estremeció. Llegó aun ángulo del sendero, le dio otra vez el sol y quedó frente a la casa, baja, blanca y sólida, de paredes gruesas y ventanas de mazmorra. El portal era un arco bajo y pesado por el que trepaba una parra. La puerta era negra y pesada también, llena de clavos de hierro, forjados hacía más de un siglo en alguna herrería de la vieja Jerusalén. Se abrió. Judit Ronen le esperaba en el umbral.

Tenía treinta y seis años. Pero, vestida con viejo traje de algodón y camisa de hombre y el pelo sujeto con un pañuelo, parecía una joven llena de vida, de vigor y de alegría. En una mano llevaba unos guantes y anteojos para soldar. Alzó la otra para saludarle.

—¡Jacob! Qué sorpresa. ¡Pasa!

La habitación bajo la cúpula estaba como la había conocido siempre: fría y oscura, aunque animada súbitamente por inesperados reflejos de color: la manta de lana sobre el diván, los objetos de cobre que colgaban de la pared, el resplandor de un óleo en el que predominaban el oro y el rojo, la fila de viejos libros en las estanterías, el brillo opaco del vidrio fenicio y la pátina de los bronces en los pedestales y anaqueles de la pared. Era una habitación sin secretos, pero llena de contrastes.

Como la mujer que allí vivía, brusca, excitante y sosegada al mismo tiempo.

—¿Qué te ha traído a Jerusalén?

—Una reunión esta tarde con el primer ministro… y Hannah, que está de nuevo en el hospital.

—¡Dios mío!

La pena de la mujer era tan notoria que le cogió desprevenido y casi se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Has estado con ella?

—Sí… No me reconoció —dijo Baratz.

—¿Qué dice Lieberman?

—Diagnóstico negativo.

—¿Te ha sorprendido?

—No. Hacía mucho tiempo que lo presentía. Pero no quería creerlo.

—¿Y ahora…?

—No tengo la menor idea.

—¿Puedes quedarte un rato?

—Por supuesto… Me he tomado una hora. Necesitaba verte.

—¡Bueno! Tomemos café.

Dejó la gorra y la cartera de mano en el sofá y la siguió a la pequeña cocina, situada al fondo de la habitación abovedada. Quería estar cerca de ella, hacerle compañía y sentirse absuelto de la culpa que Hannah, sin saberlo, había hecho caer sobre él. La veía moverse por la estrecha e iluminada habitación y recordó a su homónima de la Biblia: «Judit era viuda y vivía en su casa… era bella de formas y de muy agraciada presencia…». Se preguntó, como muchas veces se lo había preguntado, qué clase de unión habría existido entre esta criatura activa y decidida y el sutil e inquieto personaje que ahora vivía en Damasco bajo otro nombre.

Le preguntó, como si ella hubiera leído en su pensamiento:

—¿Has sabido algo de Adom?

—Hace diez días que no sé nada.

—Es algo raro, ¿verdad?

—Un poco. Puede estar viajando, por supuesto. Puede haberse escondido por estar haciendo alguna investigación… En cuanto sepa algo de él te lo comunicaré. No tienes por qué preocuparte.

—No me preocupo, Jacob.

Se volvió, súbitamente, y le miró a los ojos.

—Entiéndelo bien. Acepto lo que es… y lo que hace. Tengo a Golda, que es una niña muy buena. Tengo mi trabajo. Estoy menos… menos sola que cuando Adom estaba conmigo. Le quiero. Y creo que él me quiere a su manera. Pero nunca fuimos muy felices cuando estábamos juntos.

—No lo sabía.

—¡Querido Jacob!

Le sonrió no muy alegremente y le puso un momento la mano en la mejilla.

—Eres tan inteligente en tu trabajo, pero tan ciego para lo demás…

—Nunca he sido ciego contigo, Judit.

—Ni yo tampoco contigo. ¿Así que adónde vamos?

—A ninguna parte. A nada.

—Entonces tranquilízate —le dijo suavemente Judit—. Seamos francos y veraces y no nos avergoncemos de lo que los dos sabemos.

—Trato hecho.

Le cogió la cara entre las manos, la besó suavemente en la boca y se apartó enseguida.

—Prepara el café y muéstrame luego tus trabajos.

Dejaron de pisar resbaladizo hielo y volvieron a tierra firme. Pero ya habían visto el agua oscura, y aunque retrocedieron, ambos sabían que siempre estaría allí, el pozo profundo y secreto, en espera de tragárselos. Tomaron café y charlaron sobre las novedades de Jerusalén y Tel Aviv, sobre las locuras de los amigos, sobre las comedias en Yidish, las historias a veces siniestras de tramposos y embusteros que estafaban a los grupos de inmigrantes. Después Judit le tomó de la mano y le llevó por la sombra del jardín hasta su estudio; un largo granero pintado de blanco, adosado a la pared oriental del jardín.

Había el acostumbrado amontonamiento de herramientas, alambres, modelos de madera, moldes de yeso, dibujos colgados de las paredes, bronces a medio pulir, ensayos de escultura en madera y en piedra. Casi todo lo había visto antes, pero había una pieza nueva, de la mitad de la altura de un hombre, cubierta con una sábana y puesta sobre un banco de madera sobre el que un rayo de sol caía desde la claraboya. Judit le pidió que se quedara a unos tres metros de distancia. Y enseguida inició la indispensable comedia previa.

—¡Si no te gusta no la compras! Pero entonces no hay descuento, Jacob. He puesto en ella cuanto sé y cuanto soy. La terminé ayer. Serás la primera persona que la vea… Se llama «El Matrimonio».

Quitó la sábana y se quedó observándole mientras él examinaba la escultura: Una larga cinta rectangular de plástico trasparente había sido colocada en doble curva, apoyada sobre una base de piedra. En el hueco de una de las curvas había una forma femenina, desnuda y en actitud de máximo deseo. Alzaba los brazos en dirección al varón que estaba de pie, en desesperada frustración, golpeando el otro costado de la muralla trasparente. Toda la furia de la pasión se podía apreciar en los músculos tensos, todo el terror de la soledad en sus rostros atormentados. Parecía que la pared iba a estallar por el impacto de la mutua necesidad. Pero la pared se mantenía intacta y allí estaban helados en un límpido y eterno infierno.

El efecto en quien lo contemplaba era extraño. Había un primer momento de destacada curiosidad, un instante de distanciamiento en la propia composición como si sus partes no armonizasen una con otra. A esto seguía violenta impresión al advertirse que las partes formaban efectivamente una unidad. Y entonces el observador era arrastrado —lo quisiera o no— por la acción de las dos figuras de bronce. La emoción brotaba derramándose en breves expresiones inadecuadas.

—Es hermoso —le dijo Jacob Baratz—. Hermoso y terriblemente triste.

—Ahora ya sabes bastante sobre Adom y sobre mí.

—Ojalá no lo supiera.

—Pero tenías que saberlo, ¿verdad? Para protegerle. Para protegerme a mí.

—Para protegernos todos —dijo Jacob Baratz.

Y entonces empezó a llorar, tranquila y aliviada, como si acabara de sobrevivir a una prueba rigurosísima. Cuando la tomó en brazos, se le entregó como una niña pequeña, hambrienta de seguridad y de ternura. Pero Baratz sabía que la ternura no volvería ya a ser tan sencilla y que si se destruía la muralla trasparente, jamás podría ser reparada. Así pues, tan pronto como se tranquilizó, le hizo cubrir otra vez la escultura y volver con él a la casa blanca de puerta negra y ventanas de mazmorra. Desde allí llamó por teléfono a su cuartel general de Tel Aviv y supo del nuevo sabotaje en Ein Kerem: habían volado una casa con explosivos de plástico, un niño murió con la explosión y una mujer quedó herida por fragmentos de ladrillo. Y le informaron de algo más: que Adon Ronen había vuelto a hablar desde Damasco y que una copia de su mensaje le esperaba en Jerusalén.

—Cuarenta y un actos de sabotaje en doce meses.

El primer ministro resumía las estadísticas con su voz áspera y monótona.

—Siete muertos, dos en la semana pasada. Nos hemos reunido para tratar de las represalias, su clase, ritmo, fechas y sus efectos políticos y militares.

Era un hombre completamente gris, pensaba Jacob Baratz. Pelo gris, traje gris, ojos grises, temperamento y piel grises: el perfecto candidato de compromiso en un gobierno de coalición. Era el gobernante gris que siguió a los brillantes fanáticos que habían trazado con sangre las actuales fronteras de Israel. No era un hombre débil. Poseía toda la firmeza del político profesional y toda la paciente astucia del funcionario de carrera. Pero le faltaba presencia y fogosidad y carecía de la elocuencia profética capaz de fortalecer el corazón de un pueblo sitiado. —… El episodio de esta mañana y la reciente muerte del conductor de un tractor en Sha’ar Hagolan han provocado una crisis en mi

gobierno. ¡El pueblo exige saber tiene pleno derecho a exigirlo!— qué vamos a hacer para proteger sus personas y propiedades contra las incursiones hostiles. Esto significa que debemos efectuar una clara demostración de nuestra voluntad y capacidad para resistir a la agresión y más importante aún…

Puso las manos sobre la mesa golpeándola rítmicamente con sus pulgares.

—Si no actuamos enseguida nuestros enemigos cobrarán más audacia y nos podríamos ver forzados a una aventura militar de grandes y peligrosas consecuencias.

Baratz jugueteaba con su lápiz y trataba de disimular su irritación. Ya se había precisado. ¿Para qué enredarse en tópicos y con la pesada retórica del Knesset? Usted quiere represalias; las estudiaremos. Quiere una lista de las posibles consecuencias; también se la daremos con las posibilidades de cada una. Pero, por lo que más quiera, centrémonos en el asunto. Y cuando haya arreglado este pequeño lío, veamos qué me dice del informe que me acaba de enviar mi agente de Damasco…

—… Dos clases distintas de sabotaje.

La voz gris continuaba monótona e implacable.

Ataques directos desde Siria y escaramuzas en la frontera de Jordania a cargo de miembros de la Organización de Liberación de Palestina: La mina que voló el tractor en Sha’ar Hagolan es obra de los sirios. La explosión de esta mañana en Ein Kerem es, evidentemente, obra de saboteadores de la O. L. P. con base en Jordania. Primera pregunta: ¿A quién atacamos… a Siria, a Jordania o a los dos estados?

O a ninguno.

El ministro de Relaciones Exteriores había completado la pregunta y ocupó al instante el centro de la escena.

—Todos los incidentes de la frontera siria están siendo investigados por la comisión mixta de armisticio. Si no hacemos caso de sus investigaciones y realizamos un ataque directo, Siria podría invocar seguidamente el tratado de defensa mutua firmado con Egipto. Si atacamos a Jordania, los jordanos alegarán, con razón, que estamos tomando represalias contra gente inocente por culpa de terroristas ilegales, es decir, de los hombres de la O. L. P.

—¿Así que nos sentamos y no hacemos nada?

El primer ministro parecía molesto.

—No he dicho eso, Aron. Solo quería señalar que, hagamos lo que hagamos, tropezaremos siempre con un legalismo técnico, por el que deberemos responder en las Naciones Unidas.

—¿Y acaso las Naciones Unidas responderán ante nuestro pueblo… por nuestros muertos?

—No.

—Volvemos pues a mi pregunta: ¿Siria, Jordania o ambos?

El ministro de Defensa desenrolló el largo y serpentino cuerpo que tenía oculto en las profundidades de la silla y emitió una decisión de oráculo.

—Las medidas que tomemos contra Siria dependen del tratado que este país tiene firmado con Egipto. Si Siria provoca la acción militar, Egipto no está obligado a intervenir. Si nosotros la provocamos, Siria puede invocar el tratado y la ayuda egipcia. Por lo tanto solo podemos disparar después que nos disparen… Si ellos atacan, contraatacaremos. Nos parece muy peligroso cambiar esta línea de acción, por lo menos de momento.

—¿Y qué recomienda el ministro de Defensa?

—Un solo golpe contra un objetivo preciso dentro del territorio jordano.

—¿Para demostrar qué?

—Que los jordanos deben cuidar mejor sus propias fronteras y librarse de los grupos de la O. L. P. que operan en la zona.

—Parece sensato.

El hombre gris asintió con la Cabeza y se apoyó en el respaldo de su asiento, cruzándose de brazos.

—¿Tiene pensado algún objetivo preciso?

—Todavía no. Si de esta reunión sale una decisión general, en principio, entregaré el asunto para que lo empiecen inmediatamente a estudiar el jefe de Estado Mayor y el director del Servicio de Inteligencia Militar.

—¿Cuánto se tardaría en acabar ese estudio?

—Una semana —dijo el jefe de Estado Mayor.

—Me gustaría disponer por lo menos de dos semanas —dijo Jacob Baratz —. Y aún de más tiempo si fuera posible.

El jefe del Estado Mayor frunció el ceño. El ministro de Defensa tosió: una seca advertencia. El ministro de Relaciones Exteriores intervino con toda franqueza:

—Cuanto más tiempo esperemos, más tiempo habrá entre las represalias y los actos que las motivaron. Y esto es peligroso a nivel político.

—Hay más de un peligro —afirmó categóricamente Jacob Baratz—. Tenemos que conocerlos y medirlos antes de entrar en acción.

Buscó algo en su cartera y sacó la copia —descifrada— del mensaje que recibió de Damasco. La puso sobre la mesa, con las manos encima y continuó hablando en la misma forma categórica.

—Esta mañana he recibido un informe de nuestro principal agente en Siria. Había estado enfermo. Malaria. Este es el meollo del mensaje: «Creo que Safreddin está preparando una conspiración para asesinar al rey de Jordania. Está utilizando mis camiones para transportar lo que parece una trampa: armas que se entregarán a personas cuyo nombre no conozco todavía. Este envío será interceptado en la frontera de Siria y se tratará de que las sospechas recaigan sobre elementos leales de palacio. Estaré presente cuando carguen esas armas en mi bodega. También se puede tratar de una trampa que me estén tendiendo a mí. Enviaré más datos cuando los tenga».

Alzó la vista y contempló los rostros tensos e interrogantes, que le miraban fijamente.

—… Supondréis lo que esto significa, caballeros. Si atacamos a Jordania, atacaremos a un hombre al que ya están apuntando por la espalda.

CAPÍTULO TERCERO

Beirut

Eran las siete de la tarde cuando Nuri Chakry, recién hecha la barba y después de bañarse, descansaba en su departamento junto a una botella y un desnudo de Picasso, mientras se dedicaba a analizar seriamente su propio porvenir. Empezó su reflexión estableciendo esta única y elemental premisa: Nuri Chakry tenía que sobrevivir manteniéndose al mismo nivel de vida a que se había acostumbrado. Sentada ya tal premisa quedaba solamente por establecer los medios más apropiados de supervivencia, la mejor forma de emplear el tiempo y las circunstancias.

Le gustaría quedarse en Beirut, aquel soleado imperio de ladrillos y cemento, acciones, bonos e hipotecas, Consejos de Administración y esferas de influencia creadas por él y para él. Si se le negaba esta elección, entonces necesitaría una segura salida y un puerto seguro donde poder empezar a construir de nuevo.

Las líneas generales eran cosa sencilla. El problema radicaba en los detalles. Si Nuri Chakry había de sobrevivir en Beirut, tenía que sobrevivir también el banco Fenicio; supervivencia que se concretaba a cuatro palabras: Cincuenta millones de dólares. Si los saudíes y los de Kuwait no tocaban sus depósitos, el problema estaba solucionado. Las posibilidades, sin embargo, indicaban que los retirarían dentro de los próximos treinta días. También podían salvarle el Ministerio de Hacienda y el banco Central. Le harían sufrir antes, sin duda; pero una vez que se entregaran a la operación de salvamento, sería muy difícil que decidieran retirarse. De este modo, Nuri Chakry contaría con la mercancía que más necesitaba: el tiempo. Existía sin embargo un punto vulnerable.

En el Ministerio de Hacienda y en el banco Central figuraban muchos que habían recibido, de un modo u otro, verdaderas coces de Nuri Chakry; era

pues difícil saber de qué lado caerían los votos.

Eliminadas estas dos esperanzas, quedaba la última y la menor de todas: Mark Matheson que aún se afanaba por las madrigueras de Zurich en busca de un amigo al que comprometer o de un loco capaz de arriesgar cincuenta millones por Nuri Chakry. Matheson había prometido telefonear aquella tarde entre siete y nueve. Hasta entonces Chakry tendría que ser dueño de sí mismo, armándose de toda la paciencia posible.

El razonamiento proseguía. Podía fracasar todo; aun el Banco. ¿Qué le sucedería entonces a Nuri Chakry? Primero llegaría la intervención del Estado. Se pondría de relieve lo que muchos ya sospechaban, aunque muy pocos supieran con certeza: que el valor de las propiedades del Banco se halla muy inflado en el balance, respecto a la verdadera situación del mercado. Saldrían a la luz los grandes préstamos de favor hechos a particulares sin garantía o sobre documentos que no eran más que meras esperanzas sobre el papel.

Y al fin —acaso mucho antes del fin— Nuri Chakry sería llamado a rendir cuentas; serían embargadas sus propiedades en el Líbano y a pesar de la no muy severa Ley de su país, iría a parar a la cárcel.

En consecuencia, y aunque nunca tuviera que efectuarla de hecho, debía preparar la escapada.

Distribuir cuidadosamente el tiempo: solo contaba con treinta días para salvar lo que pudiera del naufragio. Y aquí era donde podía serle muy útil Idris Jarrah, el agente mercenario. Y Heinrich Muller totalmente imprescindible.

Jarrah era un hombre prudente, que no entregaría la cabeza al verdugo por unos cuantos dólares que no llegaría a gastar en su vida. No temía ni a la cinta magnetofónica ni al documento acusador que había firmado. Jarrah había jugado muy bien al apostarlo todo por un hombre cuya historia compartía, cuyos móviles comprendía y con quien tenía intereses comunes.

Mientras bebía y examinaba las inexpresivas curvas del desnudo, Chakry se hizo un resumen del debe y el haber de su negocio con Jarrah. Debe: cien mil dólares. Debe: un exacto y desagradable conocimiento de la situación del banco Fenicio. Debe: una importante posición dentro de una organización terrorista que se permitiría acabar con un banquero de Beirut con la misma tranquilidad que haría estallar una estación de bombeo de petróleo en Battir… Haber: un documento probatorio de un préstamo personal al quince por ciento. Haber: una grabación acusadora. Haber: una serie de firmas fáciles de reproducir. Haber: una información vendible en dos o tres mercados a un

tiempo. Resultado: un buen negocio que daba razonables beneficios al cliente y mucho mayores al Banco.

Jarrah era un hombre inteligente porque nunca intentó serlo en exceso. Era evidente que le habían nombrado jefe de la operación asesinato en Jordania. Era evidente que no le gustaba el cargo ni sus consecuencias. Era evidente que no creía en la protección que Safreddin podía ofrecerle. La conclusión era igualmente clara: estaba traicionando a los conspiradores de Siria y de Jordania, salvando el pellejo, conservando intacta su organización y obteniendo un buen beneficio. El único riesgo consistía en que Nuri Chakry le denunciara a Safreddin; pero sabía que Chakry estaba de parte de los reyes y de los capitalistas y que nada podía ganar si apoyaba a los socialistas sirios, a sus consejeros rusos y a los miembros de la junta militar… Así pues, ¡salve, Idris Jarrah, hermano de sangre en el comercio subterráneo, que no apostarías un centavo por el honor de un hombre, pero lo arriesgarías todo fundado en un buen cálculo de tus intereses personales! ¡Lástima que esta vez tuvieras sencillamente, que perder!

Y después del saludo, una pregunta: ¿a quién le convendría vender la información que Jarrah le acababa de entregar? Pensó inmediatamente en dos hombres. Los dos eran agentes comerciales: uno, de la casa real de Jordania; el otro del jeque de Kuwait. Ambos le pagarían generosamente la oportunidad de hacer un servicio personal al príncipe que le pagaba una enorme comisión y cuya benevolencia le garantizaba una vida superior a la de los simples mortales. El jordano le pagaría enseguida, pues estaba íntimamente comprometido en cuanto sucediera al Rey. El kuwaití regatearía, pero finalmente le pagaría mucho más, pues tanto él como su amo tenían intereses en muchos sitios a la vez. A Chakry le bastó un instante de reflexión para convencerse de que ambos pagarían y que las dos cantidades le proporcionarían rápida ganancia sobre los cien mil dólares que había prestado.

Dejó la bebida e hizo dos llamadas telefónicas. La primera le dejó algo desilusionado. El kuwaití estaba en el cóctel que daba un representante de una empresa norteamericana. La segunda resultó más alentadora. El jordano iba a cenar en el casino y más tarde estaría jugando en el salón reservado. Lugar tan bueno como otro para negociar con reyes y reinas y sotas cuando el as lo tenía el banquero dentro de la manga.

El as era Heinrich Muller, el profesor de poca monta que vivía en el naranjal cerca de Biblos y que de vez en cuando publicaba una insustancial

monografía sobre las tumbas de los hicsos o el desarrollo de la escritura alfabética a partir de los seudojeroglíficos fenicios…

El primer encuentro con Heinrich Muller fue de primordial importancia en la carrera de Nuri Chakry. Aún se dedicaba entonces al cambio de moneda; todavía se refugiaba en su guarida de los muelles; aún reunía valor y capital y escalaba penosamente las posiciones con que soñaba. Un día le telefoneó un pequeño comerciante que tenía un quiosco de bebidas para los turistas cerca de las ruinas de Biblos. El comerciante tenía monedas para cambiar y una colección de sellos. Chakry llegó al pequeño puerto y se encontró regateando junto a otro visitante, un hombre tan torpe, velludo y de mal genio como perro de pastor. Concluido el negocio, el visitante le siguió afuera diciéndole en un árabe bastante comprensible:

—¿Le interesan las antigüedades?

—Compro para vender.

Chakry habló con brusquedad. Había cerrado su oficina. Estaba perdiendo oportunidades. Tenía ganas de regresar.

—Ha hecho un buen negocio —le dijo el individuo amablemente—. Menos en el doble ducado.

—Es falso.

—¿Y cómo lo sabe?

Olía en él a un rival e instantáneamente se puso en guardia.

—Me lo habían ofrecido antes. Lo probé. Los dobles ducados se acuñaron durante unos setenta y cinco años a partir del primer cuarto del siglo dieciséis. Este pesa cerca de dos gramos más que todos los ejemplares conocidos. Es de oro puro, pero es reproducción y no moneda acuñada. Diría que lo han fundido hace unos doscientos años. No va a perder dinero con la venta. Pero yo no lo ofrecería a un buen cliente como moneda auténtica. Cualquier experto la identificaría rápidamente.

—Y usted ¿es experto?

—Aficionado.

Se rio y se presentó al modo alemán.

—Muller. Heinrich Muller. Vivo aquí cerca. Tengo una pequeña colección que podría interesarle.

—Gracias. Me gustaría verla.

Fue muy amable. Se había despertado su instinto comercial. La primera ley del negocio: cultiva la amistad del hombre que sabe; págale por lo que sabe; conviértele en tu aliado… al menos hasta que sepas tanto como él…

La alianza con Heinrich Muller había durado diecisiete años produciendo a ambos importantes beneficios. Seguían comerciando en monedas, antigüedades y objetos exóticos. Cada uno sabía del otro lo bastante para estar seguro de que estas relaciones podían continuar. Porque Heinrich Muller no era Heinrich Muller. Nació en Suabia y bautizado Willi Reiman, era uno de los más expertos falsificadores del Tercer Reich. Hacía pasaportes falsos, acuñaba moneda falsa, era experto en papeles, tintas y placas electrolíticas; sepultaba su vida en el más feliz anonimato y mantenía vivos a los muertos para protegerse mejor. Tenía gran sentido del humor, asombrosa paciencia y una capacidad levantina dentro de las posibilidades. Y, para Nuri Chakry, resultaba un seguro costoso pero tranquilizador.

Sonó el teléfono. Era Mark Matheson desde Zurich. Su informe fue enigmático y deprimente.

—No he tenido suerte. A los del grupo «J» no les interesa. Un par de los otros nos ayudarían si supieran que el gobierno nos respalda. Si no es así, no moverán un dedo en favor nuestro.

—¿Cuánto saben, Mark?

—Demasiado.

—¿Hostiles?

—No. Te acompañan en el sentimiento. Mandarán flores a la tumba. ¿Qué quiere que haga ahora?

—Vuelva tan pronto como pueda.

—¿Ha hablado con el ministro?

—Mañana por la mañana.

—Si tengo suerte estaré allí por la tarde.

—Le llamaré… Y, Mark…

—¿Qué?

—Que pase una agradable velada.

—¡Gracias! —le dijo Mark, sin entusiasmo, y colgó.

Jerusalén

—Usted nos está pidiendo que montemos una obra de teatro —le dijo el jefe del Estado Mayor, entristecido—. Eso no me gusta nada.

—La política es mucho más teatral de lo que parece, amigo mío.

Al ministro de Defensa le gustaban los aforismos.

—Y en este caso se trata, esencialmente, de un paso político —terminó.

—En el teatro —dijo Jacob Baratz—, existe un guión que define y limita la acción. Las reacciones del público ya se han experimentado en un ensayo general. Y si el guión exige la presencia de armas, se emplean cartuchos de fogueo. En la guerra solo se cuenta con un guión para el primer acto. No se puede prever cómo serán el segundo y tercero.

—Y las armas son además de verdad —dijo el jefe de Estado Mayor—. Y muere gente.

—Abandonemos por tanto la metáfora —dijo el ministro de Defensa suavemente—. Y ciñámonos a los hechos. En la reunión de hoy, acordamos que realizaríamos una acción limitada contra un objetivo limitado, en las mejores condiciones posibles. Me parece que debemos intentar definir las condiciones lo más claramente posible… ¿Coñac, caballeros?

Se levantó de la mesa y tras el breve ritual de calentar las copas sirvió muy mesuradamente a cada uno de sus huéspedes.

Baratz y el jefe del Estado Mayor se miraron encogiéndose de hombros. Ya habían jugado a lo mismo en otras ocasiones.

El ministro de Defensa era un político astuto, que sabía exactamente lo que quería y cómo lograr que todo partiera de sus subordinados, para que estos cargaran siempre con la responsabilidad. Y una de las reglas del juego era que Baratz, el más joven, debía hacer la primera sugerencia:

—Aclaremos primero la condición intermedia. Contamos con una lista de aldeas de donde parte la actividad de la O. L. P. Escogemos una. Montamos un ataque de gran envergadura. Apartamos la población civil, destruimos la aldea y nos retiramos. Conseguimos el objetivo preciso. No somos responsables de causar bajas. Exigimos que Jordania actúe adecuadamente contra los saboteadores ilegales.

—Excelente.

El ministro trajo las copas a la mesa y las puso ante sus huéspedes.

—¿Qué aldea le parece el mejor blanco?

—Ninguna todavía —dijo Baratz deliberadamente—. He descrito una situación imaginaria: Supone que estemos en posición favorable para desencadenar un ataque por sorpresa; que haya tropas jordanas en la zona; que deban interrumpirse las comunicaciones para que no alcancen a llamar en su auxilio a la Legión Árabe. No podemos hacer nada si no transformamos estas suposiciones en hechos. Por otra parte, si entramos en contacto con la Legión Árabe la batalla sería muy dura. Estoy seguro de ganarla, pero también de que no es posible garantizar sus límites.

El ministro se llevó la copa a los labios, la alzó a la altura de su larga y aguda nariz y respiró profundamente. Antes de probar el licor, preguntó:

—¿Pero cree usted que esa situación ideal se puede convertir en posible?

—Es posible. Sí.

El ministro bebió un poco, pero antes de tragar el coñac, lo saboreó agradecido y reverente. Se volvió hacia el jefe del Estado Mayor.

—¿Y tú qué crees, Chaim?

—Tendré que decidir según los informes de que dispongamos.

—¿Y qué te dicen los datos que tienes ahora?

—Son incompletos —contestó Baratz en su lugar—. Y por dos razones. Me imagino, según lo que tratamos antes, que la información de nuestro agente sobre un intento de asesinar al rey Hussein llegará a Amman inmediatamente, por mediación de los norteamericanos o de los británicos. Y apenas llegue a Amman, es evidente que se efectuarán algunos cambios en el orden de batalla de la Legión Árabe. En segundo lugar, la prensa dice que altos dignatarios musulmanes de Pakistán visitarán Jordania dentro de poco. El programa incluye una visita oficial a Jerusalén y a la mezquita. Inevitablemente, los jordanos concentrarán efectivos de combate en la zona de Jerusalén. Tenemos que tener datos más completos de ello antes de trazar los planes definitivos.

—Y si efectivamente se produjera un atentado contra la vida del Rey —agregó el jefe de Estado Mayor—, no queremos que suceda mientras está en Jerusalén y preparamos desviar a los asesinos.

El ministro se quedó sentado largo rato acariciando con los dedos la copa y contemplando sus dorados reflejos. Baratz y el otro esperaron sombríamente el próximo paso: la gran sonrisa, el discurso final, la fría anticipación del acuerdo, la rápida despedida. Y les sorprendió que el ministro no hiciera la comedia de costumbre. Parecía haber olvidado los gestos de actor y la estudiada ironía.

Alzó la vista y ambos notaron su rostro cansado y contraído. Habló en tono vacilante y en tono de súplica:

—¡Miren! Quiero confesarles que esta operación me gusta tan poco como a ustedes. Pero honradamente, creo que debe realizarse. Estamos en una situación mucho más difícil de lo que parece. El primer ministro nos presentó ayer un panorama que a todos nos impresionó. Dentro de cuatro meses tendremos ochenta mil parados… y quizá más. Nuestra compañía naviera no marcha bien. Un banco por lo menos va a la quiebra y el gobierno, para evitar el pánico, tendrá que dar garantía a los depositantes. Si el desempleo sigue en

aumento, empezaremos a perder lo que no podemos perder: ¡la gente! Esto puede crear gran tensión dentro de la comunidad… un sentimiento de frustración, de inseguridad, de falta de confianza en las instituciones públicas. Si a esto se agrega el temor de no poder contar con la seguridad en las fronteras, podríamos llegar a límites sumamente peligrosos. Es cruel e inhumano, pero hay que decirlo: ¡necesitamos una pequeña guerra por razones de consumo interior!

—¿Y hasta cuándo vamos a necesitar guerras?

El jefe del Estado Mayor parecía hablar con furia apenas reprimida.

—Se supone que una democracia se debe sostener a sí misma. ¿Qué sentido tiene si no? La defensa… ¡sí! Pero el ejército como arma de propaganda, y hombres muertos para tener a los vivos satisfechos… ¡no, gracias! Si ese es nuestro futuro como nación, acabemos ya con todo esto. ¡Dispersémonos otra vez y terminemos!

—De acuerdo, Chaim.

El ministro parecía reflexionar.

—Es peligroso decirlo en voz alta, pero ese es nuestro dilema. Y, cosa curiosa, este ha sido siempre el dilema de los judíos en la tierra de sus padres. La tomamos. La conservamos un tiempo. La hacemos florecer de nuevo. Y después la perdemos. ¿Culpa de la tierra o de nosotros mismos? ¿Son los dioses extraños los que nos seducen o es que el Dios de Jacob, desconfía de sus Elegidos?

—No lo sé. No soy religioso. A veces me gustaría serlo.

Jacob Baratz no dijo nada. Sus pensamientos, de pronto, se fueron por la tangente. Se estaba preguntando qué sostendría a Adom Ronen en la solitaria vigilia de Damasco y cómo aguantaría él, sin Hannah, en los años crueles.

Como desconcertado por su silencio, el ministro volvió a adoptar como una máscara el tono oficial.

—Así que estamos de acuerdo. Se debe planear una operación de represalias para someterla a aprobación en la próxima semana.

—Dos semanas —dijo Baratz.

El ministro suspiró teatralmente.

—Es usted muy obstinado. Dos semanas, entonces. Pero será el máximo.

Eran solo las nueve y media cuando salieron de casa del ministro. El jefe del Estado Mayor propuso que fueran andando. Dejaron el coche y se marcharon a pie al hotel «Rey David». Era una noche muy fría. Una brisa helada corría por los cerros de Jerusalén. Pero el cielo estaba claro y lleno de estrellas bajas. El conjunto abigarrado de departamentos, las formas de los

árboles de los jardines y las luces amarillas de las casas, daban una curiosa sensación de comodidad, de hogar. Al principio iban algo aprisa. Taconeaban rítmica y marcialmente al andar. Pero disminuyeron poco a poco el paso y el jefe del Estado Mayor empezó a decir pensativo:

—… Nos sucede a todos, Jacob. Se acabaron los días de las trompetas. Ahora todo son proyectos económicos y políticos y balanza de pagos y equilibrio del poder en el Knesset. Supongo que será un ciclo natural. Pero me preocupa. Una vez fuimos los aventureros —conspiradores, saboteadores, comandos— y ahora somos el orden establecido. ¿Quién se adueñará del poder? ¿Adónde llevará a este país?

—Ojalá lo supiera. Ojalá tuviera un hijo. No para decirle yo algo… sino para que me contase lo que piensa la gente joven. Se portan muy bien en el ejército. Les gusta la disciplina. Tienen iniciativa y decisión. Los licencian y vuelven a perderse. El otro día eché un vistazo a las cifras de delincuencia juvenil en Tel Aviv. Espantosas.

—Quizá tenga razón Yuyal y necesitemos otra guerra.

—¿Y cuando termine?

El jefe del Estado Mayor no trató siquiera de responder a la pregunta. Se quedó un momento callado y luego, sin más preámbulo, cambió de tema.

—Hay algo que me preocupa, Jacob. Una frase del informe de tu agente: «También se puede tratar de una trampa que me estén tendiendo a mí». ¿Qué quiso decir? ¿Está asustado? ¿Le han sorprendido?

—¿Asustado? Me imagino que sí. Pero es buena cosa si le ayuda a ser prudente. ¿Descubierto? Lo dudo. Probablemente le estén sometiendo a prueba, como sucede con todos los extranjeros de vez en cuando. La política de Safreddin consiste en fomentar las sospechas y el temor mientras convierte al ejército en instrumento de poder.

Sonrió cansado.

—Pero conociendo a los sirios, con eso ya tiene bastante. Ronen es hombre hábil.

—¿Qué clase de hombre es? —le preguntó el jefe del Estado Mayor.

—No es fácil contestar. Me parece que debemos partir de la base de que un espía es distinto de los demás hombres. Creo que, en cierto sentido, es un actor; más feliz en las tablas que en la vida normal. Se convence más a sí mismo y convence más a los demás desde el escenario que desde la acera. Ronen además es iraquí, y no europeo. Al parecer se encuentra más a gusto en un ambiente árabe. Eso le ha perjudicado también en su matrimonio.

Las palabras se le escaparon sin darse cuenta. El jefe del Estado Mayor las cogió al vuelo.

—¿No ha sido feliz en el matrimonio?

—Ha resultado poco satisfactorio… para ambas partes.

—¿Está casado todavía?

—Sí. Su mujer vive aquí en Jerusalén. Yo… mi agente… se ocupa de ella y de la niña.

—¿Y cómo vive tu agente?

—Siempre tiene amigas. Me imagino que ahora debe tener alguna.

—¿Y es prudente eso… desde nuestro punto de vista?

—Desde nuestro punto de vista —le dijo Baratz lentamente—, es una ventaja cualquier cosa que tenga satisfecho a nuestro agente y le permita llevar una vida normal en la zona donde vive. Es un asunto de conveniencia y no de moral.

—¿Sabe su esposa dónde está?

—Sí.

—¿Y es prudente eso?

—Necesario, a mi juicio.

—No lo dudo —le dijo el jefe del Estado Mayor—. Es tu hombre de confianza y debes entenderte con él. Es solo curiosidad. ¿Cómo es su esposa?

—Muy inteligente. De muy buena presencia. Una gran artista.

—¿Y no tiene algún amigo?

—No.

—Debe ser una mujer admirable.

—Lo es.

—¿Y tiene su marido contacto con ella?

—Solo por mi mediación. Tenemos un código especial para los recados. Y yo invento lo que su marido no le dice.

—Como Cirano de Bergerac, ¿eh?

—El símil no es exacto —le dijo Jacob Baratz—. Cirano estaba enamorado de la joven.

Los dos se rieron. Los ecos se dispersaron, fuertes y resonantes por la calle desierta.

Damasco El coronel Safreddin era hombre de creencias fijas y claras. Creía en Alá, uno y misericordioso.

Creía en Mahoma, su Profeta (bendito sea su glorioso nombre). Creía en el Libro y en la Lectura, fuente de toda sabiduría. Creía en el Pueblo —en los elegidos de Dios, los Hijos del Profeta— que había rodado como las olas del

mar por la faz de la tierra y que, gracias al Libro y al Profeta, hallaría de nuevo su identidad, su hermandad y su dignidad entre los infieles. Creía en la Tierra y en la Tribu, definidas por límites, posesiones, historias y tradiciones. Creía en el poder y en su ejército a cargo de una clase selecta especialmente preparada para asumirlo.

Y se había dedicado a crear dicha clase selecta dentro del ejército sirio, que era su propia tribu y única tierra: quería crear un grupo de oficiales jóvenes, sanos de cuerpo y espíritu cultivado, preparados por una educación severa, que fueran los herederos de la revolución y de la resurrección.

De los rusos, a quienes admiraba y temía a un tiempo, había aprendido el valor y la organización celular, habiendo empezado a aplicarlo en su propio programa de entrenamiento.

El instrumento para su aplicación era el Club Hunafa, un grupo de quince jóvenes que se reunía todas las semanas en su casa de Abo Romana. El nombre del club estaba inspirado en el del pequeño grupo de creyentes de la Meca entre los que Mahoma, el Profeta, halló primero inspiración e iluminación. Hanifa era el que se había apartado de la ruda idolatría que deformaba la Casa de Alá. Por extensión, era el nombre de todo hombre recto que se apartaba de la corrupción y se retiraba al desierto y que, en el Mes del Calor, se dedicaba a la oración y a la autodisciplina.

Cada reunión del club empezaba con oraciones y abluciones seguidas de una comida ritual y comunitaria. Después de la comida, los miembros del club recitaban a coro las órdenes que el ángel Gabriel dio al Profeta en la primera llamada y las respuestas que, aterrorizado, dio este a la voz angélica. Quizá fuera simbólico que Omar Safreddin hablara con la voz del ángel y que sus discípulos respondieran con la voz del profeta:

—¡Lee!

—No sé leer.

—¡Lee!

—No sé leer.

—¡Lee!

—¿Qué puedo leer?

—Lee: en el nombre de Tu Señor que crea y creó al hombre de un grumo. Lee: y es Tu Señor, el más generoso, quien te enseña con la pluma, mostrando al hombre lo que no sabía.

Después de la antífona, empezaba la enseñanza y Safreddin leía un fragmento del Glorioso Corán, desarrollaba el texto y lo aplicaba a la vida de los escogidos en el siglo veinte.

—Dadme trozos de hierro. Y cuando terminó de nivelar los vacíos sobre los cerros, dijo: ¡sopla!

Y cuando se hubo formado el fuego, dijo: trae cobre fundido para verterlo allí. Y Gog y Magog no podían subir, ni penetrar allí…

El coronel Omar Safreddin explicaba el texto de este modo:

—Las palabras son viejas, pero su mensaje, como todos los mensajes del Profeta, es siempre nuevo. Cuando éramos una colonia de los franceses, los colonizadores vivían en los cerros y nosotros sometidos en los valles. Nos esclavizaron y nos chuparon la sangre; pero aún nos quedó la fortaleza en el cuerpo. Ahora que los franceses se han marchado, hemos empezado a llenar los valles con el hierro de nuestros propios cuerpos. Hemos hecho desaparecer las diferencias entre los hombres. Hemos destruido la casta de negociantes y a los explotadores extranjeros, que se llevaban el dinero del país en lugar de emplearlo aquí para mejorar la suerte del pueblo. Hemos quemado a los traidores sacándolos de sus madrigueras. Hemos alzado murallas poderosas a fin de que no puedan volver para explotarnos de nuevo. Hemos expulsado de Siria para siempre a Gog y Magog; pero siguen prosperando en las tierras que nos rodean: Irak, Israel, el Líbano y Jordania, donde un hijo del Profeta se ha casado con una infiel convirtiéndose en instrumento de los británicos… Así pues, debemos hacernos más fuertes cada día, más agresivos y vigilantes contra nuestros enemigos…

Era elocuente y lo sabía. Ejercía sus dotes oratorias con calculada serenidad y nunca se entregaba al frenesí que muchas veces le invadía. Era soldado; no debía convertirse en derviche frenético ni en sufí embrutecido. Ni lanzar al viento profecías temerarias. ¡Disciplina, siempre disciplina! El Profeta había sido un hombre disciplinado.

Por este motivo, después de la enseñanza oral siempre había sesión de destreza. Bajaban al sótano y allí tiraban con pistola, se batían a espada y florete según la enseñanza de profesores que Safreddin había importado de Corea del Norte. Safreddin participaba en el tiro y en, la esgrima, pero nunca en la lucha: era bastante mayor que sus discípulos y temía salir derrotado por el vigor de los más jóvenes; lo que nunca habría podido aceptar. Pero había otra razón para explicar esta abstención la cual Safreddin prefería no examinar de muy cerca; no soportaba que le tocara nadie del mismo sexo; y si durante sus actividades normales del día le empujaban o le rozaban al pasar, se irritaba como animal tocado por mano extraña.

Terminados ya los ejercicios, volvían al comedor y Safreddin les proponía un problema, al que cada miembro debía aportar una solución en la reunión

siguiente… Y así sucedió que mientras Nuri Chakry jugaba a las cartas con el agente de Jordania, mientras Jacob Baratz viajaba de vuelta de Jerusalén a Tel Aviv e Idris Jarrah se divertía en la habitación de su hotel con una especialista de danza de vientre, Omar Safreddin planteaba un enigma a los miembros del Club Hunafa.

—… Hemos colgado a Eli Cohen, espía israelí en la plaza Morjan. Destruimos su red de espionaje. ¿Acaso ha sido este el fin de las artimañas de Israel en nuestra patria? Evidentemente no. Deben estar tratando de establecer un agente permanente en Damasco. No son idiotas. Por el contrario, se trata de un pueblo muy inteligente y desarrollado y habrán aprendido en los errores de Eli Cohen tanto como nosotros de los nuestros. ¿Qué es un agente? La araña que teje una tela y espera silenciosa e inmóvil en el centro de su obra mientras los mosquitos y moscas desprevenidos van cayendo en las resistentes mallas. El centro de la trama está siempre en un rincón sombrío. No es fácil descubrirle. Primero vemos algunos hilos y algunos insectos atrapados zumbando y debatiéndose… Este es el problema de esta noche. Suponed que aquí, en Damasco, hay un nuevo agente. Suponed que su personalidad y métodos tienen que ser completamente distintos que los de Eli Cohen. Y suponed que también su red debe ser muy distinta. ¿Cómo y dónde empezaríais a buscar?

Zurich

Sentado en el bar del Dolder Grand, con el lago y las luces de la ciudad a lo lejos, Mark Matheson bebía el último de una larga serie de *whiskys* y trataba, en vano, de adormecer sus confusiones. Las luces eran débiles. La música suave y melodiosa. Las mujeres, elegantes, si bien no todas igualmente hermosas. Los hombres, educados y felices, si bien no todos igualmente sobrios. El lugar estaba saturado de dinero, de dinero suizo, sólido, protegido por leyes estables, en sigilosos escondites, manejado con la discreción propia de las mejores normas bancarias. La escena era reproche y mofa para quien antaño viniera aquí a ser honrado entre sus iguales, pero que ahora se sentía súbitamente desterrado de aquel mundo. En cuarenta y ocho horas había recibido la peor paliza de su vida. Había sido ofendido en su amor propio y en sus más secretas vanidades. La vergüenza del fracaso flotaba sutil a su alrededor. El hedor del descrédito de otro hombre parecía acompañarle a todas partes.

Era una experiencia amarga que había decidido no repetir jamás. Si hubiera estado menos cansado, le habría tentado la posibilidad de borrarlo todo en una noche desenfrenada con alguna de las prostitutas internacionales cuyos nombres circulaban silenciosamente entre los ricos de Zurich; una ciudad en que los clubs cerraban a las doce y media de la noche y donde la vida del gran mundo empezaba a la una. Pero había gastado sus energías rogando, discutiendo y defendiendo el menguante prestigio de Nuri Chakry y, por otra parte, la pregunta del viejo Lewisohn le había minado severamente la confianza en sí mismo: ¿Por qué se había asociado primero con Nuri Chakry?

Ni ahora, en los momentos de la verdad-*whisky*, le era posible darse una respuesta honrada. ¿Fue la ocasión? En realidad no había sido mala la de poder pasar, a los treinta y cinco años, del seguro escalafón bancario de Norteamérica a la libertad y mando del Medio Oriente. En un instante había conseguido lo que en Nueva York le habría costado quince o más años de trabajo. ¿El dinero?

También esto. Chakry pagaba generosamente y esperaba que su asistente personal llevara un ritmo de vida que honrara al banco Fenicio.

Pero había otras razones, menos prestigiosas, menos fáciles de admitir. Sabía que se le había contratado para imponer un tono de sobriedad y confianza a una institución que, a pesar de su forma exterior occidental, conservaba aún los métodos del zoco y acuerdos tribales. Lo había conseguido.

Pero al hacerlo se había dejado seducir por el placer del juego irresponsable; el dinero brotaba del suelo, se extendía rápido y sutil, a veces para retraerse enseguida y otras para quedar a la espera de fabulosas aunque futuras ganancias. También había otra razón, que siempre eludía, temeroso de afrontar las consecuencias del total conocimiento de sí mismo.

La vida era fácil en Beirut. Los placeres resultaban baratos y no implicaban censura moral siempre que se disfrutaran con cierta elegancia y se compartieran generosamente con los amigos.

Esto, para un puritano de Connecticut, era entregarse a un mundo de las mil y una noches, la iniciación en exóticas intimidades que no implicaba penalidad alguna, aparte de la lenta comprobación de empezar ya a no poder prescindir de ellas. Sus afirmaciones sobre la exactitud de documentos y claridad de los libros eran solo una verdad formal. Podría confirmarlas bajo juramento ante los tribunales y demostrarlas mediante informes de interventores; nadie le acusaría de perjurio. Pero esto sería así porque siempre había rehusado indagar lo que casi adivinaba. Si decía en voz alta todo lo que

intuía, se arriesgaba a perder el favor del hombre que había puesto a su alcance la buena vida. Todo estaba escrito sobre la amarilla superficie del *whisky* y confiaba en que solo él, Mark Matheson, pudiera leerlo. Y se preguntaba si Mark Matheson podría seguir viviendo después de leerlo. En aquel momento una voz nasal y grave sonó en el aire por encima de él:

—¡Hola, Matheson!

Levantó la vista, sorprendido, y descubrió a Lew Mortimer junto a su mesa.

—¡Ah! Hola, Mortimer.

Le saludó casi con frialdad.

—Supe que estabas en la ciudad. Supuse que te podría encontrar aquí. ¿Te importa si me siento?

—Siéntate.

Mortimer introdujo su cuerpo moreno en el compartimiento y llamó a un camarero.

—Ginebra con hielo. Doble.

Era un hombre incongruente. Vestía trajes impecables, cortados por el mejor sastre italiano. Pero su cuerpo, grande y vigoroso, parecía siempre a punto de hacerlos estallar. Su rostro era de rasgos suaves; se arreglaba el pelo todos los días. Pero tenía la piel bronceada —casi quemada— y endurecida por la vida a la intemperie, como si aún trabajara en los oleoductos y se pasara el día acuciando a los trabajadores para que aceleraran el tendido de tuberías, pues cada metro instalado le representaba un dólar más de beneficio. Hablaba con la voz del hombre acostumbrado a dar órdenes y el tono amenazante y duro del que sabe lo que quiere y lo quiere al instante. Lew Mortimer sonrió a Matheson y se sentó.

—Me han dicho que has estado ocupado, muchacho. Matheson se encogió de hombros, molesto.

—Estoy haciendo gestiones.

—Y gestiones y gestiones y más gestiones. ¿Sin suerte, verdad?

—Poca —dijo Mark Matheson.

—Muy poca, muchacho, casi nada. Los judíos no te van a ayudar, porque ya tienen bastante con la ayuda que han de prestar al gobierno israelí cuando el grupo Wilderstein quiebre el mes próximo en Tel Aviv.

Advirtió inmediatamente que Mark Matheson se había sorprendido.

—¿No lo sabías? —le preguntó, a continuación—. Bueno, me imagino que tienes bastante con lo tuyo. Y sin embargo es verdad. En primer lugar, carecían de capital suficiente. El señor Chakry, por supuesto, cometió error

distinto. Tenía capital, pero no ha sabido emplearlo. Y tampoco ha sabido dirigir a la gente.

El camarero le sirvió la bebida y Mortimer levantó el vaso brindando:

—Por el delito.

Matheson bebió en silencio. Mortimer dejó el tono burlón y habló con más cordialidad.

—Ha sido un mal negocio para ti, muchacho. Has trabajado bien. Te admiro. Si algún día necesitas colocación, ven a verme.

—Es la segunda oferta que me hacen hoy.

—Y tendrás otra. No es fácil encontrar hombres capaces. En realidad son más escasos que el dinero.

—Tú podrías ayudarnos, Mortimer.

—Claro que podría hacerlo —dijo llanamente Mortimer—. Podría hacerlo ahora mismo. Respaldaros con un empréstito, hacerme cargo del capital no desembolsado, o hacerme cargo de todo. Pero no lo haré.

—¿Por lo de la línea aérea?

Mortimer enrojeció. Se irritaba fácilmente, pero se controló y continuó hablando en el mismo tono.

—La línea aérea es solo una parte del asunto, muchacho. Es por Nuri Chakry, que es un hijo de perra que quiere todo el pastel para él y nunca convidaría a sus viejos amigos ni a la más mínima porción. ¿No lo sabías, verdad? Le presté dinero hace tiempo. Por supuesto que me lo devolvió hasta el último penique y con todos los intereses. Pero cuando empezó a crecer y a emitir acciones —de la línea aérea, de los hoteles—, me tachó de la lista de sus amigos. Sabía que soy tan duro como él y no quería competidores. Y se buscó otros amigos. ¡Bien! ¡Ahora está mal con todos! Me voy a cruzar de brazos, como los demás, para recoger de su quiebra los restos aprovechables.

—¿Entonces por qué me querías hablar? —le preguntó Mark Matheson, cansado—. Todavía trabajo con él.

—Porque quiero que se lo digas a Nuri Chakry —dijo Mortimer intencionadamente—. Porque quiero saber que se está hundiendo en su sangriento despacho. Quiero que sepa que yo lo sé, que mañana pedirá ayuda al gobierno, le harán multitud de promesas y no cumplirán ninguna; que Feisal retirará sus fondos dentro de muy pocos días, que el jeque de Kuwait hará lo mismo y que hasta los rusos dejarán de tenerle en cuenta. Y puedes decirle otra cosa. Es preferible que se marche a un país sin leyes de extradición: algunos de nosotros sabemos lo bastante como para que pase entre rejas el resto de su vida.

—Sabes odiar —le dijo Matheson sin poder ocultar el desprecio que le inspiraba la actitud del otro.

—¡Por supuesto que sí!

Mortimer estaba ya furioso.

—También sabía amar; aunque ya me estoy haciendo un poco viejo. Y esto es otra cosa. Dile a Chakry que haga una lista de todos aquellos a quienes ha arrebatado la mujer porque quiso convertirse en el mayor seductor desde Estambul a El Cairo… Mira después la lista de los hombres que le tienen hoy al borde de la ruina. Allí podrás hallar la verdadera historia.

Se tranquilizó súbitamente.

—No tengo nada contra ti, muchacho. Eres un buen servidor… quizás el mejor. Pero nunca llegarás a la cumbre porque eres demasiado blando. Tendrás trabajo conmigo cuando quieras.

Pagaré mi bebida.

Dejó un billete de cinco francos sobre la mesa y se marchó. Mark Matheson se bebió lo que quedaba en su vaso y pidió otro. No le gustaba volar bajo los efectos últimos de una borrachera; pero aquella noche, por lo menos, quería dormir profundamente.

Damasco El Dr. Bitar abrió la puerta de la habitación y de una sola mirada se hizo cargo de la escena: la mujer que lloraba desgarrada y monótonamente en un rincón; la joven enfermera de pie junto al lecho; el cirujano de turno, teniendo en brazos el pequeño y agotado cuerpo, trataba de introducirle a la fuerza el líquido por la garganta. Pero antes de que llegara a entrar, sucedió lo inevitable: el niño se estremeció y vomitó el líquido en la camisa del cirujano.

—Déjele, por favor.

La voz grave del Dr. Bitar no daba pie a la menor contradicción.

—Échelo en la cama.

El cirujano dejó al niño en el lecho y en el mismo instante el pequeño vientre se contrajo y un flujo de bilis manchó las sábanas. El niño gritó y se retorció moviendo convulsivamente piernas y brazos. Bitar observó los labios secos, la palidez de las mejillas y los ojos hundidos en las órbitas.

Abrió el maletín, sacó el estetoscopio y auscultó rápidamente el pecho y el vientre mientras la mujer seguía gimiendo y llorando como hipnotizada. Se puso de pie y dio una serie de órdenes precisas.

—Alimento intravenoso inmediato. Glucosa y suero. Instrumentos esterilizados. Suturas. Estimulantes cardíacos. Agua esterilizada y una cuchara. Bolsa para orinar y ropa limpia. ¿Habéis comprendido?

La enfermera asintió, aturdida, y salió de la habitación. Bitar giró en redondo y se encaró con el cirujano.

—¿Cuánto tiempo lleva en este estado?

El joven cirujano se encogió de hombros.

—Le trajeron hace una hora. Dicen que está enfermo desde ayer a medianoche.

—Tendremos mucha suerte si no se nos muere antes de la medianoche de hoy. ¿Por qué diablos no le puso una intravenosa inmediatamente?

Otro encogimiento de hombros y otro gesto de manos.

—Creímos que primero debíamos probar algún sedante y alimento líquido por vía oral.

—¡Por Alá! —juró tristemente Bitar—. ¿Qué le enseñaron en la escuela de medicina? ¡Mírelo! Deshidratación, desalinización, convulsiones continuas. Y le habéis hecho tragar líquido suficiente como para acabar de matarle. ¿Qué edad tiene?

—Dos años, según me han dicho.

—¿Dónde está el padre?

—En alguna reunión. Le trajo la mujer.

Bitar echó un vistazo breve a la ansiosa madre. Había perdido todo control, se refugiaba en las lágrimas y el dolor. Dio una orden, bruscamente, al cirujano de turno:

—¡Que se marche! ¡Envíenla a su casa! Y dense prisa con todo lo demás.

El cirujano de turno vaciló un momento, resentido, pero la furia perceptible en los ojos de Bitar le hizo obedecer. Obligó a la mujer a levantarse y la llevó fuera de la sala. Bitar se inclinó sobre el lecho y le pasó al niño un paño húmedo por la frente. Entonaba en voz baja una canción tranquilizadora. Había visto cientos de casos parecidos en lujosos departamentos y en tugurios miserables. La vida se les escapaba por las membranas resquebrajadas y los intestinos inflamados.

La piel se les quedaba más seca que paño de tabla de planchar, los músculos se les anudaban por electrólisis; se morían literalmente de sed, ya que la apergaminada garganta no podía absorber ni una gota de agua. Indefensos y moribundos eran el centro de toda su ira, de la furia que le inspiraban los demagogos, los hombres de las juntas y los teóricos embrolladores que hacían política mientras los niños languidecían por el tracoma, la malaria y parásitos intestinales.

Finalmente, y con asombrosa rapidez para suceder en Damasco, llegaron las botellas y las bandejas con instrumental y pudo prepararse y empezar el

sencillo tratamiento que era preciso. Hizo una incisión en una vena bajo el tobillo izquierdo del niño, y colocó la aguja que llevaría el fluido vital a la corriente sanguínea. Conectó la aguja a un tubo de goma y comprobó la salida del fluido de la botella. Después le inyectó un estimulante para fortalecer el debilitado corazón y, una vez seguro de que surtía efecto, ordenó que le colgaran del pene una bolsa de plástico trasparente, que le cambiaran las sábanas y le sujetaran la pierna para que las convulsiones no fueran a expulsar la aguja de la vena. Finalmente se incorporó.

—¿Y qué hacemos ahora? —le preguntó el cirujano de turno.

—Esperaremos. Cuando se haya calmado un poco, le daremos agua esterilizada gota a gota. Le daremos toda la que pueda ir absorbiendo. Y después habrá que esperar a que orine. Si no puede… si no orina…

Hizo un gesto de resignación con las manos largas y elegantes.

—Que sea lo que Dios quiera.

—Si usted quiere —le dijo el cirujano de turno esforzándose en respetuoso ruego—, la enfermera y yo nos cuidaremos del niño ahora.

—No, gracias.

Bitar fue tajante.

—Quiero ver al padre. Quiero saber por qué un hombre inteligente como él puede dejar a un niño tan enfermo en manos de un puñado de mujeres histéricas. Si me quiere hacer un favor, llame a mi casa para que sepan dónde pueden encontrarme.

Humillado, pero sin osar enfadarse, el cirujano de turno salió fuera.

Bitar se volvió a la joven enfermera y le dio amablemente instrucciones.

—No debe permitir que esto le suceda a nadie más. Siempre debe partir del supuesto de que el niño lleva ya mucho tiempo enfermo cuando lo traen al hospital. Es cosa sencilla. Alimentación intravenosa de glucosa y suero. Lenta y constante hidratación por vía oral. Utilice un cuentagotas, si es indispensable, pero nunca trate de obligar al niño a que se trague el agua. Vomitará inmediatamente y perderá mucho más todavía. ¡Mire!

—Así… Lento y constante. Cúbrale con una sábana, pero controle la bolsa de orines cada media hora. Si le fallan los riñones, no hay forma de variar el proceso. Moriría…

Le sonrió lenta y gravemente.

—Los viejos como nosotros ya no importamos casi nada, pero estos pequeños son demasiado preciosos para perderlos.

—Usted es muy buena persona, doctor.

La sonrisa de la enfermera manifestaba profunda gratitud y admiración.

—Y usted será una enfermera estupenda… si utiliza la cabeza y no deja que le espanten los descuidados o los irresponsables. ¿Me podría traer una taza de café? Esta noche puede resultar muy larga.

Cuando se marchó la joven, el doctor auscultó de nuevo al niño, le puso más agua entre los labios azules y se acercó lentamente a la ventana. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente.

De súbito se sentía viejo, demasiado viejo para las dificultades que le agitaban a diario; demasiado viejo para la lucha, sin esperanza, contra la pobreza, la ignorancia y las enfermedades, demasiado cansado de conspiraciones y conspiraciones contra un régimen que detestaba porque sus estudios en el extranjero le habían convencido del valor de la libertad y de la fe en el libre intercambio de hombres e ideas. En el fondo del corazón sabía que su lucha era inútil y que las conspiraciones estaban destinadas al fracaso. Solo el tiempo y la educación curarían la ignorancia. No había cura posible para la muerte. Y la libertad era un estado hacia el que el hombre avanzaba lentamente o del que se desviaba peligrosamente con las tiranías colectivas. Pero no abandonaría la lucha; hacerlo habría sido como abandonarse a sí mismo… La enfermera volvió con el café y, tras ella entró Omar Safreddin, erguido y marcial, pero lleno de dolor y preocupado por la suerte de su primogénito.

Se quedó mirando el pequeño cuerpo agotado y retorcido. Estuvo allí casi un minuto. Después preguntó:

—¿Vivirá?

—¡Ojalá!

Bitar lo dijo en tono abiertamente despectivo y agregó:

—Y si vive no será gracias a usted.

—¡No tiene derecho a hablarme de ese modo!

—¡Tengo perfecto derecho a hablarle así! El niño cayó enfermo hace veinte horas. Lo trajeron aquí hace apenas una. Y usted no me telefoneó hasta que me lo enviaban al hospital.

—Parecía una enfermedad corriente. Hay muchos niños que la contraen.

—¡Y muchos se mueren de ella! La gastroenteritis es la causa principal de muerte entre los niños de todos los países desarrollados, lo que en el nuestro —y Alá tenga piedad de nosotros— no es así.

Safreddin era hombre temible para amigos y enemigos, pero se intimidó ante el enfado de Bitar.

Le pidió disculpas y después le preguntó con humildad desusada en él:

—¿Qué es lo que la produce?

—Un virus. Un virus que llevan las moscas, las manos sucias, la comida sin lavar, el polvo y el agua impura. A veces se multiplica a vertiginosa velocidad en el vientre de un niño. Nos hace falta una campaña al respecto. Pida las estadísticas de salud pública y comprenderá el motivo.

—Necesitamos tantas campañas. Tenemos que adelantar cincuenta años en diez y siempre quedaremos con un atraso de veinte.

En la respuesta había un patetismo auténtico: el patetismo de quien descubre que su ambición supera a su capacidad.

Bitar se llegó a emocionar. Sonrió, no muy abiertamente, y le pidió disculpas:

—Lo siento, coronel. Pero tuve miedo cuando entré a la habitación y vi al niño. Sigo asustado. Aún podemos perderlo. Tiene que estar preparado para esta eventualidad.

—¿No hay nada más que hacer?

—Nada, que no sea rezar… si puede.

—Puedo rezar.

Se fue hasta el espacio que había entre la ventana y el lecho, se volvió de cara a la Meca, se postró en la alfombra y empezó a rezar en voz baja y monocorde. Era algo tan sencillo, tan directo e infantil, que Bitar se quedó impresionado y, después, vagamente inquieto: intuía la primitiva fe que motivaba aquel acto. Volvió al lecho y de nuevo empezó a verter gotas de agua en la boca del niño.

Le había mejorado el pulso y las convulsiones eran menos frecuentes; pero la bolsita de plástico continuaba vacía y no había la menor señal de color en aquellas mejillas pálidas. Mucho después, Safreddin dejó de rezar y se acercó a la cama.

—Si me indica lo que he de hacer, doctor, me ocuparé de él durante una hora.

Bitar movió la cabeza negativamente.

—Todo cambio es crítico a estas alturas. Esperaré a que se produzca alguno. Le aconsejo que se siente en esa silla y trate de dormir. Le avisaré si pasa algo, bueno o malo.

—Si usted lo dice, doctor…

Se sentó, obediente, en la silla; estiró las piernas, se puso la gorra sobre los ojos y empezó a respirar profundamente. A los tres minutos ya se había dormido. A pesar de toda la tensión de la espera, Bitar volvió a experimentar un estremecimiento de terror. Ese era el hombre-método, el hombre cuadriculado, sin matices. Vio el peligro de muerte. Rezó para superarlo. Se

durmió. Ya había hecho todo lo que podía hacerse. Viene la muerte. Se llora. Se entierra el cuerpo. Se procrea una vez más. Se vive en compartimentos estancos. En cada uno se es autosuficiente y se está completo. No se tiene piedad ni remordimientos. El día de hoy es una cosa. Mañana será otro día. ¡Que Dios ayude a quien provoca las iras de un hombre de esta especie!

A las dos de la madrugada, Safreddin seguía durmiendo y la enfermera entró a cambiar la botella de suero. El niño dejó de temblar y de retorcerse después de las tres, y se durmió, exhausto, mientras las mejillas se le coloreaban débilmente. Orinó a las cuatro y Bitar despertó a Safreddin para decirle que el niño viviría. El coronel lloró un momento, se tranquilizó enseguida y sonrió. Le dio la mano a Bitar.

—Nunca podré olvidar esto, doctor.

—No es más que un día de trabajo como los otros. Pero este ha resultado algo más largo.

—Le debo dar las gracias a su amigo Fathalla. Me dijo que usted era un médico muy bueno.

—Mis honorarios son altos —le dijo Bitar y sonrió, cansado—. Y cobro el doble pasada media noche.

—Le debo la vida de mi hijo —le dijo Omar Safreddin.

Mientras conducía el coche poco antes del amanecer y mientras respiraba el polvo del desierto que flotaba en el aire, Bitar se preguntaba si se vería obligado algún día a cobrar la deuda… y cuándo… y cómo…

A la misma hora pálida e indecisa entre la noche y el día, Selim Fathalla dejó de soñar y despertó a una realidad nueva y extraña.

El sueño empezó en su propio dormitorio. No sabía si al amanecer o a media noche; había luz y también oscuridad; había sonidos y, sin embargo, un silencio abrumador. Todo lo que sabía era que estaba solo, atrapado en una tristeza mortal de la cual solo le podía extraer la presencia de otro rostro humano. Deseaba salir a las calles y a los zocos. No podía. Estaba rodeado de paredes y de puertas ilusorias, sin cerradura ni tirador. Estaba desesperado. Pero se acordó del espejo. Allí estaba su hermano gemelo, burlón, pero tranquilizador. Empezó a caminar hacia el espejo, pero, a medida que avanzaba, la habitación crecía, se alargaba, se convertía en un túnel blanco e impreciso. Trató de volverse. Por detrás, el mismo túnel, infinito. Se adelantó entonces, lentamente al principio y después a la carrera, desesperado. Desapareció entonces el túnel y quedó allí, de pie, jadeante, aterrorizado, con la vista clavada en el espejo. El vidrio estaba vacío, como un lago contemplado desde gran altura.

En aquel instante tuvo conciencia de sí mismo, pero con sensación completamente nueva. Se sentía fuerte, sano. Solo, es verdad; solo, como un árbol en medio de una gran llanura; pero arraigado como el árbol en la tierra; ya no enajenado. El alivio le sacudió como fuerte viento.

Quería reír y llorar y gritar de felicidad, excesiva y sin sentido… Y un instante después estaba despierto del todo, en su propio lecho, con Emilie durmiendo desnuda a su lado.

Lo extraño era que aún se sentía feliz. Sabía muy bien lo que le había sucedido. No precisaba retroceder a tientas, entre nieblas y miasmas, en busca de una interpretación. Milagrosamente, o por alguna combinación subconsciente, se le habían unificado las dos mitades en que estaba dividido.

Había muerto el gemelo del espejo. Solo quedaba un hombre ahora: Fathalla-Ronen o RonenFathalla: no tenía importancia. Un solo hombre que se arriesgaría, pensaría y decidiría. Una sola vida que vivir. Un solo amor de que gozar… y el objeto de su amor yaciendo plácidamente a su lado.

Sin hacer ruido, se levantó con cuidado del lecho y se acercó a la ventana. Una luz débil y gris coloreaba el cielo detrás del minarete. El jardín estaba aún oscuro, pero aspiró el perfume de las rosas y escuchó el caer armonioso del agua en la fuente del león. La unidad que acababa de descubrir en sí mismo era también unidad con el lugar. Las altas paredes lo reunían todo: el hombre, la joven, las flores, el agua, el tamarisco, la alta torre, el trozo de cielo de la madrugada. Hasta las contradicciones de su trabajo se podían reconciliar en aquel momento mágico. Era un agente a sueldo, y nada más. No era un oficio noble, pero tampoco ignominioso. Podía servir a su pueblo sin rechazar completamente a aquellos entre quienes vivía. Podía abandonar su oficio: eso formaba parte del contrato acordado con Baratz. Y cuando cesara, podría marcharse con Emilie y empezar otra vida, quizás en Europa o incluso en el Líbano, donde judíos, musulmanes y maronitas formaban una extraña y cínica convivencia armónica.

Y en cuanto a Judith y la niña, también contaba con un contrato y tenía libertad para invocarlo en cualquier momento. Durante la última noche, después de unos minutos de amor agridulce, Judit se lo había dicho:

—No lo sé, Adom. No sé cuánto tiempo lo voy a soportar. Supongo que tú tampoco lo sabes. No te culpo de nada. No sabemos vivir de otro modo. Así que si esto se vuelve demasiado duro —para cualquiera de los dos—, seamos honrados y separémonos definitivamente. Te prometo que Golda no va a sufrir. Ninguno de los dos la quiere convertir en campo de batalla…

Así pues, era libre en todo, menos en cuanto a la ley. Pero Jacob Baratz podría arreglar esas cuestiones, con toda discreción, en cuanto se lo pidiera.

Volvió al lecho y se tendió junto a la joven, que seguía durmiendo. Y entonces, lenta, cariñosa y suavemente, empezó a solicitarla, acariciándole los pechos, el costado, las suaves curvas del vientre.

La joven se estremeció y suspiró y volviéndose se le aferró, ansiosa y exigente, hasta que Fathalla la poseyó y conocieron una unidad y plenitud completamente nuevas.

CAPÍTULO CUARTO

Tel Aviv

Jacob Baratz reunió al equipo de planificación en su cuartel general a primera hora de la mañana.

Les dirigió el breve saludo de rigor y fue directamente al grano.

—… El memorándum que tienen en la mano describe la operación a proyectar. Disponemos de catorce días para presentar el proyecto definitivo al jefe del Estado Mayor y al Jefe de Operaciones… No me gusta lo que nos han encargado. Tiene demasiadas consideraciones políticas. Y no creo que se pueda valorar una operación militar en términos políticos, como una operación quirúrgica no puede valorarse en términos que no sean médicos. Sin embargo, las órdenes son claras. Debemos hacer lo posible por cumplirlas… Se nos pide que planeemos una incursión de represalia. Toda represalia tiene que tener relación evidente —de tiempo y geografía— con los actos que la han provocado. La relación de tiempo ya está decidida. La geografía nos exige que ataquemos en la zona del Hebrón, entre estos dos puntos. Anotad las coordenadas, por favor.

Señaló con el puntero una gran zona situada junto a la franja sur del corredor de Jerusalén.

Esperó a que los oficiales anotaran los datos en sus mapas.

—El objetivo debe tener cierta importancia. No nos serviría una aldea miserable ni un establecimiento aislado. En ese sector hay tres grandes pueblos. Los he señalado con las letras A, B, C. Todos tienen puesto de policía, enfermería, oficina de correos, mezquita, escuela y una población aproximada de siete a ocho mil habitantes. Ninguno tiene instalaciones militares permanentes.

»Tenemos que elegir entre esos tres. Y estos son los datos bajo los que debemos hacer la elección:

»Debemos contar con una buena vía de aproximación para tanques y carros blindados apoyados por dos columnas de infantería que atacarán en tenaza. Si además contamos con algún elemento de sorpresa, tenemos que aprovecharlo. Hay que determinar la distancia entre cada pueblo y la concentración de tropas más cercana. Aquí entra en juego el factor tiempo y el factor fuerza. ¿Cuánto tardarán los jordanos en movilizar sus tropas? ¿De qué caminos disponen? ¿Podrán desplegar armamento pesado? Después hay que pensar en los habitantes del pueblo en cuestión.

»Tenemos que evitar las bajas civiles. Nuestro plan consiste en evacuar el pueblo y destruirlo después. No obstante hace falta que los pobladores tengan donde refugiarse. Todo será más fácil si localizamos cuevas o depresiones donde puedan encontrar abrigo. No podemos tolerar que queden bajo el fuego cruzado nuestro y de los jordanos. Queda finalmente, la cuestión de la potencia de nuestra movilidad. Tiene que ser impresionante pues se trata de una demostración de fuerza… Y tenemos que estar seguros de la victoria total contra cualquier oposición que podamos encontrar.

»Tendremos apoyo aéreo. ¿Alguna pregunta?

—¿La hora de la operación?

—Apenas se aprueben nuestros cálculos y planes.

—¿De día o de noche?

—De día, sin duda. Al amanecer. Tenemos que ver claramente lo que estamos haciendo y, una vez dentro del pueblo, debemos controlar al máximo los movimientos de la población.

—¿A qué llama una fuerza importante, señor?

Hubo risas en la mesa y Baratz se permitió una sonrisa estimativa.

—Calcúlenme el máximo de oposición con que podemos topar; y entonces decidiremos a qué vamos a llamar fuerza importante.

—¿Cuál será el tiempo óptimo para empezar el ataque, terminarlo y regresar?

—Si entramos a las seis de la mañana y nos retiramos a las nueve, creo que lo conseguiremos todo perfectamente. Pongamos las diez como límite máximo.

—Y supongo que no habrá operaciones durante el sábado.

La observación provenía de un bromista impasible situado al fondo de la habitación.

—Ni el viernes tampoco —dijo Baratz prefiriendo tomarle en serio y añadió:

—Esa es otra cuestión religiosa… y también política.

—Una sugerencia, señor.

—Dígame.

—Auxilios médicos. En caso de que haya bajas entre la población civil, ¿no debiéramos apostar seguidamente auxilio médico?

—Siempre que controlemos la situación. Buena sugerencia. Tome nota. ¿Más preguntas?

Silencio. Baratz clausuró la reunión con la misma brusquedad con que la había comenzado.

—Dentro de una semana a la misma hora. Me gustaría disponer entonces de un proyecto sólido para proponerlo a la consideración de los jefes del servicio de inteligencia. La próxima semana la ocuparemos en coordinar el trabajo con el servicio de operaciones. Eso es todo. Gracias.

Mientras volvía, solo, a su despacho, pensaba, como otras muchas veces, que todo era demasiado desnudo, frío e impersonal, que todo parecía un juego a realizarse sobre un mapa de arena sin conocimiento real, sin una prudente discusión sobre los factores humanos comprometidos en la acción. ¡Evacuar la población civil! ¡Muy sencillo! Bastaría el sonar de un cuerno y las hormigas humanas saldrían del hormiguero en ordenada procesión. Pero nunca era así en la realidad. ¿Cómo iba a serlo? Era mucho más violento y destructor: ancianas temblando de pánico por los caminos; una confusión de hombres gritando y aullando al discutir; niños pequeños arrancados al pecho de las madres; chiquillos conducidos, como ovejas asustadas, a cuevas y quebradas en los cerros; los pequeños tesoros de siete mil pobres vidas, sepultados bajo un montón de tierra, piedras y polvo. ¿Para qué? Para indicar a un inquieto principado que debía controlar con más cuidado un centenar de millas de límites desérticos. ¡Servicios médicos! ¡Qué fácil decirlo, Dios Todopoderoso, y qué difícil la realidad! Un hombre al que una bala ha arrancado un ojo; un muchacho que trata de introducirse en el vientre las entrañas desgarradas; el inexpresivo asombro de las caras de los muertos. Qué fácil hacer cálculos políticos siempre como si pudiese resolverse la ecuación humana con un par de calibradores y una regla de cálculo. Al otro lado del Atlántico se reuniría la asamblea de las naciones para juzgar el mismo acto que ahora se empezaba a planear con toda frialdad profesional. Y por todo el planeta, los hombres y las mujeres leerían las noticias en los periódicos y se preguntarían si sería este o el próximo incidente el que desencadenaría la destrucción atómica.

Jamás pueden calcularse las consecuencias del más simple acto de violencia. Un hombre muerto significa que miles dejarán de nacer. Un

hombre sin hogar podría muy bien destruir después ciudades enteras y vengarse así de la especie humana.

La monstruosa lógica puede empujar hasta un extremo que limita con la locura. Por otra parte, se la puede ignorar y limitarse uno entonces al área de acción que le han asignado legalmente. Se puede informar, aconsejar, protestar y después someterse al consenso general con la conciencia limpia… ¿O no es posible? Recordaba a Eichmann, sentado dentro del departamento acristalado en la sala del juicio. Invocó estas mismas razones de cien modos distintos. Lo que acabó finalmente con Eichmann fue el horror de la aritmética; pero todo empezó con el primer judío que cayó acribillado a balazos en la calle. Así pues, si muere un niño en una choza de Hebrón debido a lo que has iniciado esta mañana, ¿cómo quedas tú? Sabes que puede suceder. Sabes que es lo más probable. Ya has aceptado tácitamente esa posibilidad. ¿Y qué piensas de ti, Jacob Baratz? ¿Eres culpable o inocente?

De hecho, no tenía ni tiempo para pensarlo. Tenía una verdadera montaña de trabajo pendiente sobre el escritorio. Y también un sobre sellado, que acababa de llegar de la sección encargada de descifrar los mensajes del servicio de inteligencia. El sobre llevaba una nota del oficial de guardia.

> «Damasco ha hecho una llamada de emergencia a las siete de la mañana. La hemos descifrado y quedamos confundidos. Pero no pudimos volver a establecer contacto para confirmar. El operador cortó la comunicación inmediatamente».

Junto a la nota había una copia del texto descifrado. Empezaba con las palabras «para el director» y después seguía un amontonamiento de letras ininteligible. Baratz reconoció enseguida el código privado que había inventado con Ronen para caso excepcional o cuestiones familiares. Fathalla debía poner el mensaje en el código normal y después trasladarlo al privado. Solo Baratz podría descifrarlo. Trabajó durante diez minutos y reconstruyó el texto completo.

> «Para el director: Esta mañana recibida llamada telefónica de Bitar. Mis temores de Safreddin infundados. Parece que nos estima mucho a los dos. Por tanto pienso operación de transporte no es trampa ni se volverá a repetir. Informaré al terminarla. Pido favor personal. Informen mi esposa inicie trámite inmediato divorcio conforme acuerdo privado. Accederá. Confío puedan hacer gestiones adecuadas. Esta

resolverá mis problemas particulares, esencial operaciones seguras y eficaces. Gracias. R».

Damasco

A las ocho y cuarenta minutos de aquella misma mañana, el aparato de las Líneas Aéreas del Oriente Medio que llevaba a Idris Jarrah con su cartera de mano, y breve equipaje, tomó tierra en el aeropuerto de Damasco. Le esperaba un coche militar y uno de los ayudantes de Safreddin. Idris Jarrah subió al coche y le llevaron enseguida al despacho de Safreddin. Allí le dijeron que el coronel llevaba una hora ocupado en una reunión y que aún debía esperar un tiempo. Le sirvieron café para disimular el tácito desaire y le dejaron esperando en una antecámara durante cuarenta y cinco minutos.

No se molestó demasiado. Comprendía el truco. El mismo lo había utilizado más de una vez.

Con eso se pretendía darle a entender que era un miembro muy joven de una empresa importante, que la Organización de Liberación de Palestina existía gracias al patrocinio de estados árabes legales y que, cuando se levantara a hablar, debía hacerlo con discreción y deferencia.

Cosa que no pensaba hacer, por supuesto. Tenía que presentar varias quejas oficiales. Los egipcios estaban muy molestos con el incidente de Sha'ar Hagolan. Consideraban muy peligrosa la constante agitación de la frontera sirio-israelí. En aquellos instantes estaban empeñados en una guerra desgraciada en el Yemen y distaban mucho de estar preparados o dispuestos a caer en otra mucho peor contra un ejército disciplinado y bien equipado como el judío. La O. L. P. tenía otras quejas que comunicar. Safreddin había planeado el próximo golpe de estado sin tomar en consideración los intereses de la O. L. P. El acuerdo original estipulaba que miembros de la O. L. P. atacarían varios centros de comunicaciones y cooperarían con unidades rebeldes del ejército. La O. L. P. había ofrecido aportar veinticinco mil dólares a los gastos de las operaciones. Idris Jarrah llevaba diez mil dólares en su cartera. Los entregaría siempre y cuando estuviera completamente satisfecho con la marcha del asunto. Estaba seguro, por otra parte, de que no podría quedar satisfecho: toda la operación se había echado a perder debido a las revelaciones que le hiciera Nuri Chakry. Así pues, esperaba, paciente y de buen humor, que el gran hombre le permitiera pasar a verle.

El saludo fue muy cordial. Safreddin se disculpó profusamente por haber hecho esperar tanto tiempo a su colega, lleno de la más viva comprensión y cortés ruego. Y después —de modo indirecto, como convenía a dos astutos orientales— llegaron al tema de la reunión. Jarrah presentó los puntos de vista de los egipcios disociándose de ellos como miembro de un grupo político independiente.

Safreddin se irritó enseguida como ya era de esperar.

—Hace mucho que pasó el momento en que los egipcios podían dictarnos la política a seguir. Ya tratamos una vez de trabajar en estrecha colaboración. Se mostraron arrogantes, insoportables y entrometidos. Ahora seguimos nuestro propio camino y a mi entender lo estamos haciendo mucho mejor aquí que ellos en el Yemen.

Jarrah encendió un cigarrillo y asintió de modo equívoco como convenía al caso.

—La O. L. P. tiene que convivir con todos. Tenemos opiniones propias, pero no me parece prudente manifestarlas. Sin embargo, consideramos que es Jordania donde mejor podemos trabajar, especialmente en la parte occidental. Por eso nos preocupa tanto la operación de Jalil. ¿En qué etapa estamos en este momento?

—Empecemos por el principio, amigo mío. El objetivo es muy preciso: derribar la monarquía hachemita mediante un golpe militar y establecer un gobierno también militar que evolucione según la línea socialista que hemos desarrollado en Siria. Logrado esto, contaremos con un frente único a lo largo de toda la frontera oriental de Israel. Tendremos un sistema y un objetivo político común.

»Y, llegado el momento, podremos montar una ofensiva que eche a los judíos al mar.

—Pero para eso el golpe tiene que tener éxito.

—Por supuesto. Creemos que lo tendrá. El comandante Jalil es buen soldado y buen organizador. La operación depende de los oficiales jóvenes y estos le estiman mucho. Y es el segundo de la guardia de palacio, una posición clave para lo que proyectamos.

—Y es…

—En primer término, derribar al actual comandante de la guardia de palacio y conseguir que Jalil ocupe su lugar.

—¿Y cómo piensan conseguirlo?

—Esta noche, dos camiones, que llevan mercaderías corrientes a Amman, se cargarán, además, con armas y explosivos en cajas de madera. Estas cajas

irán despachadas —y así quedará muy claro en letras negras— a la dirección particular del comandante de la guardia, que vive en una pequeña villa en las afueras de Amman. Mañana, a primera hora, los camiones partirán de Damasco. Los funcionarios de aduana de la frontera de Jordania, gracias a un dato que les hemos hecho llegar, registrarán los camiones; hallarán las armas e informarán de su hallazgo a la policía jordana. El informe llegará al rey. Suspenderán por un tiempo al comandante, mientras se efectúa la investigación pertinente. El comandante Jalil se hará cargo del puesto momentáneamente vacante, y empezará a controlar la situación. Muy sencillo y seguro.

—Demasiado sencillo —dijo Idris Jarrah.

Safreddin enrojeció, furioso.

—¿Por qué?

—Hace demasiadas suposiciones. En primer lugar, que la policía jordana aceptará de buena fe el dato que le han hecho llegar. Hace mucho tiempo que la prensa de Siria —y la de la O. L. P.— está pidiendo el derrocamiento de los hachemitas. La prensa de Siria es oficial. Publica, por tanto, el pensamiento del gobierno. Todo lo que hace Siria es, pues, sospechoso para los jordanos. Esta iniciativa les parecerá mucho más sospechosa todavía. La segunda suposición es que el rey va a destituir a un hombre de confianza solo porque abriga ciertas sospechas sobre su lealtad.

Safreddin se permitió una amarga sonrisa.

—Tanto el rey como su comandante fueron entrenados por los ingleses. Y los ingleses tienen un modo especial de hacer las cosas. Si el rey no le pide la renuncia, el comandante se la presentará como gesto de buena fe. En cualquier caso, sembraremos la sospecha, el rey deberá protegerse y acudirá a Jalil.

—A menos que sospeche o adivine inmediatamente las intenciones de Jalil y lo envíe al paredón.

—En tal caso bajamos un escalón en la lista y nos topamos con el tercer hombre, que es amigo y partidario del comandante Jalil.

—Siempre en el supuesto, de que el rey y sus consejeros respeten el escalafón. Es posible que decida prescindir por completo del mismo y que llame a su servicio a otro grupo selecto de la Legión Árabe. Al menos mientras se termine la investigación sobre ese envío de armas.

Safreddin se reclinó en la silla y observó a su visitante con ojos notoriamente hostiles.

—Tengo la impresión, Jarrah, de que usted no aprueba esta operación y que, de hecho, por lo que dice, no está dispuesto a apoyarla.

—Exacto, coronel. Y por una razón concreta: creo que todo el plan está en grave peligro.

Se recreó viendo el asombro de Safreddin. El coronel se adelantó hacia la mesa y le preguntó, furioso y tajante:

—¿Cómo lo sabe? ¿Dónde lo ha oído?

—Ayer, en Beirut.

Jarrah estaba muy tranquilo.

—Fui al banco Fenicio a retirar los fondos de la O. L. P. para depositarlos en el Panarábico. Chakry está en mala situación. No queremos perder el dinero. Hablé con Chakry. Me contó que había oído hablar de una conspiración en palacio. Le pedí detalles. No quiso dármelos. Me dijo, sin embargo, que la información venía de fuente siria. Si sabe esto, debe saber mucho más. Y si lo sabe, ya debe haber pasado la información a Jordania, pues tiene allí fuertes inversiones y comercia con informes como con cualquier otra mercancía.

Safreddin pensó el asunto un momento. Después sacudió la cabeza.

—No lo puedo aceptar. Me ha recordado hace un instante que nuestros periódicos y la gente de la O. L. P. hace tiempo que están llamando a la rebelión en el palacio de Amman. Me parece que eso es cuanto Chakry sabe. No puede saber más. No estoy dispuesto a tirar por la ventana tantos meses de preparación y una oportunidad que quizá no vuelva a presentarse, solo por lo que dice un banquero charlatán. Es demasiado vago lo que usted me cuenta, señor Jarrah.

—Pero lo bastante exacto para que yo no arriesgue el dinero de la O. L. P. y, mucho más importante aún, nuestra organización de Jordania occidental. Mis instrucciones son precisas. Tengo la responsabilidad de autorizar o denegar la participación de la O. L. P. en el plan.

Estaban en un punto muerto. Safreddin se levantó y empezó a pasear por la habitación, furioso como leopardo enjaulado. Finalmente volvió a mirar a Jarrah.

—¡Ya lo tengo! Si ya se conoce el plan, ¿por qué no ha actuado Hussein?

—Puede estar esperando la ocasión de desprestigiar públicamente a la O. L. P. y a Siria.

Safreddin meditó la respuesta en silencio. Y terminó aceptándola a regañadientes.

—Acaso sea verdad. Pero es solo una conjetura.

—De acuerdo.

—¿Entonces por qué no llegamos a un compromiso?

—¿Cómo?

—Enviaremos las armas mañana por la mañana, tal como estaba previsto. Usted se traslada a Amman, se reúne con el comandante Jalil, le dice lo que sabe —o cree saber— y le pregunta lo que piensa al respecto. Por lo menos estará enterado. Si es aún optimista, que siga adelante con sus planes. Usted continúa después a Jordania occidental y prepara a su pueblo; pero no le compromete hasta ver lo que sucede. Entre tanto, ordenaré una investigación a fondo en Damasco para que se compruebe la posibilidad de una filtración. Si descubro cualquier fallo le avisaré enseguida y también a Jalil. ¿Le parece prudente?

A Idris Jarrah le parecía perfecto. Le situaba precisamente donde quería estar: con un pie a cada lado, en calidad de responsable servidor de su pueblo y de prudente amigo de sus aliados… y con un depósito seguro de cien mil dólares a su nombre en un banco norteamericano de Beirut. Para ocultar su satisfacción, aparentó estar preocupado unos minutos y, por fin, declaró a regañadientes:

—Comprendo su posición, coronel Me doy cuenta de que es prudente. Pero todo este asunto me sigue pareciendo mal.

—A mí también me preocupa —dijo Omar Safreddin—. Pero no tengo más remedio que ponderar los pros y los contras y después actuar según las mejores informaciones de que disponga.

Desde que nos libramos de Eli Cohen nuestro sistema de seguridad ha funcionado muy bien. Me horroriza pensar que haya podido filtrarse una información de este calibre.

A lo cual agregó Idris Jarrah una nota privada: no le gustaría nada imaginar lo que podía suceder a la persona que Safreddin comprobara culpable de traición.

Beirut Nuri Chakry contempló a los reunidos alrededor de la mesa de conferencias. Los despreciaba a todos. El ministro de Hacienda no había venido. Le dijo que estaba preparándose para una reunión del Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, tomaría en consideración cuanto decidieran los representantes del ministerio y del Banco Central. Nuri Chakry los despreciaba a todos, especialmente a estos últimos. Era la única oportunidad que le quedaba y, así, planteó con toda franqueza —y con brutalidad— sus razones. Que las aceptaran o las rechazaran. No le importaba.

—… El banco Fenicio necesita ayuda. No es un secreto. La necesitamos antes de treinta días.

—También lo saben. Pero…

Agitó un folio lleno de cifras como si fuese una bandera.

—Pero la necesitamos en calidad de institución solvente. Somos la empresa que más ha hecho para convertir al Líbano en el corazón financiero del Oriente Medio. No les pido que acepten mi palabra. Todos ustedes tienen copia del estado actual del banco, copia avalada por una famosa compañía norteamericana de revisión de cuentas. Todos tienen copia de la carta que solicité especialmente para esta reunión. Va firmada y con el sello correspondiente. Pueden leerla. El banco Fenicio es una empresa solvente que, debido a circunstancias que escapan a su control, se encuentra súbitamente en situación difícil… ¿Cuáles son estas circunstancias? Todas de orden político. La prensa del Líbano ha insultado varias veces al rey Faisal. Los jeques del Kuwait ya no pueden soportar la presión británica para que inviertan en la zona de la libra esterlina. ¡Y en buenas condiciones! Nadie las puede ofrecer mejores. Pero saben que pueden perjudicar al Líbano. Cada uno tiene sus propias razones para hacer daño a este país. ¡El banco Fenicio es el Líbano! Pueden plantearlo como quieran, pero la conclusión es siempre la misma. Ya sé que muchos de los presentes no me tienen simpatía o les molestan mis métodos. Lo acepto. Pero si me marcho, el Líbano retrocederá diez años en lo que a importancia bancaria se refiere. Bien… ¿me van a ayudar o no?

Se quedó de pie un momento. Reinaba silencio. Se sentó a esperar. ¿Quién daría la primera respuesta? Taleb abrió la discusión. Chakry apenas se sorprendió. Taleb no tenía dinero y por tanto nada que perder. Su esposa le debió infundir coraje.

—Usted habla de circunstancias que escapan a su control, señor Chakry. Y las califica de circunstancias políticas. Pero todos los banqueros tienen sus dificultades. Los bancos norteamericanos, por ejemplo, invierten en Sudamérica, en África y en Corea del Sur. Comprenden perfectamente el riesgo de la inestabilidad política. Y toman precauciones al respecto. ¿Por qué no ha hecho usted otro tanto?

—Precisamente porque yo no soy Norteamérica. Como país bancario, somos completamente nuevos. Por tanto, tenemos que buscar negocios y, nos vemos obligados, en ciertos instantes, a arriesgarnos mucho. El dinero es una mercancía, señor Taleb. Hace falta venderlo como se venden refrigeradores y lavadoras.

—¿Pero no hace falta vender a pérdida, verdad?

—Nunca hemos invertido a pérdida. Nuestra revisión lo demuestra. Somos solventes y con beneficios.

—¿Pero en este instante no dispone de dinero al contado?

—Si los depósitos del Kuwait y de Arabia Saudita se marchan… ¡claro que no!

—¿Y se vería obligado a liquidar sus inversiones a toda prisa?

—Sí.

—¿Y expuesto por tanto a grave pérdida?

—Solo si este país, que hemos ayudado a construir, nos deja a merced de nuestros enemigos.

Aziz hizo la pregunta siguiente. La hizo con suavidad, como quien prueba la hoja de un puñal.

—¿Enemigos? ¿No le parece una palabra algo extraña, señor Chakry? En la banca se habla de acreedores, socios o competidores.

—Diga enemigo en lugar de competidor y la proposición será la misma.

—Me pregunto si es eso lo que usted hace —le contestó Aziz—. Sus competidores le han prestado dinero, ¿verdad? Y en términos muy moderados, perfectamente normales. ¿Por qué ha de llamarles enemigos?

—Cuando se trata de dinero no existe la lealtad, solo la ventaja legal. No se puede calificar de amigo a quien acepta un negocio, que no nos engaña y nada más. Si ese hombre descubre un medio legal para derribarnos, recurrirá a él sin duda alguna. Esto, en mi diccionario, le convierte en mi enemigo.

—Entonces, señor Chakry, me parece que ha sido usted muy poco prudente. Se ha hecho más enemigos de los que necesitaba… o podía controlar.

—Se lo concedo —dijo Nuri Chakry—. Pero en cambio debería contestarme claramente a esta pregunta. ¿Está mi propio país dispuesto a unirse a las fuerzas enemigas y forzar al banco Fenicio a no cumplir sus compromisos con miles de pequeños clientes?

Era su última carta. La jugó con la misma frialdad que la primera. Pero no estaban aún preparados para responderle. Aziz volvió a interrogar.

—¿Está dispuesto a someterse a una segunda investigación, esta de tipo privado e independiente?

—¿Por qué no?

—¿Estaría dispuesto a respaldar los resultados de esa segunda revisión con su propio capital privado, señor Chakry?

—Con todas mis libras.

—¿Vendería sus intereses en el banco?

—A precio conveniente, sí.

—¿Está dispuesto a liquidar inmediatamente el activo, incluyendo la línea aérea?

—¡No!

—¿Por qué no, señor Chakry?

—Porque la liquidación inmediata no es más que una venta forzosa. Y una venta forzosa equivale a una pérdida inevitable. Y esto no puede tolerarse, en defensa de los accionistas.

—Pero es posible que se vea obligado a vender de todos modos.

—En el caso de que el ministerio de Hacienda y el Banco Central se negasen a darme un apoyo momentáneo. Pero entonces serán ellos los únicos responsables… de lo que pueda suceder.

No se decidían. Ninguno quería aceptar la responsabilidad definitiva. Chakry los despreció aún más. Decidió forzarlos.

—Si tienen más preguntas que hacer, caballeros, estoy dispuesto a contestarlas de inmediato. En caso contrario, tengo que hacerles una. ¿Apoyarán o no en un momento dado, dentro de los treinta días próximos, al banco Fenicio?

Finalmente, después de una larga pausa, el subsecretario del ministerio le dio la respuesta.

—No podemos responderle, señor Chakry, en esta reunión. Ni el propio ministro podría hacerlo todavía. Nuestra misión consiste en redactar un informe y presentárselo cuando regrese de Nueva York. El ministro dará su opinión al gabinete y este tomará la decisión definitiva.

—¿Dentro de treinta días?

—Hemos de creer que sí, señor Chakry. No se nos ha dicho nada en contra.

—¿Y entre tanto seguiré dirigiendo un banco internacional fundado solamente en suposiciones?

—¿Y cómo lo ha dirigido hasta el momento? —le preguntó Taleb, intencionadamente.

—Si me perdonan, caballeros —dijo Nuri Chakry, muy amable—, tengo trabajo pendiente. El banco Fenicio aún está abierto para operaciones.

Cuarenta minutos más tarde, conducía su coche a furiosa velocidad por la carretera. Pasó Djouni y El Bouar. Iba a la casa de los naranjos.

Heinrich Muller, desgarbado como siempre, le resultó un tónico para el decaído ánimo. Le agasajó en la terraza al aire libre, le sirvió bebidas, le

mostró sus últimos tesoros e hizo bromas obscenas sobre la vida sexual de Biblos. Era alegre observador, poseía un par de poderosos anteojos de campaña y se dedicaba a estudiar por la noche los hábitos sexuales de sus vecinos…

—Mejor que en el Jardín Perfumado, querido Nuri. ¡Mucho mejor! Tan ingenioso. Tan gimnástico.

Chakry le dejó hablar, satisfecho de poder olvidar de este modo la desagradable experiencia de la reunión. Al infierno con ese Aziz. Al diablo ese malicioso muñequillo de Taleb. ¡Al diablo todos esos lameculos! ¡No sabrían qué hacer si tuvieran dinero de verdad! Unos bastardos.

—Te acabo de contar la más exótica de las perversiones —le dijo Muller en tono de reproche—, y no me has oído una palabra.

Chakry se estaba divirtiendo, a pesar de su mal humor.

—Lo siento, Heinrich. Mejor será que me hables de dinero. Prometo escucharte.

Muller se acariciaba las manos.

—¡Ah, el dinero! Mejor que las mujeres. Mejor que los muchachos en la ribera de ríos infranqueables. Te enseñaré dinero.

Salió trotando de la terraza y volvió poco después con dos trozos de papel grueso. Se los pasó ceremoniosamente a Chakry.

—¡Míralos, amigo mío! Uno es auténtico y el otro una de mis creaciones. Diez dólares. ¿Cuál es cuál?

—Deja que los vea a la luz.

Los llevó a la galería exterior y los examinó cuidadosamente. Eran bonos al portador de una conocida firma británica, famosa por las extremas precauciones que adoptaba contra cualquier falsificación. Los dos papeles, por lo que pudo apreciar Chakry, eran idénticos. Tenían la misma contextura granulada y las mismas aguas complicadas. La tinta era una imitación perfecta y el grabado una obra maestra de reproducción.

—Tómate el tiempo que quieras —le dijo Heinrich Muller—. Te puede costar diez dólares.

—O la cabeza.

Varios minutos después y a pesar de examinarlos con una lupa, Chakry tuvo que confesarse derrotado y le pagó la apuesta con libras libanesas.

—Y ahora muéstrame la diferencia.

—No puedo —le dijo Muller, orgullosamente—. No se puede descubrir a simple vista ni con lentes de aumento. La tinta es diferente, pero solo se distingue mediante un análisis químico. El papel es el mismo. No puede

comprarse en cantidad, pero los fabricantes siempre incluyen una muestra en los catálogos de propaganda. Las imágenes y el método de grabado son también algo distintos. Hay un error mínimo de profundidad de corte en las planchas, ¿pero quién se va a dar cuenta?

—Nadie, en realidad. ¿Y el otro asunto?

—Te apuesto lo que quieras. Pero te advierto que perderías.

—De todos modos me gustaría verlo.

—Me gustan las personas prudentes.

Volvió a entrar en la casa y regresó con dos pequeños paquetes de bonos de distinto origen y denominación. Se los mostró en parejas e indicándole esta vez el verdadero y el falso. Chakry examinó cuidadosamente cada par y finalmente tuvo que confesarse satisfecho. Pero Heinrich Muller no lo estaba y le quería hacer una pregunta. Se la hizo de modo muy preciso.

—Aquí tenemos, Nuri, querido amigo, un conjunto de documentos que tiene un valor nominal de medio millón de libras esterlinas. Convertidos en dólares vienen a resultar cerca de millón y medio.

Si contamos los duplicados doblamos la cifra. ¿Y qué te propones hacer con ellos?

—Los originales pertenecen al banco.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Ya lo sé —le dijo Chakry y sonrió, contento—. El problema, Heinrich, es que hay dos respuestas posibles. Y me gustaría que me dijeras cuál te parece la mejor.

Muller volvió a tomar los dos paquetes de documentos y los dejó a un lado. Preparó otro par de vasos y entonces, con el refinamiento del gato, se arrellanó en blando asiento en espera de oír las proposiciones de Chakry. Chakry se tomaba tiempo. Agitaba el vaso y el hielo golpeaba musicalmente el vidrio. Encendió un cigarrillo y contempló la nubecilla gris que se alzaba al cielo.

Finalmente dijo:

—Primero una pregunta, Heinrich. ¿Quieres que te pague por este trabajo o prefieres escaparte con el dinero?

—Eso depende —le dijo lentamente Muller—, depende del sitio a donde nos vayamos y de los riesgos que haya que correr.

—A Brasil. ¿Qué te parece?

—Un país muy agradable. Hay algunos problemas políticos, por supuesto. Pero un potencial enorme de futuro desarrollo.

—Y muy adecuado para los que saben de desarrollo.

—Por supuesto.

—Tengo allí una pequeña compañía, independiente y próspera, aunque modesta en cierto modo.

Así, tendríamos ya una identidad en el mundo de los negocios. Para progresar nos haría falta más capital invertible.

—¿Y cómo lo conseguirías?

—Lo tenemos.

Le señaló los paquetes de bonos, que estaban sobre una mesa contigua.

—Tenemos que decidir el modo de utilizarlo. La primera posibilidad es dejar los documentos falsos en el banco y llevarnos los verdaderos… suponiendo que nos veamos obligados a partir. Pero si capeamos el temporal, nos quedamos en el Líbano, por supuesto y devolvemos los verdaderos documentos a su sitio.

—No. —Muller hablaba con mucha firmeza—. No. De ninguna manera. Sería un acto criminal, un fraude, un robo. Llámalo como quieras. Implicaría además persecución policial y veinte años de cárcel. No podría montar ese caballo.

Chakry asintió.

—Bueno. Si estuviera en situación francamente desesperada lo intentaría. Pero no es ese el caso.

—¿Y la segunda posibilidad?

—Tomamos tus falsificaciones. No las negociamos nunca. Solo las depositamos por razones de seguridad en algún banco brasileño. Nos aseguramos, por supuesto, de que el banquero lee los documentos, los examina y relaciona. Cuando vayamos a pedirle un crédito ¿cómo reaccionará?

—Favorablemente, por supuesto. Pero de todos modos nos pedirá otras garantías.

—Para lo cual le entregamos un documento de cobertura pignorando todas nuestras inversiones, incluyendo lo que tenemos allí depositado aunque sin especificar cada uno de los efectos ni atribuirles un valor que no tienen. No cometemos ningún delito, aunque burlemos la ley.

—A menos que no pudiéramos pagar la deuda y el banco nos exigiera la realización de lo que tenemos depositado.

—¿Estás de acuerdo en que es el único riesgo? —preguntó Nuri Chakry.

—Sí.

—Entonces puedo asegurarte que no implicaría riesgo alguno real.

Empezó a entusiasmarse. Se inclinó hacia adelante, juntó las manos y se embarcó en un discurso en el que dijo todo cuanto había querido decir en la reunión de la mañana, y no había dicho para no arriesgarse a que le despreciaran sus enemigos.

—¡Escucha, Heinrich! Tú sabes lo que yo soy. Yo sé quién eres tú. Somos hombres que entienden de dinero y cómo funciona. Somos muy pocos de esta clase, también lo sabes. El dinero es un misterio más grande que Dios para el ochenta o el noventa por ciento de la humanidad: nunca lo han tenido y es probable que nunca lo tengan. ¿Qué es el dinero? Confianza. Seguridad. Un equilibrio de riesgos y posibilidades. ¡Mira esto!

Cogió uno de los bonos de la mesa y lo sostuvo despectivamente entre el pulgar y el índice.

—¿Qué es esto? Papel y tinta nada más. Una promesa de pago de cierta cantidad de otro papel; el cual, a su vez, es otra promesa de pago de cierta cantidad de oro. Si se le introduce en una máquina trituradora desaparece todo para siempre. Pero lo que este papel significa quedaría siempre: el metal que se extrae de la tierra, el trigo, el maíz y el algodón que los hombres transforman con su trabajo, que distribuyen hombres como tú y como yo, hombres que conocen los sitios donde la necesidad es mayor que la producción. Somos dinero, Heinrich. ¡Y esto es lo que esos locos del ministerio se niegan a aceptar! Somos dinero porque sabemos. Esta mañana pasé por la costa y pude ver el fruto de veinte años de trabajo, ¡de mi trabajo!, sobre las playas y los cerros donde ni un olivo puede crecer. Ya lo hice una vez y puedo volver a hacerlo. Esta vez no habrá errores. ¿Quieres acompañarme?

—Si tenemos que marcharnos, sí.

—¡Bien! Entonces hazme otro pasaporte con otro nombre. Embala tus colecciones y tenlas a punto para embarcar diez días antes de acabar el mes. Cinco días antes de fin de mes, compra dos pasajes de primera en el mejor transporte directo que exista de Beirut a Brasil.

—Me has recordado al Führer —le dijo Heinrich Muller, irónica y respetuosamente—. Tienes el mismo fuego.

—¡Führer era un loco! —exclamó Chakry con violencia y dureza—. Nunca entendió de dinero.

Trató de exterminar a los judíos. Estaba derrotado antes de empezar.

—¿Y tú, Nuri?

—Solo hay una victoria, Heinrich, la supervivencia. Tú supiste sobrevivir cuando ahorcaron a los hombres para quienes trabajabas. Los judíos

sobrevivieron y se colgaron en torno al cuello del Islam. Yo también voy a sobrevivir. Un paso atrás y dos adelante. Si estás vivo, siempre puedes seguir luchando.

—Seguía luchando con tanta eficacia que a las tres de la tarde ya había vendido al agente de Kuwait en ciento veinticinco mil dólares una copia de la cinta grabada a Jarrah y otra del documento que le firmó en su despacho. El jordano le pagó treinta mil por las mismas pruebas y Chakry, además, le ganó cinco mil dólares jugando al póquer. Ganancia neta: sesenta mil dólares. Y no depositó un solo céntimo en el banco Fenicio.

Damasco Después de su conversación con Jarrah, Omar Safreddin llevaba una china en el zapato. Le lastimaba el pie y el ánimo. No podría descansar hasta que se la quitara. Tenía que admitir que los temores de Jarrah sobre la posible filtración de informaciones estaban bien fundados, a pesar de lo poco que le gustaba el hombre y a pesar de lo poco inclinado que se sentía a ceder a las exigencias de un conspirador emigrado. Si existía una filtración había que descubrirla y eliminarla inmediatamente. Y si no lo lograba, tendría que convertirla en beneficio político de alguna especie.

Descubrirla planteaba el mismo problema que había propuesto a los miembros del Club Hunafa: había que suponer la presencia en un puesto de confianza de un espía o de un traidor sirio. ¿Por dónde empezar a buscarle?

Los lugares más obvios estaban ya cubiertos por sus agentes. Todas las embajadas extranjeras —la norteamericana, la rusa, la británica— ejercían funciones de espionaje de una clase u otra. Si gente de esta categoría tuviera conocimiento de la conspiración, ya se habrían hecho perceptibles y claras las consecuencias. Los rusos, por ejemplo, estaban de acuerdo con los norteamericanos en la necesidad de conservar la estabilidad política del Oriente Medio. Lo consideraban, tal como los arrozales de Asia, como punto clave donde podía estallar la conflagración atómica. Desde el punto de vista doctrinario, no soportaban las monarquías y deseaban que a la larga, la Fértil Media Luna se transformara en media luna marxista. Pero no estaban dispuestos a arriesgarse a un conflicto por lo que podría conseguirse sin peligro, mediante una evolución relativamente pacífica. Si hubieran sabido de una conspiración contra el trono hachemita, haría tiempo que habrían empezado a molestarle —y no muy delicadamente— porque Siria era una nación deudora y los rusos sus mayores acreedores.

Pensó un momento en los egipcios, pero sus intereses coincidían con los suyos. Pensó más largamente en la O. L. P.; pero era gente demasiado vulnerable en Jordania y, con una traición, no tenía nada que ganar y sí

mucho que perder. ¿Los judíos? A ellos les dedicó una larga y perturbadora meditación. No se quedó tranquilo con la muerte de Eli Cohen. Estaba convencido de que los judíos tratarían, tarde o temprano, de establecer otra red de espionaje en Damasco. Organizó entonces un grupo especial de agentes de seguridad, compuesto por los mismos que habían trabajado en la investigación del caso Cohen. Pero hasta aquel instante nadie le había proporcionado la menor pista valiosa. Por otra parte, si un israelí hubiera descubierto el dato, lo habría transmitido directamente a Tel Aviv. Y no se lo habría pasado a un árabe palestino como Nuri Chakry.

Pensó un momento en Nuri Chakry y llegó a la conclusión de que Jarrah tenía razón: era hombre capaz de comerciar con cualquier cosa, hasta con los dientes de oro de su abuela. ¿Pero podía ser Chakry un centro de espionaje e información? Difícilmente. Tendría que pagar a delatores y a un equipo de investigadores. Era demasiado astuto como para enredarse con agentes de los servicios de inteligencia. Si tenía algún confidente en Damasco, tenía que tratarse de alguien que hiciera negocios con él; de alguien que, mediante correspondencia del más legal aspecto del mundo, le pasara informaciones a cambio, quizá, de un buen renglón de crédito.

Era una posibilidad muy vaga. Pero esas posibilidades revelan, a veces, los juegos más sorprendentes. Así había caído Eli Cohen: a causa de una lista de cifras bancarias que no coincidían con su balance comercial. Tomó el teléfono, llamó al ministerio de Hacienda y solicitó una lista de todas las personas de Siria, que tenían cuenta bancaria en el Líbano, especialmente en el banco Fenicio.

Tel Aviv

El mensaje cifrado de Adom Ronen permaneció todo el día en la caja de caudales de Baratz.

Necesitaba tiempo y meditación antes de ocuparse de él. Aquel día carecía de ambas cosas. El trabajo del servicio de inteligencia es un gigantesco rompecabezas. Las piezas se amontonan desordenadamente en el escritorio y hace falta infinita paciencia y concentración para compararlas, rechazar unas y aceptar otras hasta que surjan las líneas de un conjunto comprensible. El trabajo resulta fácil si se hace como jugando. Se tiene el modelo delante y solo hay que buscar las piezas que encajen como la muestra. Pero cuando se trata de la defensa de una nación, las circunstancias cambian cada día, cada

hora. Y hay que construir un cuadro general, con hechos y conjeturas y una imaginación nada infalible. Un mismo elemento de información puede colocarse de veinte modos distintos. Pero basta un error para tener que empezar de nuevo por haber llegado de pronto a una situación completamente confusa. Y también aparecen piezas locas: sucesos que a primera vista parecen de enorme importancia, pero que, sometidos a prueba, resultan solo coincidencias. Según el viejo proverbio, puede toser un oso en el Polo Norte y morir un hombre en Pekín; pero si se pretende relacionar un oso y un hombre que no sean aquellos se llega a un callejón sin salida. Y si se elabora un plan militar sobre la base de relaciones ficticias, se crea una tragedia que puede costar cientos de vidas.

Adom Ronen pertenecía a un sector específico de operaciones. No se le podía permitir que interviniera en otros más importantes. Judit Ronen ocupaba un lugar especial en su vida oficial y en sus emociones privadas. No podía él dejar fundir las dos funciones. Pero, por más que lo intentaba, no conseguía apartárselos —ni al hombre ni a la mujer— de la mente. Un informe del alcalde de Jerusalén, le recordaba al instante una casa blanca en Har Zion y una escultura extrañamente atormentada. Un relato de operaciones de rutina en el Hasbani Thumb le dejaba pensando en la mujer de Ronen Fathalla y en los riesgos que ambos añadían a la de por sí arriesgada organización de espionaje. Un memorándum de la emisora de seguridad, le hacía preguntarse por qué Selim Fathalla habría utilizado el procedimiento de emergencia para enviar un mensaje que carecía de urgencia. Un largo informe sobre contrabando árabe en las fronteras de Siria, le recordaba lo poco que sabía de las circunstancias físicas de la vida de su agente en Damasco y de lo mucho menos que sabía sobre los ajustes psíquicos necesarios para vivirla.

Una vez, al término de una tranquila cena familiar, le había hecho la pregunta a Franz Lieberman, lector inveterado de obras de espionaje. Se la planteó de modo muy personal:

—Supongamos, Franz, que estuvieras en mi lugar y tuvieras que escoger a hombres para vivir constantemente ocultos en territorio enemigo, ¿qué candidato elegirías?

Lieberman, cosa insólita en él, eludió la pregunta al principio.

—Tú sabes más que yo al respecto, Jacob. Tú has vivido así. Tenías una misión que cumplir con los británicos; vestías uniforme inglés; sin embargo, trabajabas para el Haganah. Fuiste espía, saboteador y soldado a un tiempo.

—No era lo mismo, Franz.

—¿Por qué no?

—Los objetivos que teníamos eran claros, precisos e inmediatos. Teníamos que ganar la guerra.

Debíamos manejar cañones, pasar gente de contrabando, dirigir operaciones de guerrillas. Entonces nos entendíamos muy bien. Éramos como las tribus mosaicas que avanzaban con la columna de nubes durante el día y con la de fuego por la noche. El hombre que imagino tendría que vivir solitario en un ambiente hostil. Que arriesgar la vida para dar informaciones que muchas veces pueden parecerle triviales. Estar separado de nuestra vida comunitaria. Conocerá, de hecho, solo la peor parte de ella, porque no leerá más que lo que escriban nuestros enemigos. Y se trata de un semita, recuérdalo, de alguien para quien el apoyo de la tribu es especialmente necesario. No verá ni se beneficiará de los resultados de su trabajo. Si falla no gozará de compasión ni de una segunda oportunidad. Le lloraremos y anotaremos en el Libro de los Muertos… Y ahora dime qué clase de hombre, según tú, debiera efectuar este trabajo.

—No puedo —le dijo Franz, inflexible—. Nunca he realizado semejante análisis clínico. Sé que estás haciendo tales nombramientos y no soy tan estúpido como para darte un consejo sin madurar porque he bebido tres copas de coñac. Si te parece, pensaré el asunto, leeré lo que encuentre al respecto y veré lo que resulta. Pero no te prometo nada.

—No me prometas nada.

Seis semanas después, Lieberman le escribió una carta en que le hacía una descripción bastante aproximada de Selim Fathalla, aunque nunca lo había conocido.

> «… Necesitas un alienado; no satisfecho de lo que es, pero que sepa, al mismo tiempo, que el ideal que persigue es inalcanzable. Rebelde en su juventud, y acaso revolucionario. Pero que al tener en sus manos los frutos de la revolución, se le hayan convertido en manzanas de Sodoma. Así, física o espiritualmente se convertirá en un vagabundo, en perpetua búsqueda de lo extraño y exótico, acaso en aficionado a cultos extraños, en especialista en lenguajes esotéricos, en anticuario, en traficante de objetos raros, en un camaleón capaz de tomar el color de cualquier árbol menos del que tiene en su propio jardín. A nivel sexual debe ser hombre de fuertes apetitos hacia las mujeres, o personas de su propio sexo. Apasionado en la entrega, le costará mucho conservarla continuamente, porque su seguridad reside en la enajenación y no en la identificación.

> Valiente para defender sus más íntimos dominios, en los que únicamente cree poder conservar su propio yo. Más vulnerable a la soledad que a la tortura, pues sus puntos de referencia son sumamente personales y, por tanto, depende demasiado de ellos. Siempre habrá que tratarle con sumo cuidado y deferencia. Si se le dan instrucciones demasiado precisas volverá a convertirse en rebelde y puede tentársele a riesgos innecesarios solo para afirmar su identidad disentida…».

Todo lo cual le llevó a una clara conclusión para el caso presente. Si Adom Ronen deseaba divorciarse, Jacob Baratz, su amo, debería hacer lo posible para cumplir sus deseos, aunque al hacerlo, se creara un problema personal. Por eso, tomó el teléfono y pidió que le comunicaran con Judit Ronen en Jerusalén. Mientras esperaba que le dieran línea, telefoneó a un anciano del rabinato de Tel Aviv y lo citó para las seis de aquella tarde.

Cuando Judith acudió al teléfono le hizo una advertencia y una petición.

—¿Judith? Habla Jacob. Quisiera hablar contigo. Me gustaría que vinieras esta noche a Tel Aviv a cenar conmigo. ¿Puedes buscar a alguien que cuide de Golda?

—Por supuesto. ¿Ha… ha sucedido algo?

—No. Pero hay algo que quiero tratar contigo urgentemente. Cenaremos en mi casa.

—¿Sabes cocinar, Jacob?

—Ya lo verás.

—Será una sorpresa.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

—Anticípame algo, Jacob. ¿Es bueno o malo? Lo que tienes que decir, por supuesto.

—Pues no lo sé. Tendrás que decidirlo tú.

—Hasta las ocho y media, entonces.

Hizo una última llamada, para pedir el coche oficial, se guardó el mensaje de Ronen en el bolsillo interior de la chaqueta y partió a reunirse con el rabino, que era experto en la Ley, especialmente en los casos de disolución de matrimonio. Le explicó la naturaleza de su problema y el rabino se mojó con la lengua los labios quedándose un momento pensativo. Finalmente le dio su bien fundamentada opinión.

Por un lado no cabe duda de que esto debe quedar totalmente en secreto. En cambio hay que proteger los derechos de ambos cónyuges. Ordinariamente se exige que el peticionario presente la solicitud reglamentaria alegando los

motivos en que basa su petición de divorcio. En el caso de que la mujer esté de acuerdo, el tribunal, dará valor de solicitud en regla al documento que Ud. me ha mostrado. Pero si ella no lo estuviese, el tribunal querrá que presente Ud. la solicitud en nombre del peticionario.

La ley exige entonces que ambas partes se sometan a las recomendaciones y advertencias del tribunal a fin de que les quede la oportunidad de volver a considerar, juntos, la petición de divorcio presentada. Siendo esto imposible a todas luces podría prescindirse, de común acuerdo, de este requisito… El tribunal puede no tomar en cuenta sus objeciones; pero no creo que en este caso, haga uso de tal facultad.

—¿Aunque esté en juego la seguridad nacional?

—Aunque uno se permita las más liberales interpretaciones, general, siempre se llega a un punto en que no hay duda en elegir entre la integridad de la ley y la conveniencia pública.

—O, de modo más claro, entre la integridad de la ley y la vida de un agente secreto.

—Exacto.

—¿Y qué escogería usted, rabino?

—No hay elección posible. Si destruimos la ley volveríamos al caos.

—¿Y si la ley depende del capricho de una mujer?

—No es tan dependiente, general Baratz. Y usted lo sabe. Cuando hay conflicto entre dos derechos, la ley debe decidir cuál prevalece. Pero no puede negar que exista un derecho en ambos casos.

—Ojalá viera las cosas tan claras como usted —le dijo Baratz con amargura.

Interiormente hubiera querido poder plantear su propio caso con la misma claridad… Quiero que Adom Ronen quede libre, porque necesito un agente satisfecho y de confianza. Le quiero libre porque, de noche, tengo sueños de remordimiento, en los que soy David y él es Urías… Y no es sueño, en cambio, la posibilidad que tengo de enviarle a la muerte con más rapidez que David a Urías. Quiero que Judith sea libre, porque ya no puedo confiar en mí mucho tiempo y, si caigo, quiero ser el único culpable. También quisiera yo ser libre; pero estoy atado, por una debilísima esperanza, por toda la vida, a una niña encerrada en un oscuro ático de Salzburgo…

—… una situación difícil —le estaba diciendo el rabino—. Difícil para usted y para ambas partes.

Sin embargo, con prudencia y buena voluntad, quizá la podamos resolver satisfactoriamente.

—Esta noche cenaré con la señora. ¿Puedo llamarle mañana por la mañana…?

—Cuando usted quiera, general.

—Gracias.

Y volvió a una casa estéril y vacía a preparar una cena de soltero para la esposa de otro.

Afortunadamente mientras adelantaba laborioso en su preparación, fue recuperando el sentido del humor y terminó riéndose del espectáculo del teniente general Jacob Baratz, director del servicio de inteligencia militar, aderezando una ensalada, pelando patatas y zanahorias, y poniendo la mesa para dos y un disco de música apropiada. Cuando llegó Judit, estaba en el sofá fingiendo indiferencia el condenado, con un *whisky* —más lleno de lo normal— al lado y un ejemplar de la última edición de la Cronología de la Política Árabe, abierto y sin leer, sobre las rodillas.

Judit se hizo cargo enseguida de la situación, bromeó alegremente, con lo que pasaron por alto saludos y preámbulos y llegaron al primer trago. Entonces le dijo:

—Jacob, quiero gozar de la cena. ¿Qué te parece si hablamos primero de todo eso que me tienes que contar?

—Buena idea.

Le pasó el mensaje cifrado de Ronen y la observó cuidadosamente mientras lo leía. Notó su tensión y palidez bajo los efectos de la primera impresión. Pero no hubo gritos ni lágrimas. La primera pregunta se apartaba deliberadamente del asunto.

—¿Quién es Safreddin?

—Jefe del Tribunal Militar Extraordinario, director de los servicios de seguridad en Siria. El fue quien descubrió a Eli Cohen y le hizo ahorcar.

—¿Y Adom trata con él?

—Sí. Parece que la relación es frecuente y cordial.

—Pero tremendamente arriesgada.

—También.

—¿Qué quiere decir con eso de que el divorcio es necesario para la seguridad y la eficacia de las operaciones?

—No lo sé. Solo puedo suponerlo.

—¡Dime lo que supones!

—Muy bien. Pero lo que me imagino solo se funda en mi experiencia personal. Conocía a Hannah cuando estaba trabajando en el Haganah. La

empleé en toda suerte de trabajos peligrosos: de correo, espía, contrabandista de divisas. No tuvo dudas ni temores. Siempre dispuesta y decidida.

Todos lo estábamos. Me enamoré de ella y después que nos casamos se convirtió en un impedimento. Cada vez que le encomendaba algo, se me partía el corazón… y también el cerebro.

No he vuelto a hacerlo más. Me imagino que Adom se encuentra en situación semejante respecto a ti y a Golda.

—Estás mintiendo, Jacob. Por favor…

—No me obligues a mentir, muchacha. Ya sabes. Adom dice que lo sabes. Dímelo a mí.

—Se ha enamorado de otra.

—Eso ya le había sucedido antes una docena de veces. Aquí y fuera de aquí. ¿Por qué le das tanta importancia ahora?

—¿Te importa?

—¡Por supuesto que me importa!

Se enfureció repentina e inexplicablemente.

—Le necesito trabajando. Le necesito seguro. Toda una red de espionaje depende de él. Necesito saber cuanto sucede.

Judit apuró el vaso y lo alargó diciendo:

—Échame otro trago entonces.

Le sirvió otro y se lo pasó. Apenas lo probó lo volvió a dejar. Y después, vacilante y entrecortada, le dijo:

—Lo sé, lo conozco bien, es sencillo como el abecedario. Debiera decirlo en diez palabras. Pero no puedo. Es triste y sucio y los dos somos culpables y sin embargo… no se nos puede culpar.

Adom es iraquí. Yo soy polaca… Para él, el matrimonio es una cosa y el amor otra. Ya sabes de qué se trata, Jacob. Sabes cómo era. Como amante me embriagaba y me hacía dar vueltas como un trompo. Yo… yo llegaba al éxtasis con él. Era como vivir bebiendo champaña. No soportábamos la menor separación. Esa muchacha que tiene ahora… estoy segura de que es así como viven. Pero todo cambió completamente cuando nos casamos. Surgió el hombre de la tribu. Y yo era el objeto: la que tenía que criar, la madre. Era la casa, el hogar, la dignidad social… y nada más. Al quedar yo embarazada perdió su vigor conmigo. No podía evitarlo como yo no podía evitar la agonía de desearle y no poder tenerle a sabiendas de que andaba merodeando a la caza como gato triste… Por eso se marchó a trabajar para ti. Por eso quería conservar el matrimonio y el hogar al modo antiguo de las tribus…

—¿Y por qué quiere destruirlo todo ahora?

—No… no lo sé. ¡Oh, qué diablos! Me lo suponía hace mucho tiempo. Esperaba que sucediera y cuando las cosas empeoraran, me lo iba a rogar. Solía decir: «En alguna parte, alguna vez, habrá un momento o una mujer que pueda encenderme de arriba abajo». Y eso era lo más horrible, Jacob. El sabía perfectamente lo que le pasaba, pero no podía evitarlo. Y yo tampoco. Ahora… creo que ha llegado el momento y la mujer también.

—Pero si se casa con ella, es posible que todo se repita.

—Entonces lo sentiría por los dos.

—Yo temo por la suerte de veinte personas —dijo Jacob Baratz, tristemente—. ¿Qué hará si le niegas el divorcio… y si vuelvo a llamarle?

—Nos odiará a los dos. Y es probable que no vuelva.

—¿Y le concederás el divorcio?

—Tiene la oportunidad de ser feliz y también de ser… ¿cómo dice?… seguro y eficaz. ¿Pero por qué he de hacerlo? ¡Dímelo, Jacob! ¿Por qué no volverme una fresca y hacerle sufrir una temporada? Ya me ha hecho sufrir bastante. ¡Dios lo sabe!

—Porque tú no eres una fresca. Porque puedes salirte de esto, Judit, y salirte íntegra y Adom no podría. ¡Aunque espero que sea capaz en bien de todos! Ya eres una muchacha crecidita, Judit. Ya eres mayor para hacer tonterías.

—¿De veras, Jacob?

Se puso en pie. Se le enfrentó haciendo despiadada burla de sí misma.

—Soy una mujer que duerme con una almohada entre las piernas deseando que se convierta en un hombre. De noche, en casa, acompaño a Golda y la ayudo en sus cosas. Trabajo en mi estudio hasta que los ojos se me hinchan. Y paso el tiempo deseando salir al portal y mayar a la luna como una gata.

—No me importa.

Baratz fue tan brutal como el verdugo, enmascarado y tranquilo antes de matar.

—No me importa si echas a correr desnuda y gritando por la calle Allenby. Solo quiero saber una cosa. ¿Aceptas o no aceptas el divorcio?

—Eres un bastardo, Jacob.

—Me pagan para que lo sea.

—¿Qué quieres que haga?

—Que me contestes. ¿Sí o no?

—Tengo que pensarlo.

—No hay tiempo para pensar.

—No eres Dios.

—No. Soy un hombre de quien depende la vida de mucha gente.

—Nunca te había visto tan cruel.

—No me conoces en absoluto.

Fue como si la hubiera abofeteado. Dejó de luchar y se quedó con los ojos abiertos, temblando, mirándole. Y se rindió.

—Está bien. De acuerdo. ¿Y ahora qué?

—Soy un bastardo —le dijo Jacob Baratz en voz baja—. Y me carga el condenado trabajo que hago. Sírveme otro trago mientras preparo la cena.

Capítulo Quinto

Damasco

A las nueve menos cuarto de la noche, Selim Fathalla salió de su casa y se encaminó a la bodega, que quedaba a un extremo del zoco. Caminó por estrechas y malolientes callejuelas, llenas de desperdicios vegetales y restos animales. Se topaba con hombres apresurados y burros pacientes, mujeres veladas y niños descalzos. Se detuvo un momento en la calle de los caldereros, una especie de caverna larga y sombría, llena de acre olor a carbón y soldaduras, que resonaba al ritmo de los martillos y el vibrar de los yunques. Era allí bien conocido. Ojos brillantes le sonreían desde las caras ennegrecidas y manos curtidas y sucias se juntaban para saludarle.

Mercaderes deseosos de vender mostraban sus últimas novedades: grandes bandejas bruñidas, lámparas y hornillos de pulido bronce, salvillas y cafeteras y jarras del tamaño de un hombre. Le agradaba aquella gente. Eran diestros en su antiguo oficio que ejecutaban con dignidad. El les agradaba a su vez porque tenía buen ojo para elegir, sentía respeto y admiración por el trabajo bien efectuado y lo pagaba pronto y bien.

Igual sucedía en la calle de los tejedores. Distinguía la buena calidad de los tejidos. Sus dedos palpaban amorosamente los ricos brocados. Le agradaba alabar lo bueno, pero se daba cuenta al instante del menor fallo en los bordados de oro o plata. Aceptaba complacido los obsequios —un pañuelo, un corte de tela— y no se olvidaba jamás de corresponder a la atención en momento oportuno.

Dentro de su nuevo y armónico estado se sentía agradecido a aquella gente sobre la que se había fundado su profesión, a la vez que cierto remordimiento por no poder identificarse completamente con ellos. Eran la sal de la tierra. La vida que llevaban dura y austera les proporcionaba una

recompensa lamentablemente pequeña. Se veían inmersos en acontecimientos que no comprendían.

Les empujaban a un destino que no podían controlar en forma alguna. Y no obstante, intuitivamente, trataban de mejorar, en busca de una vida mejor, hambrientos de promesas de un mañana más libre y fructífero. Le saludaban como a un amigo y, sin embargo, era un traidor refugiado entre ellos. Se preguntaba cómo podría contestar al que le conminase a justificar su traición. ¿Qué podría responder al viejo Hamid, el artífice de filigrana, casi ciego después de toda una vida pegado al banco de trabajo que a pesar de las manos teñidas de oro y plata poseía la dignidad de un antiguo patriarca? ¿Qué le diría a Talat, el escultor, que hacía los modelos según los cuales se batirían los intrincados relieves en las fuentes de plata, a Talat, devoto musulmán que jamás modeló figura de hombre, mujer o animal, pero cuyos diseños eran fluidos como reflejos de árboles en el agua en movimiento? ¿Cómo podría justificarse ante aquella gente? ¿Qué tabla inteligible de culpas y méritos podía presentarles, él, que compartía su sal y sin embargo servía a una nación que les enseñaban todos los días a odiar? Ni ellos ni él querían odiar; pero el odio rugía en cada transistor, gritaba desde cada titular de la prensa, los llenaba de inseguridad, les prometía milagros instantáneos si conseguían expulsar al enemigo de la tierra de Canaán.

Se tranquilizó al salir de las animadas y bulliciosas callejuelas y entrar en el oscuro pasaje frente a su almacén. Tocó el timbre y pocos momentos después se abrió el ventanuco de la puerta y apareció el canoso y aquilino rostro del vigilante. Se corrieron los pesados cerrojos y entró al patio en que estaban estacionados sus camiones, cargados y a punto para el viaje del día siguiente. Tal como le había ordenado Safreddin, le dio permiso por dos horas al vigilante, le dio dinero para cenar y una confusa explicación de su presencia a hora tan insólita. Volvió a cerrar las puertas, entró en el despacho y se preparó para el encuentro con Safreddin.

A pesar del confiado mensaje que había enviado a Baratz, seguía preocupado. Tenía que averiguar a quién enviaban tal cargamento de explosivos y armas. Al mismo tiempo, debía aparecer no solo desinteresado, sino además sin deseo de enterarse de enojosos y secretos asuntos. Safreddin era tan suspicaz que la menor palabra o acto inapropiado o incongruente le dejaría turbado hasta dar con una explicación satisfactoria. La única salvaguarda seguía siendo el máximo recelo a pesar de la alentadora llamada telefónica de Bitar y de su confianza en la gratitud de Safreddin. El viejo código del desierto continuaba en vigor: el huésped es sagrado mientras come

vuestro pan; una vez fuera de vuestra tienda vuelve a ser presa legítima; y si entre dos hay deuda de sangre la deuda sigue permanente.

A las nueve en punto volvió a sonar el timbre del portal. Miró por el ventanillo y vio dos camiones militares y un coche oficial con los motores en marcha. Abrió las pesadas puertas, los tres vehículos entraron al patio y volvió a cerrarlas con cuidado. Señaló los dos camiones ya cargados con destino a Amman. Safreddin dio una rápida sucesión de órdenes y los soldados empezaron a descargar las mercaderías. Safreddin le cogió del brazo y le condujo al despacho iluminado. Parecía deliberadamente tranquilo. Le ofreció un cigarrillo y le dijo:

—Te quería dar las gracias, Fathalla, por haberme recomendado al doctor Bitar. Es muy buen médico y muy cuidadoso. Mi hijo hubiera muerto, sin él.

—Me alegro.

Flexible como una serpiente, Fathalla se entregó siguiéndole el aire.

—No sabía que el niño estuviese enfermo. Pero Bitar me lo telefoneó. Habrás pasado mala noche.

—Mala. Bitar se enfadó conmigo al principio. Le parecía que no cuidaba bien a mi hijo.

Fathalla sonrió y se encogió de hombros.

—Me suele regañar a mí también. Pero es así el médico que necesitamos.

—No está muy orgulloso del servicio médico sirio.

—Todo vendrá a su tiempo. Bitar es un impaciente.

—Eso está muy bien. Necesitamos hombres impacientes, con tal de que cuenten con medios para hacer las cosas. ¿Crees que Bitar resultaría buen funcionario administrativo?

—No lo sé. Nunca he pensado en eso.

—¿Te parece un hombre político?

—¿Político?

Fathalla frunció el ceño:

—No comprendo bien a qué te refieres.

—Es un punto importante —dijo Safreddin con calma—. He pensado recomendarle para consejero del Departamento de Salud Pública. Tal como estamos en la actualidad, necesitamos hombres que sean no solo buenos administradores, sino que posean preciso sentido de los aspectos políticos de lo que hacen. Esto, lo he aprendido de los rusos. La parte ejecutiva y la burocrática deben marchar codo a codo. ¿Pertenece al Baas?

—Creo que sí. Nunca se lo he preguntado. Sé que es muy culto.

—Tiene contactos que pueden sernos de gran utilidad. Es consejero médico de varias embajadas. Y me parece que habla varios idiomas.

Antes de que Fathalla tuviera tiempo de contestar, oyeron un grito agudo y después un agitado rumor de voces en el patio. Safreddin se fue rápidamente a la puerta. Fathalla le siguió. Salieron al patio y vieron que por detrás de uno de los camiones sacaban a uno de los soldados. Le manaba sangre de la mano derecha. Safreddin se le acercó corriendo. Fathalla se quedó un paso atrás. El accidente era sencillo, pero espectacular. El hombre se había pillado la mano en un rollo de alambre de espino que formaba parte del cargamento haciéndose un corte profundo y largo bajo el pulgar.

Mientras Safreddin inspeccionaba la herida Fathalla tuvo tiempo suficiente para echar un vistazo a una de las cajas apiladas a pocos pasos del camión. El nombre y la dirección del consignatario iban escritos en árabe encima y a un costado de la caja. Aquel vistazo fue suficiente. Se acercó al pequeño grupo, solícito y preocupado.

—Dejadme a mí.

Sacó un pañuelo, lo anudó más arriba de la mano y se llevó al soldado al lavabo de su despacho.

Le limpió la herida, la desinfectó, la vendó y aseguró con un esparadrapo. Safreddin observaba la operación con impaciencia.

—Le harán falta unos puntos —dijo Fathalla.

—Le llevaremos a la enfermería en cuanto terminemos con esto.

—No debe emplear esa mano ahora. Se le abriría la herida. ¿Quieres que ayude a cargar?

—No… no hay necesidad.

La voz de Safreddin pareció manifestar cierta alarma.

—Además hay algo que quería preguntarte.

Envió afuera al soldado, esperó a que saliera y después preguntó a Fathalla:

—¿No me dijiste una vez que tenías cuenta en el banco Fenicio de Beirut?

—Puede que te lo haya dicho —le dijo Selim Fathalla, sorprendido—. No es ningún secreto y es perfectamente legal. Utilizo el banco Fenicio para cambiar divisas. Me las envían directamente al banco de Damasco. ¿Por qué me lo preguntas?

En vez de contestarle, Safreddin le hizo otra pregunta.

—¿Tienes mucho dinero depositado en ese banco?

—La cantidad aumenta de vez en cuando, pero la ley me obliga a convertirla en moneda del país dentro de un plazo razonable. ¿Hay alguna

razón especial para esta pregunta?

Siendo amigos hay una razón muy importante —le dijo Omar Safreddin —. Hemos sabido, de buena fuente, que el banco está a punto de quebrar. Si tienes mucho dinero depositado, te aconsejo que lo retires. E incluso te sugiero que canceles la cuenta y empieces a trabajar con otro banco… mejor, con alguna organización árabe.

—Gracias por el dato. Mañana mismo tomaré las medidas del caso.

Pero, mientras esto decía, pensaba en otro asunto mucho más grave: ¿Cómo iba a componérselas, en un banco árabe, para los necesarios chismorreos y para mantenerse él y su red de espionaje? El banco Fenicio estaba hecho precisamente para tratar con los clientes más excéntricos y las transacciones más complicadas. No hacía preguntas ni pedía explicaciones. Nuri Chakry era el mejor banquero del mundo para un espía. ¿Cómo iba a tratar con otro y dónde encontrar ese otro?

Jacob Baratz tendría que solucionarle la papeleta.

Debió quedarse pensando demasiado rato, porque Safreddin sonrió y le dijo en tono levemente malicioso:

—No te preocupes tanto. También tenemos buenos bancos en Damasco. Y sabemos cómo tratar a los amigos.

—Nunca lo he puesto en duda, coronel. Pero me preocupan las molestias que me ocasionará el cambio de procedimientos. En estos casos siempre se pierde dinero. Por otra parte, no logro comprender cómo ha podido llegar a esto tan inesperadamente el banco Fenicio. Es una de las mayores organizaciones de su clase en el Oriente Medio.

—Demasiado grande. Demasiado capital en manos de un solo hombre. Por cierto, ¿mantenías correspondencia con Nuri Chakry?

—Al principio. Pero la mayor parte la he mantenido últimamente con sus subordinados.

—Me gustaría verla alguna vez.

—La puedes ver ahora mismo, si quieres. ¿Pero por qué?

—Estamos buscando a un hombre que, según parece, ha estado pasando informaciones confidenciales al banco Fenicio.

—¿Y sospechas de mí?

—No, amigo mío —le dijo Safreddin, tranquilamente—. Si sospechara de ti no te habría confiado el pequeño asunto de esta noche. Por el contrario, te considero un buen amigo. Y por eso mismo quiero que el Ministerio de Hacienda y los Servicios de Seguridad tengan la mejor impresión de ti.

—Yo también lo quiero —le dijo Fathalla sin hacer el menor intento de ocultar la ira que le embargaba—. No puedo vivir bajo sospecha. Mi negocio está abierto y mis libros en orden.

—Bien —dijo Omar Safreddin—. Te enviaré alguien mañana por la mañana. Revisará tus archivos y me hará un informe personal.

Fathalla enrojeció y le dijo, entre irónico y furioso:

—¿No debieran registrar también mi casa?

—Es lo que están haciendo ahora —le dijo Safreddin, amable y suavemente—. Espero que me telefoneen antes de marcharme. No hay nada personal en esto, puedes creerme. Ya sé que me puedo fiar de ti, pero en las investigaciones de esta clase tengo que ser imparcial. De otro modo no te podría proteger a ti ni a ningún amigo. Te ruego que me comprendas.

—¡Por supuesto! Pero no es nada agradable que me investiguen como a un criminal. ¿Cuándo acabaremos?

—¡Nunca! ¿Quién puede asegurar que un hombre será siempre el mismo?

Se calmó entonces y sonriéndole lo más amistosamente posible, prosiguió:

—No me culpes, Selim. Soy el perro guardián que ha de ladrar a amigos y extraños. ¡Pero solo muerdo a los entrometidos y a los traidores!

—Espero que tus hombres hayan sido correctos con mis servidores. No quiero que me asusten a la gente. Y no quiero chismorreos en el zoco.

—Si ha habido algo, puedes telefonearme. Yo me entenderé con el culpable.

—Gracias.

—Cuando terminemos de aquí podrías acompañarme a cenar.

—Quizás en otra ocasión.

Fathalla fue cortés, pero frío.

—Cuando tengas más confianza en mí.

Safreddin se encogió de hombros.

—Por supuesto… Los dos estaremos más tranquilos cuando se resuelva este problema.

La conversación terminó con esta frase equívoca. Safreddin salió a inspeccionar el trabajo y Fathalla se quedó fumando a la espera de que sonara el teléfono. Estaba molesto consigo mismo: había dejado que Safreddin le sorprendiera. Le conocía lo suficiente para saber que era implacable y sumamente astuto. Utilizaba la clásica técnica del terror que consiste en tener a todo el mundo desconfiado y sobre ascuas. Tarde o temprano, el inocente incapaz de soportar la tensión, le ofrecería las más íntimas confidencias a

cambio de cierta tranquilidad. Tarde o temprano el culpable cometería uno de dos errores: aceptaría una información falsa como si fuera verdadera o llegaría a conclusiones falsas a partir de la verdad. En ambos casos, se enredaría como pájaro en la red.

Fathalla recordaba perfectamente el viejo truco de los ladrones de zocos, llamado la danza de los dedos. Dos ladrones se acercaban a la víctima en una calle llena de gente, acosándole y empujándole. Movían los dedos a increíble velocidad —frente a los ojos, al rostro, al pecho— hasta que la víctima se desorientaba tanto que resultaba fácil a un tercer ladrón hurgarle los bolsillos e incluso quitarle el reloj de la muñeca. A veces la víctima se daba cuenta del robo y creaba aún más confusión, más barullo, y el resultado era siempre el mismo.

Solo había una manera de enfrentarse a la técnica de Safreddin: conservar la calma, aunque se exteriorizaran las emociones del caso; fijarse en las jugadas del policía y hacer las propias como ante un tablero de ajedrez, sin perder de vista que el movimiento más simple podía ser también el más peligroso. En aquel instante, por ejemplo, los hombres de Safreddin estaban registrando su casa. Sería una molestia y nada más. No había nada que pudiera acusarle, a menos que descubrieran la cerradura secreta que permitía abrir el panel de mayólica. Si descubrían este, ya podía considerarse perdido y muerto irremisiblemente. Y entonces pensó en otra cosa. La idea entró en su cerebro como una bala… Quizá no estuvieran registrando ni buscando nada. Se podía tratar muy bien de un equipo de técnicos que estuvieran instalando micrófonos en sus habitaciones y alguna derivación en el teléfono. La posibilidad tenía graves implicaciones. Aunque uno supiera que los aparatos estaban allí, la trampa no perdía efectividad. Si los desmontaba, caería en sospecha inmediatamente. Si trataba de hablar de modo equívoco o engañoso, lo artificioso del lenguaje le delataría por sí solo. Y de nada le serviría ignorarlos: terminaría cayendo en un estado de verdadera psicosis consciente siempre de estar expuesto a que le escucharan sus enemigos. Sonó el teléfono y casi saltó de la silla.

—Habla Fathalla.

Contestó una voz de hombre.

—¿Está aquí el coronel Safreddin?

—Un momento, por favor.

Pero ya Safreddin estaba de vuelta en el despacho y esperaba que le dejara el auricular.

—Habla Safreddin… No, nada más. Gracias.

Dejó el auricular y se volvió a Fathalla.

—Ya han terminado, amigo mío. Eres inocente. Y me alegro por ti.

—Ojalá pudiera decir que me alegro, coronel. Pero esto ha sido un insulto.

—Si no te consideraras agraviado —le dijo Safreddin amistosamente—, me habrías desilusionado… Estamos acabando. Vamos a sacar los vehículos. Luego puedes cerrar y marcharte a casa.

—Todavía no. Tengo que esperar a que regrese el vigilante.

—¿Es de confianza?

—Para mí sí. No sé si para ti lo será también, coronel. Y si he de serte franco, no me importa.

Safreddin, súbita y sorprendentemente, se echó a reír. Se golpeaba las piernas de gusto.

—¡Bueno! ¡Muy bueno! Podría ordenar que te fusilaran mañana y me escupirías a la cara. Eres un hombre entero, Fathalla. ¿Te gustaría trabajar conmigo?

Pensó cuidadosamente la pregunta. La rumió, le tomó el gusto y calculó el próximo paso que iba a dar. Finalmente respondió con deliberada intención:

—Es posible que me gustara, coronel… es posible. Te daré una respuesta definitiva cuando mis camiones lleguen a Amman con todo su cargamento y regresen salvos a mi bodega; cuando mis conductores estén de vuelta a casa con sus esposas y los micrófonos hayan desaparecido de mi casa.

—¿Y cómo sabes tanto, Fathalla, de micrófonos y teléfonos intervenidos?

—Puedes encontrar la respuesta en mi expediente. ¿No te acuerdas de que pertenezco al Baas?

Me escapé de los asesinos porque me advirtieron a tiempo sobre esos trucos… ¡Alá! ¡Y pensar que los vuelvo a encontrar entre mis amigos de Damasco! Si quieres mi cabeza, coronel, te la puedo mandar en una bandeja. ¡Pero no ensuciemos el partido de la resurrección con esas inmundicias!

Los pasos y voces en el patio sonaban demasiado fuerte; sin embargo pertenecían a otro plano de vida. Hubo un largo y mortal silencio en el pequeño despacho iluminado por solitaria luz amarilla.

Safreddin estaba sentado, rígido como un ídolo mirándose las puntas de los dedos. Finalmente alzó la vista. Le brillaron los ojos y tenía aspecto de estar satisfecho de su propia habilidad.

—Muy bien, Selim. El cargamento saldrá por la mañana… Pero no trates de ser demasiado perspicaz, ¿quieres?

—No me interesa la perspicacia, coronel —dijo Selim Fathalla—. Quiero comprar y vender y dormir tranquilamente con una mujer agradable. Y el

resto… ¡Que sea lo que quiera Alá!

—¡Que sea lo que quiera Alá! —repitió píamente Safreddin—. Buenas noches, amigo.

Beirut Nuri Chakry había invitado a Mark Matheson a cenar en el restaurante de la terraza del hotel Fenicio que, en aquel momento, era más rico y seguro que su homónimo bancario. Estaban sentados a la mesa que tenían reservada a perpetuidad, junto a una ventana que daba al mar y a las luces de la carretera que iba hacia el norte y desaparecía en los cerros lejanos confundiéndose con las estrellas más bajas del horizonte. El ambiente era lujoso: luz suave, gruesas alfombras, cortinas de rico tejido thailandés, manteles blancos como la nieve, cristalería resplandeciente. El servicio era eficaz y la comida una secuencia de delicadezas exóticas de todo el mundo. Chakry parecía lleno de optimismo y buen humor.

—… Te lo digo yo, Mark. Las cosas están mucho mejor de lo que suponía. Esos imbéciles del ministerio… eran como un puñado de maestros de escuela moviendo el puntero para que me aprendiera el abecedario… ¡Las conferencias que me dieron! Pero todo quedó muy claro al final.

»Vendrán a la fiesta porque no pueden hacer otra cosa. Está comprometido el crédito nacional. Ah, y se retrasarán cuanto puedan y se atrevan —para que suframos un poco más—, pero en su día se presentarán con el dinero.

—No fue eso lo que me dijeron en Zurich —le dijo Matheson, preocupado —. Y Mortimer tampoco me habló en tales términos.

—¿Y sabes por qué?

Chakry levantó una cuchara llena de fresas.

—Porque quieren crear una atmósfera de desconfianza. Después que me llamaste de Zurich, me dijeron confidencialmente que Mortimer está dispuesto a hacernos una oferta por la línea aérea… Es más que suficiente para sacarnos del aprieto, pero ni siquiera se aproxima al valor real. Lewisohn debe haberte dicho que quiere comprarnos el Vista del Lago, ¿verdad? Y están investigando los bienes que tenemos en París y en Nueva York… Hasta los muchachos del ministerio me preguntaron si pensaba ofrecer parte de mis acciones. ¿Y qué pretenden con todo esto? Nada más que realizar un esfuerzo conjunto para desanimar el mercado… Y ahí reside el verdadero peligro para nosotros, en la falta de confianza. Tampoco los de Kuwait y de Arabia Saudita…

—La fe no es dinero al contado.

Chakry se llevó las fresas a la boca, las paladeó deleitándose y continuó hablando sin dejar de comer.

—No te preocupes de eso. Ya está en camino.

Matheson alzó la vista. Tragó saliva, asombrado.

—¡Qué demonios…! ¿Cómo ha sucedido? ¿Quién lo ha puesto?

Chakry sonrió satisfecho y se pasó la servilleta por la boca. Sacudió la cabeza.

—¡Todavía no, Mark! Ni aun a ti. Este pequeño drama corre exclusivamente de mi cuenta. Pero te leeré parte del guión para que estés tranquilo. ¡La mejor parte! Dejaremos que la crisis avance tal como todos creen que se va a desarrollar. Como sabes, podemos cronometrarla casi minuto a minuto. Cinco días antes de la fecha en que creen que nos derrumbaremos, me esfumaré… Un pequeño viaje de negocios. Tú te encargarás de la negociación final con el ministerio y el Banco Central. Por aquellos días contaremos también con gran cantidad de ofrecimientos de esos buitres.

»Los reunirás a todos para una última consideración. Y entonces, justamente antes de que el Banco Central dé el paso definitivo para salvarnos, me presentaré y sacaré el conejo del sombrero. ¡Y veremos la cara que ponen!

—Un buen truco… siempre que puedas hacerlo.

—Lo haré. Puedes creerme.

—Me alegro. Pero podría haberme ahorrado las patadas que me han dado en este viaje.

Chakry sonrió.

—Lo siento, Mark. Estaba seguro de poder arreglar el asunto, antes de que partieras. Pero me hacía falta este viaje para completar la preparación del escenario.

—¿Hasta dónde puedo darme por enterado de todo esto? Tendré que responder a muchas preguntas en las próximas semanas.

—Nada. Salvo que hay toda clase de razones para tener confianza… Discúlpame un momento. Tengo que hacer una llamada telefónica.

Mark Matheson se quedó con la cabeza apoyada en la mano. Miraba las luces de la costa, distantes y nítidas sobre el cielo nocturno. Era todo demasiado mágico para creerlo y, sin embargo, a veces llega un momento en que solo se puede creer en la magia y en el mágico encantador con su varita mágica y omnipotente sonrisa. Por lo demás, para eso se acudía a los magos: para dejar en suspenso la incredulidad y burlarse de los razonamientos de los hombres inferiores. El ayudante del mago tenía otra función: preparar el

escenario, centrar la atención en lo accesorio, prestar dignidad y autoridad al personaje principal. Siempre había quien le criticaba acusándole de estar de acuerdo en el engaño para burlarse de la gente. Pero otras veces el mismo asistente quedaba subyugado por la magia: a veces llegaba a sorprenderle un truco que no conocía —un súbito volar de palomas o una virgen (casi lo anunciaban) que surge de una tarta nupcial—. Por otra parte, ¿qué podía hacer él, buen servidor, blando de corazón? Formaba parte del espectáculo. Le habían contratado para eso.

Debía permanecer en el escenario hasta que estallaran los aplausos o hasta que se comieran el último conejo y se rompiera el sombrero de seda. Los árabes tenían razón: hay que aferrarse a lo que se tiene mientras ruge el trueno en lo alto y dejar que Alá se ocupe del mañana.

—Esta noche nos divertiremos —le dijo Nuri Chakry mientras volvía a sentarse—. Kamal Amin da una fiesta. Irán todos los amigos, ningún enemigo y un balet completo de mujeres nuevas. ¿Qué te parece, Mark?

—Digo que bebamos y nos alegremos. Otra vez somos ricos. —Empezaba a sentirse atrevido y mareado.

Chakry le puso la mano en el brazo.

—Demasiado ricos no, Mark. Eso despierta la envidia. Lo suficiente para tener confianza, ¿eh?

—¡Fe, esperanza y amor!

Matheson alzó el vaso.

—¡Amor sobre todo! Uno de estos días voy a casarme otra vez.

Cuando se levantaron para marcharse, advirtió que estaba algo borracho. Pero cuando llegaron a casa de Kamal Amin, se encontraba bastante sereno para apreciar el cuidado con que se había preparado la fiesta y advertir en la organización la mano hábil y precisa de Nuri Chakry. Los hombres eran todos clientes suyos; socios o aliados en alguna de sus empresas. Todos tenían el aspecto tranquilo y la soltura que da el éxito. Hablaban el mismo lenguaje sinuoso y enigmático de la escasez actual de dinero y de la bolsa. Se reían con la misma facilidad con que caían en sigilosa conversación y casi muda acompañada de gestos tanto o más expresivos que las palabras.

Las mujeres eran nuevas, tal como prometiera Chakry: un grupo de modelos romanas, varias estrellas incipientes que habían asistido al último festival de Cannes y tres bailarinas del nuevo espectáculo que se presentaba en el Casino de Beirut. Sin embargo las había visto antes a todas: los mismos trajes, recién presentados en las colecciones de modas; los mismos rostros, ni jóvenes ni viejos, de Rubinstein y Max Factor, los mismos ojos inquietos

entre desconcertados y prudentes, la misma mirada que calculaba los riesgos y posibles beneficios que podían ofrecerles aquellos recientes y opulentos conocidos. Llegaban en primera clase, por barco, una vez aprobadas en Europa cuando el verano empezaba allí a decaer. Se alojaban en los mismos departamentos que ocupaban sus predecesoras del año anterior. Se quedaban hasta el invierno, hasta que la nieve empezaba a caer en las montañas, y entonces se volvían —en primera clase si tenían suerte— a Arosa, a Zermatt y a Saint Moritz, algunas algo más sabias o más ricas y todas mucho más viejas y gastadas en el tráfico internacional.

Se movían hábilmente de grupo en grupo y dejando a su paso una estela de perfume y un temblor de sensualidad. Tocaban con mano suave muñecas o mejillas y se retiraban enseguida. Hablaban melodiosamente en el tono alto e insípido de las *geishas*, entretejían sus frases con nombres y lugares y hacían fugaces promesas a hombres que habían comprado infinidad de veces semejante satisfacción y para quienes ellas no representaban una conquista sino una elegante conveniencia.

Chakry pasaba y repasaba entre los invitados como hebra de oro, acariciaba un hombro desnudo, susurraba en oídos atentos, se llevaba ahora a este y luego a otro a coloquio privado, retirándose siempre a tiempo para no verse obligado a concluir nada ni dar veredicto alguno. Matheson le observaba admirado y envidioso, maravillándose de la precisión y soltura con que se apartaba de una conversación cuando la creía ya algo peligrosa. Era el perfecto creador de confianza, disipaba temores, ponía bálsamo en las heridas financieras y hacía promesas demasiado brillantes para admitir contradicción. A Matheson le llegaban fragmentos de su charla hasta donde estaba sentado ausente y acariciando las rodillas de la bailarina sentada en el brazo de su sillón y a la que le hablaba satisfecho sin advertir su aburrimiento.

—… Todo el mundo envidia la autonomía e independencia de el Líbano… Cuando nos atacan a nosotros es a aquellos a los que apuntan… El estado socialista significa la muerte de la empresa bancaria… Son inevitables los períodos de opresión… aun en el mismo negocio del petróleo pueden cortarnos el cuello. El truco consiste en disponer siempre de nuevas bolsas de dinero, como estamos haciendo nosotros… Las reservas norteamericanas de oro están en crisis… Los británicos siempre prometen mucho, pero la libra apenas se sostiene… El siete por ciento anual de aumento en el valor de bienes raíces… Las líneas aéreas y los hoteles deben desarrollarse al unísono… No vengas, aguanta…

Era la actuación de un virtuoso. Mark Matheson se daba cuenta de que no podría igualarlo en cien años. Así pues, al poco rato se entregó al licor y dejó que la charla le pasara por encima sin tocarle. Ahogó así la culpa de su propia rendición y empezó a calcular, mareado, cuánto tiempo tardaría en interrumpir la cháchara de la bailarina para poder irse a dormir.

Tel Aviv

—A veces pienso que en nuestras vidas solo tiene lugar un gran combate…

Así se expresaba Jacob Baratz cuando ya estaba dándose fin a su muy privada cena.

—Solo una vez en la vida, tienen esplendor las banderas; son de plata las trompetas y proclamamos nuestra victoria o rogamos humildes. Después ya sabemos demasiado y lo mejor que podemos esperar es seguir siendo mercenarios leales.

—¿Y tú, Jacob, eres eso… un mercenario?

No había ironía en la pregunta. Desde su explosión de autohumillación, Judit se había mostrado muy sumisa. Durante la cena habló con bastante soltura. Pero de todos modos apenas parecía interesada, como si se le hubieran agotado todas las reservas de pasión y debiera mantenerse serena y distante hasta poderlas recuperar nuevamente. Baratz seguía sombrío y preocupado; necesitaba explicarse, pero tenía miedo de traicionarse a sí mismo.

—No sé qué otra cosa puedo ser. Soy un soldado permanente. Cobro mi sueldo como cualquier servidor del estado. Me gusta mi trabajo. Sé que lo hago algo mejor que la mayoría… pero esto es cuestión de aptitud y no de inspiración… Así que soy un mercenario.

—¿Y te preocupa?

—El trabajo… sin duda.

—Me refiero a lo que significa… a la vigilancia, a la tradición, a la tierra, al pueblo…

—Eso también. Pero me preocupa de otro modo. Ya no me forjo ilusiones. He escuchado los debates amargos del Knesset. He visto a hombres que conspiraron y lucharon juntos para fundar Israel, burlarse y atacarse mutuamente. Contemplo el juego del poder y los arañazos furiosos en el mercado del dinero y me pregunto si luchamos solo para esto.

—Sin embargo has enviado a Adom y a otros como él a arriesgar diariamente la vida por esa causa. Estabas muy contento esta noche cuando quemé mis pequeñas esperanzas en ofrenda de la misma causa. ¿Por qué?

—¿Quieres que ponga un poco de música?

—¿Pero vas a contestarme o no? —dijo Judit, impaciente.

—Estoy buscando una respuesta para mí.

—Entonces dime por lo menos dónde la estás buscando.

Baratz se levantó de la mesa, puso en marcha el tocadiscos y poco después escucharon a Horowitz en el concierto para piano de Schumann, ese rico y dolorido poema de despedida y añoranza. Judit se arrellanó en un rincón del sofá, cerró los ojos y dejó que la música resbalase sobre ella en oleadas sucesivas. Parecía tan vulnerada, tan perdida y tan agradecida al momentáneo alivio, que Baratz experimentó un súbito estremecimiento de piedad. Deseaba abrazarla, calmar su cuerpo insatisfecho, tranquilizarla con ternura y alegrarla con pasión de amante. Pero no se atrevía ni siquiera a tocarla a menos de incurrir en traición.

Pasó un momento. Sin abrir los ojos, volvió ella a preguntar:

—¿Dónde estás buscando, Jacob? ¿Qué estás buscando?

—Quiero lo que he perdido… aquello en que se puede creer, lo que te permite dar la vida y morir cantando.

—¿Lo has poseído alguna vez?

—Creo que lo tuve una vez. Ahora ya no estoy seguro.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Por lo que te he hecho esta noche. Porque las razones de todo lo demás que debo hacer, se me hacen cada día más confusas.

—¿Eres creyente, Jacob?

—En Dios, no. Ojalá lo fuera. Hace un par de semanas estuve en Jerusalén. Fui al museo a pedir información sobre una pieza de porcelana nabatea que compré a unos beduinos en el Negev. Uno de los guías hizo entrar a un grupo de ancianos de Safad. Verdaderos adukim. Ya los conoces. No es necesario que entre en detalles. Los seguí. No sé por qué. Apenas se interesaban en las antigüedades. Parecían más preocupados de ellos mismos y del paseo que estaban dando. Pero cuando entraron a la gran habitación donde tienen la vieja Torah, los vasos sagrados y las vestiduras, se animaron repentinamente y de manera extraña. Y vi como hombres y mujeres se besaban los dedos y los apoyaban en las vitrinas. Algunos se quedaron como en éxtasis, con los ojos cerrados, moviendo los labios en oración. Les tuve tanta envidia que casi lloré. Para mí eso era solo historia y tradición, algo que

ata, sí, pero no lo suficiente. ¡Casi nada! Se me escapaba el amor. El amor por el que se les hacía real y presente el Dios de Nuestros Padres.

—Quizá sea esa la respuesta, Jacob… el amor.

—Quizá. ¿Pero sabes lo que eso significa?

—Tú amabas a Hannah.

—La amaba. La poseía. La destruí. Franz Lieberman me dijo que tenía que suceder. No le quise escuchar. ¿Qué es lo que sé del amor?

Judit abrió entonces los ojos y le miró la cara gris y tensa, mitad a la sombra y mitad a la luz de las velas. Por un momento la turbó y avergonzó el evidente sufrimiento del hombre; pero la venció otra vez el resentimiento y le volvió a poner a prueba:

—¿Y qué haces ahora, Jacob?

—Trabajo. Hago lo que un creyente, pero sin creer. Practico la lealtad e impongo la disciplina. Me pagan para que mande. Y mando. Se confía en mí para que dé juicios y opiniones honradas. Trato de darlos lo mejor posible.

—¿Y te basta?

—Es cuanto tengo.

—¿Y cuánto tiempo piensas seguir así?

—Un día.

—¿Y después?

—Otro día.

—¿Y es esa toda tu esperanza?

—Es todo lo que tengo. La esperanza es otra cosa.

—¿Y qué esperas, Jacob?

—Lo que Goethe pedía antes de morir. «Luz. Más luz».

—Yo también estoy a oscuras, Jacob.

—Ya lo sé.

Ya no había música. Ni les quedaban palabras. Eran dos islas en una habitación llena de sombras y silencio. En algún sitio de Damasco había un hombre cuya ausencia los separaba como una espada desnuda. Baratz se levantó del sofá y salió de la habitación. Volvió enseguida y se sentó junto a Judit. Extendió la mano derecha y Judit vio, en la palma extendida, una cajita. Jacob le habló suave y juicioso.

—Hemos hablado demasiado. Nos hemos herido el uno al otro. No debemos volver a hacerlo. Esto es lo más precioso que tengo. Lo encontré en un agujero en la roca durante el primer combate de Ramle. Quiero que lo aceptes y te vayas a casa. Guárdalo y míralo alguna vez para que te diga todas las cosas que yo ahora no sé decirte.

Tomó la caja y le preguntó:

—¿Lo puedo ver ahora, por favor?

—Por supuesto.

Abrió la cajita, quitó el algodón y cogió el pequeño tesoro entre los dedos: una piedra antigua, cuadrada y plana, de color verde veteado y con la imagen de Venus surgiendo del mar.

—¡Qué hermoso, Jacob! ¿Qué es?

—Una esmeralda. No es de las mejores. El color es demasiado suave. Y muy veteada. Es romana, tallada quizás en la época de Tito, en Alejandría. Por lo menos eso creen en el museo. Me dijeron que probablemente sería un adorno para un cinturón femenino.

—¿Quién sería ella? ¿Se la habría regalado a su hombre antes de partir a la guerra? ¿O se la habría comprado él y no pudo dársela antes de morir?

—Fue hace tanto tiempo. ¿Quién puede saberlo? ¿Y qué importa?

—Lo sé yo —dijo Judit Ronen en voz baja—. Yo lo sé y me importa y te estoy tan agradecida que no puedo ni llorar. Mándame a casa ahora mismo, Jacob. Mándame a casa enseguida.

Damasco

En una sucia habitación de lo que antaño fuera un gran hotel, Idris Jarrah echado en la cama observaba la pantalla de la lámpara pendiente del techo. Había comido mal y pasado dos horas en un club nocturno donde las mujeres eran más rapaces y menos favorecidas de lo que es habitual en Oriente Medio y había decidido que Damasco había muerto una vez más y sin esperanza alguna de ser resucitado por el Baas ni por nadie. Las calles estaban llenas de soldados inútiles y de policía excesivamente vigilante que le había pedido ya dos veces la documentación. La mercancía en las tiendas era escasa y de pobre calidad. Los edificios de aspecto sucio y abandonado. No había visto una sola mujer elegante, ni un hombre bien vestido. Y como la moralidad pública era ahora materia de preocupación oficial, solo le quedaban dos posibilidades: o dormir solo en un hotel o arriesgar salud y dinero en un burdel clandestino. Y decidió, sin pensarlo demasiado, que ante el dudoso solaz no valía la pena arriesgarse:

Su único consuelo era que, a primera hora del día siguiente, estaría ya fuera de la ciudad y camino de Amman y Jerusalén. Pero ni aun eso era bastante para suavizar las dudas que empezaban a acosarle en su monótono

escondite. Había salido entusiasmado y seguro de la entrevista con Safreddin, confiando en que, como tenía planeado, seguiría siendo el árbitro de la situación. Pero ahora, aislado en un rincón nada amable de aquella ciudad suspicaz y triste, ya no estaba tan seguro.

Safreddin estuvo demasiado complaciente. Había demostrado excesivo respeto por un intruso, aunque este llevase en la cartera buen dinero de la O. L. P. Y cuando la actitud de Safreddin no resultaba congruente con su conocido temperamento quería decir que algo malo estaba sucediendo. ¿Pero cuál podía ser el peligro? Buena pregunta; de vida o muerte para Idris Jarrah, que tenía cien mil dólares en el banco y quería gozar plenamente de ellos en el futuro.

Había tantas corrientes contradictorias en la política árabe, tantos cambios y bandazos, que hacía falta ser un genio o un mago para adivinarlo todo a tiempo. Dentro del mismo Islam había sectas y sectarios y los hijos del profeta no constituían una familia muy feliz. Había pendencias, reyertas y celos tribales; tensiones étnicas y rivalidades nacionales; disensiones políticas y súbitos juramentos de amistad que se esfumaban tras los breves momentos de interés común. El interés oficial de Safreddin era el derrocamiento de la monarquía de Jordania; pero bastaría una amenaza de los israelíes de Galilea para que tuviera que cuidar de su propia parcela, donde, fácilmente, podía estallar la guerra civil. Toda la conspiración quizá fuera un truco para demostrar que Safreddin era, en el fondo, amigo de la monarquía hachemita y estaba dispuesto a desenmascarar a los traidores que atentaban contra la unidad árabe y la fundamental fraternidad islámica. Como había señalado el kadí, hacía siglos, a Abu el Bromista, hay muchos modos de copular con un gato… y el desgraciado Bromista fue azotado por haber dicho que solo había uno.

Safreddin le había pedido que se pusiera en contacto con el comandante Jalil. Pero Jalil ya estaba comprometido —y quizá bajo arresto en aquellos momentos— porque Jarrah le había traicionado ante Nuri Chakry. Hablar con él sería meter el cuello en la horca. Negarse a hablar con el comandante provocaría las sospechas de Safreddin, aunque no revelara toda la amplitud de la traición… Y cayó en la cuenta de lo afilada y peligrosa que era la espada sobre la que estaba haciendo equilibrios.

Se lo había jugado todo en la creencia de que Chakry no revelaría su fuente de información, y que podría sobrevivir a la crisis financiera y permanecer en el mercado como comprador de informaciones. Pero si no era así, si ya no le quedaba crédito alguno, ¿cómo iba entonces a recuperar el

dinero que había pagado a su informante? Era obvio que lo recuperaría. Aunque tuviera que cobrarlo en sangre. ¿Qué haría un comprador de informes cuando le fueran ofrecidos por persona ya desacreditada? Exigiría pruebas de su autenticidad. Y Chakry las poseía: la firma en documento acreditativo, un recibo del dinero pagado y cinta magnetofónica con una voz perfectamente reconocible. Jarrah conoció a otros hombres que murieron en callejuelas oscuras o cayeron por la borda en alta mar porque, después de muchos años de perfectos cálculos habían cometido un pequeño error de discernimiento.

Desde aquel instante, su vida dependía de conjuraciones condicionales; de si Chakry había vendido a su informante; de si los hombres a quienes lo había vendido pasaban su nombre a Safreddin. En Jordania podría sobrevivir algo más porque acababa de hacer un evidente servicio al trono. Por lo menos tendría tiempo de pensar y pesar las posibilidades a favor y en contra. Pero en Damasco estaba en peligro de muerte.

Hizo un cálculo rápido. Desde Damasco hasta el puesto fronterizo jordano de Rumtha había dos horas y media por carretera. Podía pedir un taxi y marcharse en aquel momento, pero debería quedarse cerca de la frontera, esperando un vehículo que le llevase a Amman por la mañana. Partida tan precipitada despertaría sospechas en Safreddin. Y la llegada a Rumtha a hora tan insólita no dejaría de sorprender a los guardias. Mejor descansar en los condicionales, arriesgarse en su última y larga noche en Damasco y partir, como tenía previsto, por la mañana.

Se levantó del lecho y se fue a la puerta. No había llave. La cadena de seguridad estaba rota.

Encajó una silla bajo el tirador de la puerta. Sería muy fácil entrar, pero, por lo menos, tendría unos instantes para defenderse de cualquier intruso. Buscó algo en la maleta. Sacó su pequeña pistola negra. Y se recostó en la cama, vestido. Se tapó con la sábana hasta los hombros y dormitó intranquilo, despertándose con cada ruido de la calle y cada pisada que sonaba en el corredor.

Damasco

Después que se marcharon Safreddin y sus hombres, Fathalla llamó por teléfono a Emilie.

—¿Emilie? Soy Selim. Estoy en la bodega. El vigilante ha salido a tomar café. ¿Por qué no me pasas a buscar en coche? Daremos un paseo.

—¿A dónde?

Era la pregunta que esperaba que le hiciera. Respondió cariñosamente, para tranquilidad del agente que debía estar escuchándoles.

—Adonde quieras. He tenido mucho trabajo y estoy cansado. Si te parece, podemos ir a cenar al Hakim y después estacionamos en algún sitio a mirar la luna. Me siento muy romántico.

—Como quieras, Selim. Estaba preocupada. Vinieron dos hombres de los servicios de seguridad.

Dijeron que tenían órdenes de registrar la casa.

—Ya lo sabía —le dijo Fathalla tranquilamente—. Me lo dijo Safreddin. Se trata de una investigación de reglamento en casa de los que tienen cuentas bancarias en el extranjero.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes. No sabía qué hacer. Tuve que dejarles entrar.

—Está muy bien. No te preocupes por eso. Pásame a recoger dentro de media hora.

Colgó el auricular y se dedicó a pensar en cuanto debía hacer inmediatamente. En primer lugar, dar la alarma a toda la red de espionaje y advertir a todos que se estaba efectuando una investigación. La alarma suponía un riesgo: el pánico, la precipitación o la debilidad de los inexpertos. Su modo de trabajar era completamente distinto al de Eli Cohen. Este se había convertido en hombre público. Tenía amigos importantes en el mundo de los negocios, en la diplomacia y en la política. Había utilizado el viejo truco teatral de la capa invisible. Estaba tan presente que durante mucho tiempo nadie reparó en él. Era tan claramente sospechoso que nadie sospechaba de él. Pero apenas se descubrió el truco, toda la red se le derrumbó como un castillo de naipes.

Los agentes de Fathalla eran más humildes: empleados de los ministerios, infelices y mal pagados; funcionarios jóvenes, molestos por el lento escalafón y el sistema de preferencias políticas; mercaderes desposeídos, víctimas de la revolución socialista; miembros de los grupos nasseristas, eliminados del poder cuando subió el Baas. Estaban repartidos por todo el país y su contacto con ellos no era directo. La red se fundaba en el clásico tríptico: cada agente solo conocía a otros dos pudiendo solo traicionar a estos. Fathalla estaba en contacto personal con Bitar y con un hombre de Aleppo; pero ninguno de ambos conocía la existencia del otro. Así pues, disponía de dos redes distintas y que funcionaban independientemente. Al día siguiente avisaría a Bitar. Y en cuanto pudiera se marcharía a Aleppo a hacer la misma advertencia.

Pero había un problema mucho más urgente: debía enviar lo antes posible un mensaje a Jacob Baratz, en Tel Aviv. Baratz debía ser informado del nombre y dirección del consignatario de las armas que al otro día despacharía Safreddin. Y, más urgente aún, Baratz debía ser informado de que el banco Fenicio pasaba un mal momento y tenía también que enviarle un agente del exterior, con el que pudiera hacer un nuevo arreglo para financiar a sus informadores. Pero su casa ya no era centro seguro de comunicaciones ni lo sería hasta que Safreddin quitara los aparatos de escucha para asegurarse de que nada había que temer. Bitar tenía una emisora en su casa, oculta tras los paneles del aparato de rayos-X; pero la casa de Bitar debía estar también sometida a vigilancia y, en cualquier caso, aquella noche no era la ocasión más propicia para establecer contacto.

Finalmente, tenía que pensar en Emilie y tomar una decisión delicada: hacerla partícipe o no de su trabajo. Cuanto más lo pensaba, más evidente le parecía le decisión a adoptar. La amaba. No le cabía la menor duda de que ella le correspondía. Si él caía, ella estaba dispuesta a caer también, y su inocencia no la protegería de la venganza de Safreddin. Así pues, debía armarla haciéndole saber, armarse él con la gustosa cooperación de la joven y, finalmente, pagarle con el matrimonio y una vida segura en un país nuevo. Emilie ya sabía algo por lo que él había dicho en pleno delirio. Fuera lo que fuere era demasiado para estar confiado y muy poco para que ella quedara protegida frente a las hábiles preguntas de un interrogatorio sutil. Debía confiar, pero antes debía asegurarse de que Emilie se entregaría de buen grado. Apenas le hiciera las revelaciones del caso, la joven tendría en sus finas manos su propia vida y la de toda la red. Era un riesgo temible. Toda su experiencia de conspirador le aconsejaba evitar el peligro de compartir secretos con una mujer; no obstante, sabía también con certeza que no podría soportar otra división de sí mismo en otra aventura amorosa desgraciada. La personalidad es un capital que necesita el constante refuerzo de relación con otra persona. Ya había gastado con excesiva prodigalidad y visto muy claro el peligro de la destrucción personal.

Volvió el vigilante y Fathalla salió fuera y se quedó en la sombra, junto a la puerta, fumando un cigarrillo. La callejuela estaba oscura y desierta; Safreddin, al parecer, no creía necesario hacerle vigilar. Anduvo hasta la esquina donde la calleja se cruzaba con una calle más ancha, se detuvo en un quiosco, pidió una naranjada y bebió lentamente, sin dejar de mirar a todas partes por si pasaba algún sospechoso. No vio a nadie. Más tranquilo, regresó a la puerta de la bodega y esperó a que Emilie pasara a buscarle.

La luna del desierto brillaba baja en el cielo frío mientras cruzaban la vieja ciudad hacia la carretera de Rumtha. Los escarpados cerros cortaban el horizonte y se destacaban, estériles y grises, sobre las débiles estrellas. Una brisa fría atravesaba la tierra yerma y trayendo el olor acre de la arena y de las piedras. Emilie se apretaba junto a él para calentarse y Fathalla conducía poniéndole una mano sobre los hombros. Sentía su cabellera rozarle los labios y una mano de ella bajo la pechera de la camisa. Un par de kilómetros después de los últimos suburbios, Fathalla dejó la carretera principal y dobló por un camino empinado y estrecho que seguía el curso de un arroyo seco y ventoso y se internaba entre los cerros. Era poco más que un sendero de mulas y el coche saltaba y se estremecía al pasar sobre piedras o hundirse en las zanjas. Finalmente, Fathalla lo detuvo frente a una pequeña iglesia blanca, de bajas paredes de piedra. Tenía una torre a punto de derrumbarse y un cementerio destrozado. Fathalla bajó del coche y caminó hacia la vieja puerta.

Emilie le siguió, confusa y algo asustada.

—¿Qué lugar es este, Selim?

—Una iglesia.

Le pasó un brazo por los hombros y le sonrió.

—Dicen que en el tiempo de las Cruzadas era una famosa ermita y tenía un pozo de agua milagrosa. Y ahora nadie viene aquí. Excepto yo.

Le miró fijamente, sorprendida.

—¿Y por qué tú?

—Es mía. Se la compré al patriarca de Siria cuando llegué a Damasco.

—Pero aquí no hay nada.

—Estamos nosotros.

—Lo sé, pero…

—¿Me quieres, Emilie?

—¡Sabes que sí! ¡Y mucho!

—¡Bésame!

Se besaron a la luz de la luna, con los muertos como testigos silenciosos. Después, Fathalla la tomó de la mano y entraron al cementerio. Levantó una losa de un nicho, expulsó a un pequeño lagarto y cogió una antigua llave. Abrió la puerta de la iglesia, entró con la joven y cerró la puerta.

El aire, dentro, era seco y olía a cerrado. Finos rayos de luna dejaban entrever una nave vacía, un altar caído y una fuente bautismal quebrada. Hacía mucho tiempo que habían quitado de allí todo vestigio de muebles, quemado todo objeto de madera y arrancado de las ventanas todo lo arrancable.

—¿Por qué me has traído aquí, Selim?

Se rio suavemente, pero el sonido, de todos modos, retumbó en la nave de piedra.

—Ten paciencia. Te lo diré enseguida.

Se puso de puntillas, buscó algo en la parte superior de un pilar normando y bajó una linterna. La encendió y la enfocó hacia la bóveda del santuario. Brilló un mosaico de oro, púrpura y verde y, cuando el rayo de luz atravesó la cúpula, la joven pudo ver una procesión de santos que se alzaba hasta la gloria de una divinidad con cabeza triangular. Fathalla le explicó lo que representaba medio en serio medio en broma.

—Les llaman los santos mártires de Nediran. Eran trescientos cuarenta —puedes contarlos, si quieres—. Su jefe era Abdulah ibn Kaab de la tribu de Beni Harit. Dhu Novas, un judío, con ayuda de algunos árabes, hizo una verdadera matanza en el siglo sexto. Los musulmanes los veneran y Mahoma los menciona en el glorioso Corán… ¿Ves al niño? Dicen que siguió a su madre a las llamas y saltó a la hoguera susurrando el nombre de Cristo… Creí que te gustaría verlos.

—Nunca los había oído nombrar.

—Y no sé de nadie que los conozca. Así que son un secreto nuestro, Emilie.

—No me gustan los secretos. Me dan miedo.

—Esta noche te quiero contar un secreto, Emilie.

—No, por favor.

—Tengo que contártelo. Quiero que te cases conmigo.

—¡Dios mío!

Las palabras fueron un suspiro apenas audible. Se le fue el color del rostro y se quedó inmóvil, como estatua de piedra. Le miraba como si no pudiera creer lo que había oído. Un instante después, se aferró al cuerpo de Fathalla, y gemía; parecía sufrir intensamente.

—¡No puedo, Selim! ¡Yo quiero, pero no puedo! ¡No puedo!

—¿Por qué no?

La sacudió violentamente.

—¡Dime por qué no!

—¡No lo sé!

—Tienes que saberlo. ¡Dímelo!

—¡Me estás haciendo daño, Selim!

La dejó libre y retrocedió. La miró mientras se pasaba las manos por los brazos doloridos y trataba de tranquilizarse. Finalmente, Emilie le dijo con

voz débil:

—No puedo. No me atrevo a casarme con un musulmán.

—Pero te has acostado con uno. Estás enamorada de uno.

—Todo eso… bueno, sí. Pero el matrimonio… el matrimonio es otra cosa. Puedes tener cuatro esposas si quieres. Pero yo no soportaría rivales en mi casa, Selim. Y no aguantaría que me dejaras cuando te cansaras, puedo marcharme o retirarme cuando quiera. Y si estoy casada no podré hacerlo.

—¡Y sin embargo dices que me quieres!

—Es verdad. Por eso quiero que sigamos tal como hasta ahora, hasta que el amor se acabe.

Fue tan categórica y firme, tan fuerte, que Fathalla tuvo la impresión de estar ante una extraña.

Trató de buscar palabras que pudieran conmoverla. Por fin encontró algunas, no muy adecuadas, pero las pronunció con voz que no era la suya.

—Escúchame, Emilie, por favor.

—Te estoy escuchando.

—Te traje aquí para contarte un secreto. Cuando te lo haya dicho podrás aniquilarme con una sola palabra. Si no te digo nada, me aniquilo yo en otro sentido. Así que si no quieres saber los secretos, te llevaré de vuelta a casa y mañana mismo se acaba todo. ¡Todo! No podríamos ni seguir trabajando juntos.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

—No soy cruel… Puedes creerme.

—¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—Porque, aunque tú puedas soportarlo, yo no puedo seguir dividido.

—Me das miedo, Selim.

—¿Por qué?

—Eres un hombre tan reservado. No lo digo por hoy. A veces, incluso me gusta que seas así porque puedo actuar a mi modo; tengo libertad para ser yo misma casi siempre. Pero estar casada y pasar la mitad de la vida en un mundo aparte… ¡no!

—¿Pero no te das cuenta de que se trata de eso precisamente? Te estoy pidiendo que me dejes entrar en tu mundo. Y quiero que tú te unas al mío… y me cambies.

—¿Y cuál es tu mundo, Selim?

Ya había llegado demasiado lejos y no podía retroceder. Su propia vida y la vida de otras cien personas no pesaba bastante para equilibrar la necesidad que tenía de Emilie. La tomó de la mano, la guio con la linterna, la llevó atrás

del altar. Bajaron, por unos peldaños viejos, a la cripta de la ermita, vacía hacía siglos de cuantas maravillas guardó en un tiempo. En las paredes de la cripta había un nicho donde antaño había yacido un santo bajo una losa de mármol. El santo ya no estaba, pero la losa seguía intacta. La hizo subir allí encima y Emilie se quedó sentada, pálida y borrosa como una vieja pitonisa. Le miraba fijamente a los ojos. Fathalla le habló.

—Te voy a entregar mi vida, Emilie. Desde ahora quedo en tus manos. No soy musulmán. Soy judío. No soy Selim Fathalla. Me llamo Adom Ronen. Soy agente del gobierno de Israel.

—Ya lo sabía… por lo menos en parte.

Se lo dijo con toda sencillez. Pero Fathalla se conmovió hasta la medula de los huesos.

—Lo sabía y no lo quería saber. Me decía a mí misma que no podía ser verdad.

—¿Y ahora?

—Me alegro. Y lo siento.

—¿Me sigues teniendo miedo?

—Temo por ti. Y también por mí.

—He solicitado que me reemplacen lo antes posible.

—¿Por mi causa?

—Sí.

—No debes hacerlo. Nos marcharemos en el momento oportuno, cuando puedas decir «se terminó, ya no tengo nada que hacer».

—¿Y te casarás conmigo?

—Si entonces me sigues necesitando…, dímelo.

—Te necesito ahora.

Le habló entonces apasionadamente, casi con aspereza.

—Tengo esposa en Israel. En este momento está realizando los trámites del divorcio para que me pueda casar contigo. Si queremos sobrevivir, tenemos que trabajar juntos. De otro modo será posible que me traicionases o te traicionaras a ti misma, sin querer.

—¿Es esa la única razón por la que quieres casarte conmigo?

—Sabes que no.

—Sí, lo sé. Pero tendrás que recordármelo siempre, Selim. Es el precio que has de pagar. Dices que quedas en mis manos. Yo también en las tuyas. No podría soportar que me dejaras.

—No te dejaré nunca, Emilie. Te lo prometo por mi vida.

La bajó de la losa de mármol y se abrazaron y besaron en la oscuridad. Fathalla abrió la tumba vacía y le mostró el trasmisor de urgencia. Levantó una piedra del suelo y sacó un libro de claves, un cuaderno de notas y una lista de longitudes de onda. Emilie le sostuvo la linterna y observó las operaciones por encima del hombro de Fathalla. Emitieron la señal para Jacob Baratz.

Armas despachadas a coronel Abid Badaoui 37 Kamouz Amman punto Por razones desconocidas Safreddin realizando investigación sobre personas que tienen cuenta en banco Fenicio punto Me ha incluido en investigación punto Casa ya comprometida por esta investigación, pero Safreddin dice que no se sospecha de mí punto Me informó que banco Fenicio está en crisis y me sugirió que trasladara mi cuenta a institución árabe representada en Damasco punto Esto implica inmediata y esencial reconstrucción de nuestros canales financieros punto Requiero inmediato contacto con agente tuyo punto Pido información asunto personal ya comunicado.

Vaciló un instante y agregó después una frase final:

En vista delicada situación he designado persona confianza para que haga trasmisiones si no puedo hacerlas personalmente punto La firma Emil indicará situación de emergencia.

CAPÍTULO SEXTO

Tel Aviv

El mensaje de Damasco planteó a Jacob Baratz una situación irónica, un dilema difícil y una pregunta sin respuesta.

Lo irónico consistió en que, mientras estaba formulando los planes de ataque a una aldea jordana, estaba a la vez cursando, por medio del ministro de Relaciones Exteriores y sus canales diplomáticos, ciertos datos que podrían salvar la vida del rey de Jordania. Y cuando redactó el despacho correspondiente a Jerusalén, no pudo resistir el cínico pensamiento de que la muerte de diez hombres vulgares podía significar un incidente fronterizo, pero la de un hombre de sangre real podría provocar una crisis internacional. La primera podía aceptarse con la serenidad de un riesgo en el mercado de cereales; la otra crearía pesadillas y trastornos diplomáticos. Y lo más lamentable de la broma era que, el rey, no agradecería en lo más mínimo la prevención a su favor, pero el incidente fronterizo le serviría de queja a explotar, agradecidamente, en el foro de las naciones. Si la política era el arte de los posibles, era también la crónica de lo improbable, crónica que nunca podría describir la más imaginativa de las novelas.

El dilema no tenía nada de gracioso. Si no lograba sacar de sus dificultades a Fathalla, perdería un agente y una red de espionaje. Mientras el Banco Fenicio funcionase normalmente, podría proporcionarse a Fathalla dinero de varias procedencias, correspondiendo cada una de ellas a un ingreso en su cuenta comercial. Pero si cada envío, viniese de Suiza, Roma o Atenas, era objeto de análisis por un banco gubernamental de Siria, Fathalla estaría perdido a un mes plazo. La única alternativa era la de enviarle dinero por correo. Pero esto era un riesgo para el dinero, para el correo y para el mismo Fathalla que, por otra parte, parecía estar en una situación bastante difícil. Baratz decidió, finalmente, enviarle un agente desde Roma y hacer llegar a

Fathalla el dinero que le hiciera falta durante un mes. Estos arreglos, y una llamada al Banco Central para solicitar información, consumieron media hora de su tiempo disponible.

Pero aún le quedaba una pregunta pendiente: ¿quién era Emil y por qué Fathalla había dado el paso sin precedentes de cursar un radio vital e información cifrada a un agente que el cuartel general no conocía ni había autorizado? Solo había un modo de conseguir la respuesta. Escribió un mensaje y agregó en él que se le trasmitiera en su propio nombre a Fathalla.

Informa lo más completa y rápidamente identidad Emil punto Tu contacto bancario llega en cuatro días punto Identificación ópera cómica punto Requiero urgencia informes siguientes seguridad personal y red movimientos tropas sirias en terreno área Galilea y detalles técnicos posiciones fortificadas en cerros Galilea información llegada aparatos MIG y curso negociaciones instalación rusa misiles tierra aire participación Iraquí pacto defensa Siria RAU punto Asunto personal arreglado amistosamente plazo dos semanas.

Puso el mensaje en un sobre que cerró y selló, agregando una nota para el servicio de comunicaciones y pidió un mensajero que lo llevara. Selim Fathalla volvió a los archivos: ya era una cifra en las cuentas de una nación, una pequeña variable en la ecuación de la supervivencia. ¡Si Baratz pudiera simplemente alejarle de su cerebro con la misma facilidad!

Afortunadamente, tenía más cosas de que ocuparse, por lo menos durante las horas de trabajo.

Los planes de la incursión de represalias ya estaba cobrando forma definida. Todo su equipo recomendó el mismo blanco de la zona de Hebrón. El servicio de operaciones lo aprobó. Había desacuerdos de detalle —sobre el armamento, el apoyo artillero y el despliegue de la infantería—, pero todo se podría resolver en la mesa de conferencias. Sin embargo, había dos preguntas todavía sin respuesta: la potencia de las posiciones árabes y las consecuencias políticas de la agresión. La segunda respuesta dependía, en cierto modo, de la primera. De no producirse un encuentro armado de grandes dimensiones, la destrucción del pueblo podría interpretarse como pura y simple represalia. Pero si las acciones militares resultaban importantes, el acto se interpretaría como operación agresiva… Y otra vez la ironía y la terrible locura del juicio militar y diplomático.

La actual disposición de las tropas jordanas consistía en dos columnas blindadas, patrullando por el sector de Hebrón, y dos compañías de infantería motorizada en reserva a diez millas de la zona que iba a ser atacada. La única vía de acceso al pueblo era una estrecha carretera de montaña fácil de cortar

con fuego de artillería pesada. Solo podía recibir apoyo aéreo de un escuadrón de Hunters, muy inferiores a los Mirage israelíes. Pero toda aquella disposición de tropas quizá fuera muy distinta en el momento de efectuarse la incursión: podía estallar una revolución en palacio o haber una visita de dignatarios extranjeros que necesitara de protección armada. Así pues, hasta la víspera misma de la operación, habría que calcular sobre la base de cantidades variables y de resultados muy diferentes sobre el conjunto.

Cuanto más pensaba Baratz, menos le gustaba. Cuanto más progresaban sus cálculos, menos control tenía sobre la situación global. El orden de las cosas estaba claro: El servicio de inteligencia aconsejaba; el de operaciones dirigía y el ministerio de Defensa daba o negaba su consentimiento. ¡Amén! Y que Dios nos ayudara a todos… con tal de que no hubiera desaparecido para siempre del escenario de las cosas humanas.

Sonó el teléfono. Tomó el auricular y pudo escuchar el apresurado pero exacto informe de una acción que en tales momentos se desarrollaba en Galilea. Una embarcación israelí, de pesca por el lago de Tiberíades, se había acercado excesivamente a la ribera oriental. Los sirios le habían disparado. Una lancha patrullera, enviada en su ayuda, había encallado en un banco de arena y ahora constituía blanco perfecto para el fuego sirio. Ordenaron que despegara un avión de combate para silenciar la artillería siria. Baratz, en su escritorio, tomó unas notas, dejó el teléfono y se quedó sentado, con el ceño fruncido, pensando en la nueva información.

El verdadero peligro estaba en Galilea. En términos puramente militares debía golpearse allí, arrebatar a los sirios el control de los cerros y conseguir de este modo que el lago y el valle del Jordán fueran sitio seguro para el cultivo y la población. Pero cualquier encuentro con los sirios era riesgo de peligro para una guerra general con los estados árabes. Siria, amenazada, invocaría la ayuda egipcia. Y Egipto vociferaría en pro de la guerra santa por todo el Mediterráneo. Esta nueva acción introducía un nuevo elemento en los planes de represalia contra Jordania. Alteraba confusamente el cuadro político: un duelo de artillería tiene siempre más difusión en la prensa mundial que un simple acto de sabotaje. Y una vez más, Jacob Baratz se estaba dando de cabeza contra las paredes que le cercaban. Era soldado. Tenía que ir tomando nota de las implicaciones políticas. Pero en ningún caso podía determinarlas.

De hecho —y tal era la verdadera tragedia de la condición humana— ni la más elemental relación entre el Yo y el Tú cabe más allá de la determinación de un solo hombre. Y de nada sirve la sabiduría: la luz de un hombre ilumina

su propio rincón; la de su vecino ilumina otro, y entre ambos queda una zona oscura y yerma, minada y traicionera. La buena voluntad no basta. Toda la buena voluntad del mundo no puede hacer justicia cabal a un solo ser humano que, por el acto de nacer, se convirtió en víctima de la paradoja humana. La sombría cripta de Yad Vashem conmemoraba la muerte de seis millones de judíos; pero en las chozas de la franja de Gaza acampaban trescientos mil árabes que no renunciarían por ningún motivo a recuperar la tierra que antes ocuparon en su patria.

El más sabio Yo y el Tú más conocido y amado podían llegar a cierta armonía. Pero el conocimiento nunca era completo y el amor jamás entregado completamente, pues en el mismo centro de cada persona siempre hay una zona amurallada que la persona defiende como piedra sagrada, aún a costa de su propia autodestrucción. Los místicos de todas las religiones han comprobado, acertadamente, que la paz y la perfección se consiguen en el momento en que se derriba esta última muralla y se renuncia a ese último territorio y ya no queda nada que defender ni por qué luchar. Pero hasta los místicos aceptan que la perfección es una visión, algo que se encuentra y se escapa al mismo tiempo —si es que existe— y que solo podría hallarse en otra vida…

Y estas reflexiones retrotrajeron a Jacob Baratz a la tarea para la que había sido contratado: juntar los fragmentos de informaciones incompletas y construir un cuadro en parte verdadero y en parte falso; ponderar los riesgos y beneficios en la pérdida de vidas humanas; elaborar mapas de combate con alfileres y banderas de papel de colores; equilibrar una amenaza con otra porque, al parecer, los hombres, que nacen de un acto de amor, solo pueden sobrevivir practicando el terror…

Rumtha

Por un milagro —en el que no creía—, por un acto de misericordia —que había aprendido a no esperar nunca— o, simplemente, gracias a la buena fortuna del jugador avezado, Idris Jarrah descubrió que seguía vivo al despertar aquella mañana. El descubrimiento le hizo recuperar la confianza en poder salir tranquilo de Siria: sabía muy bien que los arrestos se suelen ejecutar a esa hora indecisa antes del alba, cuando el ánimo personal está a su nivel más bajo y cuando hay pocos testigos que puedan incitar a la violencia. A pesar de la noche inquieta que había pasado, se encontraba lo bastante

lúcido como para tomar decisiones precisas. La primera: utilizaría su pasaporte jordano, un documento muy bien hecho, que ya había soportado muchas inspecciones en muchas fronteras. La segunda: no se quedaría mucho tiempo en Amman. Se marcharía inmediatamente a Jerusalén y se buscaría una guarida segura en la vieja ciudad donde los extraños eran un lugar común.

Tomadas las decisiones, se tranquilizó sintiéndose mejor. Se quitó la ropa con que había dormido, se bañó, se afeitó, se instaló la pistola en la parte interior de la pantorrilla, se puso un traje ligero y bastante bien planchado y salió del hotel. Le estaba esperando el coche: un vehículo propiedad de una de las agencias turísticas que llevaban gente de Damasco a Amman y a Petra. Le alegró descubrir que viajaría acompañado: en el coche había una pareja de viejos del medio oeste de Estados Unidos y un británico de aspecto melancólico que mordía una pipa vacía y, a todas las preguntas, respondía con monosílabos apenas audibles. Jarrah no tenía muchos deseos de conversar y, por tanto, después de varios intentos fracasados de parte de los norteamericanos, un silencio polvoriento descendió sobre el coche y sus incongruentes pasajeros.

El camino discurría a través de un desierto blanco con unas cuantas parcelas de cultivo entre rocas. Algunas aldeas bíblicas cobraban lentamente vida bajo el creciente calor de la mañana.

Viajaron media hora detrás de una fila de camiones militares. Respiraron arena y petróleo. Y las repetidas maldiciones del conductor les asaltaron los oídos. Finalmente, el conductor aceleró, adelantaron el convoy y continuaron la marcha a velocidad moderada por curvas flanqueadas de rocas hasta que se vieron obligados a volver al paso de tortuga, ahora tras de un rebaño de ovejas.

Después de adelantar con dificultad a los animales, pudieron avanzar libremente otros quince kilómetros, pronto para quedar detrás de dos camiones cubiertos que subían laboriosamente una empinada cuesta y se mantenían en el centro de la carretera. No hubo maldición ni bocinazo que los obligara a dejar paso. Llegaron a la cima de la cuesta y aceleraron a gran velocidad hacia abajo. Les dejaron como recuerdo una cegadora nube de polvo.

En el puesto fronterizo de Siria, Jarrah volvió a sufrir ansiedad ¡no fuera que el largo brazo de Safreddin le cogiera allí y le llevara de vuelta a Damasco! Pero los despacharon con el mínimo de formalidades, dejándoles pasar sin molestia alguna. Pero cuando llegaron frente al puesto jordano, a Jarrah se le paralizó el corazón. El lugar estaba lleno de tropas armadas.

Desviaban los vehículos pesados a un costado de la carretera y los taxis y coches los enviaban a un camino secundario. La policía revisaba los documentos y los funcionarios de aduana abrían y hurgaban todos los coches y maletas. Jarrah recordó la pistola que llevaba amarrada a la pierna y el dinero oculto en el doble fondo de la maleta. Buscó desesperadamente alguna cara conocida o algún funcionario que tuviera aspecto negligente. Recordó también el despacho de armas de Safreddin. Y se sintió más tranquilo: todo el problema podía deberse al dato que el sirio pasara al servicio de seguridad jordano. Si esto era así —otra vez un «si» incómodo— no tendría nada que temer. Si se trataba de otra cosa…

Preparó el rostro de luna, adoptó expresión y sonrisa de funcionario paciente y se dispuso a jugarse la vida.

Tenía diez coches por delante y avanzaban muy poco. El aire, dentro del vehículo, se volvía caliente y fétido por momentos. Jarrah cogió su maleta y bajó del coche. Fingió, ostentosamente por supuesto, que quería estirar las piernas y tomar un poco de aire fresco. Tal como suponía, sus compañeros hicieron otro tanto y los cuatro se quedaron fuera, observando a la policía y a los funcionarios de aduana y esperando que les llegara el turno de someterse a la inspección. Jarrah se interesaba más en los camiones. La tropa, dirigida por un oficial de la Legión Árabe, los estaba registrando rápida y eficientemente. No se detenían en las etiquetas ni en los nombres de los paquetes y las cajas. Bajaban el cargamento como lo hacen los estibadores de los puertos. Abrían las cajas de cartón y de madera. Rompían los bidones de aceite y metían punzones de hierro en los sacos de grano. Varios guardias, con rifles automáticos, vigilaban la entrada y la salida del camino a su paso por el puerto fronterizo, mientras un sargento y un cabo registraban a los conductores de camiones. Tardarían varias horas antes de terminar con todos. Y era evidente que se tomarían todo el tiempo que fuera necesario.

Los coches empezaron a moverse. A Jarrah y demás pasajeros les examinaron con más cuidado el pasaporte y los otros documentos. Registraron el coche de un extremo a otro. Quitaron hasta los asientos. Les abrieron todas las maletas. Uno de los funcionarios le pidió a Jarrah que le mostrara su maleta. La abrió con toda clase de demostraciones de buena voluntad e incluso empezó a sacar uno por uno todos sus documentos y a darle una serie de explicaciones sobre cada uno. El funcionario se aburrió enseguida, se encogió de hombros y se marchó.

Volvieron al coche y partieron. Habían avanzado menos de un kilómetro y ya doblaban las primeras curvas, cuando escucharon las explosiones: una

serie de atronadores estallidos que conmovieron los cerros y cuyas ondas expansivas golpearon las laderas rocosas y crearon ecos en los desfiladeros.

—¡Dios mío! —dijo el viejo norteamericano—. ¿Qué es esto?

—Parece que están volando rocas, querido —le dijo plácidamente su esposa.

El inglés se quitó la pipa de la boca y emitió las dos últimas palabras del día:

—¡No diga idioteces, señora!

Pero la señora no le escuchó: el conductor había hundido el pie en el acelerador y corrían dando tumbos, a más de cien por hora, hacia Amman. Era un sirio que se movía por territorio hostil. Idris Jarrah escuchó, pero no dijo nada. Tenía experiencia en sabotajes. Conocía perfectamente la carnicería que se puede hacer con solo un kilo de explosivo plástico. Se hacía una idea muy aproximada de lo que podía haber sucedido en el puesto fronterizo y esperaba, desesperadamente, que no se le fuera a pedir cuentas también por ello.

Damasco Cuando Selim Fathalla, acompañado de Emilie llegó a la bodega, le estaba esperando una sorpresa. Había dos soldados de guardia en la puerta, un paisano con cara de rata sentado en la silla de su despacho y el vigilante había desaparecido. Se molestó, les pidió explicaciones y el paisano encogiéndose de hombros, le dijo en tono indiferente:

—¿Por qué no telefonea al coronel Safreddin? Son órdenes suyas.

Fathalla tomó el auricular y marcó el número de Safreddin. No contestaba. Esperó cinco minutos y volvió a llamar. Le contestó una secretaria y, después que se identificó, le hizo esperar otros cinco minutos. Finalmente se puso al habla Safreddin, entre amable y suspicaz.

—¡Ah, Fathalla! Esperaba que me llamaras. ¿En qué puedo servirte?

—Quiero una explicación, coronel. Mi despacho es un sitio privado. Y me he encontrado con un hombre que no conozco. Dice que le has enviado a investigar.

—Efectivamente —le dijo Safreddin, muy amable—. Pudo haber tenido la amabilidad de mostrarte sus credenciales.

—De acuerdo. ¿Y qué significan los guardias?

—Una medida de seguridad. Los retiraremos esta misma tarde.

—Esto no es ninguna explicación.

—Ya lo sé. Esperaba que pudiéramos reunirnos esta tarde para charlar en privado.

—¿A qué hora, coronel? Iré de todos modos.

—¿A las tres y media? A las dos tengo que hablar por radio. Un asunto importante. Te interesará escucharme… para que te documentes.

—¿Sobre qué, coronel?

—Asuntos de rutina… y nuestra interpretación de los mismos.

—Te escucharé. Otra pregunta. ¿Dónde está mi vigilante?

—¡Oh, el vigilante! Sí. Casi me olvido. Le estaba interrogando en este instante.

—¿Interrogando? ¿Por qué?

—Te lo explicaré cuando nos reunamos.

—Me gustaría saberlo ahora. Es un viejo ignorante, casi analfabeto. ¿De qué te pueden servir sus declaraciones?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar, amigo mío. Quizá tenga la respuesta a las tres y media. Excúsame ahora. Estoy en una reunión importante.

Y Fathalla se tuvo que contentar con ello, a pesar de toda su furia y temor.

El personaje de cara de rata le miraba despectivamente.

—¿Está satisfecho?

—¡No!

Estaba decididamente furibundo. Se acercó al escritorio, cogió al cara de rata por la solapa y le arrancó violentamente del asiento.

—Y ahora quite el trasero de mi silla y haga lo que tenga que hacer allí, en el rincón. ¡Allí!

—¡Se va a arrepentir de esto, Fathalla!

—¿Me pretende amenazar?

Le apretó con más fuerza el cuello.

—¿Me está amenazando?

El cara de rata pareció dudar repentinamente.

—No… no le estoy amenazando. Pero su comportamiento me parece extraño.

—Es una broma de pésimo gusto —le dijo Fathalla suavemente—. Y recuérdelo mientras siga aquí. ¿Qué quiere?

—Los libros de cuentas, las declaraciones bancarias, los pedidos y las entregas y toda su correspondencia.

—¡Dáselos!

Fathalla se volvió a Emilie, que contemplaba la escena con los ojos muy abiertos, asustada.

—Dale todo lo que quiera y asegúrate de que no retire nada de este despacho sin mi consentimiento. ¿Está claro?

—Sí, señor Fathalla.

Fathalla giró sobre sus talones, salió del despacho y se fue al largo y oscuro cobertizo donde almacenaba las mercaderías. Temblaba. Trató de encender un cigarrillo y se le cayó al suelo. Lo pisó con furia con el pie y prácticamente lo disolvió en el suelo. Se apoyó contra unos embalajes, cerró los ojos y trató de dominarse. Safreddin le estaba poniendo a prueba, como salvaje cirujano que buscara los puntos débiles y extremos de nervios al descubierto.

Debía conservar la serenidad. Debía ser fuerte y calculador y tan cínico y brutal como el adversario que se decía su amigo y que actuaba, en todos sentidos, como el peor de los enemigos.

Miró la hora. Las nueve: quedaban cinco para la emisión radiofónica de Safreddin y seis y media para el encuentro con el personaje. Sería una larga espera. Tenía que mantenerse ocupado.

Descolgó de un gancho de la pared un cuadernillo de notas y empezó a inventariar las mercaderías. ¡Si el cálculo del debe y haber en la lucha por la supervivencia junto a Emilie fuera tan sencillo como el que ahora estaba realizando…!

> Amman (World Press International): «Poco antes de las nueve de esta mañana, la aldea jordana de Rumtha, puesto fronterizo entre Siria y Jordania, fue sacudida por fuertes explosiones. Murieron veintitrés personas y otras dieciocho resultaron heridas, algunas de consideración. La onda expansiva destruyó varios edificios y varios vehículos, civiles y militares, quedaron inutilizados. La frontera está cerrada hasta nueva orden y se ha trasladado allí un equipo de investigadores de las fuerzas de seguridad de Amman. Toda la zona ha sido acordonada y el camino cortado a quince kilómetros del lugar del incidente. A un periodista se le prohibió el paso. Los informes oficiales son muy vagos, pero se han podido establecer los hechos siguientes: A primera hora de esta mañana un destacamento de la Legión Árabe, investigadores de aduana y funcionarios del servicio de seguridad de Jordania, se trasladaron a Rumtha. Habían recibido una información, de fuente no revelada, según la cual se pretendía pasar de contrabando un cargamento de armas en transportes comerciales sirios. Todos los vehículos que llegaban a Rumtha eran sometidos a revisión sistemática, motivo por el cual se

produjo un embotellamiento en el puesto fronterizo. Se descubrió un cargamento de mercaderías sospechosas en dos camiones pertenecientes a un contratista sirio. Iba en cajas de madera. El oficial a cargo de la investigación ordenó que se abriera una de las cajas. Se produjo inmediatamente una explosión y estalló todo el cargamento. Entre los restos se hallaron rifles automáticos y otras armas. Cuando llegaron a Amman los primeros informes, se llamó urgentemente a palacio al embajador de Siria. Permaneció allí por espacio de una hora. No se ha emitido ningún comunicado y ni Jordania ni en la embajada siria han hecho comentario alguno al respecto. Más tarde…».

Damasco

A las dos de la tarde, en compañía de Emilie y con el cara de rata en calidad de hostil auditor, Fathalla conectó la radio de su oficina. Primero hubo un largo espacio de música militar y, después, un locutor pidió a todos los sirios que dejaran de trabajar o de distraerse y que escucharan una importante declaración del coronel Omar Safreddin, director de los servicios de seguridad del estado. Hubo gran explosión de música marcial y enseguida surgió la voz de Safreddin. Adoptó el tono agudo, el más elocuente y coránico, que utilizaba cada vez que intervenía en público.

«… Esta misma mañana, mientras los pacíficos ciudadanos de Siria se dirigían a sus ocupaciones normales, sucedieron dos acontecimientos casi simultáneos; acontecimientos que conciernen a la seguridad interior de este país, a la tranquilidad de sus fronteras y de sus relaciones con los vecinos árabes. Existe una relación evidente entre ambos acontecimientos. Los dos fueron actos hostiles.

Los dos fueron planeados por el mismo enemigo y ejecutados con la misma indiferencia a la vida humana y al respeto de las fronteras nacionales… El primero es un caso de agresión descarada, astutamente planeada y audazmente ejecutado. Un barco de pesca israelí invadió las aguas territoriales sirias en el lago de Tiberíades. Le seguía una lancha

patrullera de la misma nacionalidad. Nuestros guardias, siempre atentos a defender nuestro sagrado suelo, abrieron fuego contra la lancha y esta encalló en un banco de arena, siempre dentro de nuestras aguas jurisdiccionales. Inmediatamente, y sin duda por estar previamente planeado, aparecieron aviones israelíes en el aire, atacaron nuestras posiciones de artillería y mataron a dos de nuestros hombres, hiriendo a otros tres. Nuestros aviones despegaron para repeler el ataque y dos fueron derribados dentro de nuestras fronteras. Los dos pilotos perecieron… Pero aquí no acaba la historia. En el mismo instante en que se desarrollaba esta batalla, estaba sucediendo algo más, algo mucho más siniestro y de consecuencias mucho más sangrientas. Hace tres días uno de nuestros agentes descubrió que un equipo de sabotaje israelí había entrado en Siria desde el Líbano y se preparaba para operar en Siria y Jordania. Tenían un depósito de armas en Damasco y preparaban un envío de explosivos a Jordania. Esa era toda la información de que disponíamos. De inmediato advertimos al gobierno de Jordania y solicitamos su cooperación para dejar al descubierto la conspiración.

Desgraciadamente llegamos demasiado tarde para evitar la tragedia. Esta mañana, dos camiones propiedad de un agente comercial de Damasco, cruzaron la frontera en Rumtha. Se les revisó y descubrió gran cantidad de armas y municiones. Pero los israelíes han sido brutalmente hábiles. Las cajas estaban preparadas de tal modo que estallarían apenas se las abriera. Murieron veintitrés hermanos árabes de Jordania y muchos más quedaron heridos. A pesar de todos nuestros esfuerzos no pudimos evitar la tragedia. Esta mañana, sin embargo, conseguimos arrestar al líder de los saboteadores. Fue ejecutado a mediodía de hoy. Los demás miembros del grupo continúan en libertad; pero ya conocemos sus nombres y sus descripciones y no pasará mucho tiempo antes de que les capturemos… Pedimos a todos los ciudadanos que mantengan constante vigilancia, que nos informen enseguida de cualquier circunstancia sospechosa. Solo nuestro valor y un constante estado de alerta pueden protegernos de los agresores imperialistas y colonialistas a quienes no interesa la vida

> humana y se dedican a la destrucción de la independencia de Siria y de la unidad del mundo árabe…».

La perorata continuó bastante tiempo; era el largo y apasionado discurso de un brillante demagogo que sabía que las creencias se pueden imponer por la simple repetición de unas cuantas palabras atrayentes. Pero Safreddin el demagogo, no era tan hábil como Safreddin el conspirador, de pensamiento doble y habla triple, que había montado su propio sabotaje contra el reino hachemita, lo había atribuido a los israelíes y —gracias a un virtuosismo hermoso y definitivo— lo había relacionado con un incidente fronterizo en el que los israelíes eran responsables por lo menos en parte.

A medida que el discurso continuaba y continuaba, Fathalla lo escuchaba cada vez más molesto e impasible, sin atreverse a mirar a Emilie y siempre consciente del secreto regocijo del inspector de cara de rata que seguía estudiando despectivamente los archivos de su despacho. Tenía que pensar con mucha claridad. Tenía que abrirse paso entre la maraña del pensamiento de Safreddin y tratar de determinar los motivos de los actos del coronel. ¿Un triunfo momentáneo de propaganda?

Bueno… pero insuficiente. ¿Un modo de atemorizar a los espías? Bueno, también. Había logrado crear un clima de suspicacias, muy incómodo para un agente extranjero. Pero eso tampoco era explicación suficiente. ¿Una trampa para Fathalla? No alcanzaba a serlo. Pero quizá fuera un modo violento de forzarle a convertirse en servidor suyo. Había advertido perfectamente la mención de «un agente comercial de Damasco». Safreddin le estaba apretando entre sus garras. Bastaría una simple acusación para que le ahorcaran y así compensaran la muerte de veintitrés personas. No hacían falta más pruebas: las armas iban en camiones. El interrogatorio de su vigilante les daría cualquier clase de documento que necesitaran. El inexistente israelí ejecutado a mediodía y los inexistentes saboteadores que muy pronto serían arrestados, eran una evidente advertencia sobre lo que le podía suceder si se negaba a cooperar. ¿A cooperar en qué? Aún estaba muy lejos del centro del problema.

Entonces recordó el mensaje que le había enviado Jacob Baratz la noche anterior. Baratz quería que le informara sobre los movimientos de tropas sirias en Galilea y sobre las posibilidades de que Irak se adhiriese al pacto de defensa sirio-egipcio. Esta era la clave de los manejos de Safreddin.

Quería acusar de agresor a Israel, invocar entonces la ayuda militar egipcia y, por su mediación, movilizar el resto del mundo árabe a la lucha contra los judíos… Esto parecía posible; por lo menos le serviría para tener en

qué apoyarse durante la conversación con Safreddin. Pero aún había varios elementos que no lograba comprender: el banco Fenicio; la función de la O. L. P.; el evidente deseo de Safreddin de librarse del rey de Jordania; por qué se había molestado en pedir ayuda a un iraquí, como él, cuando contaba con la cooperación mucho más segura y probada de su propia gente. Y este era el perpetuo problema del espía: en ciertos momentos se encontraba desprovisto de informaciones adecuadas del mundo exterior y carecía de oportunidades para discutir libremente con sus colegas…

El discurso de Safreddin terminó con un desafío histérico a los agresores judíos. Volvió la música.

Fathalla apagó la radio. Miró a Emilie y sonrió.

—Debo confesar que el coronel Safreddin es un orador impresionante.

Emilie asintió con la cabeza. Otra vez volvía a controlarse perfectamente. Su respuesta tuvo el tono exacto de la comedida admiración.

—No soy musulmana; pero esos pasajes del Corán siempre me han conmovido.

—¡Es un gran hombre! —dijo el personaje del servicio de seguridad, súbitamente fervoroso—. El mejor que hemos tenido.

—Siempre le he admirado —dijo Selim Fathalla—. ¿Quiere que le ayude con esos documentos?

—Todavía no. Ya le iré haciendo las preguntas que crea convenientes.

—Como quiera. La señorita Ayub le dará cualquier información que necesite. Volveré tan pronto termine de hablar con el coronel.

—No se dé prisa —le dijo Emilie, tranquilamente—. Puedo ocuparme de todo.

Quiso acercársele para darle las gracias, pero no se movió. Se despidió con un movimiento de cabeza, salió, subió al coche y pasó entre los guardias apostados a la puerta de la bodega. Llegó al centro de la ciudad, estacionó el coche, entró en una cafetería y telefoneó apresuradamente a Bitar.

—Doctor, habla Ayub.

El nombre de Emilie era la contraseña para las comunicaciones urgentes.

—Me sigue doliendo la espalda. ¿Puedo ir a visitarle?

—¿Ha seguido tomando las píldoras?

—Sí. Pero parece que no me hacen efecto. No puedo andar bien.

—Esta tarde entonces, a las cinco y media. Ya sabe mi dirección.

—De acuerdo. Gracias.

Eso significaba que la reunión sería a las cuatro y media en la casa del sacerdote sirio, constantemente postrado en cama, que tenía una sirvienta

anciana y con el cual solían jugar al ajedrez. El sacerdote tenía dos débiles esperanzas: que por lo menos pudiera convertir a uno de aquellos dos amigos musulmanes y que el buen doctor le curara un día de la enfermedad de Parkinson. Y si alguna vez los dos amigos querían hablar de negocios, lo que menos podía hacer era ofrecerles una taza de té y un ambiente privado y tranquilo…

Fathalla se presentó puntualmente a su cita en el despacho de Safreddin. Le sorprendió un tanto que le hicieran pasar inmediatamente a presencia del personaje. Safreddin le saludó efusivamente.

—Siento haber tenido que ser tan breve contigo esta mañana. Tenía muchas cosas de qué ocuparme, como podrás suponer.

—No sabía cuántas, coronel, hasta que escuché tu discurso. Muy impresionante.

—Me alegro que te gustara.

—Quedé confundido, por supuesto y sigo estándolo.

—¿Con el discurso? Creí que era muy claro.

—Quizá lo he interpretado mal. ¿Era yo el comerciante cuyos camiones estallaron?

—Efectivamente.

Safreddin sonrió y le ofreció un cigarrillo.

—¿Te ha molestado mucho el incidente?

—No.

Aceptó el cigarrillo que le ofrecía Safreddin y le encendió el otro al coronel.

—Pero he perdido dos vehículos.

Safreddin se apoyó en el respaldo del asiento y se rio de modo excesivo.

—Eres un tipo frío, Fathalla. Te envidio. Mañana te enviaré dos camiones del ejército en reemplazo de los dos que perdiste. ¿Y eso es todo lo que te preocupa?

—Hay otra cosa. ¿Qué ha sido de mi vigilante?

—Ah, sí. Creo que deben haber terminado con él. Le podrás ver dentro de poco.

Exhaló una serie perfecta de anillos de humo y los contempló alzarse hacia el techo de yeso manchado por las moscas.

—¿Y no sientes curiosidad por saber lo que ha sucedido?

—Por supuesto, pero no demasiada, coronel.

Y creyó oportuno desviar un poco el tema:

—Me pediste mi cooperación. Te la ofrecí de buen grado. Espero que recuerdes que te dije que quiero vivir tranquilo y sin complicaciones. Y sigo pensando igual.

—Lo recuerdo. Y recuerdo que te pregunté si querías trabajar a mi servicio.

—Y te dije que lo iba a pensar… siempre que estableciéramos ciertas condiciones precisas.

—También lo recuerdo. ¿Te importa si te hago un par de preguntas?

—Por supuesto que no.

—¿Recuerdas el nombre de la persona a quien despachamos esas armas?

—Nunca lo supe, coronel. No me lo has dicho.

—¿No lo viste en las cajas?

—¿Cómo lo iba a ver? Estaba contigo en el despacho mientras estaban cargando. Solo salí para atender al hombre que se hirió en la mano.

—Tienes razón. Lo había olvidado. Pero no importa. Otra pregunta. ¿Adónde te fuiste cuando te marchaste de la bodega por la noche?

—La señorita Ayub me pasó a buscar en el coche y salimos fuera por la carretera de Rumtha.

—¿Por qué hiciste eso?

—Quería tomar aire fresco. Y quería hacer el amor. Safreddin se volvió a reír, pero no se estaba divirtiendo nada.

—Un extraño lugar para hacer el amor cuando puedes —y lo haces— acostarte con esa muchacha todas las noches en tu cama.

—No tan extraño, coronel. Has puesto micrófonos en mi casa. No me interesa que mi vida sexual quede grabada en cinta magnetofónica.

Safreddin pensó la respuesta un momento. Se relajó y cambió de tono.

—Buena respuesta, Fathalla. Me lo debí imaginar.

Pero ya han quitado los micrófonos, tal como te prometí.

—Gracias, coronel. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Sospechas algo de mí?

—¿Y por qué iba a sospechar de ti, amigo mío?

—No lo sé. Y quiero saberlo. Por eso te lo he preguntado.

Safreddin juntó los dedos y se tocó los labios. Le respondió amable, pero mesuradamente, midiendo cada palabra.

—Pienso, Fathalla, que todo hombre es capaz de traición siempre que el precio sea adecuado. En estos momentos estoy investigando ciertas filtraciones de información que están relacionadas con la operación de

Rumtha. La llamo operación porque, si bien planeaba algo distinto, tuve que cambiar los planes a última hora. La filtración se ha efectuado por intermedio de el Líbano. Y tú eres uno de los hombres que tienes relaciones en el Líbano y más allá del Líbano, relaciones comerciales, bancarias y personales. Por tanto eres un sospechoso en potencia. Según lo que sé actualmente, no eres culpable de nada. Pero todavía te tengo que poner a prueba. Tienes historial político; eres, por lo tanto, un hombre político. Y un hombre puede cambiar sus concepciones políticas tal como cambia de mujeres.

—Pero me has puesto a prueba de un modo muy torpe, coronel. Eso no ha estado a tu altura.

—Y tú has tenido bastante habilidad para darte cuenta, Fathalla. Y eso formaba parte de la prueba.

—¿Y qué se ha demostrado?

—Que eres un hombre sensato y alerta.

—Acabas de decir que soy un político. Si no fuera sensato ni me mantuviera alerta, me habrían matado en Bagdad. ¿Qué más se ha demostrado?

—Que eres lo bastante audaz como para enfadarte conmigo.

—O lo bastante inocente.

—De acuerdo.

—¿En qué estamos ahora entonces?

Safreddin se encogió de hombros e hizo más anillos de humo. Le respondió con extraña indiferencia.

—He ordenado que retiren los micrófonos de tu casa. Me parece que el inspector demostrará que tus libros están en orden. Retiraré a los guardias de tu casa. ¿No te parece claro?

—Te he dicho que no puedo vivir bajo sospechas. Quiero que me lo digas personalmente.

—¿Que te diga qué?

—Que me hagas una demostración de confianza.

—Te haré esa demostración enseguida. Ven conmigo.

Bajaron en silencio, por una escalera de hormigón, hasta los subterráneos del edificio. Al término de un largo pasillo había un soldado que montaba guardia junto a una puerta de hierro cerrada por fuera.

—¡Abra!

Fathalla le siguió y entraron a una pequeña celda iluminada con una sola bombilla de luz débil.

En el suelo había un jergón y sobre él una figura humana cubierta con una manta gris muy sucia.

Safreddin levantó la manta y descubrió el rostro. Era el vigilante de la bodega. Estaba muerto.

Fathalla apenas pudo controlar la náusea.

—¿Y bien?

Safreddin le miraba a los ojos.

—Es suficiente, coronel. Pero explícate mejor.

Fathalla habló con amargura.

—Necesitábamos un traidor —le dijo Safreddin tranquilamente—. Y le encontramos: un viejo sin familia, sin parientes y sin nadie a quien cuidar. Así podremos colgar un cuerpo en la plaza Morjan. ¿Y quién va a preocuparse de su identidad…? Querías una demostración de confianza. Ahí la tienes. Te podríamos haber hecho fusilar… y habríamos sacado mucho más beneficio de tu muerte.

Amman (World Press International).

> «Esta tarde, un portavoz oficial del gobierno de Amman ha revelado más datos concernientes a las explosiones de Rumtha. Los rifles automáticos y demás armas que se recuperaron entre los restos, fueron identificados como rusos y de la clase que esa nación suministra el ejército sirio. Las señales en los restos de las cajas indican que las armas iban destinadas al coronel Badaoui, comandante de la guardia del palacio de Amman. Jordania ha rechazado la versión siria, según la cual el sabotaje fue obra de Israel. El portavoz ha declarado que se dispone de pruebas terminantes sobre que el despacho de armas formaba parte de una complicada conspiración siria cuya finalidad era el asesinato del rey Hussein después de lograr que se arrestara o hiciera renunciar al comandante de la guardia del palacio real. El comandante Jalil, segundo jefe de la guardia, está arrestado y sometido a interrogatorio. Se le acusa de complicidad. Se ha enviado una fuerte nota de protesta al gobierno sirio. No se ha revelado su contenido, pero se supone que las relaciones diplomáticas con Siria se pueden cortar en breve. Lo siguiente no proviene de fuente oficial, sino de otras generalmente bien

informadas. La primera información sobre el complot llegó a Jordania por intermedio de un importante banquero de Beirut quien la había obtenido de un miembro de la Organización de Liberación de Palestina que algunos portavoces identifican como un tal Idris Jarrah. El ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, por intermedio de canales diplomáticos ingleses, confirmó a Jordania la complicidad de Jarrah y de Jalil. Se cree que Jarrah se encuentra actualmente en Jordania y se han dado las órdenes del caso para su inmediata detención.

Las últimas informaciones indican que los camiones que llevaban el cargamento de armas pertenecían al comerciante sirio Selim Fathalla, que comerciaba regularmente con Jordania.

Fathalla sigue en libertad en Damasco».

Damasco

En el locutorio del sacerdote sirio, ante la mirada triste de una virgen bizantina, el Dr. Bitar se instaló en un viejo diván a escuchar el relato de Fathalla. Bitar parecía enfermo. Tenía la cara de color terroso y grandes ojeras y arrugas de cansancio en las comisuras de la boca. Pero conservaba todo su fuego y estalló en toda suerte de invectivas cuando Fathalla terminó de contarle la historia del vigilante.

—¡Otra vez volvemos al salvajismo! ¡Nosotros, que enseñamos matemáticas y filosofía y el arte de curar enfermedades! ¡Esto no es el Islam! ¿Dónde queda la misericordia de Alá y la dignidad de los hijos del Profeta? ¡Esto es la tiranía más brutal y sangrienta! ¡Debe terminar ahora mismo!

—No va a terminar hoy ni mañana —le dijo Fathalla, cansado—. Y lo sabemos. ¿Escuchaste el discurso de Safreddin?

—No, tuve que tratar dos casos de tifus. He pasado corriendo de un lado para otro en busca de suero para inyectar y luchando con el servicio de salud pública para que se decida a controlar el agua potable de manera más eficaz. Si esto se extiende, tendremos dificultades muy serias… ¿Qué dijo Safreddin?

—No importa lo que dijo. Lo importante es cómo lo dijo. Podría reunir un ejército mañana mismo en las calles.

—La guerra santa… ¡un sueño de locos! Estamos desperdiciando la riqueza nacional en aviones y armas y no puedo hallar suero para veinte

personas. ¿A dónde vamos a parar? ¿Cuánto va a terminar esto?

—No lo sé. Pero hay ciertas cosas que tengo que averiguar enseguida. ¿Por qué se ocupa tanto de mis asuntos este Safreddin? Si supiera quien soy en realidad, ya me habría matado.

—Te diré por qué. Se trata de la misma locura del viejo Moloch, que se alimentaba de niños asados en su vientre. La tiranía necesita víctimas y más víctimas. Quizá no sea ahora. Ni la próxima semana ni dentro de un mes. Pero tarde o temprano, sí. Estás en lista. Y yo también. Porque nosotros dos, por razones distintas, somos traidores en potencia, traidores cuya traición, además, sería fácilmente creída por el pueblo. El hecho de que efectivamente seamos traidores no tiene nada que ver con el asunto. Eres un iraquí que han aceptado en Damasco por pura cortesía. Estás en directa relación con el incidente de Rumtha. Safreddin puede echarte al circo cuando necesite un espectáculo. ¿Y yo? Todo el mundo sabe que soy un descontento. Me quejo en público porque se mueren demasiados niños y hay demasiada miseria en el país que más quiero.

—Pero Safreddin quiere darte un puesto en el ministerio de Salud.

—Una medida muy prudente. Trabajaría mucho mejor que todos los funcionarios de que dispone actualmente. ¿Pero qué significaría? Mientras más alto me sitúe, mejor víctima seré en caso de necesidad.

Fathalla meditó el punto un instante. Dibujaba con el dedo sobre la polvorienta cubierta de la mesa. Levantó la vista al fin. Sonreía cansado, resignado.

—Creo que tienes razón. Estamos en peligro. Siempre lo hemos estado. Por lo menos ahora estamos advertidos y alertas. No podemos hacernos ilusiones. Hablemos de negocios.

Bitar se incorporó en el diván. Los ojos le brillaban de interés profesional.

—Comunica esto a todos los contactos —continuó Fathalla—. Necesitamos informes completos sobre la disposición de batalla del ejército sirio en la región de Galilea y más al norte. Necesitamos informes constantes sobre movimientos de tropas y nuevas instalaciones, especialmente sobre cuanto se refiera a proyectiles tierra-aire. Necesitamos el número y situación de los aviones de combate rusos. A nivel político, necesitamos copias de cuanto documento se refiera al pacto de defensa sirio-egipcio y a la posible participación de Irak en el mismo. Todos los agentes deben ser advertidos para que extremen las medidas de seguridad. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Hay otra cosa que quería decirte…

Vaciló unos instantes antes de hacer la revelación final.

—Tienes que saber esto. Tienes que poder trabajar con conocimiento de causa en caso de emergencia. Me voy a casar con Emilie Ayub. Sabe quién soy y lo que hago. Sabe que estás en relación conmigo. Posee las longitudes de onda y el código para el trasmisor de emergencia. Lo utilizará solamente en el caso de que me cojan y quede inmovilizado.

En la habitación se produjo un silencio sombrío del cual eran testigos las viejas cortinas, los muebles arruinados y la triste Virgen que ya había contemplado la repetida tragedia de los siglos.

Bitar se quedó inmóvil. Miraba los dibujos que Fathalla había hecho en el polvo de la mesa. Cuando habló, lo hizo con voz distante y suave, como el ruido que produce la seda al rasgarse.

—Me parece que has cometido un grave error. No sé que otra cosa podías haber hecho. Por eso lo acepto. Pero el riesgo es enorme para nosotros dos.

—Lo sé.

—Me pregunto si en realidad te das cuenta. ¿Has pensado en lo que un hombre como Safreddin puede hacerle a una mujer como Emilie?

—Ya lo he pensado.

Bitar se encogió de hombros amargamente.

—Entonces no hay más que decir. Tú pagas; tú diriges la orquesta. ¡Vamos a trabajar!

Si Omar Safreddin hubiera podido escuchar los juicios que sobre él habían hecho en casa del sacerdote enfermo, se habría divertido sobremanera y despreciado profundamente a los dos hombres que los hicieron: un médico quejumbroso, torturado por las enfermedades que no podía curar, y un traficante sin raíces, de Bagdad, que dormía todas las noches con una prostituta de sangre híbrida. ¿Qué podían comprender esos dos de su grande y visionaria empresa consistente en levantar un estado del siglo veinte sobre las ruinas de una colonia francesa y de una provincia del imperio otomano? ¿Qué podían saber aquellos dos de su visión —aún mayor— de un Islam restaurado y purificado, de una hegemonía árabe desde el Éufrates hasta las Columnas de Hércules?

Era orgulloso, pero se juzgaba a sí mismo con más severidad que la de la mayoría de sus críticos.

No se consideraba un hombre cruel. Pero conocía los placeres de la crueldad, como los encantos de una mujer y las sutilezas de la amistad entre los hombres. Conocer era una cosa y complacerse como un libertino era otra.

La crueldad es un arma natural del gobernante. Las mujeres, herramientas del conspirador. Y los hombres, piedras en manos del constructor fuerte.

No se consideraba un tirano. No ejercía el poder personal para conseguir satisfacciones miserables. Pero había que ejercer el poder; en caso contrario su vida y energía se disiparían como el agua que se vierte en el desierto para que las sedientas arenas se la beban. El Profeta había perdonado a sus enemigos y pactado con ellos una tregua de diez años después de sentarse bajo un árbol en Al-Hudebiyal. Pero cuando se quebró la tregua, el Profeta tomó el poder en sus manos y montó la campaña de Jeibar y sometió a los judíos y estos permanecieron así hasta el califato de Omar. El juego del poder siempre conllevaba un alto precio de sangre, incluso en un feudo desierto.

Podía exigir a otros el precio de su sangre, porque estaba preparado para entregar la suya propia.

Estaba en lo alto, porque no vacilaba en arriesgar la cabeza. La muerte misma es siempre gloriosa para el creyente que comprende el verdadero significado de la Surah que se titula «Victoria»: «Di a esos árabes vagabundos que se dejaron atrás: se os llamará contra un pueblo, poderoso en la batalla, para que lo combatáis hasta que se rinda. Si obedecéis, Alá os dará la recompensa; pero si escapáis, como lo hicisteis antes, os dará un castigo doloroso».

Esa era su misión. Combatir a los judíos, a un pueblo ya bien probado en la batalla; reunir a los árabes vagabundos —que se habían quedado atrás en la marcha de la historia— y convertirles en horda poderosa que buscara la recompensa prometida por el Misericordioso. Tenía que llevarles de nuevo a la tremenda sencillez del Corán. Debía enseñarles que el riesgo bien valía la pena de correrse, pues la ganancia era abundante y que siempre era preferible que murieran los menos siendo para la grandeza de los más. Así pues, sentado junto a la ventana abierta de su despacho, contemplaba decaer el día por el cielo color albaricoque y se concentraba en la resolución de un problema urgente e inmediato.

En el escritorio tenía un memorándum del ministro de Relaciones Exteriores. Contenía todas las acusaciones de Jordania sobre el incidente de Rumtha. No hacía falta contestar a ellas. Nadie las creería, por otra parte. En el juego de la propaganda, el que grita primero y más alto tiene siempre una ventaja definitiva. No obstante, hacía falta precisar algunos hechos y tomar ciertas decisiones inmediatas.

Estaba muy claro que los judíos conocían también la conspiración contra el rey de Jordania y la función que en ella desempeñaría Jalil. ¿Quién les

había informado? Ni Jarrah ni Chakry. Los judíos eran demasiado hábiles para negociar con esa clase de gente. Por lo tanto, la información tenía que provenir de algún agente que estaba oculto en la O. L. P. o en medio de sus propios servidores. Había sospechado un momento de Fathalla, porque el hombre sabía del despacho de armas y tenía contactos con el banco Fenicio. Pero Fathalla era demasiado vulnerable para ser un espía. Era demasiado buen comerciante como para vender su vida por unos cuantos dólares que nunca podría gastar. ¿Por tanto…?

La mera suposición de que hubiera traidores trabajando de nuevo en su ciudad, quizás en su propia oficina, le hacía hervir la sangre y le ponía furioso. Estaba haciendo un trabajo sucio e ingrato. Toda su carrera dependía de su éxito. Si fallaba, algún político venal o algún rebelde del ejército podría derribarle de la noche a la mañana; y le colgarían también dentro de un saco en la plaza pública. Una idea empezó a formarse vagamente en su cerebro. Trató de dominarse, de tranquilizarse y de rumiarla un poco. Encendió un cigarrillo y después otro, sentado junto a la ventana y mirando cómo desaparecía el sol tras de los techos y minaretes de la ciudad. Llamó por teléfono a la embajada rusa y habló largo rato con el embajador. Llamó después al director del banco Sirio y le dijo que le reservara asiento en el primer avión que saliera para Beirut.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Tel Aviv Jerusalén

Jacob Baratz estaba cansado de discutir con el jefe del estado mayor del ejército. Se le estaba acabando la paciencia. Tenía que hacer un esfuerzo digno de un gran actor para mantener la acostumbraba expresión de distanciamiento.

El jefe del estado mayor no se dominaba tanto. Era hombre más sencillo y, por tanto, más irritable.

—¡Por Dios, hombre! Me has preparado todo el plan de operaciones en Hebrón. Y ahora quieres complicar todo el asunto otra vez.

—No pretendo confundirlo, Chaim. Quiero dejar muy en claro lo que significa esta operación.

»Hoy han sucedido cosas importantes. Hemos combatido por tierra y aire con los sirios. Esto significa titulares en la prensa de todo el mundo y un lío de los grandes en las Naciones Unidas. Los sirios han intentado culparnos de la masacre de Rumtha. Menos mal que los jordanos han acusado públicamente a los sirios… Y ahora estamos planeando la destrucción de una aldea jordana… La operación me parece casi una locura en estos momentos.

—Pero el primer ministro y el gabinete piensan de otro modo.

—Entonces me parece que debemos demostrarles que se equivocan.

—Somos militares. Ellos son el poder ejecutivo. Debemos hacer lo que nos ordenen.

—¡No!

Baratz dejó de contenerse.

—Nunca he aceptado eso. Y tampoco lo acepto ahora. Todos formamos parte de un mismo cuerpo gobernante. Tomamos parte en la misma batalla y perseguimos los mismos objetivos.

»Tenemos —al menos por ahora— lo que no posee ningún otro país: fraternidad, entrega mutua a Israel. Cuanto más viejos, cuanto mayores seamos, menos podremos contar con ello. Pero quiero que lo conservemos cuanto sea posible. Y el mejor modo de conservarlo es mantener la vieja tradición del Mapai: la libre discusión y comunicación sobre cualquier asunto político, religioso, económico o militar. No quiero que el ejército gobierne el país. Pero tampoco quiero que el ejército sea un instrumento pasivo del poder. Y tú tampoco. Si no podemos hacer preguntas legítimas, los dos juntos, en el consejo, entonces más vale que aceptes mi renuncia.

Era la afirmación más brutal que había hecho. Se sorprendió de su propia vehemencia.

El jefe del estado mayor también estaba sorprendido. Le dijo:

—No sabía que te lo tomabas tan a pecho, Jacob.

—¿No piensas igual?

—Hasta cierto punto, Jacob, solo hasta cierto punto.

El jefe del estado mayor se pasó la mano por la cabeza.

—Pero ocupo una posición distinta a la tuya. En cierto sentido soy también un político. Todos los días me encuentro y discuto con los ministros. Es posible que haya adoptado alguna de sus actitudes sin darme cuenta de ello.

—Pero no todas —le dijo Baratz y le sonrió amistosamente, aún nervioso—. La última vez que nos reunimos en Jerusalén hablaste bastante fuerte… «¿El ejército como arma de propaganda y los muertos para mantener contentos y satisfechos a los vivos?».

Se tranquilizó entonces y extendió las manos en ademán de disculpa y solicitud.

—¡Mira! No soy un rebelde. No tengo en juego ambiciones privadas en este asunto. Pero los dos queremos lo mismo… lo mejor para el país. Todo lo que pido es que podamos hablar otra vez con Yuval y, también si es posible, con el primer ministro. Después aceptaremos lo que nos ordenen.

—Todo depende de cómo solicitemos esos cambios —le dijo el jefe del estado mayor, que seguía dudando—. Me gustaría que estuviera también Natán. Me gustaría presentarles el plan de Hebrón, y así demostrarles que somos buenos servidores. Después podríamos plantearles los nuevos argumentos de orden político. ¿Estás preparado para eso? ¿Y cuándo lo hacemos?

—Yo ya estoy a punto. Ojalá pudiéramos hacerlo mañana mismo… Así nadie se habrá olvidado de los últimos incidentes. ¿Lo podrías arreglar?

—Creo que sí. Me marcho a Jerusalén dentro de media hora.

—Yo iré más tarde. Todo será menos formal y más fácil si nos encontramos allí los dos. Si sirve para acelerar la fecha de la reunión, diles que estoy esperando un informe de Damasco sobre el incidente de Rumtha. Si mi agente me informa a la hora habitual, podré comunicar las últimas noticias en la reunión.

—¡Perfecto!

El jefe del estado mayor se puso en pie y se alisó la túnica.

—Otra cosa, Jacob…

Se interrumpió, como si dudara de la oportunidad de sus palabras.

—¿Qué quieres decirme, Chaim?

—Sé que tienes problemas personales en este momento. Afortunadamente no influyen en tu trabajo. Pero se manifiestan en tu comportamiento. Eres uno de los hombres más controlados que conozco; pero de todos modos se te nota. No sé qué haría yo si me encontrara en tu situación familiar. No sé si la podrás soportar solo… siempre. Si decides hacer cualquier clase… de ajuste, cuenta con mi simpatía.

—Aún no he llegado a ese extremo. Ojalá pueda evitarlo. Gracias de todos modos. Te veré en Jerusalén.

Se estrecharon la mano y Baratz volvió a su propio despacho con una absolución social en el bolsillo y clara conciencia de que deseaba desesperadamente utilizarla. Miró la hora. Las siete menos diez. El chófer podría dejarle en Jerusalén a las ocho y media. Telefoneó a Judith y la invitó a cenar a las nueve. Estaba tan ansiosa, que Baratz se sintió culpable y agregó otro invitado.

—Tengo que llamar al hospital para ver a Hannah y a Franz Lieberman. ¿Te importaría si invito también a Franz?

—Por qué no… Es un viejo encantador.

—¿Dónde te gustaría cenar?

—¿Y por qué no aquí mismo? Sería gratis y el servicio es bueno.

—¿Puedo llevar algo?

—Las bebidas.

—De acuerdo. Hasta más tarde. Shalom.

Llamó a Franz Lieberman y completó el trío. La culpa quedó postergada y oculta por un tiempo.

Pero durante el viaje, al atardecer, entre las granjas y bajo las agujas negras de los pinos, le empezó a doler otra vez la conciencia. ¿Conciencia…? Palabra cristiana que no cabía en la tradición mosaica. Solo valía la ley de

Yaveh, clarísima hasta en los menores detalles de ritual y moralidad. Había una parte y la otra y el sabio rabino que enseñaría el modo de avanzar justamente por el medio. Pero si en el momento que más se necesita, cuando los hornos empiezan a humear, Yaveh no se muestra por parte alguna, ¿qué queda entonces de la Ley y los Profetas con su vacía promesa?, ¿qué queda de la Torah y sus sanciones, esas sanciones tan triviales comparadas con las que se imponen por el crimen de ser hombre?

Las sanciones parecían tan horrendas que resultaba una locura relacionarlas con cualquier plan divino. Somos concebidos sin consentimiento, se nos lanza temblorosos a un universo ajeno y ya tenemos la sentencia de muerte escrita en la palma de la mano indefensa: un cáncer corroerá nuestras entrañas; un fanático nos cortará la cabeza con un hacha; un tigre, escapado de su jaula del circo, nos devorará; un borracho nos atropellará con su automóvil; viviremos locuaces y sonrientes hasta que un idiota obedeciendo órdenes deje caer una bomba de hidrógeno en el jardín de nuestra casa.

Y ni la sentencia tenía atenuantes, ni se la podía conmutar ni era susceptible de amnistía. Solo se la podía postergar. Solo se contaba con el tiempo… «¡un tiempo para sembrar y otro para cosechar, un tiempo para llorar y otro para reír…!». Y había muy poco tiempo para olvidar y demasiado para recordar… Y a pesar de todo, el milagro humano se repetía cada hora del día. El predestinado ser humano se las arreglaba aún para conservar la sagrada ilusión de la inmortalidad y la cuidaba con el mismo cariño con que Israel cuidó un tiempo el Arca de la Alianza. El hombre, rebajado por la pobreza más abyecta, deformado por monstruosos sufrimientos, aún se las arreglaba para conservar su dignidad como templo violado en medio de vasto desierto estéril. El hombre, envilecido por la tiranía, seguía soñando con la justicia; hacía justicia también, aunque de modo vacilante e inseguro.

El hombre, condenado a morir, seguía plantando manzanos cuyos frutos no comería jamás, construía ciudades gigantescas para que las habitaran otros hombres, luchaba por llegar a una luna fría y a planetas secretos en un espacio hostil.

Hasta los hedonistas desafiaban a su modo el triste negocio de la vida: bebían vino dulce en honor de dioses ausentes, besaban suavemente a las muchachas, doradas antes de convertirse en blancas calaveras sin dientes. Y el mismo estoicismo de Baratz era otro modo de desafío; pero tenía la incómoda sensación de que era el gesto más hueco de todos. Los creyentes eran los más

afortunados. Se burlaban de la sentencia de muerte, y tal como los saltadores de toros de la antigua Creta, estaban convencidos de que, un día, un salto mortal definitivo los proyectaría fuera del débil envoltorio de carne y los dejaría en pacífica eternidad de unión con la Unidad que se ocultaba bajo la Pluralidad.

Pero la fe era un don, como la poesía o la adivinación o la maravillosa fantasía de un niño feliz.

Si no se posee el don —o si se pierde— quedamos exclusivamente a merced de la razón. La más noble de las facultades, según los antiguos griegos; pero que no da ninguna clave del misterio, de la paradoja ni de la tragedia humana. Por el contrario: la razón puede convertirse en hacha del verdugo; la razón puede ser el gatillo que dispare la hecatombe atómica… a menos que se dijeran a tiempo las razones del corazón para protestar contra el trágico sin sentido de los silogismos humanos.

Y Jacob Baratz continuó solo y turbado por la cuesta que conduce al corredor de Jerusalén; siguió subiendo como amante hambriento que pesa los riesgos y las trampas del amor… a Judith, a sí mismo, a Selim Fathalla —que ya estaba en peligro— y a Hannah, que podría —solo podría-despertar alguna vez de su triste encantamiento y descubrir que nadie la esperaba para recibirla.

Llegó al hospital y Franz Lieberman le dijo que estaba durmiendo, aunque drogada, pues había tomado la costumbre de vagar de noche por los pasillos en inexpresivo e inútil paseo. Las señas del dolor eran perfectamente visibles, incluso durante el reposo. Tenía la piel opaca. Los rasgos faciales mostraban una tensión extraña y también las manos. Envejecía rápidamente, como envejece un animal. Y sobre su rostro, antaño tan hermoso, se estaba imponiendo lentamente una máscara animal.

La besó y experimentó súbita repugnancia que le avergonzó y humilló.

—¿Cuánto tiempo puede durar esto? —preguntó a Franz Lieberman.

Lieberman extendió los brazos, impotente.

—Quizá muchos años.

—¿Hay alguna esperanza?

—Mi oficio me obliga a conservar siempre la esperanza. Quiero saber cómo va a reaccionar a los ácidos lisérgicos.

—¿Sufre mucho?

—No mucho. El hundimiento total implica el rechazo total de la realidad y esto incluye el de la salvadora realidad del dolor. Es una especie de entrega a la muerte, sin la piedad final de la muerte.

Aún no he podido encontrar nada que la haga reaccionar siquiera unos segundos.

—Vámonos a cenar, Franz.

—Espero que tu amiga sea buena cocinera. Esta dieta me tiene enfermo.

—Te lo garantizo.

—Eso es ya bastante —dijo Franz Lieberman—. Debiéramos estar agradecidos.

Mientras se dirigían hacia la casa de Judit Ronen, Baratz experimentó viva necesidad de abrirse por entero a ese viejo sabio de modos tan bruscos y siempre cuidadoso y amable con las almas enfermas que se le confiaban. Pero no pudo encontrar las palabras adecuadas para empezar la revelación. Y no se creía con derecho a depositar otra carga en hombros de quien ya sostenía tantas.

Franz Lieberman era un médico del espíritu; convertirle en árbitro de moral sexual sería arriesgarse a conocer su desprecio. Franz Lieberman tenía un código propio que se resumía en el viejo proverbio: «Toma lo que quieras, dice Dios. ¡Tómalo y págalo!». Y siempre le agregaba un breve y ácido comentario: «Pero tienes que pagar con tu propio dinero. Así que examina tu crédito antes de coger el plátano». Toleraba de modo asombroso a los débiles y a los necios. Y se burlaba brutalmente de los egoístas: ¡Llora en tu propia almohada, amigo! ¡Cúrate tú mismo el dolor de estómago! ¡Y la próxima vez no seas tan glotón…! Así pues no había medios fáciles de curar la culpa de Jacob Baratz ni alivio preciso para las heridas que él mismo se había ocasionado. A pesar de lo cual —y quizá por lo mismo— demostró durante la cena una jovialidad que Judit no le conocía.

Contó chistes, hizo mímicas y tonterías dignas de un payaso, cantó las viejas canciones sabras y flirteó abiertamente con Judit mientras Franz Lieberman los observaba, con prudencia y sonriente, deseando que se aliviara en algo sin producirse ninguna herida en aquel juego de niños.

El juego terminó como todos los juegos de los niños: con la agridulce melancolía del cansancio.

Y como los niños, no querían separarse. Se resistían a dejar el tranquilizador círculo de luz y entrar en la oscura soledad del sueño. Por eso empezaron a jugar a otra cosa: «Es temprano; no te vayas todavía; aguanta el sueño; lucha contra la soledad; no te entregues al incierto mañana». La conversación cobró distinto colorido. Se convirtió en un descubrir a tientas e interrogativamente la propia intimidad en busca de otras intimidades que siempre parecían mucho más valiosas. Baratz les contó la discusión que

debería afrontar al llegar la mañana y se refirió a las dudas que le embargaban precisamente cuando debía recurrir a toda su autoridad frente a personas con más autoridad que él. Y lo resumió todo en una pregunta que hizo a Franz Lieberman:

—¿Qué es, Franz… qué es lo que nos empuja siempre hasta un punto en que nuestra vida parece depender de la muerte de otro hombre, en que nuestros propios árboles no van a florecer a menos que destrocemos el jardín del vecino?

El viejo pareció absorber la pregunta como esponja que absorbe agua. Y se hinchó con ella dolorosamente, como si estuviera lleno de pensamientos que no conseguía expresar. La luz formaba como una aureola en su cabello cano produciendo sombras oscuras y zonas brillantes en su rostro enjuto y turbado. Tardó mucho tiempo en hablar. Parecía obsesionado por visiones, lleno de profecías que no se atrevía a lanzar. Por fin le contestó lento y trabajoso:

—Me hago esa misma pregunta todos los días. Me quedo despierto en cama pensando en ella.

»Muchos de mis pacientes están enfermos a causa del miedo que les produce esa pregunta. Y tiene que haber una respuesta. Si no, todo el esfuerzo humano y toda la vida del hombre serían una insensatez.

—Eso es lo más terrible —dijo Judith—. Lo absurdo de todo esto. Crees que te has construido un mundo cuerdo y de súbito resulta que es un lío repulsivo.

Franz Lieberman la miró aguda y brevemente.

—¿Por qué lo llama repulsivo?

—Porque es así. En un momento ves la imagen humana limpia y fuerte como estatua griega y un instante después se te deshace y se te tuerce y se te hace irreconocible. Basta que camines doscientos metros más allá de mi jardín y tropezarás con una mina que te hará trizas. Pero hubo unas personas que pusieron allí esa mina. Gente como nosotros. Decimos que somos constructores, amantes, creadores; pero también somos destructores. Mi nombre procede de una mujer que emborrachó a un soldado y le cortó la cabeza.

Hablaba en tono tan destructivo y amargado, que Baratz quedó sorprendido. Pero el viejo la escuchaba, y pesaba tranquilamente sus palabras. Le contestó lentamente, con suavidad:

—Comprendo lo que me quiere decir… Nadie ha conseguido explicar satisfactoriamente el mal que existe en el mundo. Tengo pacientes que están

literalmente locos de maldad. Me he convertido en el centro de sus vidas y no les queda sitio para el más elemental decoro respecto a otras personas.

»Me hacen creer las viejas historias bíblicas de endemoniados —Saúl que loco de envidia y odio golpea con su espada a David—. Pero también hay un bien, querida joven. Tengo una enfermera argelina que pasea a esa misma gente por el jardín y la tranquiliza con su palabra y sus caricias; tal como David, con la música tranquilizaba a Saúl. Más de una vez he debido intervenir para que no le hicieran daño, pero ella vuelve siempre a cuidar de ellos.

—Me está avergonzando.

—No… no hay de qué avergonzarse. Cada uno de nosotros es un campo de batalla donde luchan el bien y el mal.

—No sabía que los psiquiatras creyeran en el mal. Baratz había intervenido un poco en broma, pero Franz Lieberman le respondió muy en serio.

—Solo los necios pueden negar el mal. Los antiguos tenían razón cuando relacionaban la religión con las artes curativas. Uno de los más tristes defectos de la medicina moderna es que se ha convertido en una especie de mecánica. Algunos de nosotros estamos tan especializados que llegamos a olvidar que el impacto de la enfermedad en la psique del enfermo suele tener efectos más letales que la misma enfermedad física… La enfermedad, como la pobreza, puede ennoblecer a algunos. Y en otros engendra temores destructivos y resentimiento…

—¿Se refiere a esa clase de mal? —le preguntó Judit Ronen.

—Esa es una parte del mal. No puedo definir el conjunto. Pero creo que el mal verdadero consiste en valorarse uno mismo de modo tan exagerado que se esté dispuesto a destruirlo todo con tal de satisfacerse.

—¿Así que usted equipara el mal con la necesidad de sobrevivir? —le preguntó Baratz enfáticamente—. ¿Acaso no nos importa a todos sobrevivir a cualquier precio?

—¡No! —le contestó Lieberman con fuerza—. Esa es la diferencia entre el bien y el mal: el precio que se esté dispuesto a pagar para sobrevivir. ¿El deshonor? ¿La traición? ¿La muerte de un niño? ¿Una blasfemia contra la dignidad del hombre? ¿El rechazo del Dios al que se adora… si es que se tiene?

—¿Pero quién establece el precio, Franz? ¿Quién fija los límites? ¿Y por qué va a tener razón un hombre y otro estar equivocado? Esa es la verdadera tragedia de la condición humana. Nunca estamos seguros. Cumple todas las

reglas, acepta todos los mandamientos y todos los consejos de las Escrituras y de todas maneras puede llegarse —y se llega— a un punto en que no sabemos qué hacer ni qué nos sucede.

—Y tenemos que decidir —agregó Judit en voz baja—. De otro modo dejamos de vivir. Apenas decidimos ya estamos entrando en conflicto y creando disensiones, porque es muy posible que otro —alguien a quien quizás amamos— ha decidido lo contrario. ¿Qué sucede entonces?

—Se llega a un compromiso, si se puede.

—¿Y cómo se puede establecer un compromiso —le preguntó Baratz violentamente—, cuando nos están apuntando con un cañón?

—Desgraciadamente —le dijo Franz Lieberman sin perder la serenidad—, nunca llegamos a un compromiso hasta que no comprendemos que quien aprieta el gatillo y el que va a morir son la misma persona.

—No lo comprendo.

—Trataré de explicarlo. Me parece —y toda mi experiencia me confirma esta creencia— que la raíz de las disensiones está en la lucha del individuo por descubrir, afirmar y conservar su identidad personal contra todas las amenazas o apariencias de amenazas con que tropieza… La lucha empieza en el instante de nacer. El pequeño animal humano se ve arrojado, repentinamente, en un mundo extraño y hostil. Ya no se encuentra en el cómodo y cálido fluido del útero. Su alimentación ha dejado de ser automática. Está sometido al calor y al frío, al hambre y al dolor, a las excéntricas atenciones de otros seres humanos a quienes conoce solamente por el tacto y el olor y porque le satisfacen o rechazan. En ese trágico instante, descubre que sus deseos y necesidades se complican, que está forzado por un lado a adaptarse y, por otro, a afirmarse con sus débiles recursos entre otros seres que son más fuertes. Aún antes de saber, antes de saber que sabe, está en conflicto. Y ha empezado su lucha dialéctica con la vida, lucha que durará hasta el último de sus días.

—¿Está diciendo —le preguntó suavemente Judit Ronen—, que está condenado a equivocarse siempre, aunque no lo sepa?

—No he utilizado la palabra equivocarse.

Franz Lieberman cobraba confianza y hablaba con mayor soltura y libertad a medida que entraba en materia.

—Digo que está condenado a vivir en conflicto y que en todo conflicto hay buen número de bajas. Unos pocos terminan en hospitales psiquiátricos. Muchos, si bien no todos, terminan con cierta desventaja; pero, a pesar de esa desventaja consiguen un equilibrio personal razonable. El problema consiste

en que la primera lucha por la identidad incide en una personalidad temprana, débil, ignorante y vulnerable. Y pasa mucho tiempo y requiere larga y dolorosa educación el que se llegue a comprender que el Yo no puede sobrevivir sin el Tú. Y se necesita mucho más tiempo para que el Yo colectivo —la tribu, la nación, el estado— reconozca que el Tú colectivo le es indispensable. Incluso en esta época, cuando estamos enviando cohetes a la luna, seguimos sin reconocer que cuando quebramos el orden natural, cuando rociamos el campo de insecticidas, contaminamos el aire con gases nocivos y con radiaciones, nos estamos condenando a una calamidad ulterior… Mirad esta ciudad, Jerusalén. Está dividida por una muralla y sobre la muralla hay cañones. No podemos pasar libremente de un lado al otro. Pero pueden pasar los microbios y los virus, los gérmenes del tifus y del cólera. Y por eso nos vemos forzados, a regañadientes, a colaborar en un programa de sanidad. ¿Por qué no podemos extender esta cooperación a todos los campos? Porque el nosotros y el ellos aún creen que hacen falta otras cosas intangibles para conservar la identidad propia: la soberanía, la posesión de este o aquel sepulcro, la ocupación de un metro cuadrado de tierra yerma, la conservación de esta o aquella tradición religiosa… Seguimos siendo niños que luchamos por una manzana, que nos rompemos la cara el uno al otro cuando la manzana ya está podrida en el suelo.

Se interrumpió y les miró sonriendo tristemente.

—Ya es muy tarde y no vamos a cambiar el mundo en esta noche. Por otra parte, no veo razón alguna para echar a perder una cena tan agradable. Me marcho a casa.

—Te llevaré en coche —le dijo Jacob Baratz.

—No.

Le interrumpió con firmeza.

—Me gusta caminar. Me gusta esta hora en que han salido las estrellas, los niños duermen y los centinelas están demasiado cansados para vigilar atentamente. Es una hora de esperanzas. Todos necesitamos esperanzas. Acompáñame a la puerta y seguiré solo.

Se quedaron junto a la puerta y le observaron bajar por la calle, pasar junto al puesto de control, atravesar la espinosa alambrada y continuar hacia la montaña sagrada. Volvieron al jardín, cogidos de la mano, y se besaron a la sombra de los árboles seculares.

—Te quiero, muchacha —dijo Jacob Baratz.

—Y yo también, Jacob. Quédate conmigo.

—Quiero quedarme… Dios es testigo. Pero Golda está en casa. Y también la sombra de Adom. Esperemos.

—¿Tienes miedo, Jacob?

—Sí.

—¿De qué?

—Sobre todo de mí mismo. Quiero venir a verte entero y no partido en pedazos como ahora.

—No me importa cómo vengas.

—Te importará más adelante. Y me odiarás. Y me odiaré.

—¿Por Hannah?

—Y por otras cosas.

—Quieres amor… y también la absolución.

—Si lo puedo conseguir, sí.

—Quieres demasiado, Jacob. ¿Y qué pasaría si no hubiera absolución?

—Entonces necesito tiempo.

Le apartó, furiosa, y se le rio en la cara.

—¡Dios mío! ¡El amante malgré lui!

Se le acercó, furibundo y amargo.

—¡No hagas eso, muchacha! No lo vuelvas a hacer nunca conmigo. Puedo comprar prostitutas rumanas en Tel Aviv con una cena mediocre y una botella de champaña. Hace un par de días llorabas porque te habías casado con un gato triste. Muy pronto te vas a librar de él. Quiero casarme contigo. Y hagamos un matrimonio que nos mejore a los dos.

—¡Matrimonio o no matrimonio, ámame de una vez! Lo demás no me importa.

—¡Pero a mí sí! Mañana y todos los días habrá hombres que vivan o que mueran a causa de lo que soy y de lo que hago. Cometí un error. ¡Está en el hospital Hadassah, sorda, muda, ciega y convirtiéndose en una col! No me atrevo a equivocarme de nuevo.

—¡No te marches así, Jacob… por favor!

—¡Entonces, por lo que más quieras, no discutamos nunca más!

Damasco Cuando los servidores se marcharon a dormir, Selim Fathalla y Emilie registraron todas las habitaciones de la casa. Les costó cerca de dos horas encontrar el aparato: un pequeño trasmisor, del tamaño de una oliva, situado en la pantalla de seda de la lámpara de cobre que colgaba sobre la cama. Era un ejemplar magnífico de la técnica rusa, un aparato que podía recoger cada palabra que se hablara en el departamento. Lo sostuvo en la

mano mientras pensaba qué hacer con él. Estuvo tentado de enviárselo a Safreddin, con una nota humorística al respecto. Pero resistió la tentación.

Safreddin tenía sentido del humor; pero no gozaba en absoluto con las bromas a su costa.

Demostrarle que había mentido le parecería una indignidad intolerable. Envolvió el aparato en una camisa vieja y lo guardó entre sus ropas en el cajón más bajo del armario. Más tarde se lo enviaría a Baratz, que se interesaba profesionalmente en esas curiosidades.

Y ya tenía tiempo para concentrar sus atenciones en Emilie, a quien los acontecimientos del día habían producido un efecto extraño. Ya no era la joven alegre de antes. Una noche y un día habían bastado para convertirla en mujer madura, tan confiada y calculadora que Fathalla se estaba sintiendo un poco dominado. Seguía siendo cariñosa; pero había que pedirle una ternura que parecía, ahora, no brotar espontáneamente. Emilie se sentó al borde de la cama y se empezó a desvestir. Le miraba interrogativamente, como un abogado cuyos derechos en el tribunal son iguales, a los de su cliente.

—¿Por qué me has incorporado a esto, Selim?

—Me parece más seguro.

—¿Para ti o para mí?

—Para los dos.

—¿Por qué aceptaste este trabajo?

—Me gustaba. Tiene bastante de servicio y conservo así el respeto de mí mismo. Y contiene suficientes elementos excitantes y así no tengo que pensar demasiado…

—¿En tu esposa?

—Y en mí mismo.

—¿Qué sucedió entre vosotros?

—Nada. Ese era el problema. No sucedía nada. Debiera haber sucedido. Los dos estábamos enamorados. Pero no sucedió nada.

—¿Sigues enamorado de ella?

—No. Te quiero a ti.

—¿Y por qué a nosotros nos sucede de otro modo?

—No me pidas que te lo explique.

—Quiero saberlo, Selim. Tengo que saberlo.

—¿Por qué?

—Porque era una amante. Y me sentía muy feliz. Y hoy estoy prometida en matrimonio y, de súbito, hay peligro. La casa está llena de oídos. Matan a un viejo en una celda, a un viejo que solía traerme café cuando llegaba a

trabajar. Esta ciudad me gustaba. De la noche a la mañana se me transforma en un sitio enemigo y hostil. Tiene que haber algo que le dé sentido a tanto cambio.

—Por el momento, solo cuentas conmigo.

—Y cuando estamos solos y nos amamos, me basta. Verdad. Pero cuando estás fuera, en… en esos negocios tuyos, me desespero. No me interesan las conspiraciones ni la política. Solo quiero una casa tranquila, un jardín, niños y amigos con quienes conversar en la calle. Quiero estar segura de que el día de mañana será tan tranquilo como el de hoy…

—Te daré todo eso. Te lo prometo. Muy pronto.

—¿Se lo prometiste también a tu esposa?

Fathalla, de súbito, se sintió mortalmente cansado y molesto con tanta pregunta triste. Estuvo a punto de responderle furioso, pero recordó que ya no se podía permitir el lujo de enfadarse en su propia casa. Se volvió, se acercó a la ventana, abrió las persianas para que la luz de la luna entrara a la habitación y el aire frío y seco del desierto le refrescara el rostro. ¡Un mañana tranquilo…! Lo había prometido sin fijarse demasiado en lo que decía, movido solo por el vacío insoportable que experimentaba. Y, no obstante, debía mantener brillante la promesa hasta el día en que la pudiera cumplir. Debía dejar caer una gota diaria de serenidad para que el amor no se secara y la amante no se arrepintiera del negocio que había hecho al entregárselo. Hizo todo lo posible, pero casi no podía encontrar las palabras para contestarle y volvió a acosarle el viejo temor a la impotencia.

Emilie seguía a la espera, triste y resentida.

—¿Por qué no me contestas, Selim?

Y al fin pudo hablarle, cansado y amargo.

—La respuesta es sí. Se lo prometí a mi esposa. Le he fallado. Vino un día en que ni siquiera pude portarme como un hombre con ella. Entonces… no quedaba otra posibilidad que terminarlo todo. Pero aquí, contigo, he vuelto a ser hombre. Y hago un trabajo de hombre con la cabeza expuesta a subir al patíbulo cada día… Y ahora descansemos un poco…

Se le acercó corriendo y le abrazó, tensa y apasionada, bajo un rayo de luna.

—Lo siento, Selim. ¡De verdad lo siento! No quería hacerte sufrir. ¡Pero tengo tanto miedo!

—¿Y por qué no un poco?

La besó en el pelo.

—Es muy prudente tener miedo —continuó—. Pero tienes que dominarlo. Tienes que escupirle a los ojos todos los días. De otro modo puedes terminar oculta en un rincón y gritando ante cualquier sombra.

—Acostémonos.

—Todavía no. Tenemos que comunicarnos con Tel Aviv a las doce menos veinte. Tienen que saber todo lo que ha sucedido hoy. Y quieren además que les informe de ti.

—¿Por qué?

—Te he puesto en la nómina de Israel. Quieren saber quién eres.

—¿Qué les vas a decir?

—La verdad.

—¿Y cuando nos casemos tendré que hacerme judía obligatoriamente?

—Solo si lo quieres así.

—¿Qué quieres tú?

—Solo una esposa feliz… Ponte el camisón y enviemos ese mensaje.

—Haré un poco de café.

—Buena chica.

—Pero, Selim…

—¿Qué?

—Prométeme otra cosa.

—Si puedo…

—No dejes que Safreddin me vaya a coger nunca.

—Eso no sucederá nunca, pequeña. Esa es una de las promesas que te puedo hacer.

Afuera, un pequeño murciélago cruzó volando el jardín silencioso. El agua sonaba musicalmente en la boca húmeda del león y la medialuna del Islam centelleaba plateada sobre el minarete blanco.

Beirut

A las diez y media de la mañana siguiente, el coronel Omar Safreddin llegó a visitar a Nuri Chakry al banco Fenicio. Era un hombre importante, aunque no rico, y Chakry le recibió con más atenciones que las habituales y le invitó a una limonada con hielo en el pabellón moro. Conversaron amistosamente durante veinte minutos, tocaron de pasada una docena de temas sin importancia, tan paciente el uno como el otro en materia de preámbulos

retóricos. Y entonces Safreddin empezó a plantear los términos del negocio que le interesaba.

—Tengo entendido, señor Chakry, que el banco de Siria y el suyo están de acuerdo para efectuar las transacciones entre nuestros dos países.

—Exacto. Hasta el momento ha resultado una asociación valiosa y agradable.

—Para nosotros también. Por esta razón hemos venido a solicitar su ayuda en un asunto de extrema delicadeza.

—¿En qué podemos servirle, coronel?

—Me parece que, según el acuerdo existente, los ciudadanos sirios pueden mantener cuentas en moneda, extranjera solo con el consentimiento del ministerio de Hacienda y sometidos a la vigilancia y control del mismo ministerio.

—Exacto.

—El servicio de seguridad y el ministerio de Hacienda están realizando actualmente una investigación exhaustiva de todos los ciudadanos sirios que tienen cuentas en el extranjero.

—¿Por alguna razón determinada, coronel?

—Por razones de seguridad nacional.

—El Líbano es un mercado libre para las transacciones monetarias, coronel. Este mercado depende de la confianza y del secreto de las gestiones. No nos interesa mezclarnos en cuestiones policiales.

—Este no es un asunto policial, señor Chakry. El Líbano es miembro de la Liga Árabe. Su gobierno se ha comprometido a apoya en cuanto se refiera a cuestiones de seguridad.

—¿Y esta petición se realiza en esos términos?

—Exacto.

—¿No podría ser más explícito, coronel?

—Sospechamos que un grupo de agentes israelíes está trabajando en Siria. Y tenemos varios indicios para suponer que se financian a través de una cuenta en el banco Fenicio o en otro banco del Líbano. Nos gustaría que nos permitiera revisar todas las cuentas sirias en sus libros. Aquí tengo la lista. No es muy larga.

—¿Y quién hará ese examen, coronel?

—Yo mismo, Y hoy, si es posible.

Nuri Chakry pensó la propuesta. Gesticuló teatralmente. Se sirvió una limonada y la bebió con lentitud. Dejó el vaso sobre la mesa y se pasó un pañuelo de seda por la boca. Después agitó una mano, compungido.

—Creo que no puedo hacerlo, coronel. Sería atentar contra las costumbres y los intereses del banco. Nos perjudicaría con clientes mucho mayores y mucho más beneficiosos que el banco de Siria.

—Me parece que difícilmente se le puede hacer más daño al banco Fenicio —le dijo Safreddin en tono muy suave—. Está a punto de perder a sus dos mejores clientes. Le puedo ayudar a conservar un tercero que ya está considerando la posibilidad de retirar sus fondos. Es posible que pueda hacer aún más… Podría convencer a este cliente que le ayudara a solventar sus inminentes dificultades.

—Podría no es una palabra de banquero, coronel.

—La cambio, entonces. Le puedo ayudar a usted. Ayer tarde hablé con el embajador ruso. Se le puede pedir que solicite a Moscú un apoyo sustancial para el banco Fenicio.

—¿Y por qué va a hacer eso?

—Porque los rusos tienen sumo interés en el progreso de Siria.

—Pero esto es el Líbano, coronel.

—Que está comprometido con la Liga Árabe.

—¿Así que se trata de un asunto de alta política?

—Muy alta, señor Chakry.

—Campo muy peligroso para un banquero.

—Pero usted ya ha intervenido en ese campo, señor Chakry. Por intermedio de un hombre llamado Idris Jarrah.

—Pero ya me he retirado. Me pagaron muy bien por hacer un servicio a clientes amigos.

—Ahora puede lograr nuevos amigos… que le pagarían mejor. Llame ahora a Damasco. Hable con el embajador ruso. Le confirmará lo que acabo de decirle.

—Estoy seguro de que lo hará, coronel. Pero seamos precisos. Usted me ofrece solo su buena voluntad…, pero no dinero al contado.

—No es fácil poner precio a la amistad, señor Chakry. Pero un hombre sin amigos es muy pobre.

»Su línea aérea, por ejemplo, vuela a Damasco todos los días. Es un vuelo muy beneficioso. La buena voluntad de las autoridades locales es de suma importancia para usted.

—Buena observación, coronel.

—Y le haré otra. Tarde o temprano —quizá muy pronto— nos veremos obligados a un enfrentamiento decisivo con el estado judío. En tal día todos

los buenos árabes se pondrán de pie. Y si se supiera que un banquero árabe se negó deliberadamente a dar informaciones sobre una red judía de espionaje…

—Los banqueros sobrevivimos siempre, coronel. Y nunca hacemos negocios bajo amenaza.

—Mi experiencia bancaria es muy limitada. Soy un pobre oficial. Perdóneme.

—Sin embargo, sobre la base de la amistad —y de los buenos oficios de que usted me ha hablado— podríamos hacer una excepción en su caso.

—Gracias, señor Chakry.

—Si no le importa, le dejaré en manos de mi asistente personal, el señor Matheson. Le facilitará todos los documentos que le hagan falta y le ayudará a analizarlos. Es norteamericano. Sería prudente, por lo tanto, que le diera otras razones para esa inspección… que la relacionara solamente con el ministerio de Hacienda y no con un asunto de espionaje.

—Buena sugerencia. Gracias.

Cuando solicitaron sus servicios, Mark Matheson se quedó atónito. Estaba acostumbrado a los favores especiales que el banco hacía a clientes importantes, pero quebrar el secreto —en favor de los sirios especialmente— era algo que decididamente chocaba a su confusa conciencia. Se opuso claramente a la gestión.

—No me gusta esto, señor Chakry. Me parece que romperíamos el contrato con nuestros clientes.

Safreddin le contestó, seductor y amable.

—El señor Chakry y yo hemos discutido los pormenores del caso, señor Matheson. Aceptamos que el contrato entre banco y cliente es asunto sagrado. Pero el contrato existente con los ciudadanos de Siria es muy especial. Pueden depositar aquí solo con el consentimiento del gobierno y aceptando su control. Y lo que ahora queremos hacer es solo un ejercicio de nuestro derecho de control.

—Es verdad, Mark —le dijo Chakry en tono indiferente—. No tienes por qué preocuparte.

Y Mark Matheson no quería preocuparse, en realidad. Había hecho la objeción del caso, como perfecto servidor que era. No se le podría achacar ninguna responsabilidad en tal cuestión, a pesar de saber que la respuesta de Safreddin era solo una verdad a medias y a pesar de que Siria no tenía jurisdicción legal en el Líbano y el concedérsela era mucho más que romper un contrato con los clientes. De hecho significaba una abdicación de la soberanía nacional. Todo el asunto le olía a conspiración. ¿Pero qué

significaba una conspiración más en una ciudad llena de traiciones y de hombres dispuestos a venderse? Se encogió de hombros y aceptó el encargo. Llevó a Safreddin a su despacho, dispuesto a mostrarle los libros pertinentes.

Cuando se marcharon, Chakry se quedó sentado en su escritorio, acariciando su talismán y revisando la situación. En los buenos tiempos, antes de que las ratas empezaran a comerse el techo de su casa, habría despachado a Safreddin con un encogimiento de hombros y un velado insulto.

Ahora tenía que ceder ante ese hombre —debido a una promesa falsa y a una abierta amenaza— como tenía que ceder ante Aziz y Taleb y ante todos los demás imbéciles que tanto despreciaba.

Pero Safreddin le había hecho pensar en algo muy interesante. Quizá fuera posible que los rusos le ayudaran a salir del bache: aunque no lo hicieran por amor a Safreddin y a su andrajosa administración.

Un banco que dominaba los negocios de el Líbano, una línea aérea, la mayoría de las acciones en empresas claves… todo esto era una presa interesante para una gran potencia que ya se había comprometido mucho con el bloque socialista árabe. Si Safreddin había dicho la verdad, los rusos ya debían estar oliendo la presa. ¿Pero cómo conseguir que se acercaran antes de que acabara el mes? Bastaría una oferta concreta de intereses norteamericanos. Pero estos jugaban a la espera y siempre es difícil hacer gestiones en un mercado deprimido. ¿Por dónde empezar? Y cómo empezar sin destruir el ambiente de franca confianza del que dependían sus últimas jugadas Matheson podría ser el punto de partida. El viaje a Suiza le había desacreditado algo, pero seguía contando con el respeto de sus colegas. Bastaría insuflarle un poco más de confianza y sería capaz de preparar el terreno para un negocio competitivo. Pero Matheson estaba convencido, o se había convencido de que estaba convencido, de que un conejo blanco estaba a punto de saltar del sombrero del mago. Sería peligroso destruir demasiado pronto tal convicción. Por otra parte…

Sonó el aparato de comunicaciones interiores. Apretó el botón y contestó:

—Chakry. ¿Qué sucede?

—Soy Mark. Nuestro amigo Safreddin solicita fotocopias de esas cuentas sirias. ¿Qué le digo?

—Que se las lleve.

—¿Qué?

Mark Matheson parecía decididamente perplejo.

—Esto es muy sucio. ¿Cómo lo vamos a justificar ante los clientes?

—No justificaremos nada. Son súbditos sirios.

—Esto no me gusta.

—Hazlo, Mark. La decisión es mía. Te lo explicaré más adelante.

—Ojalá me dé una buena explicación.

—Así será.

Volvió a apretar el botón y se apoyó en el respaldo del asiento. Sonreía satisfecho. Matheson estaba furioso. A un hombre débil y enfadado puede manipulársele muy fácilmente. Solo le hacía falta una historia bien urdida. Tomó un lápiz y empezó a esbozar otra conspiración.

Jerusalén Jordania

Aquella misma mañana, en el hotel Intercontinental, en una cómoda habitación que daba al valle de Hebrón y a la confusión de casas y calles de la vieja Jerusalén, Idris Jarrah tomaba calmosamente el desayuno y leía los periódicos de la mañana. No tenía prisa. Todavía no tenía adonde ir. Los periódicos traían el relato completo del sabotaje de Rumtha, acompañado de un grupo, más bien sangriento, de fotografías de las víctimas. Publicaban un reportaje sobre el arresto del comandante Jalil y de algunos miembros de la guardia de palacio, acusados de conspirar contra el trono.

Mencionaban su nombre; y se ofrecía una recompensa, a los ciudadanos leales de Jordania, por cualquier información que condujera al arresto de Idris Jarrah en conexión con el incidente de Rumtha. Afortunadamente, no disponían de fotografías suyas y su descripción era muy vaga.

Mientras no circulara por la ciudad, donde algún policía de buena vista podía reconocerle, no corría peligro. El Intercontinental era un hotel nuevo, construido por una línea aérea norteamericana para alojamiento de hombres de negocios, de peregrinos, de profesores y de grupos de turistas y de viudas itinerantes: nadie pondría interés en un hombrecito de cara de luna con nombre prestado y pasaporte griego. Tenía tiempo para dormir profundamente y comer bien. Y para pensar en el modo de salir de allí.

Esto no era tan fácil, desgraciadamente. No le faltaba dinero. Disponía de diez mil dólares de la O. L. P. que tenía en la maleta. Una vez que saliera del país, podría solicitar la inmediata y secreta transferencia de otros cien mil a un banco del país que escogiera. Había dos modos de salir de Jordania. Uno por aire, desde el aeropuerto de Jerusalén. Parecía el método más sencillo. Solo tendría que comprar el pasaje, presentarse en el aeropuerto, mostrar el pasaporte, dejar que se lo timbraran y salir del país como cualquier turista.

Había un peligro, sin embargo. La policía de seguridad siempre es más activa en los aeropuertos. Tenían su descripción y ya debían haber conseguido una fotografía por intermedio de El Cairo o Damasco.

El método más seguro sería unirse a un grupo de turistas que cruzara la puerta de Mandelbaum camino de Israel. Ni Jordania ni Israel querían molestar a los viajeros que les llevaban buena voluntad y divisas; las formalidades fronterizas eran mínimas una vez que se poseía el permiso de salida. Un molesto jordano dejaba salir y un sonriente israelí permitía entrar. Y no dejaba de ser graciosa la posibilidad de que Idris Jarrah fuera recibido oficialmente, de vuelta en la tierra de sus padres, gracias a un pasaporte griego. Pero aquí también existía un riesgo. Era preciso solicitar autorización de salida a las autoridades jordanas. La solicitud se debía efectuar a través del propio consulado o por intermedio de una agencia turística reconocida. Y era obligado esperar cuarenta y ocho horas antes de pasar al otro lado de la ciudad. Le era imposible recurrir al consulado griego.

Idris Jarrah hablaba árabe, buen inglés y francés mediocre. No sabía absolutamente nada de griego.

Así pues, debería recurrir a una agencia turística y tratar de incluirse en un grupo de turistas que fuera lo más amplio y políglota posible.

Terminó de tomarse el café y dejó a un lado los periódicos. Se levantó, y tras afeitarse y bañarse, se vistió con un traje que le acababan de planchar. Abrió la ventana, respiró profundamente el aire seco y cálido y quedóse mirando el valle y las murallas de la ciudad.

Se le ocurrió otra idea. Un nuevo riesgo, pero también un seguro tranquilizador. Conocía el lugar como la palma de la mano, conocía cada barrio, cada desfiladero en los cerros, cada puesto fronterizo y cada zona de patrulla. Aquel era su territorio de campaña y si todo lo demás le fallaba, lo podía cruzar de noche, a pie, como cualquier contrabandista o saboteador normal. Había planeado decenas de escapadas para los hombres de la O. L. P. Bien podría planear una para su propio uso. Pero solo en último recurso. Le parecía mucho mejor la posibilidad de entrar abiertamente en Israel, tomar un taxi hasta el aeropuerto de Lod y volar inmediatamente a Atenas, Roma o París. Y se divirtió imaginándose rico y seguro, sentado en los Campos Elíseos y contemplando pasar a las jóvenes francesas.

Escuchó un estrépito de automóviles, el rugido de motocicletas a toda velocidad, el zumbido del motor de los *jeeps*, el retumbar de los camiones. No podía ver los vehículos. Venían por detrás del monte de los Olivos. Aumentó el ruido y pocos momentos después en la calle del hotel aparecieron seis

motoristas armados, de la Legión Árabe. Les seguían cuatro *jeeps*, cada uno con una ametralladora y tres soldados. Detrás de los *jeeps* llegaron dos camiones con fuerzas de infantería.

Un minuto más tarde, el jardín y la entrada del hotel estaban llenos de soldados.

El corazón le dio un vuelco a Idris Jarrah. Se puso de pie, hecho un hombre de piedra, y vio dispersarse a los soldados hasta que todo el hotel quedó rodeado de armas.

Jerusalén Israel

—Me gusta, me gusta mucho.

El ministro de defensa sonrió a sus fieles servidores del ejército y de la fuerza aérea.

—Les felicito, caballeros. Es un ejercicio muy bien documentado. ¿No te parece, Aron?

El primer ministro manifestó su aprobación… de un modo gris e indiferente. Y preguntó:

—¿Cuándo pueden poner en marcha la operación?

—En cualquier momento a partir de hoy —dijo el ministro de Defensa, feliz—. En todo caso, a veinticuatro horas plazo.

—El documento habla de doce horas, Yuval —le corrigió amablemente el jefe del estado mayor—. Tenemos que estar preparados para movernos rápidamente, por si las fuerzas jordanas cambian su dispositivo de defensa en la zona de Hebrón.

—Esta mañana —agregó Jacob Baratz—, ya ha cambiado. El rey hace una visita a Jerusalén. Debe llegar esta tarde. La delegación de Pakistán llega mañana por la tarde. Se trata de una maniobra para tranquilizar a los jordanos de la parte occidental después del sabotaje de Rumtha.

Esto ha motivado que la compañía de la Legión Árabe, que normalmente está situada en la zona de Hebrón, se traslade a Jerusalén. Si usted decide atacar, sugiero que la incursión se realice mañana por la mañana o, a más tardar, pasado mañana.

—¿Si lo decidimos…?

El ministro de Defensa exageró su sorpresa.

—Creía que ya estábamos de acuerdo para lanzar esa operación.

—Todavía no.

El primer ministro intervino en la discusión con admirable y gris sigilo.

—Natan, aquí presente, desea, con entera razón, que se revise toda la situación política. Esta se ha complicado con la acción militar de Galilea y con el sabotaje de Rumtha, que los sirios nos han atribuido a nosotros.

—¿No debiéramos discutir eso en una reunión de gabinete? —preguntó intencionadamente el ministro de Defensa—. ¿Por qué no nos centramos en los asuntos que conciernen a los jefes militares?

—¿Y por qué no aprovecharnos de escuchar sus opiniones, ya que les tenemos aquí?

El primer ministro empezaba a molestarse.

El ministro de Defensa se sometió, a regañadientes.

—Como usted quiera, por supuesto.

El ministro de Relaciones Exteriores tosió, se ajustó las gafas y revisó sus notas. Era hombre metódico y le molestaba que le apresuraran. Parecía pedante, pero era un polemista agudo y duro, ducho y sorprendente. Empezó a hablar de modo característico:

—Una pregunta a Yuval y a Chaim. Si tenemos una guerra mañana —o dentro de tres meses— con los egipcios, jordanos y sirios al mismo tiempo, ¿ganaríamos o perderíamos?

—Ganaríamos —dijo el ministro de Defensa.

—Siempre que —dijo el jefe del estado mayor—, siempre que ataquemos primero y destruyamos los aviones enemigos en tierra.

—Exacto —dijo el responsable de la fuerza aérea.

—Y hay otra condición previa —dijo Jacob Baratz—. Tenemos que realizar una guerra rápida.

Si no podemos ganar en un mes, nos veríamos complicados en serias dificultades.

Se produjo un murmullo de aprobación en la mesa. El ministro de Relaciones Exteriores planteó otra pregunta de doble filo:

—Y ¿a dónde llegaríamos con una campaña rápida y victoriosa?

—¿En cuanto a territorios?

El ministro de Defensa los enumeró con los dedos.

—Todo el Sinaí por lo menos. Jordania occidental, la bolsa Belén-Hebrón, la ciudad vieja de Jerusalén y los cerros de Galilea occidental. Quizás algo más.

—Mucho más —dijo el jefe del estado mayor—. Un millón y medio de árabes contra una población que no llega a los tres millones. Un problema

social, un problema de alimentación y un problema policial de primera magnitud.

—Más la posibilidad de una tercera guerra mundial. Baratz había formulado lo que todos pensaban en secreto.

—Estás muy simpático esta mañana, Jacob —le dijo el ministro de Defensa.

—Me pagan para que dé respuestas —le dijo Jacob Baratz sin perder la serenidad—. Y no puedo garantizar que todas vayan a ser simpáticas.

—Y con esto llegamos exactamente a lo que quería decir —intervino enseguida el ministro de Relaciones Exteriores—. A menos que podamos asegurarnos el control de las consecuencias de la victoria, nos conviene ser muy prudentes antes de declarar una guerra.

—Pero es a nosotros a quienes se provoca continuamente.

El primer ministro golpeó la mesa con la mano.

—Tenemos que responder con energía. De otro modo empezaríamos a imbuir en el pueblo una mentalidad defensiva. Y, a la larga, esto podría llevarnos al desastre.

—De acuerdo —dijo el ministro de Defensa.

—Y yo también —dijo el jefe del estado mayor.

—Así pues, debemos escoger entre las dos partes del dilema —dijo el ministro de Relaciones Exteriores—. El resentimiento público y la mentalidad defensiva de Israel… o la trampa a la cual tratan de llevarnos los sirios: una acción de represalia que les permita invocar la ayuda de Egipto. ¿Correcto?

—¡No, Natan! —exclamó el ministro de Defensa—. Por eso vamos a atacar en Jordania, que no ha firmado ese tratado de defensa.

—¿Pero nuestros aviones entraron en acción sobre territorio sirio ayer por la mañana, sí o no?

—Sí, pero…

—¿Y los sirios afirman que organizamos la masacre de Rumtha?

—Pero los jordanos rechazaron tal acusación.

—Y por eso ahora vamos a echar al cesto esa ventaja y nos proponemos volar una aldea jordana.

—No podemos cruzarnos de brazos —dijo el primer ministro, ya decididamente molesto—. Nuestra única fortaleza es la unidad y la confianza nacional.

El ministro de Relaciones Exteriores no se daba por vencido.

—No vivimos en el vacío, Aron. Rusia apoya a los árabes. Pero ni Estados Unidos ni Europa occidental nos apoyan claramente, aunque sus

simpatías estén con nosotros. No controlamos el canal de Suez ni el petróleo que quema Europa y que Estados Unidos utiliza en la guerra de Vietnam. No controlamos los votos afro-asiáticos en las Naciones Unidas. Así que, por lo menos, midamos bien el riesgo antes de empezar a disparar.

Se produjo un silencio breve, intranquilo, tenso. Cada hombre había expresado su propia verdad y cada uno era lo bastante perspicaz para advertir que su verdad no encajaba en el conjunto. Jacob Baratz habló después:

—Con permiso. Me gustaría leerles parte del mensaje que recibí anoche de nuestro agente en Damasco… «El asunto de Rumtha es, sin duda, una adaptación de última hora del primitivo plan, consistente en desacreditar al comandante de la Guardia de Amman e introducir al asesino dentro del palacio. El plan fue traicionado y en estos momentos se realiza una investigación. Me han incluido en la misma, porque usaron mis camiones para llevar ese cargamento. Opino que Safreddin ordenó que se instalara el dispositivo que hizo estallar las cajas. Lo hizo instalar a última hora para incriminar a Israel y crear la impresión de que se trataba de un sabotaje israelí. Han ejecutado al vigilante de mi bodega, acusado de dirigir los planes de sabotaje. No sé quién ha pasado a Jordania los datos sobre el plan sirio. Estoy extremando las medidas de seguridad de la red. Aún no se sospecha de nosotros; si ese fuera el caso, Safreddin me habría utilizado a mí como víctima auténtica para así demostrar la participación israelí… En vista del rechazo jordano a las acusaciones sirias, creo que podemos esperar un aumento de las provocaciones sirias para comprometer a Israel…». El resto del mensaje es respuesta a otras preguntas y no concierne a la materia tratada en esta reunión. Sin embargo, puedo agregar un par de hechos. La prensa europea nombra a un cierto Idris Jarrah, miembro de la O. L. P., como fuente de la filtración sobre el incidente de Rumtha.

»Tenemos datos sobre ese hombre. Ha dirigido las operaciones de sabotaje en Jordania occidental y en Hebrón durante un tiempo. Parece que ha traicionado a la organización y que la policía jordana ya le está persiguiendo. Si supiera dónde está no me preocuparía traerlo a Israel y averiguar lo que puede informarnos. La prensa occidental se refiere, también a un importante banquero del Líbano.

Nos parece que se trata de alguien del banco Fenicio…

El ministro de Defensa intervino entonces.

—Estoy seguro de que todo esto es muy interesante desde el punto de vista del servicio de inteligencia, Jacob, ¿pero en qué sentido afecta la decisión que debemos tomar ahora?

—Me parece —le dijo Baratz tranquilamente—, que nos concierne una frase de ese informe:

> «Creo que podemos esperar un aumento de las provocaciones sirias para comprometer a Israel».

Podría suceder que, si llevamos adelante el plan del Hebrón, solo realicemos algo sin importancia o, también, un grave error de juicio.

—Podría tratarse de un error de juicio. ¿Pero lo es, Jacob?

—Creo que sí.

—¿Y cómo resolverías entonces el problema que el primer ministro acaba de plantearnos claramente?

—De otro modo.

—No es una respuesta muy precisa.

—Daré una positiva. Si pudiéramos liquidar a los saboteadores, no vacilaría en atacar. Pero no podemos. Destruiríamos una aldea y a gente que, a lo sumo, ha colaborado solo en el sentido de proteger o de ocultar a los de la O. L. P. y a menudo bajo amenaza de muerte. Haremos daño a la Legión Árabe, que está tratando de controlar la frontera y aún no lo consigue plenamente. En resumen: creo que no conseguiríamos nada, fuera de mayor enemistad y peor ambiente en las Naciones Unidas.

—¿Qué hacemos entonces?

—Esperar. Confiar un poco en nuestro pueblo. Observar lo que hacen los sirios. Y, si vuelven a provocarnos, atacarles en gran escala.

—¿Y correr el riesgo de una guerra en gran escala?

—Ya la arriesgamos con el ataque aéreo de ayer.

—Y aún no sabemos todas las consecuencias de esa acción —agregó el ministro de Relaciones Exteriores.

El jefe del estado mayor hizo otro comentario.

—Por otra parte, Jacob, hagan lo que hagan los sirios, siempre nos queda el problema de la O. L. P. Y eso hay que solucionarlo. Si no frenamos la ola de sabotajes, muy pronto tendremos toda una serie de incidentes desde la franja de Gaza hasta Revaya.

—Cualquier acción implica un riesgo —dijo el ministro de Defensa, dispuesto a acabar la discusión—. Pero la inacción es el mayor de todos los riesgos. Se parece a un gas que nos pudiera reducir a todos a la parálisis. ¿Cómo han sobrevivido los kibbutzim? No se han encerrado tras de alambradas, si no que han enviado patrullas a los alrededores… Hagamos una

defensa positiva… ¡No caigamos en la psicología del bunker y del nido de ratones!

Baratz estaba rojo de ira, pero se dominó preguntando respetuosamente:

—Una pregunta a los diplomáticos. ¿Con qué cara miraremos al mundo después que dos columnas de tanques israelíes y dos mil hombres de infantería ataquen a una aldea indefensa y la hagan polvo?

Le contestó el primer ministro, que era un hombre indefinido y nada impresionante, pero tenaz, decidido y astuto como viejo mastín.

—El mundo mira y ve lo que quiere ver. Tenemos que vivir en las mejores condiciones que podamos. Cualquier cosa puede resultarnos un caro error. Es bueno que sepamos el precio que quizá tengamos que pagar. Creo que debemos llevar a cabo el plan de Hebrón a la hora aconsejada por el jefe del estado mayor.

—Dilo tú, Jacob —intervino el jefe del estado mayor.

—Pasado mañana a las seis de la mañana —dijo Baratz.

—Amén —asintió amablemente el ministro de Defensa.

—Nada de amén —dijo Baratz, decididamente airado—. Esa hora se ha establecido sobre la base del actual cálculo de las fuerzas de la Legión Árabe en la zona de ataque. Si se produce cualquier cambio sustancial en la relación de fuerzas tendremos que postergar la operación.

—¿Por qué?

—Usted ha solicitado una represalia limitada y no una batalla en gran escala.

—Pero tenemos que establecer un momento tras del cual ya no pueda volverse atrás. No se puede detener la operación una hora antes del amanecer. Sería demasiado arriesgado.

—Estoy de acuerdo con Jacob —dijo el jefe del estado mayor—. Y también estoy de acuerdo con Yuval. Dime la hora cero, Jacob.

—Mañana a medianoche. Después, ya no podremos detenernos.

—¿Y quién tomará la decisión final? —preguntó el primer ministro.

—Yo.

El jefe del estado mayor fue terminante.

—Y cuando termine esta reunión debo quedar al mando de todas las operaciones.

—De acuerdo. Gracias, caballeros. La sesión ha terminado.

Capítulo Octavo

Jerusalén Jordania

Idris Jarrah estaba junto a la ventana de su habitación y trataba de interpretar lo que abajo sucedía. Había superado el miedo inicial, pero seguía preocupado y prudente. Un hombre con dinero sobre su cabeza no puede equivocarse en la interpretación de los presagios.

El jardín del hotel Intercontinental parecía un escenario cinematográfico. El fondo estaba constituido por el cielo desnudo, los cerros de paisaje lunar con algún olivo aislado, el vasto recinto de la mezquita de Omar bajo el cual estaba oculta la era que David compró a los jebusitas y desde la cual —decía la leyenda— alzaron de los cabellos a Mahoma hasta el cielo, y, en fin, detrás de la cúpula, los techos apilados y las torres de las iglesias de la ciudad antigua —un conjunto deslumbrante de blancos, ocres y grises imprecisos—. El primer plano era el recinto del jardín, un semicírculo de césped y piedras en que había claveles amarillos y macizos de rosas rojas, rosadas y blancas. La calle de la izquierda estaba llena de taxis y de coches particulares estacionados. Los conductores charlaban al sol. Junto a la entrada se habían estacionado todos los vehículos militares; los motoristas descansaban junto a sus máquinas y los conductores y los artilleros se mantenían alerta en los *jeeps*. El resto de la tropa se había dispersado y dominaba las entradas del jardín y cada puerta del hotel. En la terraza había unos veinte o treinta huéspedes, que se paseaban en pequeños grupos, miraban el panorama, fotografiaban a los soldados y consultaban folletos y guías de la ciudad.

Golpearon a la puerta. Jarrah se estremeció. Se rehizo y dijo:

—¡Adelante!

Giró el tirador, se abrió la puerta y una sirvienta árabe, armada de escobas y plumeros, quedó enmarcada en el umbral. Jarrah se sentía tan aliviado que casi le dio un abrazo. Le preguntó:

—¿Qué significan todos esos soldados allá abajo?

—¡Ah, vaya!

Se encogió de hombros, con indiferencia, y organizó sus artefactos.

—El rey viene a Jerusalén. Y mañana llegan unos visitantes de otro país. Mucho trabajo. Toda la ciudad está patas arriba. ¿Puedo hacerle la habitación?

Salió al pasillo, y a poco torció a la izquierda en dirección a la parte principal del hotel. Pasó frente a la recepción. Dos oficiales de la Legión Árabe estaban revisando la lista de huéspedes. Se encaminó a la oficina de turismo. Explicó, en inglés, lo que necesitaba. Le atendió un joven muy elegante. Le gustaría unirse a un grupo de turistas que fueran pronto a Israel por la puerta de Mandelbaum. El joven le explicó el procedimiento, le ayudó a llenar la solicitud y le ofreció una lista de diversiones para llenar el tiempo durante las cuarenta y ocho horas que debería esperar: una gira por la ciudad antigua, un viaje en coche a Jericó, una visita a Belén y Hebrón, un paseo al mar Muerto y a las cuevas de los esenios de Qumran. Idris Jarrah le dijo que pensaría las posibilidades. Firmó la solicitud con su nombre griego, la entregó, mostró su pasaporte, se puso unas gafas oscuras y salió al jardín.

Los guardias de la entrada apenas le miraron. Un conductor de taxi se ofreció elocuentemente a llevarle, Jarrah le rechazó y el taxista se marchó refunfuñando. Una vieja viuda le dijo la hora con acento del medio oeste norteamericano y le preguntó si viajaba con la Iglesia de la Reforma Apostólica. Jarrah le explicó, amablemente, que no pertenecía a tal Iglesia. ¿Aún no había visitado el Santo Sepulcro? No era auténtico, por supuesto, no podía serlo; pero era muy hermoso e invitaba a la oración. Jarrah estaba seguro de que tendría ocasión para visitarlo. Pero ahora estaba muy cansado con el viaje. ¿De dónde venía? De Atenas. La señora no conocía Atenas; pero la ciudad formaba parte del programa de visitas y esperaba ansiosamente el momento de llegar allí. ¿No conocía por casualidad a los Judson? Eran amigos suyos. Llevaban cinco años en Atenas… ¿o eran seis? Trabajaban en negocios del petróleo… ¿o acaso en una naviera? En todo caso, eran gente encantadora y le habían pedido que los visitara. Los viajes son siempre agradables, cuando se cuenta con alguien que nos muestre las cosas, ¿no le parecía así? Mucho más agradables… muchísimo más. ¿Le perdonaba un momento la señora? Le perdonó, a regañadientes. Se paseó un momento por la terraza y se sentó en un banco de piedra. Y allí se quedó, hombrecito impreciso y nada conspicuo, como un lagarto al sol.

Empezaba a encontrarse incómodo. A fuer de experto en la guerra subterránea, sabía que el peligro se suele presentar en los sitios más inesperados. A fuer de asesino profesional, sabía que la víctima nunca está a salvo de la tortuosa lógica del asesino. Los jordanos ya se le habían declarado en contra. Los sirios y la O. L. P. se unirían muy pronto a la cacería. Cada uno calcularía sus movimientos de modo distinto; pero muy pronto todas las soluciones serían convergentes. Cuarenta y ocho horas era demasiado tiempo para pasárselo sentado, abrigando tal ansiedad. Necesitaba descansar. Necesitaba el descanso de la acción o del comercio sexual.

En la ciudad antigua contaba con una mujer que siempre le calmaba las necesidades sexuales: una viuda discreta, que alquilaba cierto número de quioscos comerciales y que no era demasiado reacia a alquilarse a sí misma si se topaba con clientes selectos y generosos. Sin embargo, solo trabajaba de noche y debería llamarla por teléfono si quería verla. Y si la telefoneaba tendría que identificarse y entonces delataría su presencia en Jerusalén. El sexo, por tanto, podía resultar un placer desastroso. ¿Acción? Volvió a pensar en la ruta de emergencia: un día a pie por la minada y traicionera tierra de nadie, entre Jordania e Israel. No perdería nada intentándolo. Tenía dos rutas abiertas: una al sur de la ciudad, en la bolsa de Hebrón; la otra al norte, frente a Nablous. Las dos presentaban las mismas dificultades. Toda la zona occidental del río Jordán estaba plagada de palestinos que, si tenían noticias del cuartel general, podrían estar alerta y buscándole. ¿Pero qué podían saber?

Sabrían, desde luego, que los jordanos le estaban buscando. Pero la policía jordana era el enemigo natural de la O. L. P. Y estos no traicionarían a uno de sus hombres para dejarlo en manos de los hachemitas. Existía por lo menos la posibilidad de que ignoraran que Idris Jarrah los había traicionado y robado diez mil dólares. ¿Pero cómo asegurarse? Pensó el asunto, sentado en el banco de piedra, mientras la Iglesia de la Reforma Apostólica y el grupo de la Talismán Tour paseaba por la terraza y compartía el misterio carismático del peregrinaje cristiano. Finalmente, entró en el hotel, se encerró en una cabina telefónica, marcó un número y habló con un pañuelo sobre la boca.

—Habla Café Blanco.

—Habla Café Negro. Diga.

—¡Por Alá! No sabíamos nada de usted. Nuestro amigo debe llegar de Damasco con dinero. No llega… Hemos leído cosas muy extrañas en los periódicos.

—¡Por Alá! Nosotros no sabemos nada.

—¿Dónde está el Cafetero?

—Salió esta mañana para Damasco. Debía recibir un mensaje de su padre.

—¿Y cuándo volverá?

—Cuando Alá lo quiera… o cuando su padre le envíe.

—Cuando vuelva, decidle que Café Blanco quiere hablar con él.

—¡Se lo diré, Jatrak!

—¡Ma’assalameh!

Colgó el auricular, dobló el pañuelo, se enjugó con él la frente y se lo guardó en el bolsillo.

Perfecto. Se permitió una sonrisa de satisfacción. La O. L. P. no sabía nada de la traición de Idris Jarrah. Hebrón aún estaba en la oscuridad. La gente de el Cairo jugaba con cautela. No querían asustar a la organización local con historias de traiciones. Habían llamado al director local a una reunión en Damasco. Mientras no regresara o mientras no telefoneara, Idris Jarrah no tendría nada que temer entre sus correligionarios. Y, por supuesto, no tenía la menor intención de seguir trabajando con ellos. Pero podía correr un riesgo —un viaje de inspección en taxi— y descansar —hacer una visita a la viuda—. Un hombre que se debate entre la muerte y una vida definitivamente asegurada, siempre considera un descanso con muy buenos ojos. Volvió a su habitación y sacó el dinero y la pistola de la maleta. Dejó el dinero en un sobre sellado en la caja fuerte del hotel. Y la pistola se la guardó en el bolsillo del pantalón. Regresó al jardín. Habló en inglés para que le entendiera el portero. Y el taxista al que pidió le llevara por la ruta turística a Belén y a Hebrón.

Beirut

Beirut era un constante reproche para el coronel Omar Safreddin. Le enfurecía lugar tan elegante, tan opulento y complaciente, tan lleno de confortables compromisos. Antaño, en tiempos de los grandes califas, formando parte de Siria, fue una provincia marítima del imperio islámico que se extendía desde el Atlántico hasta el valle del Indo, desde el mar Caspio al desierto de Nubia.

Antaño, el grito de almuecín del minarete de los omeyas en Damasco seguía al sol hacia el oeste y exaltaba el nombre de Alá y de su profeta en Tánger, Córdoba y Toledo y hasta en los mismos picos de los Pirineos. Aún se escuchaba el grito y la llamada; pero hacía mucho que el imperio se había corrompido y desmembrado. Y en ningún sitio era más evidente la corrupción

que en aquella nación bastarda, enclavada en la zona más fértil de la fértil medialuna. Allí se enriquecían musulmanes, judíos, cristianos y drusos, que dividían su lealtad en docenas de fracciones y se sostenían gracias a la más cínica neutralidad.

La cruz cristiana se burlaba de la medialuna en cada ladera de cada cerro. El jefe de estado era un árabe; el jefe del ejecutivo, un cristiano maronita. Los judíos eran aquí más ricos que en Israel.

Porque el dinero libanés no tenía color preciso: colgaba en una bolsa al cuello de cualquier hombre, proviniera del petróleo de las arenas del Kuwait, hubiera pasado de contrabando desde Siria o se hubiera comprado en la India en forma de rubíes y zafiros. El Líbano era miembro de la Liga Árabe; pero los únicos servicios verdaderos los prestaba a la dorada alianza de los banqueros y comerciantes del mundo.

Omar Safreddin, el fanático, consideraba que Beirut era una ciudad prostituida, encaramada sobre sus cerros y solicitando el comercio de todo el Mediterráneo. Omar Safreddin, el hombre de estado, la consideraba el último y más rico botín una vez que derrotara a los judíos y pudiera incorporarla al territorio de un nuevo imperio islámico. Safreddin, el místico, la consideraba morada de dioses perversos y un mercado para los más sucios negocios entre hijos del Profeta e infieles. Y toda esta bajeza se resumía en Nuri Chakry tan envanecido en la opulencia y tan sumiso ante la amenaza.

Chakry era el símbolo de todas las enfermedades que consumían al mundo árabe. Solo confiaba en el poder del dinero. Su única hermandad era la de la bolsa. La unidad del Islam le parecía una verdadera amenaza: se nutría de divisiones y de disputas. Con el dinero que enviaba a Europa y a América, podría lograr que floreciera el desierto y que se reconstruyera Damasco para convertirse en ciudad tan resplandeciente que el Profeta habría palidecido al conocerla, pues solo entrarse puede una vez en el paraíso. Pero los sueños de Chakry consistían solo en beneficios y dividendos, conseguidos gracias a los manejos y nunca al ennoblecimiento del hombre. La Resurrección Árabe era un sueño académico para mentalidades como la de Chakry. Su Meca era occidente, un sitio donde el sol del capitalismo ya se estaba poniendo. No veía aurora posible en el Oriente: solo un titilar de glorias pasadas y una confusión de principados envidiosos, entronizados sobre interminables bolsas de petróleo. Gritaría a favor de cualquier credo, con tal que le dejaran el dinero en el bolsillo. Se doblaría a la mínima presión de cualquier viento como junco en pantano pestilente.

Si se abría la carretera desde Tiro a Haifa, sería el primero en recorrerla con los bolsillos llenos de ofertas, deseoso de negociar con los mismos judíos que le habían expulsado de su propia patria. Si los norteamericanos tocaban música adinerada, bailaría de inmediato con ellos. Si los rusos tocaban el tambor, marcharía feliz y sumiso al son militar, dispuesto a seguir el juego hasta que se disipara el primer cañonazo (y entonces huiría a tiempo). El y los de su clase serían los primeros expulsados cuando llegara el gran día. Y seguían el juego hasta entonces.

Sentado en una esquina de la terraza del hotel St. George, tomaba café para matar el tiempo y examinaba las fotocopias que Matheson le había entregado con tan poco entusiasmo. Era extraordinario cuanto podía aprenderse sobre un hombre, observando dos columnas de números, extraordinario lo vulnerable que es un hombre después de una simple suma o sustracción. Un buen contable podría esbozar una historia aproximada del individuo, de sus trabajos y de sus días y realizar, al mismo tiempo, un horóscopo sobre su futuro. Selim Fathalla, por ejemplo. Su historia empezaba con un gran depósito de veinticinco mil libras esterlinas. No era mal capital para un iraquí expulsado de su país. Pero no excesivo, sin embargo, para la capacidad media de un hábil negociante de los bazares de la calle Rashid. Y tenía fiador. Esto era una novedad para Safreddin.

En la cuenta había una nota que autorizaba un crédito permanente de veinticinco mil libras esterlinas —o de su equivalente en dólares— un crédito avalado por la Societa Intercommercio Bellarmino de Roma. ¿Por qué iba una sociedad italiana a avalar a un comerciante iraquí establecido en Siria? ¿Dónde y cómo estableció tan amistosos contactos este Fathalla? Preguntas interesantes. Pero más interesante sería averiguar si las respuestas coincidían con su estado comercial. Safreddin esperaba que fueran favorables y positivas. Le gustaba el hombre. Era de personalidad recia y coherente que inspiraba respeto. Sería muy fácil tratar con él si tuviera un poco más de ambición, si estuviera un poco más deseoso de conseguir favores. Lo único molesto era ese aire burlón, la leve actitud despectiva que los iraquíes adoptan con los sirios. Pero ahora que había muerto el vigilante, quizá Fathalla sería algo menos arrogante.

A medida que iba examinando la gran carpeta de documentos bancarios, Safreddin meditaba en el alcance de su problema personal. La seguridad dependía de la más minuciosa documentación. La documentación carecía de utilidad si no se disponía de un eficaz sistema de control y de comunicaciones dentro de la administración pública. Los modernos estados socialistas árabes

necesitaban de un equipo amplio y creciente de expertos administradores. Y esta especie de hombre era muy difícil de encontrar en el mundo árabe. Los políticos crecían como maleza en cualquier jardín de vecindad. Pero un hombre que pudiera organizar una sección, tener en orden sus archivos y despachar los asuntos dentro de un plazo prudente, era una verdadera joya sin precio. Incluso los que sabían escribir de modo legible y llegar a conclusiones precisas sobre un asunto delicado en un par de horas, eran también personajes dignos de ser atesorados. ¿De qué servía un puesto fronterizo si no había nadie capaz de informar adecuadamente sobre los que lo cruzaban? ¿O si no se podían leer los garabatos escritos en la nota informativa? ¿Cómo se podía intervenir el sistema telefónico si los operadores apenas sabían hablar su lengua materna? Si el recaudador de impuestos era hombre venal y el comerciante intencionadamente malo para las matemáticas, ¿cómo se podía seguir siendo solvente y pagar a los rusos los tanques, las armas y los migs? ¿Y qué quedaba para escuelas y universidades después de pagar las armas? La educación era la única respuesta y Safreddin lo sabía mejor que nadie. El problema era que la revolución y la falta de descanso vaciaban el cerebro de un país, como lo vaciaban de dinero.

Una radio insistente y una televisión bien montada no podían sustituir la disciplina del aula y la entrega de hábiles educadores. ¿Pero cómo encontrarlos y cómo mantenerlos y conservarlos?

Bastaba enviar un hombre a las escuelas de Beirut para que volviera descontento, acostumbrado a la buena vida y a ropas mejores de las que podía comprar en Siria. Si se le enviaba a El Cairo, volvería convertido en nasserista. En Moscú le sobrecargaban de marxismo y de dialéctica y había que lavarle el cerebro antes de que se pudiera contar con él en el trabajo al servicio del Islam y de la resurrección árabe. En Estados Unidos le enseñaban a trabajar con computadores y máquinas de sumar y cuando regresaba a Siria despreciaba las herramientas primitivas que son el papel y el lápiz.

Y una vez más su irritación volvió a centrarse en Nuri Chakry, que había dilapidado una fortuna al servicio de los infieles cuando la pudo haber empleado para construir un nuevo califato para los creyentes. Debía estar en situación francamente desesperada: si no, no habría cedido tan fácilmente a la simple mención de los rusos. Si hacía falta un poco de colaboración para acabar de hundirle, Safreddin cooperaría encantado en el trabajo. Y mientras se dirigía en coche al aeropuerto de la satisfecha ciudad, Safreddin se divertía imaginando a Nuri Chakry atormentado por todas las plagas de Egipto y pidiendo ayuda a un mundo que se le reía en las narices.

Completamente ignorante de los malignos deseos que provocaba —y no le habrían importado si los hubiera conocido—, Nuri Chakry paseaba por su soleado despacho y razonaba con Mark Matheson. Este seguía muy molesto. Tenía el rostro congestionado. Hacía con las manos amplios y furiosos ademanes. Se mostraba elocuente y trataba de ser correcto.

—¡Escucha, Nuri! Estamos en un lío. Me dices que vamos a salir incólumes a última hora. No me has dicho cómo; pero lo acepto. No obstante, te estás olvidando de algo. Esta crisis nos ha dañado. Nos seguirá perjudicando. Hemos perdido la confianza y la buena voluntad de mucha gente. Perderemos mucho más antes de salir adelante… Y no ayudas de ningún modo al banco con esa flagrante deslealtad. No creas que las noticias no van a dejar de revelarse. ¡No creas que Safreddin va a dejar de aprovecharse de nuestra debilidad! ¡Se aprovechará! ¡Y el pobre Mark Matheson va a tener que correr de un lado a otro durante meses para poder explicarlo!

—¡Mark, amigo mío!

Chakry se detuvo en medio del suelo alfombrado y extendió ambos brazos.

—Tienes toda la razón. Ya sé que te he pedido que hicieras algo muy desagradable. Ya sé que todo esto no tiene sentido en lugares como Nueva York, Zurich o Londres. Pero aquí sí que lo tiene.

Necesitábamos una pantalla occidental. No podíamos pasarnos sin ella. Tú nos la has facilitado. Y te lo agradezco. He tratado de demostrarte mi gratitud. ¿Estás de acuerdo, verdad?

—Por supuesto, Nuri, pero…

—¡Espera, espera! Deja que te explique. No somos un banco occidental. Somos orientales.

Modificamos, pero no cambiamos. Has vivido aquí bastante tiempo y te habrás dado cuenta. Pero sigues con la ilusión de que vamos a cambiar nuestro modo de proceder de la noche a la mañana.

No nos interesa cambiar. Y no podemos. ¿Crees que un príncipe de tribus va a dejar de ejercer el poder de vida y muerte sobre sus súbditos solo porque eso no se practica en Connecticut? No te gustan las inversiones preferenciales. ¿Crees que el más pequeño de nuestros clientes tiene el mismo derecho a pedirnos dinero y solicitar que le expliquemos la gestión financiera del banco, que el hombre que viaja en Cadillac con un millón de dólares en el bolsillo? ¡Vamos, Mark! Uno es un príncipe. ¡El otro es un mendigo! El príncipe exige que se le trate como tal: prioridad cuando se presenta un nuevo

negocio, el mejor índice de descuento en sus gestiones, poco impuesto favorable al banco. ¿No hacen esto en el Chase Manhattan? Quizá no lo hagan del mismo modo. Pero lo hacen, compañero. ¡Lo hacen! Y yo lo hago a la manera árabe.

—Pero los árabes también exigen secreto y lealtad.

—¿Me vas a decir que no puedes pedir crédito a un rival en los Estados Unidos?

—¡Se trata de una cuestión de método!

—¡Y estamos hablando de métodos… no de principios!

—Bueno, si lo quieres así…

—Claro que lo quiero así, Mark. Tenemos que comprendernos. ¿Sabes cuál es la verdadera razón de la visita de Safreddin?

—Quería informaciones. Y las necesitaba urgentemente, al parecer.

—Las necesitaba tanto que armó una verdadera ópera al respecto. ¡Recuerda cómo funciona la mentalidad árabe, Mark! Lo que realmente quieres te lo escondes en la manga.

—¿Entonces…?

—Entonces le dimos a Safreddin lo que me dijo que necesitaba. Y los dos salvamos las apariencias. Pero lo que en realidad quería era algo muy distinto.

—¿Y era?

Nuri Chakry dejó de pasearse y se acercó a Matheson. Apoyó los puños en el escritorio y se inclinó. Cambió de tono. Se volvió sombrío.

—Esto es completamente secreto, Mark. Quiero que me des tu palabra de que no lo repetirás a nadie.

—No es necesario que me la pidas.

—Ya lo sé. Perdona.

Se sentó, puso los pies en el escritorio y cogió su talismán.

—No lo comprenderías, Mark, si no te explico antes lo que está a punto de suceder. Safreddin es un hombre poderoso, como sabes. Es también sumamente ambicioso. Es el que mueve los títeres en Siria. Tira de los hilos que hacen bailar a los políticos. Elabora las palabras que pronuncian. La ambición de Safreddin es convertirse en Nasser de Oriente Medio. Quiere ser el profeta de la resurrección. No puede competir con Nasser. Lo sabe. No tiene la magia necesaria… No tiene ni petróleo ni el canal de Suez. Por eso no puede negociar ni puede convencer. Pero puede organizar y puede conspirar. Y su, conspiración consiste en crear una situación que reúna, a todos los árabes contra Israel… Quiere la guerra. Nadie —y menos que nadie Nasser— la quiere en este momento. Pero si Safreddin consigue provocar un

enfrentamiento masivo, entonces es posible que llegue a se mucho más grande de lo que es. Es especialmente importante a los ojos de los rusos, que le sostienen. No creo que los rusos quieran la guerra. Pero apoyan cualquier tipo de tensión que la sustituya… Los rusos siempre han distinguido netamente entre palabras y hechos.

Y ahora se inclinan por Safreddin y le quieren convertir en el jefe del futuro movimiento panarábico…

—Todavía no sé a dónde quieres llegar.

—Ya lo verás, Mark. Y es algo perfectamente comprensible. Los rusos quieren comprar el banco Fenicio. Si nos compran, se compran la principal fuerza del Líbano, que es el único estado democrático de la Liga Árabe. Pero los rusos son hábiles. Me enviaron a Safreddin para que me sondeara. Safreddin tampoco es tonto. No se puede convertir en descarado agente de los marxistas.

Por eso preparó este pequeño truco de venir a Beirut en busca de unas fotocopias. Con ellas podrá demostrar que estaba haciendo un trabajo de su incumbencia…

—¡Condenación!

—¿Te das cuenta de por qué te tuve que seguir el juego, Mark?

—Por supuesto. ¿Trajo una oferta en firme?

—Bastante sólida. Pero sin las cifras exactas, por supuesto. Lo planteó de este modo: si queremos vender, los rusos vendrán a conversar.

—¡Dios mío! Una verdadera bomba.

—Verdaderamente.

—¿Y qué vas a hacer?

Chakry se quedó silencioso un momento. Contemplaba la imagen dorada del emperador.

Finalmente volvió a hablar. Pero lo hizo frunciendo el ceño, como distraído distante.

—Tengo que ser honrado contigo, Mark, como espero que tú lo seas conmigo. En este instante estoy dispuesto a tomar en consideración cualquier ofrecimiento. Me siento traicionado… por hombres que yo mismo he sacado de la nada, por un país en cuyo favor he trabajado más que nadie.

»No quiero vender. Lo sabes. Pero estoy cansado, Mark. Estoy cansado de las luchas entre bastidores y de los puñales que te clavan por la espalda. No me importaría terminar de una vez y marcharme.

»Ya sé que te choca el que esté dispuesto a vender a los rusos. Eres norteamericano. Estás obligado por lealtades muy precisas. Pero yo no tengo

por qué ser tan leal al Líbano. Y menos ahora. Soy ciudadano libanés; pero en el fondo sigo siendo un apátrida. Y la gente como Aziz y Taleb nunca me dejan olvidarlo. ¡Curioso! No me sentiría demasiado triste si pudiera vender lo que tengo y comprarme después otra patria… ¿Lo comprendes?

—Muy bien —le dijo Mark Matheson, en voz baja—. Y no te puedo culpar de nada. Pero incluso desde el punto de vista comercial, ¿no crees que todo eso lo podrías hacer mejor con una subasta?

—Podría ser. Pero no tengo ganas de tomarme la molestia.

—Yo sí. ¿Me dejarías organizarlo?

Chakry frunció el ceño y puso mala cara. Demostraba palpable indecisión.

—Eres muy amable, Mark. Pero no estoy seguro de lo que podríamos hacer a estas alturas.

Matheson estaba ansioso.

—Se ha planteado una situación política que es de inmediato interés para el Departamento de Estado. Si se interesan —y les tiene que interesar el mantener a los rusos lejos de la banca del Oriente Medio— es posible que hagan de la noche a la mañana lo que nosotros no podemos hacer en seis meses. Vale la pena intentarlo. ¿Por qué no me autorizas a que hable con el embajador?

—¿Tanto te importa, Mark?

Matheson le miró sorprendido.

—Bueno… sí. Creo que me importa.

—¿Por qué?

—Has sido muy generoso conmigo. Me gustaría que salieras adelante.

—Pero esa no es la razón.

—No… supongo que el resto es que soy norteamericano, que creo tener algunas obligaciones fundamentales y… que me gustaría cumplirlas.

—Adelante, en ese caso. Pero no me menciones a mí, por el momento. La información es tuya. Úsala como quieras. Pero yo soy neutral.

—Está bien. Llamaré a la embajada después de comer y trataré de fijar una entrevista con el embajador. ¿Hay algo más, Nuri?

—Por ahora no, Mark… Gracias.

Matheson se marchó y Nuri Chakry se quedó sentado en su silla, sonriendo, feliz. Nunca fallaba el viejo truco. Le ofreces a un occidental una mujer limpia por un precio honrado y te escupe en la cara y te llama árabe cochino. Pero si agregas luz indirecta, música suave y la elegancia del oriente misterioso, te pagará el doble por la misma mercadería. Regatea el precio de una bandeja de cobre y te llamará podrido y estafador hijo de camello. Da

unas palmadas y pide café, regálale un escarabajo y un caballo de arcilla cocida en algún horno local, y te conviertes en noble distinguido y acostumbrado a la cortesía de las tiendas negras. Todos los norteamericanos gustan de ser estimados y respetados. Y cuando mueren les gusta que les sepulten envueltos en la bandera y al son de trompetas de plata. Nunca han comprendido que si tú has nacido en una choza de barro, te han criado unos pechos secos y has crecido como una bestia —despertado a patadas y dormido a la fuerza—, tu lealtad se entrega al que te ofrece el próximo plato de comida. Mark Matheson podía permitirse el lujo de una conciencia dolida. Pero no podía ponerse de acuerdo con ella ni la mitad de bien que el más humilde mendigo del zoco.

Damasco

Aquella misma mañana, mientras estaba sentado en su despacho y comprobaba un cargamento que debía partir para Estambul, Selim Fathalla recibió una llamada telefónica.

El que le llamaba lo hacía en un francés con acento exagerado.

—¿El señor Fathalla? Habla Sergio Bellarmino, de Roma. El viaje ha resultado digno de una ópera cómica. Pero finalmente he llegado a Damasco. ¿Dónde podemos vernos?

—Ahora mismo, si tiene tiempo. ¿Dónde se encuentra?

—En el Hotel de los Califas.

—Estaré allí dentro de diez minutos. Y tengo cosas muy hermosas que mostrarle. Nuevos tejidos y unas obras de orfebrería que le harán gozar.

—Espléndido. Le estaré esperando.

Dejó el teléfono. Emilie alzó la vista de la máquina de escribir y le preguntó:

—¿Quién era?

—Uno de nuestros clientes de Italia. Le conocerás a la hora de comer. ¿Puedes decirle a Farida que prepare algo especial?

—Por supuesto. ¿Le estabas esperando?

—Sabía que le tendríamos por aquí uno de estos días. Pertenece a la Societa Intercommercio Bellarmino. Tienes que haber visto el nombre en algún envío. Sé amable con él. Es cliente importante.

—¿Y cómo explicarás mi presencia?

—Los italianos son gente muy refinada, Emilie. No hace falta explicarles las cosas del corazón.

Lo dijo y se echó a reír, pero mientras iba al hotel, pensaba en que le exigirían una explicación y en que tendría que darla con mucha precisión. Los hombres del equipo de Baratz eran muy serios y no confiaban en los imprudentes ni en los chapuceros.

Sergio Bellarmino era gentil y buen mozo en exceso, de unos treinta años. Vestía traje de seda azul muy bien cortado, zapatos negros de cocodrilo y camisa de Battistoni. Se mostró amable y deferente en el vestíbulo del hotel. Le habló, encantado, de esta, su primera visita a Siria. Traía una maleta llena de planes para el futuro desarrollo del comercio… Pero en la intimidad de la casa de Fathalla, súbitamente cambió de tono y adoptó una actitud tensa y profesional. Le habló rápidamente en hebreo, con el acento de la escuela rabínica de Italia.

—¿Estamos seguros aquí? ¿No hay micrófonos? ¿Ni problemas con la servidumbre?

—Hoy estamos libres —le dijo Fathalla, sonriente—. Ayer teníamos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

Fathalla se lo contó detalladamente. El joven le hizo pocas preguntas, pero todas igualmente agudas y precisas. Dio un veredicto draconiano sobre el asunto de Emilie Ayub.

—Creo que ha cometido un grave error. Pero ya está hecho. Tiene que vivir con ese error a cuestas. Y nosotros también.

Fathalla se molestó.

—Baratz me contrató tal como soy. Si no le parece bien, puede retirarme del servicio cuando quiera.

—Quizá decida eso. Yo solo soy un correo. Traje el dinero.

Abrió la maleta, buscó dentro, sacó un fajo de billetes y se los pasó a Fathalla.

—Hay bastante para un mes según el promedio de gastos que lleva hasta el momento.

—¿Y después?

—¿Hace muchos envíos a Aleppo?

—Un viaje mensual, que termina en Estambul y en los puertos griegos. Suelo aprovechar ese viaje.

—¿Y usted va muy a menudo?

—Cada seis semanas, aproximadamente.

—Telefonee a la oficina de la Línea Arcadia. Pregunte por el señor Callistenes.

—¿Es seguro?

—Mucho. Por cierto, ¿dónde piensa guardar el dinero?

Fathalla le mostró el panel de mayólica y el italiano movió la cabeza aprobatoriamente.

—Excelente. Muy ingenioso.

—Trabajamos bien —le dijo Fathalla, secamente—. Y tenemos que tomar nuestras propias decisiones. Esto es muy distinto de Tel Aviv o Roma.

Sergio Bellarmino era lo bastante joven como para perder la calma. Se sonrojó, vaciló un momento y finalmente le pidió disculpas.

—No pretendía enseñarle a trabajar.

—¡No lo haga! —le dijo Fathalla, tajante—. Y cuando llegue mi mujer, trátela amablemente.

Ahora todos la necesitamos.

—Le ruego que me disculpe. De verdad… Hablemos de las cuestiones generales de seguridad.

—No es fácil ser exacto al respecto —le dijo Fathalla, otra vez en tono profesional—. Trabajamos con el sistema del trío, como usted sabe. Puede quebrarse un eslabón de la cadena, pero nunca se puede destrozar toda la red de un golpe. Por otra parte, los que tienen los cargos de menor responsabilidad creen que trabajan para una organización siria y no para Israel. Los no vulnerables son Bitar y yo mismo…

—¿Y la muchacha?

—Ella es como si fuese yo —le dijo Fathalla.

—Hábleme de Bitar.

—Un médico. Muy bueno y entregado a su profesión. Su debilidad —y su fuerte, por otra parte— es ser un humanista y un internacionalista. Su esposa ha muerto. Un camión del ejército le atropelló a su único hijo en la calle. Bitar estaba entonces en el Líbano. El niño murió en el hospital.

Parece que el ejército no se ocupó en absoluto del asunto. Bitar no los ha perdonado nunca.

—¿Es musulmán?

—Y de los serios.

—¿Y cómo se las arregla entonces para trabajar con nosotros?

—La explicación es complicada. Nunca la he terminado de comprender. Se trata, en parte, de una venganza contra el ejército que controla su país. Por otra parte es una cruzada personal contra la pobreza y las enfermedades. Todo

el dinero que le doy lo emplea en una clínica privada que dedica a la atención de gente pobre. Lo demás… debe ser su educación francesa. Me lo imagino, por lo menos. La libertad, la igualdad y la fraternidad… y la rabia que le da el sentirse segregado por un nuevo nacionalismo en el que no cree. Considera que la paz con Israel sería una manera de que el mundo árabe entrara en buenas y provechosas relaciones con occidente. Pero…

Fathalla se alzó de hombros y sonrió.

—Siempre le sucede lo mismo a todo musulmán. Se puede razonar con ellos perfectamente; pero de pronto uno se encuentra al borde de un pozo negro y piden que saltemos con ellos.

Volvió a sonreír y agregó una observación irónica.

—Los musulmanes, por supuesto, piensan como los judíos.

A Bellarmino el asunto le hacía muy poca gracia.

—¿Pero tiene confianza en Bitar?

—Le confío mi vida y la de muchos otros.

—Hábleme de Safreddin.

Fathalla sacudió la cabeza.

—Aún estoy tratando de comprenderle. Es un verdadero embrollo, lleno de sorpresas. Utiliza a todo el mundo, no confía en nadie y, sin embargo, tiene una necesidad infantil de ser admirado e incluso, a mí parecer, de ser amado.

—¿Y qué pretende?

—¿Políticamente? Quiere que Siria dirija la Liga Árabe. Mientras viva Nasser no lo podrá conseguir. Por eso juega en grande y trata de que Egipto se comprometa en una guerra con nosotros.

—¿Qué tal se entiende con los rusos?

—Muy bien, al parecer. Los rusos comprenden a esa clase de hombres.

—¿Y con los iraquíes?

—Le tienen miedo. Saben que les puede cortar el oleoducto el día que quiera. No les gusta. Pero tratan de convivir con él.

—¿Recibió las últimas preguntas de Tel Aviv?

—Sí. Pero todavía no tengo las respuestas.

—Las necesitamos lo antes posible.

—Hacemos cuanto podemos. Espero que me respondan enseguida sobre los aviones. Uno de nuestros agentes es un contrabandista que abastece al ejército y a la fuerza aérea. Puede entrar en las bases y aeropuertos. ¿Los cohetes? Difícil. Si han llegado —cosa que dudo— aún deben estar sin emplazar. No han sido instalados en las proximidades de ningún aeropuerto. ¿Los iraquíes? Esto depende de la documentación. Tomará tiempo. No

mantengo contacto frecuente con ellos, como supondrá. Mi disfraz es bastante bueno; pero no quiero toparme con un hombre que conozca la calle Rashid mejor que yo.

—¿Y Galilea?

—Hace cuatro semanas que despachamos el último informe sobre el ejército de Galilea. No hemos visto hasta el momento nada que indique un cambio sustancial. Sin embargo, tenemos un agente muy bueno en Quneitra. Sus datos suelen ser exactos. Está trabajando en ello.

—Volvamos a los cohetes. Sabemos que los egipcios los poseen. ¿Por qué piensa que los sirios no los tienen?

—En primer lugar no hay indicio alguno de instalaciones ni de unidades móviles. En segundo, la situación política es aquí mucho menos estable de lo que parece. El ejército tiene el control efectivo, pero hay graves problemas económicos y mucho descontento popular. En tercero, los rusos son unos pretendientes muy serios y también lo son los chinos. Siria tiene más delegaciones en China y más delegaciones de China que cualquier otro país árabe. Y han tenido bastante habilidad para saber explotar las rivalidades ruso-chinas sin caer en la órbita de ninguno de los dos… Los rusos, no obstante, desean que Siria se les entregue por completo. Y no soltarán pequeños y hermosos regalos como esos SAM a menos que lo consigan. Esto por lo menos es lo que yo pienso. Pero estamos comprobando los datos, tal como se nos pidió.

Bellarmino parecía satisfecho con la respuesta. Le costaba, a ojos vista, hacer la pregunta siguiente.

—¿Y la mujer, Fathalla? ¿Qué piensa hacer?

—Me voy a casar con ella.

—¿Aquí? ¿En Damasco?

—Por supuesto que no. Es cristiana. Se me conoce como musulmán. Perdería muchas amistades si me casara aquí.

—¿Entonces…?

—Tan pronto como Baratz lo crea conveniente, quiero que me reemplace para poder salir de Damasco y casarme con ella.

—¿No ha pensado en otra posibilidad?

—¿En qué?

—Que la joven se marche. La estableceremos donde quiera. La mantendremos y sostendremos. Usted se queda trabajando aquí por unos meses más.

—¿Es una proposición de Baratz?

—No. Me pidió que le informara sobre su situación personal y que le hiciera las recomendaciones que estimara convenientes.

—Tengo que pensarlo. Y hablar con Emilie. La proposición no me parece bien a primera vista. Y creo que a ella no le gustará tampoco.

—Si usted se marcha, Fathalla, tendremos que elaborar un sistema y red nuevos… precisamente cuando más necesitamos una organización en buen funcionamiento.

—Si hay algo que yo no sepa —le dijo Fathalla, lentamente—, le ruego que me lo diga.

—Nuestra situación actual es esta: están aumentando las provocaciones en la franja de Gaza y en Jordania occidental. Las provocaciones de Siria también están aumentando. Nos empujan fatalmente a un enfrentamiento militar que, de modo inevitable, incluirá a Egipto y muy probablemente a todo el mundo árabe. Damasco es el mejor puesto de observación que tenemos… para los rusos, los chinos, los sirios, los iraquíes y todo el resto. Si usted se marcha, nos haría un daño muy grave en momento crítico. En este trabajo no podemos coaccionar a nadie. No podemos.

Pero…

No terminó la frase. Pero el significado resultaba más claro y fuerte que sonido de trompetas.

Estaban recurriendo a su lealtad. Tenía que precisar a quién se la debía, hasta qué punto se podía contradecir y cómo saldría de su situación conflictiva. Sergio Bellarmino le observaba con ojos agudos y fríos. Era uno de los nuevos Macabeos: crítico, calculador, completamente decidido a no permitir que a los israelíes se les volviera a llevar a la matanza como rebaño de ovejas. Era la voz que gritaba en el juicio de Eichman: «¿Por qué no hicisteis nada?». Despreciaba al hombre con mentalidad de *ghetto*. No sentía la más mínima piedad por los hombres interiormente divididos. Ni los comprendía tampoco. Fathalla decidió que no le daría la satisfacción de advertir sus indecisiones. Le dijo, breve y tajante:

—Pensaré lo que me ha dicho. Y comunicaré la decisión a Baratz.

Bellarmino sonrió y se encogió de hombros.

—Tómese el tiempo que quiera. Me quedaré aquí varios días.

Fathalla se adelantó.

—¿Varios días?

El joven sonrió y extendió los brazos con gesto elocuente.

—¿Y por qué no? Soy un comerciante legítimo, con pasaporte italiano. Estoy buscando mercaderías que comprar. Quiero hablar con la gente del

gobierno.

—Podría ser peligroso. Se hará notar en exceso.

—Podría ser peligroso el que no me hiciera notar en absoluto. Usted es un agente comercial del gobierno. Intercommercio Bellarmino es uno de sus clientes más importantes… Busco posibilidades comerciales donde es posible encontrarlas. Por cierto, ¿le ha dicho algo sobre mí a esa joven?

—Todavía no.

—No lo haga.

—¿Es una orden?

—Una petición.

—Tendrá que dejarlo a mi elección.

Bellarmino se alzó de hombros.

—Como usted quiera… También le traigo un par de noticias personales. Baratz me pidió que le informara de que el veinticinco de este mes se verá la solicitud de divorcio. Al día siguiente quedará libre. Es lo más probable.

—Eso sí que es buena noticia. ¿Qué más sucede en casa?

—El banco Wilderstein va a quebrar. Vamos a vender dos barcos porque su mantenimiento es demasiado costoso. Aumenta el desempleo. Dentro de un mes tendremos sesenta u ochenta mil parados. Hay poco dinero. El gobierno hace lo posible. Los turistas no gastan tanto como antes.

Necesitamos cierta excitación para revivir el mercado.

—Safreddin hace todo lo posible para crearla.

—Estoy ansioso de conocerle.

—Si habla con él —le dijo Fathalla—, mida cada palabra. Y no trate de parecer inteligente.

Cuanto más estúpido parezca, más seguro estará… Y ya que hablamos de ello, organicemos la historia de mi asociación con Intercommercio Bellarmino. Será una de las primeras preguntas que le hará Safreddin.

Seguían estudiando el caso cuando Emilie entró a avisarles que la comida estaba servida. Se había quitado la ropa de trabajo. Llevaba una bata de casa, de brocado de Damasco, adornada con un cinturón de filigrana de oro. No llevaba más adornos y, con el pelo atado en un moño y la actitud de sereno respeto hacia Fathalla y el invitado, parecía un personaje exótico, extraído de un cuento de hadas. Bellarmino se sorprendió al principio y muy pronto la trató con la cortesía propia de un italiano. Emilie aceptó sus amabilidades con tanta calma, que. Bellarmino terminó perdiendo la suya. No comió con ellos. No participó en la conversación. Les servía y escuchaba y, llegado el café, se dispuso a marcharse.

Fathalla la retuvo.

—Siéntate, Emilie. Hemos de hablar de algunas cosas.

—¿Traigo para anotar?

—No hace falta. Son asuntos privados.

Bellarmino le miró fijamente. Fathalla no hizo caso y continuó:

—Como sabes, este amigo viene de Roma. Es uno de nuestros clientes más importantes. Quiere extender el comercio que realiza con nosotros a otra gente de Damasco. Le gustaría entrevistarse con alguno de los personajes más importantes del gobierno. Llévale después de comer a la bodega, revisa con él las listas y encárgate de sus llamadas telefónicas. Hablará solo en italiano o en francés. Si necesita un intérprete acompáñale.

—¡No hay necesidad! Puedo hablar en árabe.

—Hay necesidad —le dijo categóricamente Fathalla—. No debe hablar en árabe en esta ciudad.

»Tiene que ser el europeo inocente que no se sabe mover con soltura en un país extranjero. Será mucho más seguro para usted… y para nosotros.

Se volvió hacia Emilie.

—Debes saber que el señor Bellarmino es otro agente del gobierno de Israel. Seguramente te hará preguntas. Contéstale las que puedas.

El italiano estaba visiblemente molesto, pero se dominaba. Y dijo, intencionadamente:

—Quizá la señorita Ayub tiene la respuesta a la pregunta que le hice a usted.

—¿Qué era, Selim?

—Si quieres dejar este país y esperarme en algún lugar seguro durante un año o así.

—¿Y es eso lo que tú quieres, Selim?

—El señor Bellarmino piensa que sería conveniente.

—No me voy a casar con el señor Bellarmino. Me quedaré donde tú estés. Y te acompañaré adonde vayas.

—Quizá tengamos que quedarnos otros doce meses.

—Entonces nos quedamos juntos.

Bellarmino los interrumpió. Habló con la precisión de un cirujano.

—Siento decirlo, señorita Ayub, pero me parece que —y tengo que informar de esto a Tel Aviv— me parece que usted es un riesgo serio para Fathalla y aún mayor para nosotros.

—Entonces líbrese de nosotros dos.

Le habló con frialdad y firmeza.

—Esa decisión depende de Tel Aviv.

—¡No! —le interrumpió Fathalla—. La decisión es nuestra. Y la tomaré ahora mismo. No puedo sobrevivir como hombre sin Emilie. Usted cree que somos un riesgo demasiado grave si nos quedamos en Damasco. Bien. Nos retiramos ahora mismo. Y decidiremos el modo de conservar la red en buen funcionamiento y buscaremos otro hombre que la controle. Nos quedaremos el tiempo que haga falta para ultimar detalles. Pero Tel Aviv puede recibir nuestro aviso de partida ahora mismo.

—Se debe sentir muy halagada, señorita Ayub —le dijo agriamente Bellarmino—. Una mujer contra un país. Y gana la mujer.

—¡Es usted un imbécil! —le dijo Fathalla, furioso—. No es más que un fanático inútil. Le estamos entregando la vida y usted nos escupe a la cara.

Se puso en pie, pálido y tembloroso, y se desahogó amargamente contra su colega.

—Usted vive en un cómodo departamento de Roma. ¡Solo reparte mensajes por el Mediterráneo! ¿Qué demonios sabe de un trabajo como este? ¿Qué sabe en realidad de mí y de lo que significa soportar la soledad entre enemigos? Hace poco estuve enfermo. Deliraba. Y hablé en sueños. Emilie escuchó todo y pudo haberme traicionado en una hora y haberse asegurado así toda una vida y gran reputación. Para ella Israel era solo un nombre en el mapa. Para mí es un lugar que amo y donde no puedo vivir. Soy la patria de Emilie. Ella es la mía. ¿Qué más quiere de nosotros? ¿La última resistencia de los fanáticos de Masadá?

—Quiero saber lo que harían si les exigiera una cosa así —dijo Sergio Bellarmino.

—Yo se lo diré —le dijo Emilie Ayub—. Tragaríamos las píldoras, las píldoras que Selim tiene guardadas en la habitación secreta. Y nos iríamos a dormir en silencio. ¿Acaso los fanáticos hacen algo más?

Sergio Bellarmino no contestó. Se bebió el café, dejó la taza y sacó un cigarrillo. Fathalla observó sus tranquilos movimientos y las duras líneas de su rostro y se dio cuenta, de súbito, de que Bellarmino era un hombre sumamente peligroso.

CAPÍTULO NOVENO

Jerusalén Jordania

El viejo camino entre Jerusalén y Jericó hacía mucho tiempo que estaba cortado y ahora habían puesto minas a ambos lados de la línea de armisticio. La nueva carretera se desviaba unos quince kilómetros después de Betania y Betfagia y la torre fortaleza de la reina Melisenda. Bajaba después en dirección a las antiguas tumbas entre las cuales decían que estaba la del rey David (aunque nadie la había encontrado hasta el momento). Subía más adelante por la ladera del cerro del Mal Consejo donde, sin reparar en la ironía, tenía su residencia el jefe de la Comisión Mixta de Armisticio de las Naciones Unidas. Volvía a bajar a través de Sur Bahir y nuevamente subía a una colina desde la cual se alcanzaba a ver las espirales de Belén y, hacia el este y al borde del desierto, la tumba de Herodes el Grande; el que, después de la llegada de los reyes persas, ordenó la masacre de los niños pequeños.

Idris Jarrah lo había visto todo unas cien veces. No le importaba absolutamente nada la leyenda de los pastores y de sus visitantes angélicos, ni el mesías cristiano, ni los cruzados que habían asesinado en su nombre. Le preocupaba una experiencia nueva, una sensación casi sexual por su intensidad y la satisfacción que le deparaba. La había empezado a sentir apenas salió del hotel. Una vez más se estaba arriesgando por entero, tal como en los tiempos en que corría por los cerros de Judea realizando misiones de hostigamiento contra los usurpadores judíos.

Si lo consideraba en estricta y fría lógica, este viaje al territorio de la O. L. P. era una completa locura. Estaba exponiendo la vida en el supuesto de que los guerrilleros palestinos aún no sabían nada de su traición ni sabrían nada de ella por lo menos durante doce horas más. Pero, si la suposición era correcta y le seguían aceptando como director de operaciones, su palabra tendría más poder sobre ellos que la ley de los medos y los persas; y buscarían

medios para que cruzara la frontera y caminara al día siguiente —al alba siguiente— en calidad de hombre libre en Israel.

El viejo Hamid, que fabricaba candelabros en Belén, tenía un hijo que conocía el modo de pasar por un sendero donde no había minas y donde se podía cortar el alambre espinoso, un sendero que después de una hora de cuidadosa marcha podría dejarle sano y salvo en la Jerusalén Nueva. Abdul, el pastor, le había hablado de un túnel que empezaba —como una caverna— en Jordania y atravesaba entre los cerros hasta una salida segura en Israel. Había por lo menos una docena de hombres con esas cualidades entre Belén y Hebrón, pero siempre había negociado con ellos por intermedio de Café Blanco, el jefe de las guerrillas de la bolsa del sur, que trabajaba de día como maestro en una aldea de Hebrón y por la noche entrenaba artilleros y grupos de dinamiteros de la O. L. P.

Café Blanco era un hombre amable, bien educado y siempre servicial. Tenía buenos amigos entre los armenios, los ortodoxos y los católicos romanos que cuidaban de los santuarios cristianos.

Y también se preocupaba de su pueblo. Les prestaba dinero, arbitraba en sus disputas, actuaba de testigo en los matrimonios. Nadie le había visto enfadarse. Pero había rumores y leyendas —un denunciante muerto a palos, un saboteador vacilante apuñalado y arrojado a un pozo seco— que hacían temible su nombre y mantenían incólume e indiscutida su autoridad. Idris Jarrah había encontrado en él un colega competente y agradable. Esperaba que ahora le sirviese de voluntario colaborador en sus designios particulares. Pero antes le haría algunas preguntas. ¿Por qué arriesgaba su cabeza tratando de cruzar la frontera? ¿No lo había hecho nunca y por qué lo quería hacer ahora? ¿Y por qué solo? ¿Qué objetivo justificaba el riesgo de un hombre de su posición que, si lo cogían los israelitas iba a convertirse en una verdadera mina de informaciones sobre la O. L. P.? Idris Jarrah debería responder rápida y exactamente a tales preguntas y tendría que desplegar una fuerza de convicción suficiente para que no quedara la menor duda sobre la urgencia y autenticidad de su misión.

Así pues, llegado a Belén, Idris Jarrah le pagó el doble al taxista y le despidió, entró en la iglesia de la Navidad y se sentó, como cualquier cristiano, en un ángulo oscuro y se dedicó a meditar. La meditación resultó fructífera y destilaba gracia sensual: Le dio la humildad necesaria para no descartar tranquilamente la sabiduría de serpiente de Safreddin, las sutilezas

del sin nombre del Cairo ni la astucia animal del cafetero. Le dio prudencia para no perder una vía de escape antes de asegurar la otra. Y, finalmente, le llevó a una serie de precisas conclusiones.

En primer lugar, debería reservar una habitación en el hostal de los peregrinos de Belén. No dormiría allí, pero eso no tenía importancia. Su nombre quedaría allí registrado. Y conservaría el escondrijo del hotel Intercontinental. Evitaría un encuentro personal con Café Blanco. Le telefonearía desde Belén. Le pediría un guía y un punto de reunión para un agente que debía cruzar la frontera aquella misma noche en misión específica. Y si Café Blanco le pedía más datos, Jarrah invocaría la autoridad de el Cairo y le amenazaría con retirar los fondos que el otro sabía que traía consigo. Si había más objeciones, interrumpiría la conversación y regresaría a su escondite del Intercontinental.

Cuanto más lo pensaba, más oportuno le parecía el plan. En el mejor de los casos, llegaría a Israel al amanecer, armado de otro pasaporte. Y en el peor, revelaría a la O. L. P. que estaba oculto en algún lugar de Jordania occidental, suposición que ellos harían de todos modos.

No le quedaba, en realidad, otro recurso. Caminó por la calle polvorienta y calurosa y se dirigió enseguida a la estrecha callejuela que llevaba al hostal de los peregrinos. Vacilaron un momento antes de aceptar la inscripción de quien se presentaba sin equipaje ni pasaporte, pero el pago adelantado de dos días y la promesa de presentarse por la noche documentado y en forma, les hizo entrar en razón y aceptarle. Firmó de modo ilegible y se marchó al correo.

Le costó media hora localizar en Hebrón a Café Blanco y diez minutos identificarse y explicarse en la jerga propia de las guerrillas. Pero —Alá sea bendito— Café Blanco se mostró bien dispuesto y eficaz. Aceptó la historia de Jarrah. Sentía mucho no poder intervenir personalmente en la operación. Debía partir a Nablus apenas terminara con las clases en el colegio. Sin embargo, le dejaría todo a punto. El viajero se debía presentar una hora antes de medianoche en casa de Hamid, el fabricante de candelabros. Y desde allí le pasarían de mano en mano hasta dejarle dentro de territorio israelí al amanecer. Café Blanco preguntó discretamente por la salud de su hermano.

Jarrah le aseguró que su hermano estaba muy bien, a pesar del calor. Café Blanco se rio y le dijo que esperaba ver a su hermano dentro de poco. Necesitaba dinero. Jarrah se rio también y le dijo que su hermano solo esperaba el momento más conveniente para pagar todas sus deudas. Se

bendijeron mutuamente y todo quedó a punto sin más problemas ni preguntas, como cosa reglamentaria.

Idris Jarrah se quedó sentado en la fétida cabina y se rio hasta que se le empañaron las gafas.

Sacó el pañuelo para limpiarlas. Le temblaban las manos y se le cayeron al suelo. Afortunadamente, no se rompieron. Se habría sentido muy desprovisto sin ellas.

Beirut

El embajador de los Estados Unidos en la república del Líbano era hombre cordial por naturaleza. Sonreía con facilidad. Escuchaba pacientemente. Desplegaba toda suerte de detalles amables, lo que hacía que todos sus visitantes se sintieran importantes y estimados. Había vivido mucho tiempo en el mundo árabe y comprendía la utilidad de la línea oblicua. Nunca decía que sí ni que no. Alentaba la elocuencia de los demás; pero nunca hablaba demasiado. Era muy fácil subestimarle, cosa que más de un colega había comprobado para su desgracia. Hacía cualquier favor, especialmente los que no le costaban nada. Cuando tenía que ejecutar diplomáticamente a alguien, efectuaba la maniobra con tal delicadeza que la víctima sufría por él y moría bendiciéndole.

Respetaba profesionalmente a Mark Matheson, aunque abrigaba ciertas dudas sobre el personaje.

El hombre era un banquero excelente. Bien educado e informado. Comprendía y sabía interpretar inteligentemente las ecuaciones monetarias de la política, aunque solía ser ingenuo frente a las tendencias tribales y carismáticas de las relaciones en el Oriente Medio. A nivel social, llevaba vida impecable. Mantenía discretamente oculta su vida privada. Y, aunque nunca se había puesto a prueba su lealtad con su país, tampoco se podía dudar de su integridad al respecto. Dudaba de él a nivel intuitivo, no a nivel racional. Si hubiera tenido que dejar escritas tales sensaciones, lo habría hecho mediante una serie de negaciones. A Mark Matheson le faltaba energía. No se le podía apreciar una dirección fija. Impresionaba bien por su simpatía, pero se notaba cierta falta de carácter. No provocaba ni mala voluntad ni entusiasmo: e incluso sus mujeres —había varias— le describían solo con términos de afecto indiferente.

Hoy, sin embargo, el embajador apreciaba cierto cambio en su actitud. Le había contado con mucho nervio aquella historia de que los rusos querían comprar el banco Fenicio. Y defendió la causa de compra por los norteamericanos con pasión que traducía a desespero.

—No nos equivoquemos, señor. Si los rusos se apoderan de nuestro banco, podrán manipular su programa de inversiones de modo que obtuvieran el máximo de ventajas políticas. Podrían llegar a controlar las instituciones donde tenemos dinero invertido. Podrían establecer alianzas que de otro modo no habrían podido ni siquiera soñar. Podrían comprar amigos y apartar a sus enemigos.

Podrían ejercer una influencia desproporcionada en la política del Líbano así como en las cuestiones petroleras… Y no me gustaría nada que sucediera así.

—¿Está convencido, Mark, de que va a suceder eso? El embajador hizo la pregunta sin inmutarse.

Matheson la pensó un instante y le respondió con precisión.

—Sé que esta mañana hicieron el primer sondeo. Y sé que el señor Chakry está dispuesto a discutir la posibilidad.

—Según mis datos, ya está soportando mucha presión desde muchos lados.

—Así ha sido. Y está desilusionado y desengañado de la conducta de los que consideraba sus amigos. Creo que está dispuesto a vender.

—¿Y cree que alguna empresa norteamericana compraría el banco?

—Sí. Pero el gobierno de los Estados Unidos no es una institución bancaria. Es un organismo político.

No veo por dónde ni cómo podríamos intervenir.

—El interés de los rusos convierte todo esto en una cuestión política, señor embajador. Por eso me pareció que le debía hablar sobre el asunto.

—Me alegro de que lo haya hecho, Mark. Pero no veo muy claro lo que me sugiere que haga.

—Yo tampoco lo veo muy claro.

Matheson trataba de seducirle con el máximo de franqueza.

—Creí que usted quizá pudiera informar de esto al Departamento de Estado, el cual, a su vez, podría recomendar que una corporación bancaria norteamericana estudiara el asunto.

El embajador arrugó la frente y pensó el punto. Finalmente sacudió la cabeza.

—Una maniobra muy delicada para hacerse dentro de una sociedad de libre empresa, Mark. No creo que nadie esté dispuesto a intervenir en esto.

—Como banquero y como ciudadano particular, creo que se les debiera dar la oportunidad de pensarlo… a nivel político.

—Eso está muy bien, Mark. Sin embargo, como diplomático, veo las cosas de otro modo. Me parece que debemos informar al Departamento de Estado sobre el interés de los rusos en el banco y dejar que allí decidan si conviene dar más vueltas al asunto. De este modo evitaremos hacer una recomendación directa, cosa que, a la larga, podría resultar equivocada.

—Me parece suficiente. Siempre que los rusos no se muevan más rápido de lo que esperamos.

—¿Si no hay más compradores, Mark, por qué se van a mover tan rápido? Y en todo caso ¿cuánto tiempo haría falta para ultimar una transacción de esa especie?

—No mucho. Las cifras están disponibles.

—¿Las aceptarán los rusos?

—No veo razón alguna para que las rechacen. Tienen que confiar en el crédito del banco.

—Que actualmente es muy poco, ¿verdad?

—En cuanto a cifras comerciales, no. Lo peor que podría decir es que esas cifras están afectadas por la actual situación política. Pero se aclararían rápidamente durante la negociación final.

—¿Sabe Chakry que se entrevistaría conmigo, Mark?

—Sí. Le pedí autorización. Tenía que hacerlo.

—¿Se opuso a la idea?

—No; se mostró más bien indiferente.

—Eso es algo raro.

—¿Por qué, señor embajador?

—Una propuesta norteamericana significaría una subasta. Y una subasta subiría el precio del banco. Y Chakry difícilmente sería indiferente a una posibilidad de tal envergadura.

—Eso mismo le dije yo. Pero su respuesta me pareció clara en relación con su actual estado de ánimo: «No tengo ganas de tomarme la molestia».

—¿Y le creíste?

—Sí. Le creí y le creo.

—A mí me parece una incongruencia de Chakry. Aunque no le conozco tan bien como usted.

—En cierto sentido lo es. Pero en otro no. Chakry se abrió camino luchando hasta la cumbre. Tiene que luchar para permanecer allí. Y me parece razonable que crea llegado el momento de retirar las ganancias y dedicarse a la vida fácil.

—Otra pregunta, Mark. ¿No sería más fácil hablar directamente con algún banco norteamericano sin tocar para nada la parte política?

—No puedo hacerlo, a menos que Chakry me lo pida. Soy un empleado del banco. Chakry es quien posee la mayor parte de las acciones. Le pedí permiso para hablar con usted porque soy ciudadano norteamericano y está en juego mi lealtad con el país.

—¿Y ahora…?

—Usted tiene ya los datos, señor embajador. Usted debe decidir cómo usarlos.

El embajador se apoyó en el respaldo del asiento y empezó a jugar con el abrecartas sobre el papel secante. Por primera vez parecía incómodo. No quería terminar la conversación, pero tampoco sabía cómo continuarla. Finalmente le dijo a Mark:

—Me ha respondido con franqueza, Mark. Voy a serle franco también. Chakry es un gran hombre con mala fama. Cuanto más sabemos de él, menos nos gusta. Juega demasiadas cartas bajo la manga… cartas que nada tienen que ver con la banca. Durante la última semana nos llegaron varios informes sorprendentes del servicio de inteligencia en los cuales se le mencionaba de modo prominente. No quiero complicarte con ellos, porque eres un servidor en un puesto de confianza. Ni siquiera te estoy insinuando que sepas algo al respecto. Sin embargo quiero que me contestes claramente a una pregunta, que me contestes con un sí o con un no. ¿Tienes confianza en el señor Chakry, en el trabajo que haces para él y con él?

—En el trabajo que hago —que es lo único que conozco— sí, tengo confianza en él.

—Te hago la pregunta de otro modo, entonces. Me estás recomendando que alguna empresa norteamericana compre el banco Fenicio. ¿Y recomendarías esa compra a base de las cifras de Chakry?

—Siempre recomendaría a cualquier empresa, que solicitara primero una investigación independiente antes de firmar contrato alguno. Pero esto es solo cuestión de sentido común.

—¿Y las cifras se mantendrían en pie?

—¿Qué quiere que le diga, señor?

Matheson hizo un esfuerzo para subrayar su irritación.

—Somos una institución solvente que hasta ahora ha ganado dinero. Los interventores que tenemos —una de las empresas de mayor prestigio mundial — han firmado las cuentas. No puedo darle más datos.

—No, me imagino que no.

El embajador se puso en pie y le alargó la mano.

—Gracias por los informes, Mark. Los discutiré con el encargado de negocios y después enviaré un memorándum a Washington. El asunto ya no dependerá de mí.

Dos minutos más tarde, de pie junto a la puerta de la embajada se preguntaba si había actuado de manera imprudente y, sabía, se daba perfecta cuenta, de que se había convertido definitiva e irrevocablemente en un mentiroso. Lo más extraño era que no se sentía culpable al respecto, que solo experimentaba agudo resentimiento por haberse visto forzado a recurrir a aquel ultimo y elemental instrumento de supervivencia. Estaba resentido con el embajador, que con tanta facilidad le había destrozado el disfraz virtuoso. Estaba resentido con Chakry, que por tanto tiempo le había llenado de mentiras y se las había condimentado con la suficiente dosis de verdad que las hacía comestibles. Estaba resentido con el personaje débil y vergonzoso que habitaba dentro de su piel, con el personaje que le incitaba a hacer innobles locuras y nunca a emprender las grandes y arriesgadas obras de su señor. La bocina de un coche sonó a sus espaldas con tal fuerza que dio un salto hacia la verja de hierro de la embajada. Se volvió en redondo, furioso, y descubrió a Lew Mortimer, que le sonreía por la ventanilla de un lujoso automóvil.

—¡Hola Matheson! Sube. Te llevo a la ciudad.

—¡Por Dios, Mortimer! ¡Me has asustado de veras!

—Te hacía falta un buen susto. Parecías uno de esos hombres que llevan un mono a la espalda. ¡Vamos, bebamos algo por ahí!

No tenía fuerza para negarse. No podría soportar una discusión desagradable con aquel charlatán.

Subió al coche.

Mortimer sonreía.

—Las cosas se ponen difíciles, ¿verdad muchacho?

—No más que de costumbre.

—He oído otra versión. Supe que Chakry se dedica a espía. Ahora negocia con informaciones… Se las vende a Kuwait y a Jordania.

—No sé a qué te refieres.

Mortimer le miró de reojo. Y asintió.

—Te creo. Eres la clase de hombre que hace su trabajo en el despacho y después se marcha por ahí con rameras. Pero debieras leer las noticias, hombre. ¡Muy interesante! Un excliente de ustedes se ha ocultado porque le persigue la policía debido a una denuncia —bien pagada— que hizo Chakry. Se llama Idris Jarrah. Trabaja para la O. L. P. Le vendió a Chakry unos datos sobre las operaciones próximas en Jordania. Chakry negoció después la grabación magnetofónica y el recibo de Jarrah. Dicen que ganó bastante con la operación.

—¿Dónde diablos te han contado todo eso?

Mortimer volvió a reírse.

—Toda la ciudad lo comenta. La prensa lo dice. Pero no cita el nombre de Chakry. La C. I. A. lo sabe. El embajador lo sabe. Le estaba hablando de este asunto antes de que llegaras tú. Es raro que no te lo haya dicho.

—No me dijo nada.

—¿Por qué sería?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? No tocamos el tema.

—¿Has pensado en mi proposición?

—No.

—Creo que deberías pensar en ella. Todavía estás limpio, muchacho. Lo sé. La mayoría de la gente lo sabe. Pero si te quedas más tiempo en el Fenicio se te va a pegar la mugre. Y perderás importancia y valor. Incluso en el Líbano. Si no dicen que eres deshonesto, dirán que eres torpe. Y esto es muy grave en nuestro oficio.

—¿Nunca me dejarás en paz?

—Te lo he dicho. Sé odiar. Eres un buen banquero. Mientras estés limpio, te podré emplear.

—Vamos a beber algo —le dijo Mark Matheson, cansado.

—Te invito —le dijo Mortimer—. Y si no me interrumpes te diré punto por punto lo que va a suceder al señor Nuri Chakry en las próximas tres semanas.

Se lo dijo. Se lo dijo en el bar del hotel Fenicio y con tal abundancia de detalles concretos y tan perfecta y demoledora lógica que Matheson quedó perplejo. Terminó con un resumen que parecía una sentencia de muerte:

—A Chakry solo le queda un lugar donde ir: ¡Fuera del Líbano! Tiene preparados dos refugios. Los dos están en Sudamérica. En los dos tiene bastante capital para vivir desahogadamente. Uno de los dos puede conceder la extradición. El otro no. Lo sé porque mis abogados han realizado el estudio al respecto. Pero ya no podrá hacer nada ni en el Líbano, ni en Europa, ni en

ningún sitio del mundo árabe. La jugada de Jarrah ha terminado definitivamente con él. Así que ya puedes irte preguntando a dónde irás después de los funerales.

—Según Chakry —le dijo Matheson, lentamente—, no habrá ningún funeral.

—¿Y te lo crees?

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque te necesita, muchacho. Te necesita como un cadáver necesita quien lo embalsame… para ocultar la hediondez. Necesita tu cara bonita y honrada en el despacho, mientras procura evadirse por la puerta de servicio justo antes de que llegue la policía. ¡Vamos, Matheson! ¡Sé honesto contigo mismo! Necesita cincuenta millones, por lo menos, para salir del lío. ¿Por qué no los saca a relucir ya?

—Dice que los tiene.

—¿Dónde y de quién?

—No lo sé.

—¿Se lo has preguntado?

—Sí. Pero solo sonríe y dice que los tiene. Y que los utilizará en el momento oportuno.

—¡Una cortina de humo!

—Quizá no sea así.

—¿Quieres ponerle a prueba?

—Por supuesto. Ojalá pudiera.

—Puedes hacer esto: Mañana te enfrentas con él en su despacho. Le dices que te han ofrecido otro empleo. Es la verdad. Yo te lo ofrezco. Dile que quieres seguir con él, pero que necesitas pruebas tangibles de que tienes buen porvenir en el banco Fenicio. Dile que te muestre el dinero. Y agrégale otra cosa. Que se lo controlaré dólar por dólar en siete días.

—¿Lo podrás hacer?

—¡Por supuesto que sí, si me da el control efectivo de las inversiones!

—No lo aceptará.

—No importa. Pero es la oportunidad buena de probarle. Puede que te haga falta un poco de valor. ¿Y qué vas a perder al cabo?

—Nada.

—¡Entonces juega, compañero!

Mortimer le sonrió por detrás del vaso. Matheson estaba demasiado confundido como para aclarar si la sonrisa era de aliento o de burla. Por otra parte, la bailarina le estaba esperando para cenar e irse a la cama. Y

Matheson, allí, por lo menos podría luchar con alguien que estaba a su misma altura.

Jerusalén Israel

El puesto de observación israelí era un bunker de hormigón situado en lo alto de un cerro desnudo que dominaba el valle de Hebrón. Hacia el norte, el sur y el este, dominaba la planicie rocosa, las pequeñas aldeas que brillaban al sol, los desfiladeros y depresiones de los cerros bajos.

Jacob Baratz estaba de pie en la plataforma protegida por sacos terreros, frente al bunker, y observaba, junto con el jefe del estado mayor y sus ayudantes, el helicóptero que cruzaba, negro y retumbante, contra el resplandor del cielo. El helicóptero llevaba un observador que estudiaba los movimientos y la circulación de la carretera de Hebrón enviando los datos en hebreo al operador de radio del bunker. Oían la voz monótona vibrar en el aire seco y veían cómo las instrucciones se transformaban en símbolos en la superficie de plástico del mapa de operaciones.

Era una extraña escena estática, como un ensayo en un escenario vacío. No daba sensación de urgencia ni de peligro alguno. Los actores permanecían de pie, silenciosos y relajados, escuchando el ruido del helicóptero y las palabras precisas del observador. La planicie estaba desierta, excepción hecha de un beduino inmóvil como breve estatua negra apoyada en el cayado y que cuidaba así de su rebaño. Las aldeas parecían cementerios de apretadas paredes de piedra. El espacio aéreo era un vacío resplandeciente donde el negro aparato evolucionaba sin que nadie le desafiara. La ilusión teatral era tan fuerte que Jacob Baratz tuvo que hacer un verdadero esfuerzo físico para volver a la realidad.

La aldea no estaba muerta. En ella había niños que cantaban números en la clase; mujeres que hacían la limpieza y lavaban ropa; trabajadores artesanos, y labradores que cuidaban la escasa tierra en la linde de las fronteras. Había un puesto de policía donde seguramente profesionales, como él, estarían contemplando el helicóptero y tratando de explicarse aquel vuelo aparentemente sin sentido y hombres también en armas; tropas irregulares que dedicaban la vida a acabar con Israel para recuperar el pedazo de tierra que antaño les había pertenecido. Hacia el oeste, en aeropuertos secretos, había aviones de combate. Los tanquistas revisaban sus vehículos, se reunían los camiones de transporte; mucha gente preparaba las armas para una operación

que podría hacer que el valle floreciera de fuego y producir una explosión que quizá sonase por todo el planeta.

Miró por encima del hombro del oficial que estaba anotando las instrucciones y datos que comunicaba el observador aéreo. No había cambios significativos en el orden de batalla previsto. A menos que se produjeran cambios en las próximas treinta horas, deberían atacar conforme a lo estipulado. Le alegraba no tener que discutir y volver a ser el preciso mercenario, a quien pagan por un trabajo bien hecho y puede dormir profundamente una vez que lo ha concluido. Se sentía feliz con la posibilidad de volver a compartir la sencilla camaradería de los que mantienen la vigilancia sobre los cerros de Judá.

El jefe del estado mayor le hizo una pregunta.

—¿No hay nada nuevo, Jacob?

—Nada importante. Los movimientos de tropas están dentro de lo normal. El resto es circulación civil y turística. Y no hay cambios en el dispositivo de defensa aérea.

—¡Bien! Que vuelva el helicóptero. Que repita lo mismo mañana por la mañana y por la tarde.

El encargado de trasmisiones dio la orden y muy pronto el aparato cambió de dirección volviendo a casa. Conversaron unos diez minutos más sobre el cerro y después Baratz y el jefe del estado mayor volvieron a su vehículo.

—Me iré contigo al punto de reunión general, Chaim —dijo Baratz—. Y si no hay ninguna novedad regresaré inmediatamente a Tel Aviv. Subiré otra vez mañana por la tarde.

—No hace falta que vuelvas, Jacob. Ya entramos en operaciones.

—Me gustaría venir —le dijo Baratz.

—Como quieras.

Mientras bajaban por los desfiladeros rocosos hacia el punto de reunión, el jefe del estado mayor preguntó a Baratz:

—¿Cómo te encuentras ahora, Jacob?

—Mejor. Casi perfectamente.

—Pero aún no te has convencido.

—No.

—Es demasiado fácil ¿verdad?

—Demasiado fácil.

—No puedo dejar de pensar en lo distinto que sería todo si se hubiera decidido atacar a los sirios para arrebatarles las montañas de Galilea. La batalla resultaría sangrienta.

—Seguramente tendremos que darla de todos modos… Y quizá muy pronto.

—Ya lo sé.

—He vuelto a estudiar esa zona. Hemos pedido más información a nuestro hombre de Damasco.

Hasta el momento nos mantiene al día en cuanto se refiere a la disposición de tropas, pero tenemos un peligroso vacío de información.

—¿El mismo de siempre?

—Sí. No tenemos plan detallado de las fortificaciones sirias en las alturas. Tienen que ser complicadas: las han estado dirigiendo los rusos. Pero carecemos de planos. Los sirios no suelen ser buenos guardadores de secretos, pero en este caso su sistema de seguridad parece impermeable.

—Sin embargo nos queda aún nuestro plan de batalla.

—Fundado en barrera artillera y bombas napalm. No me parece el ideal. La primera ola de infantería podría ser acribillada.

—¿Y no nos puede ayudar tu agente?

—Figura en su lista. Sé que está trabajando al respecto. Pero falta tiempo para que consiga esos datos. No le he presionado, porque nosotros también tenemos tiempo. Por lo menos así parece. Aunque ahora ya no estoy tan seguro.

—Yo tampoco, Jacob. Preferiría que dieras prioridad a este proyecto sirio. Detengámonos un momento.

Estaban en la ladera de un alto cerro que caía abruptamente sobre un valle plano y amplio, cubierto de pinos jóvenes. Después de tanto cerro desnudo, el verde del valle era un descanso para la vista y el espíritu… hasta que, después del primer momento de placer y de sorpresa, se descubría que el bosque estaba vivo, lleno de hombres acampados bajo los árboles; que cada claro era una zona de estacionamiento de tanques y vehículos acorazados, un verdadero zoológico lleno de monstruos mortíferos.

—Impresionante, ¿verdad?

—Una apisonadora para aplastar a un escarabajo —dijo Baratz, secamente —. ¿Habéis invitado a la prensa?

—No. Máxima seguridad y máxima sorpresa. La prensa ya vendrá cuando todo haya terminado y podrá adornar la historia como quiera.

Baratz alzó los anteojos de campaña y examinó el valle con mirada de profesional.

—Buen despliegue. Algo débil el camuflaje en un par de sitios. ¿Eso es todo?

—No. El resto vendrá esta noche. Será un buen ejercicio de control de circulación nocturna. Bajemos a hablar con Zakkai y sus hombres.

—Antes de que bajemos, Chaim…

—¿Sí?

—Un asunto personal. Quiero hablarte.

—Adelante.

—Nuestro agente de Damasco se va a divorciar dentro de poco. Su esposa está de acuerdo. Lo he arreglado todo con los rabinos. Está enamorado de una joven de Damasco.

—Lo cual no es muy bueno desde nuestro punto de vista, Jacob.

—No. Pero a menos que le retiremos del servicio activo inmediatamente —cosa que no quiero hacer— tendremos que aguantarnos y ver qué sucede.

—Me dijiste que era un asunto personal, Jacob.

—Lo es. Y mucho. Estoy enamorado de su esposa.

—Oh…

El otro estaba sorprendido. Y se quedó en silencio un instante.

—¿Y qué será de Hannah?

—Lieberman me dijo que no había esperanzas. Ya he esperado bastante para estar seguro.

—¿Y qué quieres que te diga, Jacob?

—Nada. Pero creí que debía decírtelo.

—Gracias. Es una cuestión difícil y dura. Lo siento. Pero no altera en absoluto nuestras relaciones, ni profesionales ni personales.

—Pero a mí me ha afectado de otro modo —le dijo Baratz en voz baja—. Me ha afectado a nivel profesional.

—¿Cómo?

—Me preguntabas por los planes de las fortificaciones No le he presionado por una razón de orden personal.

—¿Qué es?

Jacob Baratz le citó, irónica y amargamente, las palabras del profeta Samuel:

—Y David escribió a Joab y le dijo: «Envía a Urías a la primera línea de combate y déjalo solo para que le hieran y maten… Y Urías, el hitita, murió… Y cuando terminaron los lamentos, David se llevó a Betsabé a su casa y la hizo su esposa…». No podía correr tal riesgo, Chaim, sencillamente no podía.

—¿Y ahora puedes?

—Sí. Fathalla pidió el divorcio. Judit no intervino para nada en su decisión. Y no es ni mi amante ni mi esposa.

—¿No te parece que estás viviendo una moralidad peligrosísima?

—¿Y esa no lo es?

Baratz levantó el brazo y señaló los campamentos del valle.

—Y ahora no hay profetas que puedan revelarnos la voluntad de Yaveh.

—No te culpo de nada, amigo mío —dijo el jefe del estado mayor, suavemente—. Y no tienes por qué justificarte ante mí.

—¿Ante quién entonces?

—Ante ti mismo. Pero de verdad necesitamos saber los datos de esos emplazamientos, ¿no te parece?

—Sí. Tenemos que averiguarlos.

Volvieron al coche y bajaron hacia la sombra de los pinos del jardín de los monstruos.

Damasco La noche de su vuelta de Beirut, el coronel Omar Safreddin presidió la reunión semanal del Club Hunafa y escogió como texto fundamental de su discurso la Surah que se suele llamar «AlMujadila»:

> «¡Oh, vosotros, creyentes! Cuando conspiráis juntos, no conspiréis para cometer crímenes y malas acciones ni para desobedecer al mensajero; conspirad juntos en pro de la rectitud y la piedad y permaneced al servicio de Alá que os mantendrá unidos…».

Leyó dos veces el texto, para que todos lo recordaran perfectamente. Y después empezó a tejer su discurso en torno al mismo, apasionada y violentamente:

—En nombre de Alá, el benévolo, y el misericordioso… Habréis notado, hermanos míos, que el profeta, en esta revelación, establece una clara distinción entre dos especies de conspiración. No dice que la conspiración sea, en sí misma, un acto malo. Por el contrario, la recomienda cuando persigue un fin bueno. Somos conspiradores: nos reunimos a discutir en privado lo que en público crearía disputas y disensiones. El profeta nos habla a nosotros… «¡Todo el que cree!». Somos creyentes. Creemos en el Islam, creemos en la misión unificadora del Islam. Creemos que el Baas es su instrumento político. Creemos en el derecho que tiene el iluminado a aconsejar y el fuerte a mandar. La conspiración en que estamos comprometidos es para darnos luz, conspiración para probar nuestras fuerzas en secreto antes de que debamos emplearlas abiertamente. Pero hay otros,

aquí y en otros lugares, que conspiran en sentido contrario y buscan el crimen y los actos perversos… Debemos expulsarlos de nuestro seno antes de que se conviertan en plaga… En la última reunión os hice una pregunta: suponiendo que hubiera agentes israelíes en Damasco, ¿cómo y dónde empezaríais a buscarlos? Si tenéis alguna respuesta me gustaría escucharla ahora mismo…

Se produjo un silencio breve e intranquilo que hizo perder la paciencia a Safreddin.

—Hablad por orden de antigüedad y graduación. ¡Usted, comandante!

El comandante era un hombre de baja estatura, fuerte, de estructura de luchador; pero hablaba con voz suave y baja.

—Le buscaría, coronel, en lugar de poca importancia. Eli Cohen vivía ostentoso y a la vista de todos. Este debe vivir de modo vulgar y en contacto con gente sin importancia.

—¿Y cómo va a obtener así información sobre asuntos de importancia?

—De la misma gente de segundo orden a que hacía referencia… de empleados, secretarias, funcionarios que harían cualquier cosa por un poco de dinero extra, un portero, un camarero que sirve en una embajada, un conductor de camiones del ejército, un operador de radio. Esa gente ve y escucha más de lo que imaginamos.

—¿Y conocerá esa gente a su jefe?

—No. Le cambiarán constantemente. Debe haber aprendido mucho de los errores de Cohen. Y Cohen estaba siempre en contacto directo con sus fuentes de información.

—¿Necesitaría entonces una red organizada?

—Exactamente.

—¿Y cómo la controlaría?

—Por un sistema de grupos… de tres, de cinco…

—¿Y dónde buscaría los líderes de cada grupo?

—Buscaría hombres necesitados de dinero. Hombres necesitados de amigos. Al hombre rencoroso. A la mujer que busca amante. Y nunca trataría directamente con ellos; siempre lo haría a través de terceros.

—¿Y quiénes serían esos terceros?

—Alguien que pueda hacer favores. Un oficial que dé licencias y permisos, un comerciante que dé crédito. Un médico, un funcionario de aduana.

—¿Me puede esbozar un retrato de ese espía?

—No, coronel, no puedo.

—¿Capitán Shabibi?

Era un hombre joven, delgado y estudioso. Estaba un poco nervioso al verse sometido al interrogatorio del gran Safreddin.

—No creo, coronel, que nos sirva de mucho un retrato. Un hombre puede cambiar de rostro en diez minutos. Y sirve de poco saber si tiene buena posición o se oculta entre gente de segunda o tercera fila. Creo que nos acercaremos mucho más a él si estudiamos los modos que puede tener para comunicarse con sus superiores.

—¡Muy bien!

Safreddin le aprobó fríamente.

—Continúe capitán, por favor.

—Rara vez utilizará el correo que, por otra parte en Siria no es muy perfecto ni de fiar.

Vaciló al decir esto último.

En la habitación se escucharon algunas risas; pero la expresión de Safreddin las frenó enseguida.

El joven capitán siguió hablando:

—Eli Cohen utilizaba a veces mensajeros. Pero esto le obligaba a desplazarse, a encontrarse con mucha gente y a reunirse en lugares extraños. Y un agente debe enviar informes regulares. A veces estos pueden ser urgentes. Por eso creo que necesita una radio. Tenemos un sistema de detección. Y también un equipo perseguidor. Los he examinado. El equipo no es perfecto para una investigación policial. El personal, por otra parte, no está bien entrenado.

Esta vez no se rio nadie. Pero Safreddin sonrió.

—¿Podría explicar mejor su caso, capitán?

—Puedo hacerlo, coronel. Anoche me encontraba en la estación de seguimiento. Captamos una emisión no identificada, que trasmitía desde aquí en grupos cifrados. Solicitamos la ayuda de los detectores de dirección. Una de las máquinas estaba en mal estado. Y antes de que la otra alcanzara a darnos el primer dato, la estación había desaparecido del aire. Todo lo que conseguimos fueron treinta grupos cifrados… imposibles de descifrar. Encontrará una copia de las señales y un informe al respecto sobre su escritorio.

—Ya lo he visto, capitán. Muy claro y conciso. Le felicito.

—Gracias, coronel.

—Y desde mañana contaremos con cuatro detectores de dirección en la zona de Damasco… ¿Tiene algo que decir, capitán Kasem?

—Quería referirme al dinero. Una red de espionaje utiliza mucho dinero y lo necesita constantemente al contado. Esto significa que hay mucha gente que está gastando un dinero cuya procedencia no podría explicar… Y por allí podríamos dar también los primeros pasos.

—Pero aún no los hemos dado, al parecer.

—No, coronel.

—¿Ha pensado en la razón?

—Sí. Está muy controlado el dinero que sale del país. Pero no se controla el que entra. Bajo el nuevo… bajo el nuevo gobierno se ha creado cierta desconfianza de los bancos. La gente está ocultando su dinero para que nadie repare en ella.

—¿Cree usted que nuestra política está equivocada en ese sentido, capitán?

—No me opongo a eso coronel, pero…

—Entonces la debes criticar como el hermano prudente que eres. Si existe algún defecto, lo debemos tratar de remediar mediante la crítica fraterna. ¿Estaba diciendo…?

—Que desde el punto de vista de los servicios de inteligencia, tenemos una desventaja con las restricciones de la circulación monetaria.

—De acuerdo. Pero tenemos también otros problemas a que atender. El servicio de inteligencia solo es un elemento de la vida nacional. Si empezamos a preguntar en la frontera a todos los turistas qué dinero traen, nos quedaremos finalmente sin turistas. El turista que viene dispuesto a gastar en Siria tiene toda la razón si exige que no se le moleste…

Recuperó la calma y se sentó, en un cojín de cuero, entre sus hombres.

—Pero la observación es válida. Esta misma mañana estuve examinando las cuentas bancarias de los que tienen fondos en el extranjero. Surgieron hechos muy interesantes. Dos conocidos ciudadanos habían estado engañando mucho tiempo al gobierno: mantenían dinero en el extranjero en lugar de repatriarlo como exige la ley. No son espías. Son criminales, sin embargo. Se les castigará con severidad. Otro ciudadano —y su caso puede resultarnos un interesante ejercicio— no ha hecho nada ilegal. Pero descubrí que se financiaba con importante crédito de una empresa italiana.

Por pura casualidad tuve que revisar la lista de las personas que han entrado en Damasco durante estos dos últimos días. Y allí aparece el nombre de ese financiero amigo. Nuestras investigaciones revelaron que se hospeda en el Hotel de los Califas y que ha venido a realizar más inversiones en Siria. Esto no tiene nada de sospechoso. Por el contrario, damos la bienvenida a

cualquier inversionista extranjero, con tal que no se transforme en un explotador. Así pues, aquí tenemos al empresario extranjero y al hombre a quien ya ha prestado dinero con anterioridad. Un expediente neutro y nada más. Pero el hombre a que prestan dinero es un iraquí que trabaja para el gobierno.

Así que me gustaría saber más sobre esas relaciones. Mi pregunta: ¿Cómo proceder?

—Interrogando al iraquí.

La sugerencia la hizo un joven oficial situado en un extremo de la sala.

Safreddin le miró con benevolencia.

—Conozco al iraquí. Tengo documentación completa sobre el personaje. Respondería a todas mis preguntas, se encogería de hombros y me diría que si quiero que siga haciendo negocios en beneficio de Siria, no debo asustar a los comerciantes. Y tendría razón, además… Me parece que nos hace falta un método mejor.

—Con su permiso, coronel —dijo el estudioso Shabibi, que volvió a ponerse de pie—, me parece que en esta materia también fallamos. No existen canales adecuados por los cuales un visitante amistoso, o un comerciante amigo, pueda incorporarse a nuestra sociedad y así podamos nosotros conocerle.

—Existen esos canales, capitán. Nunca hemos dejado de ser amables a nivel comercial y diplomático con nuestros visitantes.

—Eso no es suficiente, coronel. Son canales demasiado formales. Todo el mundo utiliza su máscara pública y se guarda la cara privada. En este sentido estamos pareciéndonos excesivamente a rusos y chinos, que tanta influencia tienen hoy en nuestro país.

El círculo de iniciados se estremeció con un susurro de sorpresa. Todos los ojos se volvieron al sorprendente personaje que hacía tan franco desafío en público a la autoridad máxima. Safreddin permaneció sentado, inmutable, meditando en las implicaciones de la queja del joven. Debería estar orgulloso del oficial, pensaba, pero, por otra parte la envidia y el amor propio corroían ese legítimo orgullo. Debía felicitarle y, sin embargo, apenas dominaba la tentación de burlarse de su falta de comedimiento.

Se le estaba abriendo un pozo bajo los pies y caería fácilmente si no lograba dominar la vanidad y el miedo a los posibles rivales. El capitán Shabibi continuaba en pie, a la espera. Safreddin empezó a hablar tranquila y persuasivamente:

—Siéntese, capitán, por favor… En primer lugar, permítame felicitarle por su franqueza. No es fácil hacer una declaración impopular ni siquiera en esta… en esta conspiración de los justos. Nada hay que pudiera gustarme más que pudiéramos mostrarnos maduros, orgullosos y fuertes entre las naciones del mundo; de tal modo que todo extranjero se sintiera honrado al entrar en nuestra casa y compartir nuestra intimidad. Pero Siria ha estado enferma durante mucho tiempo. Ya hemos purgado la enfermedad. Pero el paciente continúa en plena convalecencia. Aún persiste el ambiente de hospital y la humillación del continuo tratamiento. Nuestra cara privada, como usted dice, sigue demacrada y pálida. Por eso nos aferramos con fuerza a nuestros amigos más fuertes: a aquellos que han sufrido antes la misma enfermedad, que han emprendido el mismo remedio radical de la revolución, que están dispuestos a ayudarnos con dinero, armas, comercio y apoyo político. Nos han dado nueva sangre. Nos están ayudando a adquirir huesos y músculos fuertes para saber luchar en el día del gran combate. ¿Me comprende?

—Le comprendo, coronel —dijo el joven capitán—. Pero…

—Permítame explicar el pero en su nombre, capitán… No nos gustan todas las costumbres de nuestros amigos. No compartimos todas las ambiciones que quieren inculcarnos. Lo mismo nos sucedió con los egipcios: no podíamos plegarnos a todas sus exigencias cuando se ensayó el mando único. Pero eso no basta para quebrar la amistad. Somos más sutiles. Sabemos ceder al viento como los juncos del Tigris. Cuando el viento cesa, volvemos a erguirnos otra vez. Dejamos que los rusos nos enseñen organización. Dejamos que los chinos nos enserien el modo de conservar la unidad cuando está la lucha interna en el país. Y siempre continuamos siendo nosotros mismos… arraigados en el Islam, arraigados en la tierra que antaño fue trono del Islam. Y ahora…

Se interrumpió y contempló al grupo, con afecto y autoridad.

—Y ahora volvamos a la pregunta que habéis respondido solo en parte. ¿Cómo podemos capturar a nuestro espía y destrozarle toda la red? ¿Cómo se captura a la rata que se pasea en torno a los sacos de grano? Os lo diré. Los espías solo trabajan en busca de una sola cosa: informaciones. ¿Cómo podemos tentarle para que salga de su escondite? ¡Con una información! Contésteme, capitán Shabibi; si usted fuera un espía judío, ¿qué le interesaría averiguar en Siria?

Selim Fathalla había pasado un mal día. Estaba irritado desde la comida, desde la discusión con Sergio Bellarmino; discusión que había añadido nuevos riesgos a una situación ya de suyo muy peligrosa. Emilie, injuriada

por las observaciones del italiano, había pasado la tarde en tal estado de tensión nerviosa que tuvo que enviarla a casa antes de la hora habitual. Bellarmino se había negado a aceptarla como guía e intérprete: se marchó solo a hacer sus gestiones cerca de los comerciantes y los funcionarios del ministerio de Comercio. O era un descontrolado o estaba actuando de acuerdo con órdenes e instrucciones especiales de Tel Aviv… Y no era este el estilo de Baratz. En modo alguno. Baratz escogía con sumo cuidado a sus agentes, confiaba enteramente en ellos, los ayudaba en las crisis y cargaba sobre sus hombros la responsabilidad definitiva de las gestiones. Cuantos correos enviaba, llevaban afirmaciones de confianza y palabras de aliento. Pero este personaje no se contentaba con hacer de mensajero; estaba actuando como un verdadero inspector. Y presentaba juicios de tipo moral, verdadero lujo dentro de un oficio amoral por esencia. Trataba de imponer una autoridad que no tenía derecho ni siquiera a pretender. Se irritaba fácilmente y parecía demasiado seguro de su propia rectitud, para dejarle suelto entre un pueblo siempre famoso por su sutileza.

Había perdido su pista desde por la tarde. Le telefoneó una vez para anunciarle que había sido invitado a cenar a la noche siguiente por un funcionario del ministerio de Comercio y que también podía acudir él si quería. Después, nada. Desesperado, Fathalla le había telefoneado al hotel a las nueve de la noche. Le informaron que aquel caballero había alquilado un coche para ir a Aleppo y que no regresaría hasta la tarde del día siguiente. Su conducta tenía cada vez menos sentido; a menos que… Se le ocurrió otra posible explicación y se quedó pensando largo rato mientras Emilie dormía intranquila murmurando y quejándose.

El servicio de inteligencia de Israel no dependía de una sola mano ni de una sola organización.

Jacob Baratz dirigía la sección de inteligencia militar. La sección de investigación y análisis dependía del ministerio de Relaciones Exteriores. Y había, en fin, una tercera organización, dedicada al contraespionaje, que estaba bajo control directo del Primer Ministro. Como todo el mundo en Israel, las tres secciones trabajaban a veces en armonía y otras veces entrechocándose.

No era imposible que Baratz, preocupado con la inclusión de Emilie, hubiera solicitado la colaboración del servicio de contraespionaje para investigar dicho extremo. La idea no le gustaba nada; le era molesta, como alfilerazos en la piel; pero no podía descontarla. Explicaba, por lo menos, la extraordinaria brusquedad de Bellarmino y su evidente deseo de colocar a

Emilie y a él mismo a la defensiva. Solo había un medio de averiguar la verdad: ponerse en contacto con Baratz.

Miró la hora. Las diez y cuarenta y cinco. El programa de trasmisiones establecía que debía llamar a Tel Aviv a las doce y treinta y cinco minutos de la noche. Cerró la puerta del dormitorio, abrió el panel de faenza y se sentó a preparar el informe.

Llevaba unos veinte minutos trabajando cuando sonó el timbre de la puerta del departamento. El sonido le dejó espantado. Las visitas nocturnas eran cosa extraña en Damasco. Salió de su agujero en la pared, cerró el panel de mayólica y se puso una bata. Volvió a sonar el timbre, largo e impaciente, resonando por la casa. Corrió abajo y abrió la pesada puerta de madera. Un camión cargado de vegetales estaba estacionado junto a la puerta y el conductor, un personaje desgarbado y truculento que olía a alcohol, le esperaba en el umbral. Llevaba del brazo a Sergio Bellarmino, encorvado e inconsciente. El italiano traía la ropa rota y sucia, el rostro destrozado y lleno de fragmentos de vidrio y piedras y la cabeza le sangraba por debajo de un vendaje nada limpio.

—¡Alá! —exclamó tristemente el conductor del camión—. Creí que no bajaría nunca.

—¿Qué ha sucedido?

—Un accidente. A sesenta kilómetros al norte de Damasco. Un camión chocó con un taxi. El conductor del taxi ha muerto. Este cayó a la carretera. Al principio parecía estar bien. Me dio el nombre de usted. Le traje. Después se ha puesto estúpido. La policía le querrá ver por la mañana. ¡Por Alá! ¡Quítemelo de encima!… Pero tiene que pagarme algo.

—Ayúdeme a entrarlo.

Subieron a Bellarmino y le dejaron sobre el diván del dormitorio. Estaba completamente aturdido, se movía sin coordinación y balbucía palabras incoherentes. Le salía espuma sanguinolenta por la boca. Emilie se despertó y se sentó en la cama. Espantada, se cubrió el cuerpo desnudo con la sábana. El conductor la miraba fijamente con ojos de borracho feliz. Fathalla le puso un puñado de billetes en la mano, le sacó rápidamente de la casa y cerró la puerta.

Cuando volvió al dormitorio, Emilie ya se estaba ocupando del herido. Le dio una orden enseguida.

—Debieras llamar al doctor Bitar. Está muy enfermo. Fathalla marcó el número de Bitar y tuvo que esperar largo rato antes de que le respondiera el médico, molesto y soñoliento. Le contó lo sucedido.

—Hoy llegó a Damasco uno de mis socios. Acaba de tener un accidente. Está herido en la cabeza y en otros sitios. Parece serio. Ojalá pudieras verle inmediatamente.

—Mejor que llames a una ambulancia y le dejes en el hospital. Iré a verle enseguida.

—No estoy seguro de si podemos moverle ahora mismo.

—Dame entonces quince minutos. Ahora salgo.

Bellarmino estaba más tranquilo. Pudieron limpiarle, quitarle la chaqueta destrozada y cubrirle con sábanas. Emilie se sentó junto al diván y Fathalla le revisó los bolsillos. Encontró dinero suelto, un pañuelo ensangrentado, un pasaporte italiano, un certificado internacional de vacuna, una cartera llena de billetes sirios y una libreta de cheques de viaje de cincuenta y de cien dólares. Había también siete tarjetas de visita que le identificaban como Sergio Bellarmino, representante de Intercommercio Bellarmino, de Roma. Hallaron también otra libreta llena de direcciones y números de teléfono. Detrás de la cubierta llevaba oculto un pequeño objeto rectangular. Fathalla la rompió en el centro y extrajo el objeto. Era una placa de oro con la estrella de David grabada. El reverso, escrito en hebreo, contenía los nombres de los campos de concentración de Europa y el número de víctimas de cada uno. Fathalla barbotó invectivas de la peor especie.

Emilie alzó la vista, asustada.

—¿Qué has encontrado, Selim?

—Lo suficiente para que nos ahorquen a todos. Bellarmino es un loco fanático. Llevar un talismán como este es una insensatez que atenta contra las más elementales normas de prudencia. ¡Qué raro que no lo llevara colgado al cuello!

Hojeó las direcciones. ¡Qué de cosas podían revelar! Pero no tenía tiempo para ocuparse de ello en aquel instante. Guardó libreta y placa detrás del panel y volvió a poner documentos y cartera en los bolsillos del herido. Emilie apretaba la muñeca a Bellarmino.

—Tiene el pulso muy débil.

—Ojalá se muera.

—No digas eso, Selim, por favor.

—Lo siento.

—¿Qué le sucedió?

—Solo sé lo que me dijo el conductor del camión. Un accidente. Parece que Bellarmino se encontraba primero con lucidez suficiente para pedir que le

trajeran de vuelta. Pero en el camino empeoró mucho. ¡Alá! Si le hubieran llevado al hospital…

—Cálmate, Selim, por favor. El doctor Bitar nos dirá lo que podemos hacer.

—Mañana por la mañana tendremos encima a la policía.

—Eso será mañana. Ocupémonos de esta noche.

Bellarmino empezó a moverse y a murmurar otra vez. Ahora con más claridad. Repetía insistentemente cuatro palabras, como si estuvieran grabadas en una cinta: Baruc attá Adonai elohenu… Baruc attá Adonai elohenu… Baruc attá…

Emilie miró a Fathalla. Este parecía a punto de estallar.

—¿Qué está diciendo?

—Habla en hebreo. Las primeras palabras de la bendición: «¡Bendito seas, oh Señor, nuestro Dios!». ¡Por qué demonios no se calla!

Sonó el timbre. Fathalla volvió a salir corriendo. La cabeza de Bellarmino giraba de un lado a otro en la almohada y las palabras sonaban con la monotonía del agua que cae. «Baruc attá Adonai elohenu… Baruc…».

El Dr. Bitar llegó a la habitación seguido de Fathalla. Tomó el pulso al herido y le auscultó el corazón. Le miró los ojos, nariz y oídos, le quitó el vendaje ensangrentado y le palpó el cráneo. Las palabras no dejaban de brotar de los labios de Bellarmino. Bitar se incorporó finalmente y declaró:

—Fractura múltiple y hemorragia. Aquí no podemos hacer nada. Llama una ambulancia y después telefonearé al hospital para que estén preparados.

—¡Un momento!

Fathalla le detuvo bruscamente.

—¿Cuánto tiempo seguirá hablando de este modo? Bitar se encogió de hombros.

—Hasta que se le suprima la presión de la fractura o del derrame cerebral.

—¿Seguirá hablando?

—Es posible. No te puedo asegurar nada.

—¿Comprendes lo que está diciendo?

Bitar escuchó un momento.

—Parece árabe, pero no lo es.

—Es una oración en hebreo. No podemos arriesgarnos a enviarle al hospital.

—Y tampoco se le puede dejar aquí —le dijo Bitar con firmeza—. Se te moriría dentro de poco.

Puede que muera de todos modos.

—¡Entonces mátale! —le dijo Fathalla—. ¡Mátale ahora mismo!

Le miraron asombrados. El único sonido de la habitación era la voz monótona e insistente de Bellarmino, que seguía pronunciando la oración.

—Lo puedes hacer.

Fathalla habló de modo frío e impersonal.

—Una buena dosis de adrenalina en el corazón. Tienes que hacerlo. Hay tres vidas, veinte vidas, cincuenta… contra una. ¡Hazlo!

Bitar se puso de pie lentamente, sin decir una palabra. Cogió una gran jeringa del maletín, cogió también una larga aguja que tenía dentro de un envase de plástico y una ampolla de líquido trasparente. Instaló la aguja, llenó la jeringa y se la pasó a Fathalla. No le temblaba la mano ni la voz.

—Hazlo tú, Selim. Te señalaré dónde has de inyectar. Es un judío. Tienes derechos de familia. Yo soy árabe. Si lo que estoy haciendo y arriesgando tiene un sentido, significa que un árabe no debe matar a un judío… Inyecta aquí.

Abrió la camisa de Bellarmino y le señaló el punto con el índice.

Jerusalén Jordania Los preparativos que hizo Idris Jarrah para su huida a la Tierra Prometida del anonimato y la riqueza, fueron muy simples. Se guardó doscientos dólares en un bolsillo. En otro guardó la pistola con el cargador lleno. El resto de los diez mil dólares lo puso dentro de un pañuelo limpio y se lo pegó al cuerpo con cinta adhesiva. Después se puso la camisa, juntó los pasaportes, sus demás documentos y su nuevo talonario de cheques y lo guardó todo en el bolsillo de la chaqueta. Y quedó listo para salir a la carretera.

Lo había pensado todo con sumo cuidado. Dejaría la maleta y el maletín en la habitación del hotel. Continuaría en el Intercontinental, por los menos nominalmente. Si los planes de la noche tenían el menor fallo, siempre podría regresar, pedir su pasaporte griego y atravesar la puerta de Mandelbaum con su permiso de salida en regla. Una vez dentro de Israel, se compraría una maleta llena de ropa nueva y utilizaría su pasaporte italiano para que le identificaran como un turista y le dejaran salir sin problemas por el aeropuerto de Lod. Pasó un mal momento cuando recordó que su pasaporte italiano no tendría el sello de entrada y entonces no podría demostrar que había entrado legalmente a Israel. Pero después recordó que, debido al boicot árabe, los israelíes aceptaban a sus visitantes sin marcarles el pasaporte para que así pudieran seguir viajando por los países árabes. No tenía pues, más motivos para preocuparse: Israel era un país pacífico y nadie daría importancia a un personaje respetable que caminara muy de mañana por los suburbios.

Se encontraba tan satisfecho consigo mismo que estuvo tentado de visitar a la viuda de la Ciudad Antigua. Pero ya eran las once menos veinticinco minutos y debía llegar antes de una hora a casa de Hamid, el fabricante de velas. Se miró por última vez al espejo y pudo ver a un personaje tranquilo con unos veinte años de vida por delante. Bajó el vestíbulo, llamó a un taxi y partió hacia Belén.

Aquella noche —Alá fuera bendito— no había luna. El cielo estaba lleno de estrellas que parecían al alcance de la mano. El ambiente era frío y muy pronto empezaría a soplar el viento del desierto. Una noche perfecta para su empresa. Bastaba situarse a diez metros de una aldea para que fuera imposible no ser confundido con una roca. El frío mantenía en movimiento a los guardias fronterizos y, una vez que empezara a soplar el viento, sus silbidos por los viejísimos y agrietados cerros dificultarían en gran manera descubrir la dirección de los sonidos.

No obstante, a medida que las luces de la vieja ciudad se extinguían en la distancia, Jarrah experimentó cierta tristeza. Siempre hay una raíz tierna que se obstina y se aferra tenazmente al suelo natal. Siempre hay recuerdos que palpitan dolorosamente a compás de una luz, del olor de una flor polvorienta, del sonido de una frase dicha en la lengua materna. Pero cuando se viaja mucho y lejos uno se convierte en una especie de beduino, en habitante de la arena, que vive de modo elemental, que ama sin continuidad, que no construye nada porque mañana la arena lo borrará todo.

Y así, con el paso del tiempo, los recuerdos que atan al lugar de nacimiento se atenúan y debilitan como las canciones que cantan los pastores en las laderas de las colinas, canciones que se oyen a medias y se olvidan pronto.

La casa de Hamid quedaba en mitad de una calle amplia para un camello, pero muy estrecha para que pasara un coche. Las piedras olían a excremento de burro, a desperdicios y basura de las casas.

A aquella hora estaban cerradas las ventanas y la única luz perceptible venía de las estrellas y del leve resplandor de lámparas amarillas que brillaban por detrás de tablillas de madera. Idris Jarrah caminó entre la basura hasta que llegó a una puerta baja dentro de un arco normando. Dos peldaños llevaban a la puerta que, en el centro, tenía un ventanuco protegido exteriormente por barras de hierro oxidado. Jarrah golpeó dos veces, esperó un momento y volvió a golpear dos veces.

Se abrió el ventanuco y un par de ojos viejos le inspeccionaron. Volvieron a cerrar, se escuchó el rechinar de pesados cerrojos y se abrió finalmente la

puerta. Bajó otros tres peldaños y entró a una habitación muy pequeña que olía a incienso, a cera, a tabaco turco y a café cargado.

La habitación estaba llena de cirios, de candelabros, de velas muy delgadas y esbeltas, de cubos grabados con figuras de santos bizantinos, de otras velas largas y retorcidas de color rojo, verde y amarillo, de velas pascuales sumamente decoradas, de reyes magos a quienes salía una mecha de algodón por las coronas, de vírgenes sabias y de la virgen necia pintadas con los vivos colores de la infancia alrededor de una espiral gruesa como una columna.

Y en medio de todo ello estaba el propio Hamid, nudoso como viejo olivo y canoso como patriarca bíblico. Juntó las manos para saludarle y le preguntó:

—¿Eres el hombre esperado?

—Yo soy. ¿Me conoces, Hamid?

—No se me ha pedido que te conozca. Solo que te ponga en camino.

Golpeó las manos. Se abrieron las cortinas de la parte posterior de la habitación y se presentó un hombre joven, vestido con sandalias, pantalones ligeros y suéter sucio. El viejo le presentó sin más ceremonia.

—Este es Yussaf. Te llevará.

—¿A dónde vamos?

—Primero a Hebrón —se adelantó a responder Yussaf—. Tengo un camión. Llevo pieles a los curtidores.

—¿Y después de Hebrón?

—Los otros se ocuparán de usted.

—¿Cuánto te debo?

—Nada. Nos pagan desde Hebrón. Usted se pondrá de acuerdo con ellos.

—Vamos entonces. Gracias.

—Tikram… bienvenido.

El viejo se marchó, indiferente.

Jarrah siguió al guía, atravesaron la cortina y llegaron a un patio donde los recipientes de cera estaban alineados bajo techos de hierro acanalado. Al final del patio había una puerta que daba a otro, más amplio, que olía a cuero fresco. El olor procedía de un camión lleno de pieles de oveja y de cabra. Jarrah tosió y escupió.

El joven se rio.

—Ya se acostumbrará al olor. Menos mal que no se verá obligado a viajar bajo las pieles. ¡Eso le ha sucedido a más de uno!

Jarrah subió a la cabina. Su guía hizo girar la manivela, la depositó en el piso de la cabina y la vieja máquina empezó a moverse. El joven entró en la

cabina y el camión partió a saltos. Yussaf conducía como un loco en las bajadas y obligaba a subir el gastado vehículo a punta de maldiciones e invocaciones. Se balanceaba peligrosamente en las curvas. Jarrah pensaba que de un momento a otro toda la carga se soltaría y cubriría el valle. Cargaba directamente contra los coches que venían en dirección contraria, hacía retumbar la bocina y gritaba encantado cada vez que el otro se apartaba a un costado de la carretera.

Jarrah le amonestó nervioso. El joven se rio, feliz.

—Si vamos despacio nos invade el olor de atrás. Si vamos rápido, lo perdemos. ¡Decídase!

Jarrah decidió no verse obligado a oler y soportó el resto de la carrera en silencio. Finalmente dejaron la carretera principal y enfilaron hacia el valle por una bajada cuya única huella eran las señales anteriores de los neumáticos de otros vehículos entre las piedras y el polvo. Pasaron varias aldeas y se detuvieron a unos cien metros de las afueras de una bastante grande.

El joven le indicó algo por el sucio parabrisas.

—Le dejaré aquí. Camine en esa dirección. La quinta casa a la derecha. Golpee cuatro veces.

—¿Por qué no me acompañas hasta dentro?

—Tengo que entregar la carga. ¿Tiene un cigarrillo?

—No fumo.

Bajó del camión y estiró las piernas doloridas. El joven describió un gran círculo con el camión y volvió por el mismo camino. Jarrah empezó a caminar hacia la aldea. Había pocas luces. Nadie se movía. Los pasos de Jarrah resonaban incómodamente audibles en las piedras de la calle. Pasó frente a la primera casa y le ladró un perro. Continuó ladrándole hasta que una voz apagada lo hizo callar con una maldición. Jarrah contaba las casas. Se detuvo enfrente de la quinta. Estaba oscura y silenciosa. Se acercó a la puerta y golpeó cuatro veces, rápido y con fuerza.

Hubo una larga pausa. Se abrió la puerta. Una voz dijo:

—Pase, amigo.

Y penetró en la oscuridad.

CAPÍTULO DIEZ

Beirut

A las diez y cuarto de la mañana, Nuri Chakry recibió una llamada telefónica del director de un banco suizo de Beirut. Era un gesto de cortesía. Le informaron al señor Chakry que el banco suizo tenía un cheque a fecha por quince millones de dólares contra una cuenta Saudita en el banco Fenicio. Se lo pasarían a cobrar dentro de diez días. Nuri Chakry agradeció cumplidamente la amabilidad y prometió que el talón se pagaría oportunamente. A las diez y media una agencia británica le llamó para anunciarle una gestión semejante. Dentro de tres días se presentaría a cobrar tres cheques por un total de trece millones de dólares, firmados por gente del Kuwait. Nuri Chakry les dio las mismas seguridades de pago y colgó el auricular.

Tenía las manos húmedas. Experimentaba cierto vacío cerca del vientre y todo el cuerpo parecía contraérsele a su alrededor. No se sorprendió. Sabía que no tenía por qué impresionarse. Así era como se anunciaba la muerte en el mundo de las finanzas. Se enviaba una elegante invitación para asistir a la ceremonia y se dejaba tiempo suficiente para disfrutar de las pesadillas del caso antes de que arrancaran el corazón. No eran brutales; ni siquiera inamistosos. Actuaban con mecánica precisión. Un cheque es un documento que debe pagarse a presentación, pero la decencia requería que el cobro de una suma importante se avisara con siete días de antelación. Le habían dado diez días. ¿Cómo iban a sentirse culpables? ¿Y cómo podía él considerarse agraviado?

Pagaría, por supuesto. Aún disponía de una liquidez del tres y medio por ciento. Pero bastaría otra llamada de la misma especie para dejarle sin nada. Y le harían esa llamada, sin duda. ¿Quién iba a seguir confiando su dinero a un hombre que llevaba ya en el rostro la señal de la muerte?

Dentro de diez días, si no intervenía a tiempo el gobierno, se vería obligado a cerrar sus puertas y a dejar llorando la pérdida de su dinero a miles de pequeños depositantes. No tenía sentido explicarles —y por lo demás de nada serviría— que su dinero se había convertido, por el momento, en un rascacielos de Manhattan, en una empresa naviera y en una línea aérea, en una docena de hoteles y en otras cien impresionantes pero por ahora irrecuperables inversiones. No serviría de nada explicarles que las inversiones estaban creciendo como hongos sobre papel mojado. Había firmado un compromiso y no podía cumplirlo. Cada talón decía lo siguiente: «Deposite su dinero en nuestro banco y se lo devolveremos en cualquier momento dentro de las horas de trabajo cualquier día laborable». Si no les devolvía el dinero, todos pedirían a gritos su sangre… y había muchas posibilidades de que la consiguieran.

Hacía mucho tiempo que vivía alejado de toda violencia. Pero ahora volverían a asaltarle los recuerdos: un jugador tramposo que mataron a patadas en una calleja cerca de su oficina de los muelles; una alcahueta que había vendido jóvenes enfermas y que unos marineros de un mercante holandés golpearon hasta dejarla convertida en masa informe; las masacres de Jordania occidental, cuando aún era niño; los días sangrientos de la policía de Palestina. Había presenciado lo que una multitud puede hacer con ladrillos, piedras y botellas de petróleo. Ya los oía, aullando furiosos mientras destruían los ventanales del palacio de ensueño que se había construido con su dinero.

Y entonces, con igual claridad, pensó que la misma amenaza de violencia podía ser su salvación.

El ministro de Hacienda y el Banco Central tendrían que ayudarle si se veían enfrentados con el desorden civil, la destrucción de la confianza pública, la supresión de la imagen de el Líbano como seguro abrigo para el dinero y paraíso de turistas. Aunque desearan verle hervir en aceite ardiendo, tendrían que mantenerle a salvo y conseguir que se le siguiera respetando. Se tranquilizó un poco. Se secó las manos, enjugóse la cara y respiró profundamente. Recuperó el pulso normal. Telefoneó entonces a Taleb.

—¿Taleb? Habla Chakry.

Taleb le respondió brusca e inamistosamente.

—El ministro acaba de regresar y ha estado muy ocupado.

—¿Le han planteado nuestro problema?

—No estoy seguro. Tendría que detenerme a revisar los expedientes.

—No te des prisa —le dijo Chakry tranquilamente—. Ya sé que todos habéis estado muy ocupados. Pero me parece útil informarte de un asunto.

Dentro de diez días debo pagar veintiocho millones de dólares con documentos a la vista. Y un día después tendremos que cerrar.

—¿Qué?

Taleb chilló como un papagayo asustado.

—Nos dijiste… Pensábamos que…

—¡No pensasteis nada! —le dijo Chakry intencionadamente—. Os preocupaba tanto afilar los cuchillos en contra mía, que no os importó en absoluto lo demás. Bueno, hermanito, sucederá dentro de diez días. Somos solventes, pero carecemos de dinero contante y sonante. Se acabaron los salarios del gobierno y el dinero para los pequeños comerciantes, no quedará absolutamente nada. ¡Todo depende de vosotros!

—¡Espera!

Taleb estaba desesperado.

—Si puedes enviarnos las cifras…

—Ya las tenéis. Están en tu archivo. Pero no tenéis capacidad de decisión. Deberíais conseguirla pronto.

—Tardaremos unos días.

—Tómate los días que quieras. Cerramos dentro de diez.

Taleb seguía barbotando, desesperado, cuando Chakry colgó.

Chakry cogió su emperador dorado, lo lanzó al aire, lo recogió, lo sostuvo en la mano y le habló como a un hermano:

> «Nunca van a comprender, ¿verdad? Les muestras ricos templos en la otra ribera del río y se ponen a gritar porque el agua está fría. Los juntas a todos y aúllan como lobos; pero basta un rugido tuyo para que se conviertan en chacales. ¡Se alimentan de carroña y quieren sentarse en la mesa de los reyes! Pero ya los tenemos atrapados, ¿verdad? ¡Tú y yo los hemos cogido! Dentro de un mes me venderán a sus hijas y a sus hermanas para demostrarme lo buenos amigos que son…».

El dorado emperador permanecía silencioso en su prisión de plástico y le miraba fijamente con sus ojos de oro. Chakry lo dejó en el escritorio y se acercó a la ventana. Contempló largo rato la capital de su amenazado imperio. Estaba muy tranquilo; tranquilo y exaltado, des preciaba las maquinaciones de sus enemigos. Estaba en vísperas de la última batalla. A juzgar por el terror de Taleb, tenía buenas posibilidades de ganarla. Y sobreviviría aunque la perdiera. Pero desde aquel instante cuanto dijera o hiciera tenía la más crítica importancia. No se podría permitir movimiento falso o vacilante: los chacales

se paseaban alrededor del campamento en espera del menor gesto de temor. Todo cuanto hiciera debía estar calculado para crear dudas y confusiones entre los que le tenían sitiado y, temían no obstante, que al final les ganara la partida.

Era la misma situación extraña de los casinos: se juega mejor cuando se sabe que de allí se saldrá hecho un príncipe o un mendigo. Y se desprecia olímpicamente a los que van a adular si se triunfa o a negar un vaso de agua si se pierde. Y, sin saber por qué, pensó en Idris Jarrah, que debía estar perseguido y oculto. Jarrah era de la misma cepa suya. Habría sido un buen compañero de armas. Y sería muy agradable saber que se las había arreglado para derrotarle. ¿Matheson?… Matheson era uno de esos hombres vagos que no inspiran ni cariño ni molestias. Había veinte Matheson que podían conseguirse en muchos países. Serviría a cualquiera, como le servía ahora a él, sin distinción ni compromiso. Y ese era su valor primordial: se podía confiar siempre en Matheson, pero sin sentirse nunca obligado a respetarle.

Matheson le había solicitado una entrevista para las once de la mañana. Quería informarle de la audiencia con el embajador norteamericano. Y quería discutir lo que había calificado de «asunto personal y de cierta importancia». Lo cual significaba que se le habían endurecido un poco las plumas y hacía falta suavizárselas con mano firme y amistosa. Eso pensaba hacer. Tenía que mantenerle feliz durante catorce días más. Y para eso Chakry estaba dispuesto a excitar su vanidad y a adularle cada minuto durante esos catorce días.

Matheson había preparado cuidadosamente la entrevista. Primero le repitió punto por punto la que había tenido con el embajador. No le ocultó nada. Subrayó enfáticamente su propia confusión ante la pregunta que se vio obligado a responder y la defensa leal que había hecho de su jefe. Y le manifestó francamente su opinión de que los norteamericanos no se interesarían en el banco mientras los rusos no hicieran un ofrecimiento firme y público.

Chakry asintió sonriente.

—Naturalmente, Mark. Lo sabía desde el principio. Pero parecía tan deseoso de salvar su conciencia que tuve que dejarle hacer. Como le dije ayer, no creo que los norteamericanos muevan un dedo al respecto. Ha cumplido con su deber. Y olvídese de ellos… Pero tenía algo personal que plantearme.

Matheson había ensayado cuidadosamente este punto. Le dijo, confidencial e hipocráticamente, que Lew Mortimer le había ofrecido trabajo y que el sueldo era superior al que ganaba actualmente, pero que seguía creyendo que debía profunda y personal fidelidad a Chakry y al banco

Fenicio. Le gustaría mucho quedarse donde estaba… con tal que Chakry le pudiera asegurar que el banco seguiría abierto. Lew Mortimer le había asegurado lo contrario. Le dijo que el banco cerraría dentro de un mes. Se había reído de la idea de que Chakry, el ministerio de Hacienda o cualquier banquero del mundo pudiera interesarse en salvarlo. Mortimer, por supuesto, era un enemigo declarado; pero Matheson necesitaba y se creía con derecho a ello, tener certeza sobre sus posibilidades futuras.

Chakry le escuchó con abierta simpatía. Le hizo las preguntas necesarias para confundirle. Se mostró solícito para que Matheson se sintiera valioso y estimado. Cuando terminó de hablar, se quedó en silencio largo rato para dar peso e importancia a cuanto Matheson acababa de decirle.

Después se inclinó sobre el escritorio y empezó a hablar en tono tranquilo, serio y honesto.

—Deje que le diga una cosa, Mark: no le culparía de nada si aceptase el ofrecimiento de Mortimer. Estas últimas semanas ha debido soportar una carga muy pesada. Ha demostrado una lealtad y valor que no son comunes en nuestros negocios. Si quiere marcharse, no me molestaré y le daré una indemnización adecuada. Lo sentiré mucho, debo confesarlo. Me perjudicará en el peor momento; y me hará falta mucho tiempo para poder reemplazarle. Pero no le culparé de nada.

—No me quiero marchar.

Matheson estaba evidentemente triste.

—Pero supongo que comprende, Nuri, que necesito informaciones más claras y precisas que las que ahora tengo de la situación real.

—De acuerdo. Esta mañana ya puedo dárselas. Empezaré por las peores y luego le diré de qué modo acabarán favoreciéndonos. Nos han telefoneado los suizos y los británicos. Arabia Saudita y Kuwait retiran sus fondos dentro de diez días. Teóricamente debiéramos cerrar las puertas al día siguiente. De hecho no será así. Pero se lo he dicho a Taleb para que lo comunique al ministerio de Hacienda: si no nos ayudan cerraremos el banco. Taleb está espantado. Todos están asustados. Creo que en este instante Taleb debe estar contándoselo todo al ministro. Hoy es martes. El jueves de la próxima semana es el día límite. Eso quiere decir que tendrán que definirse, a lo más tardar el lunes.

De otro modo no podríamos pagar al gobierno la próxima semana. Así pues, y salvo que me equivoque mucho, se pondrán en contacto con nosotros el lunes. Nos dejarán preocuparnos hasta entonces.

—Pero me ha dicho que no dependemos del ministerio de Hacienda.

—Se lo dije a usted, Mark. Pero no se lo he dicho a ellos. Quiero que se entreguen. Así todo resultará mejor todavía.

—¿Y si no se entregan?

—Entonces sucederá esto otro: Mañana parto a París. Anoche hablé con Moscú. El ofrecimiento es formal. Envían dos hombres para reunirse conmigo en París. Les he dicho que cuentan con cuarenta y ocho horas para decidirse sobre los principios generales del arreglo. Y durante esas cuarenta y ocho horas habré hecho los contratos pertinentes para un préstamo de cincuenta millones de dólares que me hará una compañía de seguros francesa… Esa es una zona del mercado que he estado explorando silenciosamente por mi cuenta.

—¿Qué compañía?

—La Societé Anonyme des Assurances Commerciales. El negocio consiste en que se harán cargo de nuestro capital móvil por veinticinco millones de dólares y nos prestarán otros veinticinco al seis por ciento anual y a pagarse en tres años.

—¿Y cómo diablos ha elaborado un negocio de esa especie?

—Les he prometido todo nuestro nuevo negocio de seguros y todas nuestras renovaciones de capital.

—¡Es un genio, Nuri!

El alivio de Matheson resultaba casi cómico. Chakry sonrió amablemente.

—Nunca tire del rabo, Mark, a un tigre viejo que puede morder todavía… Así que haremos la comedia. Me marcho mañana, como le he dicho. Se queda aquí y se enfrenta a Taleb y a sus muchachos. Llamaré el lunes, cuando termine la negociación. Si el ministerio de Hacienda ha cedido, tanto mejor. Si no ha cedido, firmaré con los rusos o con la compañía de seguros antes de las cinco y volveré a Beirut el martes por la mañana. Y entonces veremos quién gana.

—Una pregunta, Chakry. ¿Qué será de mi trabajo si los rusos compran el banco?

—O bien le mantendrán en el puesto o bien le comprarán el contrato. Creo que le conservarán en el puesto, porque tienen deseo de no alterar las apariencias.

—Parece claro. ¿Y qué le digo a Taleb para justificar su partida?

—Nada. Que me he ido a París por razones de negocios. Que volveré el martes por la, mañana.

Esto le dará otro dolor de cabeza… ¿Algo más?

—Bueno, había algo más. No pensaba mencionarlo, porque me parece que Mortimer quería demostrar que todas sus afirmaciones son falsas. Me dijo que si usted declaraba poseer el dinero que necesitaba, se lo desinflaría todo, dólar a dólar, con tal de que le permitiera controlar las inversiones. ¿Quiere que le diga algo? Tengo que responderle esta tarde.

—Dígale que se acueste con su madre —dijo Nuri Chakry.

—Con mucho gusto —dijo Mark Matheson.

—Y no le nombre lo de Assurances Commerciales.

—Por supuesto que no.

Hebrón Jordania

Idris Jarrah, el mercenario cara de luna, flotaba, como el ataúd del Profeta, entre el cielo y el infierno. El cielo era un leve rayo de luz del día allá en lo alto, sobre su cabeza; el infierno era un pozo negro sin fondo, bajo sus pies colgantes. Sabía que estaba aún vivo porque le dolían todos los nervios en el cuerpo inflamado. Sabía que muy pronto iba a morir porque por la noche había caído en una emboscada: diez hombres armados le estaban esperando en la quinta casa de la derecha.

Café Blanco también estaba allí, sin armas y sonriente, dispuesto a dar la bienvenida desde el asiento del juez al hermano desleal.

Al principio fueron poco violentos con él. Le quitaron la ropa, le confiscaron la pistola y los diez mil dólares que llevaba sujetos al pecho y le sentaron, desnudo, en una silla. Le apuntaban a la espalda con un arma. Y le contaron la historia de su error. Cuando había telefoneado a Café Negro, Café Blanco estaba sentado en la misma habitación y discutía con Café Negro el mejor modo de llevar a cabo la orden de matar a Idris Jarrah. Después todo había sido muy sencillo. Si no se ponía en contacto con la Organización, le habrían matado en el hotel o en el taxi que le llevara a la puerta de Mandelbaum. Le iban a matar de todos modos, por supuesto; pero si quería morir de manera cómoda, debería pagar por el privilegio. Tendría que hacerles un talón para entregarles todo el dinero que acababa de depositar en el banco norteamericano.

Jarrah se negó a hacerlo. Pensó que, con paciencia y aguante, podría llegar a un compromiso con sus captores: cincuenta mil dólares por su vida y los otros cincuenta para continuar viviendo en el extranjero. Pero Café Blanco pensaba de otro modo. Si disponía de tiempo y medios apropiados, podía

quebrar la resistencia de cualquier hombre. Y estaba seguro de poder quebrar la de Idris Jarrah, cuyo cuerpo blanco y tembloroso era, evidentemente, muy sensible a las incomodidades.

Por eso le habían golpeado y quemado con cigarrillos y jugado con él a toda suerte de juegos dolorosos. Pero se les desmayó poco antes del alba. Entonces le liaron como una gallina, le introdujeron un trapo sucio en la boca, le pasaron una cuerda por debajo de las axilas y le colgaron en un viejo silo donde los romanos, hacía dos mil años, almacenaban trigo. Cubrieron el silo con trozos de madera y le dejaron colgando como un plomo del extremo de una cuerda.

Y allí estaba, inmóvil, recuperando y perdiendo alternativamente la conciencia, tratando de respirar a pesar de la mordaza, quejándose sin esperanzas del dolor de los músculos desgarrados, de las quemaduras infectadas y del roce de la cuerda en carne viva. Había perdido conciencia del tiempo. Solo sabía que era de día porque, cuando tuvo fuerza bastante para alzar la cabeza, alcanzó a ver una línea de sol y después sintió el calor ardiente que empezaba a rodearle. Se daba cuenta, también, de que se le secaba el cuerpo, y que aquella noche estaría dispuesto a arrastrarse y a hacer cualquier cosa con tal de que le dieran un vaso de agua. Y sabía, también, que al día siguiente habría muerto.

Tuvo un ataque de locura, empezó a morder la mordaza, a retorcerse en el aire, a tratar de balancearse y de golpear las paredes del silo hasta matarse; pero el granero era demasiado amplio y, al poco tiempo, el dolor le arrancó de la locura. Y quedó colgando, girando en el aire, casi ahogado por sus propios mocos.

Y empezó a experimentar la separación de sí mismo. Había dos Idris Jarrah, quizá tres y hasta cuatro. Había un Jarrah que observaba —aferrado a la pared— el bulto sanguinolento suspendido en el aire quieto y fétido; había el Jarrah sufriente, la masa informe que gemía y jadeaba acosado por la más intolerable diversidad de dolores; había también el Jarrah fantástico, que se acostaba con multitud de mujeres, contaba montones de billetes, dormía en sábanas de seda y despertaba con el sonido de músicas celestiales… Y finalmente no quedó ningún Jarrah y solo una angustia apretada en el centro oscuro de la nada.

Damasco

El coronel Safreddin gozaba de insólita experiencia: un súbito florecimiento de amistad con un hombre joven, inteligente y bien parecido. De la noche a la mañana, el capitán Shabibi se le había convertido en el personaje central de la vida, en alguien tan vívido y variado que todos los demás empezaban a difuminársele en un fondo incoloro. Había bastado una noche y un día para que Safreddin descubriera que su vida, hasta aquel instante, había sido muy pobre en satisfacciones personales. Se había entregado tan rígidamente a sus ambiciones, que casi había quedado insensible a la verdadera esterilidad de su existencia. Se había protegido a sí mismo con tanto cuidado, que le resultaba un verdadero placer el descubrirse todavía vulnerable al afecto. Se había casado ya de edad madura y de un modo tan tradicional que incluso sus amigos murmuraban y se preguntaban cómo pudo haberse casado un hombre de vida tan pública con una mujer tan doméstica. Estaba satisfecho porque la mujer le daba todo lo que pedía a una esposa: solicitud, el servicio de un cuerpo fuerte, la comodidad de una casa organizada, fidelidad y la seguridad de verse libre de los problemas a que se veían constantemente sujetos los que se casaban con mujeres más educadas. Le había dado un hijo, un espejo en el que contemplar una prolongación de sí mismo y la renovación de su poder. La humildad de la mujer le elevaba. El respeto que le tenía le hacía ser amable y, la gratitud que le demostraba, generoso, y así le perdonaba todas las evidentes deficiencias.

Pero había momentos, más frecuentes en períodos de tensión, en que se sentía extrañamente solitario y desnudo frente a la malevolencia de sus muchos enemigos. Había momentos en que advertía cuán pródigo era en el gasto de su energía e inteligencia y cuán difícil resultaba reponerlas.

A menudo, cuando jugaba con su hijo, deseaba frenéticamente que creciera pronto y cumpliera de inmediato la promesa de continuidad y participación al viejo modo de las tribus. En tales horas era cuando Safreddin advertía la existencia de peligrosas tensiones que se acumulaban en su interior y de una crueldad felina que le hacía vibrar las entrañas.

El Club Hunafa le permitía descansar de aquellas tensiones. El desafío de las habilidades físicas le purgaba de unos temores que, de otro modo, podían haberle envenenado. La evidente admiración de sus alumnos le daba parcial ilusión de una relación paternal. Era lo bastante para mantenerle firme y constante en la ruta elegida, pero nunca suficiente para llenar su soledad o para librarle del temor que le acosaba en privado: el temor a la secreta animosidad y al desprecio público en caso de que la fuerza le fallara.

Y ahora, en una noche y un día, todo había cambiado. Después de la reunión del Club Hunafa, se quedó caminando por el jardín con el joven capitán. Había gozado con él. Se había sentido maestro feliz con un alumno brillante y ansioso de aprender. El joven había llegado a confesarse, a contarle sus esperanzas e inseguridades, a hacerle relación de su carrera y revelación sobre sus afectos particulares que, al parecer, se habían centrado por mucho tiempo en el mismo Safreddin. Le había aconsejado con sabiduría y prudencia y el hombre aceptó los consejos con muestras realmente conmovedoras de agradecimiento. Le había propuesto que trabajara como asistente personal suyo y le conmovió profundamente la apasionada expresión de lealtad que provocó el ofrecimiento. Le había puesto el brazo sobre los hombros y experimentado extraño alivio con el contacto corporal. Se habían separado muy tarde y Safreddin se había sentido vacío pero curiosamente feliz como si hubiera acabado de efectuar un acto de íntima unión. Se habían vuelto a reunir a primera hora de la mañana, antes de que llegaran los demás funcionarios y la armonía de la noche anterior había permanecido de tal modo durante todas las horas de trabajo común, que hasta los asuntos más siniestros que examinaron, habían tomado el aspecto de aventura en común.

El capitán Shabibi era demasiado cortés para declarar abiertamente sus opiniones a su superior; se las insinuaba serena y hábilmente, desplegaba poco a poco sus razones, actuaba con suma deferencia y se defendía con sutileza siempre con el mayor respeto. Nunca eludía los hechos más incómodos y sus conjeturas tenían momentos de verdadera inspiración.

A las tres de la tarde habían examinado una cantidad enorme de datos y la discusión se había centrado definitivamente en tres puntos: la suposición de una red de espionaje israelí, el trasmisor ilegal y el curioso incidente de cierto Sergio Bellarmino que llegó en una ambulancia al hospital cuando ya era cadáver.

El capitán Shabibi estaba seguro de que había que considerar en estrecha relación los dos primeros puntos.

—… Y lo deduzco de nuestras propias actividades, coronel. La frontera está abierta con el Líbano. La frontera con Jordania estuvo abierta hasta el incidente de Rumtha. Tenemos comunicaciones telefónicas y telegráficas con esos países y con Egipto e Irak. Nuestros agentes no tienen muchas dificultades para comunicarse con nosotros. Pero los israelíes están aislados. Tienen que recurrir a la radio. Sabemos que en algún lugar de Damasco hay un transmisor que opera a frecuencia variable y horas movibles. Anoche, a las doce y cuarenta y tres minutos, los monitores captaron la nueva longitud de

onda. Nuevos grupos cifrados. Esta vez, sin embargo, solo conseguimos captar once grupos antes de que se interrumpiera la emisión. Los detectores de dirección no alcanzaron a funcionar. Poco después captamos una emisora extranjera que también trasmitía grupos cifrados. Cinco. Tenemos, en total, unos cien grupos. Y me parece que esa emisión era la respuesta que espera nuestro amigo, sea quien sea.

—De acuerdo, capitán. Seguiremos trabajando hasta que tengamos más suerte. He pedido a los rusos que nos ayuden a descifrar esos grupos. Tienen mucha más experiencia que nosotros. Les enviaremos todo lo que descubramos… Lo que más me interesa es tu proposición de preparar una trampa para nuestros amigos judíos. Y aún no hemos decidido qué cebo utilizar ni dónde situarlo.

—Creo que el dónde es fácil, coronel. Tenemos que trabajar sobre el supuesto de que las informaciones las vende algún funcionario sobornable o desafecto que trabaja en los ministerios. Y en cuanto al cebo en cuestión…

Abrió el sobre que tenía sobre las rodillas y extrajo un montón de planos.

—Sugiero este. Son los primeros planos de los emplazamientos artilleros en las alturas de Galilea. Durante la construcción se les ha alterado considerablemente. No pueden perjudicarnos mucho si caen en manos enemigas. Pero tienen la ventaja de ser documentos auténticos. Normalmente se conservan en la caja fuerte. Yo soy nuevo en el despacho. Podría solicitar que me los prestasen unos días para examinarlos. Seré un poco descuidado y los dejaré sobre el escritorio o en el armario abierto. Y si existe un ratón por aquí cerca, es posible que caiga en la tentación… Siempre que usted apruebe el asunto, coronel.

Safreddin lo aprobó. Pero matizó la aprobación con una pregunta.

—Y si efectivamente cae, ¿qué sucedería después? El capitán Shabibi volvió a dejar los documentos en el sobre y le explicó cómo se cerraba con una pinza metálica.

—Me han entregado los documentos así. Los devuelvo cerrados del mismo modo. Nadie tiene derecho a abrir el sobre sin previa autorización formal. Los planos están tratados con ninhidrina. Es un polvo que utilizan los rusos y me imagino que también los norteamericanos. El polvo es marrón. Cuando se le pone en contacto con la piel reacciona con los aminoácidos y la tiñe de púrpura. La mancha no puede lavarse. Tarda unos cuatro días en desaparecer. Y durante ellos no será difícil identificar a quien haya sufrido la tentación. ¡Me consuelas, capitán!

Safreddin reía feliz.

—Me demuestras que el trabajo no ha sido en vano. Haremos grandes cosas los dos juntos. Y ahora… hablemos un poco del difunto Bellarmino.

Abrió la carpeta que tenía sobre el escritorio y pasó los documentos, uno por uno, a Shabibi.

—El informe policial sobre el accidente… Como verás he ordenado que se efectúe una investigación inmediata sobre la conducta de los dos oficiales que permitieron que un hombre gravemente herido fuera transportado a Damasco en camión, en lugar de ordenar que se le enviara inmediatamente al hospital. Es posible que haya dinero de por medio…

—¿Y por qué iba a haberlo, coronel?

—La explicación podría ser la misma que está escrita. El hombre está aturdido y espantado. Se encuentra en país extraño. Confiará solamente en los amigos que conoce. En vez de discutir con él, el policía le deja marchar a sabiendas de que de todos modos podrá interrogarle o encontrarlo al día siguiente. Le envían a casa de Fathalla… Ahí está la declaración de Fathalla. Coincide con la del conductor del camión… Fathalla telefonea al doctor Bitar. Este examina al herido y llama una ambulancia para que lo lleven directamente al hospital. Pero el herido empieza a debilitarse en el camino y Bitar le inyecta adrenalina en el corazón. El paciente no responde. Muere. El cirujano que hizo la autopsia confirma la declaración de Bitar. Sencillo y claro… Hasta que empieza uno a hacerse preguntas y aparecen respuestas que no coinciden con el conjunto. Bellarmino y Fathalla eran amigos, socios… tan íntimos que lo primero que se le ocurre al italiano después del accidente es que le lleven a casa de Fathalla. Pero el conserje del Hotel de los Califas ha informado que anoche, sobre las nueve, Fathalla telefoneó preguntando por Bellarmino y que este se había marchado sin avisarle. Fathalla declaró que Bellarmino solo hablaba italiano y francés. Los oficiales de la policía —que solo saben árabe— dicen que Bellarmino les habló muy bien en su propia lengua. La compañía de Bellarmino garantiza a Fathalla un crédito constante de veinticinco mil libras esterlinas, pero el monto anual de las operaciones comerciales de Fathalla con Intercommercio no llega a las dieciocho mil libras. Fathalla dice que Bellarmino llegó a Roma. Pero el billete de Bellarmino indica que voló a Atenas, que se quedó allí un día, que fue después a Chipre —y que se quedó allí otro día—, que finalmente voló a Beirut —escala de cuatro horas— y de allí a Damasco. No tenía billete de vuelta, cosa rara en un comerciante que conoce perfectamente la importancia de los descuentos. Y dos detalles más. La policía recuperó los objetos de su pertenencia que Bellarmino dejó en el taxi accidentado: Una maleta de viaje

con ropa y objetos de uso personal y un maletín con efectos de escritorio, dos libretas de pedidos y unos catálogos de las mercaderías que vende Intercommercio. Fathalla entregó a la policía una cartera, cheques de viaje, un pasaporte, los certificados de vacuna y el dinero que encontró en los bolsillos de Bellarmino.

Safreddin fue poniendo los objetos sobre el escritorio, como jugador que reparte cartas. Y miró a su alumno con sonrisa de afectuoso desafío.

—Y ahora dime lo que falta.

El capitán Shabibi examinó el conjunto de objetos durante un minuto y finalmente sacudió la cabeza.

—No lo sé, coronel.

—Piénsalo —le dijo Safreddin, con aire de genio—, y ya veremos si tu respuesta coincide con la mía. Otra pregunta. ¿Qué te parecen las contradicciones de esas declaraciones?

Shabibi frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No son contradicciones necesariamente, coronel. Es posible que Bellarmino fuera solo un conocido de Fathalla. Y en los negocios es un buen truco ocultar el conocimiento de una lengua y forzar al otro a que hable en idioma que no es el suyo propio. El billete de avión no significa mucho. Bellarmino pudo decirle a Fathalla de dónde venía, pero no tenía por qué especificar todo el itinerario. El elevado crédito se puede explicar como una previsión contra contingencias comerciales. No hay datos sobre que Fathalla lo haya utilizado en asuntos privados, ¿verdad?

—Todavía no. Pero seguimos estudiando las cifras.

—¿Entonces qué le molesta en Fathalla?

—Las respuestas que me acabas de dar. Me imagino a Fathalla dándome las mismas y del mismo modo. En estos días le he visto a menudo y nunca le he podido conmover. Y confieso que lo he intentado. El hombre me gusta y, sin embargo, siempre termina molestándome y me dan ganas de hacerle tragar alguna porquería. Pero tiene algo que no he podido…

Quedó callado. Se puso de pie y empezó a pasearse. El capitán le observaba en silencio.

Bruscamente, como había empezado, dejó de pasear y volvió a mirar a su alumno. Las mejillas hundidas se le enrojecieron de excitación.

—¡Ya lo tengo! Te dije que me hacías mucho bien. ¡Es verdad! Ya sé lo que me molesta en Fathalla. Reacciona como un profesional.

—¿Como un profesional de qué?

Safreddin descartó la pregunta.

—Profesional como tú o como yo. Como hombre que sabe las respuestas porque ha adivinado las preguntas que se le van a hacer.

El capitán Shabibi meditó un momento y terminó rechazando la idea.

Si pretende afirmar que es un agente, coronel, la afirmación me parece muy precipitada. A menos que se tengan pruebas contundentes, no creo que pueda intentarse acción alguna contra él.

—¡Ahí están las pruebas!

Safreddin volvió al escritorio, ordenó los efectos personales de Bellarmino. Juntó la cartera y los cheques de viaje y los separó un poco del pasaporte.

—¿Qué es lo que más necesita un hombre que sale en viaje de negocios?

—Contactos.

—Y los contactos suponen nombres y direcciones y números de teléfono. No hay nadie que los recuerde todos de memoria. ¿Dónde están? Aquí no. Ni en su maletín. La policía no encontró nada más en el lugar del accidente. Ahí tienes el inventario. ¿Qué conclusiones sacas?

El capitán Shabibi no se decidía a sacar conclusiones.

—Todavía no, coronel. Aún hay muchas preguntas que debemos contestamos nosotros mismos.

Si Bellarmino era un legítimo hombre de negocios —y no nos costará nada averiguarlo por medio de nuestros contactos en Roma— entonces su libreta de direcciones solo tendría sentido para él. ¿Y por qué la iba a querer Fathalla?

—¿Pero dónde está entonces?

—Es posible que Bellarmino la haya olvidado o se le haya perdido. Incluso que se le cayera al quitarse la chaqueta para aliviarse del calor. Hay veinte explicaciones posibles.

—Habrá que comprobarlas todas, amigo mío. Y mientras lo hacemos no vayamos a olvidarnos de las otras preguntas que siguen sin respuesta. ¿Quién dio a los israelíes el nombre del comandante Jalil de modo que pudieron arrestarle el mismo día del incidente de Rumtha? Sabemos que los jordanos obtuvieron el dato gracias a Tel Aviv. ¿Pero quién lo consiguió? Y Fathalla también estaba allí.

—Pero usted ya le interrogó y no consiguió nada.

—También pusimos un trasmisor en su casa. Y no ha funcionado. O era defectuoso o lo encontró y lo retiró.

—¿Y si lo encontró?

—Eso le convertiría verdaderamente en un experto.

—Entonces vuelva a interrogarle.

—¡No! Ahora no.

Safreddin sonrió como ante un placer misterioso.

—Por ahora le haremos creer que hemos terminado de investigar. Le pediremos que haga lo necesario para el funeral de Bellarmino y que nos explique los negocios que el italiano realizaba en Damasco. Después le dejaremos en paz, pero observándole día y noche. Le observaremos hasta poder confeccionar un mapa de sus sueños.

—Puedo dibujarlo ahora mismo —dijo Shabibi en tono despectivo—. Los iraquíes son muy mujeriegos.

—¿Y usted también, capitán?

Se lo preguntó como sin dar importancia al asunto. Shabibi se rio.

—No tengo tiempo ni dinero, coronel.

—Eres un joven prudente. Espero mucho de ti. Ven a cenar conmigo esta noche… y después pasaremos un par de horas en la sala de detección. Es posible que nuestro amigo charlatán salga otra vez al aire.

—Me gustaría, coronel. Me gustaría mucho.

—Le mataste —dijo Emilie Ayub.

—No lo sabes —le dijo Selim Fathalla—. Te desmayaste, ¿no te acuerdas? Y cuando recuperaste la conciencia ya había muerto.

Estaban sentados en el jardín donde las últimas rosas tardías esparcían su perfume y el león de piedra creaba su melancólica música acuática. Tomaban limonada y disfrutaban de los últimos momentos agradables del día antes que el frío del desierto invadiera la ciudad. Les había invadido una tranquilidad semejante a la tierra yerma y hablaban como dos actores alejados de la realidad.

—¿Por qué le mataste?

—¿Por qué me lo preguntas, muchacha?

—Voy a vivir contigo, Selim. Voy a sentir tu mano en el pecho y en el vientre. Necesito gozar con ella y amarla. Necesito quererte a ti.

—Soy un comerciante. Lo he sido toda la vida. Hago aritmética en la cabeza. En la mano derecha tengo una vida. Y en la izquierda hay… ¿cuántas más? La tuya, la mía, la de Bitar… la de todos nuestros hombres en Siria. Y escuché a un hombre herido que balbucía una sentencia de muerte para todos nosotros. ¿Qué iba a hacer?

—No te culpo de nada, Selim. Ni se te ocurra pensar que te condeno. Pero lo último que recuerdo es que Bitar te estaba odiando tanto…

—No me odiaba, Emilie. Me estaba poniendo a prueba. Tenía que saber si tenía tanto valor como el que le estaba exigiendo a él. Trabaja conmigo para servir a su propia causa. No lo habría hecho si no me respetara.

—¿Así que mataste a un hombre para hacerte respetar?

—He cargado con un muerto para salvar a los vivos.

—¿Y está bien o está mal, Selim?

—No soy cristiano. No lo sé.

—¿Y los judíos no tienen acaso un bien y un mal?

—Sí que lo tenemos, muchacha. Seis millones de muertos son el mal… ¿verdad? Y dos millones y medio de vivos están bien ¿verdad? ¡Sabe Dios si son el bien! ¿Cuánto mal es la muerte de un hombre? Termina tú con la aritmética. Yo no puedo. Estoy muy cansado.

—Bitar no destruiría ni a un hombre siquiera.

—¿No?

—Eso dijo. Es lo último que recuerdo.

—Dijo que no mataría a un judío. Pero un judío es un hombre. Y un musulmán también. Y tú eres una mujer cristiana. ¿Sabes lo que me dijo Bitar cuando terminé de matar al otro? Me dijo:

«Ahora ya sé que eres mi hermano, Selim. ¡Ahora ya sé que podemos vivir en paz… todos los semitas, todos los creyentes en el Único y Misericordioso!». Me cogió la mano. Me la besó con lágrimas en los ojos. Me dijo: «¡Has matado a un judío para salvar a un musulmán!». Fue una especie de locura sentimental. Pero había cierta verdad en ella. Le había absuelto de alguna culpa.

Estaba agradecido. Sabía que no podía absolverme a mí. Y, no obstante, lo deseaba… ¿Y no puedes hacer tú otro tanto? Eres mi mujer. ¿No puedes tratar de perdonarme?

—Estoy tratando de perdonarme a mí misma, Selim. Me necesitabas y no estaba allí. Hui.

—¿Qué habrías hecho?

—No lo sé. Las mujeres en realidad no tenemos patria. Ni tampoco religión. Somos las que llevamos la vida. Es lo único que comprendemos… Dame un hijo, Selim. Dámelo esta noche. ¡Aquí mismo, si quieres, ahora!

—Esta noche estoy muerto, Emilie.

—Yo puedo hacerte vivir de nuevo.

—¿Puedes?

Parecía desencajado y no solo por efecto de la pálida luz de la tarde.

—Anoche, mientras dormías, recibí un mensaje de Baratz. Se va a casar con mi esposa cuando terminen las gestiones del divorcio. Es un hombre tan honrado que me lo imagino sangrando con cada palabra que me enviaba. Quiere que averigüe los planes de los emplazamientos de Galilea. Parece que hay una guerra inminente y los necesita con urgencia. Conoce los riesgos. Es honrado también en este sentido. Deja la decisión en mis manos. Si no puedo hacer el trabajo, me retirará del servicio ahora mismo. Nos retirará a los dos. Tengo que contestarle esta noche.

—¿Y qué vas a decirle, Selim?

—¿Qué quieres que le diga muchacha?

—¿Qué te dice el corazón, Selim?

—¿El corazón? ¡Dios! El corazón me dice las cosas evidentes con toda sencillez. ¡Que haga las maletas y me marche! ¡Esta misma noche! Por los cerros hasta el Líbano y que salga en el primer avión a Chipre. Lo podemos hacer. Lo he planeado por lo menos cien veces. Y sin embargo…

—Di la verdad, Selim, dila bien claro.

—No sé expresarla con palabras.

—Trata de hacerlo.

—¿Por qué no me dejas pensar solo?

—No puedo. Yo soy tú, Selim. Y tú eres yo. Si nos separamos somos como hojas que arrastra el viento.

—Bien. Esto es lo que pienso, Emilie. Algún día —tarde o temprano— habrá una guerra entre Israel y los árabes. Los muchachos subirán por los cerros de Galilea a silenciar los cañones sirios que han estado disparando muchos años contra sus granjas. Si no saben lo que quizá yo pueda informarles es probable que mueran muchos, que muchos queden hechos trizas sobre las rocas. Tantos jóvenes, Emilie, tantos…

—Y si lo saben, Selim, morirán muchos jóvenes sirios junto a sus cañones… Muchos también.

—Defiendes a tus hermanos —le dijo Fathalla violentamente—. ¿A quién más conoces?

—¿Acaso me preguntas qué soy cuando te acuestas conmigo? Cuando me desperté anoche y vi a Bellarmino en la cama… solo era un hombre muerto. ¿Qué importaba que fuera árabe o judío? ¿A quién le importa ahora?

—¿Por qué tienes que atormentarme, mujer?

—Pero si vamos a morir, querido, ¿no debiéramos preguntarnos por qué?

Y entonces, mientras se ponía el sol, escucharon al muecín que gritaba desde el minarete a todos los que quisieran escucharle:

—No hay más Dios que Alah…

El encanto aún duraba en el aire cuando la vieja Farida hizo pasar al doctor Bitar al jardín.

Parecía de estupendo humor, sobre todo si se tenía en cuenta que era propenso a la introspección melancólica. Se bebió de un trago un vaso de té frío, estiró las largas y desgarbadas piernas e hizo un breve discurso:

—Todo funciona en tríos… lo bueno o lo malo. Me debiera acostar temprano esta noche porque hay una mujer que está segura que empezará a parir después de medianoche y me llamó para que la ayudara. Va a tardar por lo menos diez horas en dar a luz. Pero esta noche no quiero dormir. Me siento tan feliz que podría cantar, Selim. La noche pasada fue muy mala, Selim. Y esta mañana también fue mala con la policía. Pero ahora todo ha cambiado. ¡Escucha! Todo funciona en tríos, como te dije. Poco antes de salir de casa, me telefoneó el cirujano de la policía. Es un viejo amigo. Le he ayudado a arreglar algunos errores quirúrgicos y nunca le he cobrado nada. Me contó que han cerrado el caso. Muerte accidental. Y no más preguntas. ¿Está bien?

—Muy bien.

Pero Fathalla no estaba convencido.

—Por lo menos hasta ahora. La policía es un departamento. Pero el servicio de seguridad es una cosa muy distinta. No nos confiemos demasiado. Nuestro amigo Safreddin debe estar revisando expedientes como rata en saco de arroz.

—No, Safreddin tuvo los expedientes. Pero los ha devuelto. Todo ha sido por orden expresa suya. Esta es la primera de las tres cosas buenas. Por la siguiente tendrás que pagar.

—¿Cuánto?

—Un poco más que de costumbre. Pero creo que vale la pena.

Sacó del bolsillo un pedazo de papel arrugado, escrito en árabe. Se lo entregó a Fathalla.

—Es la copia de una carta archivada hoy en el ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Auténtica?

—Completamente. Nunca hemos tenido problema alguno con este informador. Por eso me gustaría pagarle bien. Léela y después podrás tachar algunas preguntas de tu lista.

Fathalla la miró rápidamente y luego la repasó con cuidado en busca de algún matiz falso o de frase de doble sentido. No encontró nada. El contenido era impresionante y de suma importancia. A cambio de un año de garantía de

paso de petróleo por los oleoductos sirios, los iraquíes se comprometían a cooperar militarmente con Siria. Los términos de la cooperación eran muy precisos. El acuerdo permanecería secreto y no se haría petición formal de tratado. El compromiso de hombres y material se efectuaría en caso de ataque directo de Israel contra territorio sirio o egipcio o, también, en caso de acción defensiva conjunta que Siria y Egipto emprendieran a un tiempo. El acuerdo entraba en vigor a partir de la fecha de la carta.

—¿Y bien?

Bitar se sirvió otro vaso de té y lo bebió ruidosa y alegremente.

—¿Verdad que vale la pena, Selim?

—Sí. Te pagaré antes de que te marches.

Le sonrió a Emilie.

—Esto alegrará todavía más a Baratz. Por lo menos considerará que está realizando un trabajo razonable. Espero que el tercer punto sea tan bueno como este, doctor.

—No tanto, Selim. Así que no tienes que pagar mucho. Nos llega la tercera mano por medio del hombre que tiene los duplicados de las actas de reuniones del ministerio de Defensa. Este hombre tiene una amante que, a su vez tiene otro amante y, este último da la casualidad que trabaja para nosotros. El próximo fin de semana se marchan a Rusia veinte técnicos sirios a estudiar el manejo de los cohetes tierra-aire.

—Así que van a dárselos al fin… si es que ya no les han dado varios.

—Parece que sí… ¿Estás satisfecho?

—Otra vez volvemos a los negocios. Y esto siempre me satisface.

—¿Y aprovecharás para darme un hijo, Selim? Emilie porfiaba como una colegiala.

—Toda mujer necesita un niño, ¿verdad doctor?

—Por supuesto que sí.

Bitar se llevó las largas manos al pecho.

—¿Por qué no le das uno, Selim? Es saludable. Tiene buena estructura pélvica. Le atendería el parto… y gratis.

—Les invito a cenar, mejor.

—Cenemos aquí, Selim. Haré la cena yo misma. Estamos cómodos. ¿Para qué movernos?

—Quiero salir un poco, muchacha. Estoy cansado de esta vista de ratón escondido. Ya llevamos casi una semana y nos hará mal a todos.

—De acuerdo —dijo Bitar, que estaba encantado con la idea—. Vamos al Abu Novas. La comida es bastante mala. Pero sigue siendo la mejor de

Damasco. Vaya a arreglarse, joven, y espero que tenga un niño. Aunque se lo tenga que hacer yo mismo.

Bitar se volvió hacia Fathalla y sonrió.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Selim? Cuando se ponen así solo hay una manera de curarlas.

—Está usted muy radiante esta noche, doctor. Y muy clínico también.

—¿Sabes por qué?

Bitar se inclinó hacia adelante y se apoyó en el brazo de Fathalla.

—He desafiado al Profeta. Me he emborrachado un poco… con dos vasos de *whisky*.

—Uno más podría ser peligroso, doctor.

—Ya lo sé. Pero a veces hace falta un empujón para pasar el día siguiente. Hay otra noticia que no quería que escuchara tu mujer.

—¿Buena o mala?

—Mala. Hoy me vino a visitar un paciente. Le he estado tratando una afección cardíaca. Me ha pedido un certificado para dejar de trabajar por la noche.

—¿Y?

—Me dijo en qué consistía su trabajo. Está patrullando las calles en un coche equipado para detectar y localizar emisoras ilegales.

Fathalla lanzó un juramento.

Jerusalén Israel

Una hora después de la puesta de sol, Jacob Baratz recibió el último informe del servicio de inteligencia: el rey de Jordania y los dignatarios extranjeros habían salido aquella tarde de Jerusalén y regresaban en coche a Amman; no había cambio significativo en la disposición de las tropas de la Legión Árabe; el orden de batalla no se había alterado en Hebrón.

El informe le desilusionó. Se había mantenido aferrado a la esperanza de que a última hora cambiaría la disposición de las tropas y de que la operación —con todas sus dudosas consecuencias— sería postergada. Aún quedaba tiempo, por supuesto —faltaban cinco horas para la medianoche—, pero ya no había esperanza posible. Habían cerrado la puerta de Mandelbaum. Ni el mejor vigía de los cerros podría identificar a pequeños grupos de tropas que se movieran de noche.

Así pues, ya no cabía discusión alguna. El fuego se abriría al amanecer.

El jefe del estado mayor estaba reunido con el jefe de operaciones. Baratz comunicó su informe telefónicamente, quedó de acuerdo para juntarse con los demás a las cinco de la mañana en el puesto de observación en Hebrón y se marchó a cenar a casa de Judit Ronen en Har Zion. Estaba deprimido. Todo su mundo cobraba aspecto siniestro, como paisaje demasiado tranquilo bajo nubes de inminente tempestad.

Las noticias de Damasco eran malas. La indiscreción de un correo había puesto en serias dificultades a un agente clave y a una red vital de espionaje. El correo había muerto, asesinado por su propio colega. Selim Fathalla, en un momento en que se le estaba solicitando informaciones de sumo valor estratégico, se veía forzado a adoptar una actitud defensiva para mantener en vida su organización. Si se descubría, por error de cálculo o simple casualidad, los sirios dispondrían de un hermoso elemento de propaganda para demostrar las intenciones agresivas de Israel y unificar a los divididos árabes en una guerra santa contra los judíos. La política subterránea de medio mundo no tenía nada de legal; pero una ilegalidad abierta y descarada, como el espionaje o como la operación del día siguiente en Hebrón, eran un arma poderosa en manos del enemigo.

Apenas llegó a la casa, llamó a su despacho y dejó el número de teléfono de Judit por si se producía una emergencia. Y después siguió a la mujer al jardín y caminó con ella en la fría oscuridad contemplando la luna nueva que empezaba a surgir por encima de las murallas de la ciudad vieja. El ánimo sombrío aún le pesaba con fuerza, pero Judit fue paciente con él. Le tranquilizó contándole los pequeños detalles de su jornada: sus proyectos para una exposición; una nueva obra que estaba esbozando y en la cual quería expresar el principio de la nueva vida de ellos dos; su idea era conservar la vieja casa de Jerusalén aunque se establecieran en Tel Aviv; el trabajo de un joven pintor de la república de Mali, que estaba estudiando becado en Jerusalén.

Baratz se dejó llevar por el flujo de sus palabras y tocó una playa, después un promontorio y después un rincón de un país que le había sido ajeno demasiado tiempo. Este era el problema de la vida oculta, en realidad el problema de toda la vida militar: uno se convierte en miembro de una hermandad exigua y aparte, se empieza a hablar un dialecto, se utilizan extraños pesos y medidas, se calcula según las posibilidades de crisis y de desastre; uno se olvida muy fácilmente de la varia sencillez de la vida corriente, que está constituida de promesas y de bodas y de dolores de estómago de los niños y de los hombres que salen a pescar y de las niñas que

bordan pañuelos y de esposas felices que regatean en el mercado el precio de las manzanas.

Había un gran peligro en la vida esotérica del especialista; una fascinación fatal en la intimidad oculta del teatro de títeres. Al poco tiempo se cae en una sutil actitud despectiva respecto al rebaño ignorante y feliz. Se llega a despreciar la inocencia de los que no conocen la iniquidad. La lengua materna se hace extraña y se termina encaramado en una columna como estilita que contempla el desierto y se pregunta a dónde se habrá marchado la gente. No había dicho nada de lo que estaba pensando y se sorprendió cuando Judit pareció responderle.

—¿Acaso no es este el significado del matrimonio, Jacob? Dos puertas a dos mundos y un continuo ir y venir. ¿No es esta la razón por la cual necesitamos el matrimonio… o lo que pueda sustituirlo para no volvernos locos, encerrados con nosotros mismos en una habitación llena de espejos?

—Supongo que sí. Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que ese fue mi error con Hannah.

La obligué a vivir dentro de una sola habitación. La encerré en mi mundo privado. Y la única escapatoria que le quedaba era la huida o el refugio en el pasado. Nunca me lo podré perdonar.

—Tienes que perdonarte, Jacob. De otro modo tampoco podremos ser felices nosotros dos.

Lo dijo con tanta vehemencia que Baratz se asustó.

La miró y advirtió que tenía el rostro tenso como la piel de un tambor y pálido como la luz de la luna. Le respondió sencillamente:

—Vamos, querida, tranquilízate. Dentro de quince días habrá muerto el pasado. Y empezaremos de nuevo.

—No, Jacob. Ahí está el quid, precisamente. El pasado no muere. Sigue formando parte de nosotros. Debemos aceptarlo y tratar de estarle agradecidos. Si no es así, se nos convierte en veneno que nos corroe por dentro… El otro día hablé con Franz Lieberman sobre este asunto. Me dijo lo mismo de otra manera.

—¿Por qué fuiste a hablar con Franz?

Baratz estaba resentido y cansado.

—Porque es un viejo muy sabio y muy amable. Porque necesitaba ayuda.

—¿Para qué?

—Para mí misma… y para ti. Me llevó a ver a Hannah. Me hizo llorar, Jacob. Ha cambiado tanto. Está tan distante y trágica. Franz fue muy bueno conmigo. Me llevó a su despacho, me sirvió una taza de café y me habló

mucho rato sobre mí misma, sobre Golda y Adom… y también sobre ti, Jacob. No predicaba. No juzgó a nadie. Solamente me explicó las cosas. Me dijo que el único medio de conservarse humano es repetirse tres cosas: «Soy culpable, me arrepiento y quiero corregirme».

Y después se rio y me dijo: «Por supuesto, señora, todos sabemos que solo somos culpables a medias y que solo a medias nos arrepentimos y que lo mejor que podemos hacer con un tiesto quebrado es pegarlo y volver a ponerlo en su anaquel. Pero eso ya es un comienzo, ¿verdad?». Y tiene razón Jacob. Es un principio. Así dejas de odiar a otra gente. Y te dejas de odiar a ti mismo.

—Pero seguimos quebrando tiestos, ¿verdad? Tengo que decirte una cosa, Judit. Le he dado una misión a Adom, una misión que puede costarle la vida. Le he ofrecido una escapatoria por si quiere utilizarla. Pero me parece que no querrá.

—¿Y también te sientes culpable de ello?

—Un poco. Le conté lo nuestro. Tenía derecho a saberlo. Y le ofrecí, por si cree que estoy exigiendo demasiado, un modo para salir inmediatamente de Damasco con su amiga.

—¿Y podías haber hecho más?

—Creo que no.

—¿Entonces por qué te crees culpable?

—Porque estoy aquí contigo, seguro en este jardín. Y él está en Damasco rodeado de puñales.

—¿Está bien?

—Tiene muchos problemas estos días. Pero está bien.

—Me pregunto qué irá a hacer cuando acabe.

—¿Te preocupa?

—Por supuesto, querido. El es mi pasado, tal como Hannah es el tuyo. Y también es mi presente, a través de Golda. Tú y yo, Jacob, vamos en la misma barca. Por eso tenemos que cuidarnos el uno al otro… ¿Quieres que bebamos algo antes de cenar?

—Por favor. Pero poco. Tengo que levantarme a las cuatro de la mañana.

Judit le besó en los labios y entró a la casa. Baratz se encontraba más tranquilo. Se había sometido al ritual sedante de la confesión y había recibido el consejo de costumbre: «¡Cállate, amigo! Todos vamos por el mismo camino. Hacemos lo posible y fallamos. No podemos olvidar. Pero podemos perdonar y ser perdonados. Sea amable conmigo y seré amable con usted. Dios lo sabe todo… aunque está demasiado ocupado para decírnoslo. ¿No es

bastante? ¡Es todo lo que tiene, amigo! Acostúmbrese a ello o sáltese la tapa de los sesos…». Así pues, aquella noche bebería y comería y se alegraría un poco con una mujer encantadora. Y al día siguiente contemplaría cómo volaba por los aires una aldea de piedra. ¿Y quién —se preguntaba tristemente— cuidaría de los pobres diablos que mañana tendrían que pasar la noche en cuevas y escondrijos del valle de Hebrón?

CAPÍTULO ONCE

Beirut

Nuri Chakry se había preparado cuidadosamente para aquella noche. Podía ser la última que pasara en Beirut. Y podía ser el preámbulo de un regreso triunfante. En cualquier caso, era una ocasión señalada.

Poco antes de la hora del cierre, hizo retirar los fondos de su cuenta personal en el banco Fenicio.

Tendría que abandonar muchas cosas al partir: edificios, muebles, automóviles, una lancha motora, ropas y unas cuantas mujeres muy complacientes. Pero no tenía la menor intención de dejar ni un centavo de dinero contante y sonante. Pidió entonces que le trajeran cuanto tenía depositado en su caja fuerte y la vació de todo documento negociable. Puso documentos y dinero en el maletín, dejó el emperador dorado encima de todo y volvió a su departamento.

Le quedaba poco por hacer. Tenía hecha la maleta. La media docena de cuadros valiosos ya había sido arrancada de los marcos y enrollada convenientemente bajo el título de «dibujos de arquitectura». Y en los marcos había ahora reproducciones para que el departamento pareciera todavía habitado. Se bañó y afeitó y telefoneó a Heinrich Muller a Biblos. Después se sirvió un trago y se sentó a revisar el itinerario del viaje.

Su secretaria había preparado todo de manera normal, pero Chakry discutió enfáticamente los detalles para que la mujer no los olvidara. Partiría a las ocho de la mañana en vuelo directo a París, donde le habían reservado una *suite* en el hotel Lancaster. La vuelta estaba encargada y confirmada para la mañana del martes siguiente. La documentación era muy sencilla; pero demostraba —si hacían falta pruebas— un hecho importante: que un legítimo hombre de negocios estaba a punto de realizar un legítimo viaje de negocios

con la precisa intención de regresar a cumplir con sus deberes en fecha determinada. Nadie podía acusarle de defección, engaño o huida.

Henry Muller, por otra parte, le había preparado otro conjunto de documentos; un nuevo pasaporte, un nuevo certificado de vacuna y un billete aéreo de París al Brasil. Así pues, el lunes por la tarde Nuri Chakry estaría en condiciones de saltar en dos direcciones: volver a Beirut si el ministerio de Hacienda y el Banco Central decidían finalmente ayudarle; o si no le ayudaban, saltar el Atlántico e iniciar una nueva vida.

Le quedaba, por tanto, una tarde y una noche que llenar. Estaba decidido a gozarla en grande.

Iría a Biblos, a beber un trago con Heinrich Muller, que también debía haber hecho las maletas y estar preparado para acompañarle cuando se decidiera la cuestión bancaria. Recogería sus papeles personales y las valiosas colecciones de documentos falsificados que Muller tenía aún en su poder.

Volvería a Beirut, al casino; jugaría un rato y después a cenar con la cantante de largas piernas que le debía la colocación y el departamento que tenía junto a la playa de Djouni. Después de cenar la llevaría a su casa y por la mañana saldría directamente del departamento de ella para el aeropuerto: reconfortante programa de diversiones para un hombre ya cansado de hacer equilibrios en la cuerda floja sin red debajo para recibirle. Así pues, le quedaba solo apurar el trago para viajar mejor, oír diez minutos de música y contemplar por última vez su departamento antes de salir y pasar de una vida a otra.

Sucediera lo que sucediera, la vida sería diferente. Solo existía una verdadera llegada, el elevado y vertiginoso instante en que se llega a la última eminencia y solo falta ponerse de pie en la cumbre para contemplar el mapa del mundo que se extiende abajo. Después solo quedaba la capacidad de resistencia, la continuidad de sensaciones semejantes que impulsan a arriesgarse en pro de beneficios menores y de una satisfacción mucho menor también. Había otras cumbres; pero cuando se ascendía a ellas, se volvía a ver el mundo desde perspectiva apenas distinta. Hay momentos en que deseamos abarcar todo el mundo y sentir todas y cada una de sus sensaciones en carne viva.

Pero no podía hacerse eso: el cuerpo no soporta muchas variaciones. Si intentamos bebernos todo el vino del mundo terminamos con el cuerpo descompuesto. Y si pretendemos amar a todas las mujeres del mundo nos abocamos a tediosa monotonía interminable.

Había una sola razón por la que le gustaría volver a Beirut. Esta ciudad era la matriz de la que había vuelto a nacer, llegando desde pobre comerciante y recadero a príncipe de mercaderes. Pero los súbditos se vuelven envidiosos y los príncipes, también. Llega un instante en que desearían que todos sus súbditos poseyesen un solo cuello para enviarlos a todos juntos al patíbulo. Así pues, en otro sentido, le alegraba salir otra vez de aventuras y poder así poner a prueba su madurez contra nuevos desafíos, antes de que la savia se secara y el corazón demandara reposo. No era mal modo de empezar una velada: brindar a los viejos dioses, por si volvía a necesitarlos, y hacer adecuada libación en honor de los nuevos para que fueran benignos con el extranjero. Y si ambos le fallaban… ¡que fuera como Alá quisiera! Por lo menos nunca volvería a ser un niño miserable ni un recadero. Terminó de beber, llevó las maletas al ascensor, cerró el departamento vacío y bajó en busca del coche.

La carretera de la costa estaba repleta con la circulación del atardecer y le costó casi cuarenta minutos llegar a la casa del alemán. Muller estaba sentado en la terraza y tenía una jarra de cerveza y sus anteojos de campaña sobre la mesa contigua: un cuadro perfecto de felicidad teutónica. Indicó a Chakry que se sentara, le sirvió un trago y brindó:

—Así que… Der Tag, ¿eh? ¡Que tengas suerte viejo!

—Aún no es Der Tag —le dijo Chakry y sonrió—. Será el lunes. Me quedaré esperando noticias en París. Si son buenas volveré enseguida. Y si no… ¿Me lo tienes todo listo?

Muller dejó el vaso a un lado y se limpió la boca.

—Todo está a punto. El pasaporte quedó perfecto. Estoy orgulloso de mi obra.

—¿Y tú, Heinrich? ¿Estás listo para partir?

—No me voy, Nuri.

Chakry le clavó la vista, sorprendido y molesto.

—¿Qué diablos quieres decir? Quedamos en que…

—He cambiado de opinión —le dijo plácidamente el alemán—. Llamé a los transportistas para que echaran un vistazo a mis cosas y me hicieran un presupuesto para embalar y enviarlo todo por barco. Cuando se marcharon, salí fuera, miré el mar y la ciudad y me pregunté por qué diablos tenía que irme a correr mundo porque mi viejo amigo Nuri Chakry quisiera construirse otro imperio. Me pregunté qué iba a hacer en Brasil, nación llena de viejos camaradas a los que no tengo interés alguno en volver a ver. ¿Dinero? Lo tengo y tengo esta casa y todo un litoral lleno de cosas hermosas que solo

están esperando que las desentierren. Allí abajo, en la segunda casa de la derecha, hay una joven que se desnuda todos los días frente a la ventana exclusivamente para que yo la vea. Sabe que la observo. Quiere que la observe. Y me encuentro en casa. Estoy en casa, Nuri, y no me quiero mover.

—Pero siempre hemos ganado dinero juntos. Te necesito, Heinrich.

—Ya lo sé, Nuri.

Se sirvió otra cerveza y le echó la espuma a un abejorro nocturno.

—Pero no me necesitas hasta el punto de no poder hacer nada sin mi ayuda. Lo que deseas es contar con alguien al otro lado del balancín para que te levante. Y el juego será unilateral. Querrás estar arriba siempre. No te culpo. Pero tampoco te envidio. Después de la guerra, tuve que caminar muchos años con la cabeza gacha. Y al poco tiempo aprendí a gozar de la situación. Era lo mismo que mirar las piernas de una mujer por debajo de una escalera: un perfecto y gratuito mirador y nunca te daban en la cara… No te enfades, Nuri. Si necesitas cualquier trabajito que tenga que ver con documentos… aquí me tendrás siempre a tu disposición… siempre que me pagues por adelantado. Los dos sabemos que vamos a revelar nuestros secretos. ¿Por qué reñir entonces?

—Desde luego.

El día.

Nuri Chakry extendió los brazos en gesto de resignación. Y sonrió.

—¿Pero quién va a instruirme sobre las antigüedades de Sudamérica?

Heinrich Muller se rio a carcajadas.

—¡Aprende tú mismo, Nuri! Haz amistad con el encargado de un museo y trabaja esta vez legalmente. De este modo no necesitarás dar comisión a depravados como yo… y te harás doblemente rico en la mitad de tiempo.

—Me gustan los depravados, Heinrich. Forman parte del asunto.

—Ya sé que te gustan, Nuri… Por eso me debes veinte mil dólares.

—¡Estás bromeando!

Heinrich Muller le miró afectuosa y cariñosamente.

—No, Nuri. Es el precio de un conjunto perfecto de bonos al portador que vale millón y medio de dólares, de un hermoso pasaporte y de un secreto seguro… No me parece un precio muy elevado… Sé que puedes pagarlo.

—Eres un degenerado hijo de camello, Heinrich.

—Lo sé… Me avergüenzo de mí mismo todos los días. ¿Pero qué voy a hacer?

—Dejémoslo en diez mil y te extiendo ahora mismo un talón.

—Dejémoslo en veinte y en efectivo. Esta noche te llevas mucho, Nuri.

—Quince, entonces.

—Veinte. Piensa en el favor que te hago.

—Diecisiete y medio. Mi última palabra.

—Acepto por dieciocho —le dijo Muller, a punto de reírse—. Me das el dinero y te doy los papeles. Y me bebo otra cerveza para consolarme.

—Te echaré de menos, Heinrich.

—Y yo también, Nuri. Envíame alguna cochina postal del Brasil.

Y los dos se rieron. Y se quedaron contemplando —perfecto par de traficantes— las ruinas del puerto donde los mercaderes de un mundo antiguo habían sobrevivido al crecimiento y la caída de muchos imperios.

Hebrón Jordania

A última hora de la tarde, mientras la gente comía a la luz de alguna lámpara mortecina o se disponía a acostarse, sacaron a Idris Jarrah y le arrastraron unos cien metros por la ladera de un cerro hasta la casa donde esperaba Café Blanco. Jarrah estaba en condiciones pésimas, febril, deshidratado y comatoso. Le quitaron las amarras, le dejaron en una cama y le vertieron agua y alcohol en la garganta. Revivió lo suficiente para alcanzar a verles de pie junto a la cama. Pero volvió a perder la conciencia. Le dieron más agua y un poco más de alcohol y, cuando volvió a despertar solo vio a Café Blanco, tranquilo y amable, sentado al borde de la cama. Giró la cabeza, dolorido. Los demás estaban jugando a las cartas. Trató de hablar. Tenía la lengua hinchada. Y dijo las mismas palabras tontas y sin importancia que se suelen decir en esos casos con la boca seca.

—¿Qué hora es?

Café Blanco miró la hora.

—Las nueve y veinte minutos. Ha sido un día largo, ¿verdad?

Jarrah trató de decir que sí, pero tenía tiesos y agarrotados los músculos del cuello. Cerró los ojos.

—Esta noche puede resultar mucho más larga. Y mañana será peor. Sé de algunos hombres que han aguantado tres días en el silo. ¿Quieres otro trago?

—Por favor.

Café Blanco le alzó con suavidad y le acercó la copa a los labios. Le dolieron todos los músculos del cuerpo con el breve movimiento. Sorbió un poco de líquido y después volvió a recostarse sudando exhausto.

Café Blanco le habló en voz baja.

—Si quieres te dejaremos dormir un rato. Ahora no podrías firmar correctamente. Pero lo harás más tarde. ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo.

—Esto nos lo facilita todo, hermano Jarrah. Será más fácil para nosotros y también para ti sin duda alguna. Duerme. Te despertaremos aproximadamente dentro de una hora.

Agradecido como un niño, cerró los ojos y trató de olvidar los dolores que le embargaban por completo y los calambres que atenazaban sus músculos. En semejantes condiciones la muerte sería una alegría: una luz al final de un largo túnel. Y cuando llegara a ella acabaría con el dolor y el temor y las voces y los ojos acusadores y el recuerdo grotesco de las riquezas que estuvieron al alcance de la mano y que fueron arrebatadas tan brutalmente. Alcanzaba a ver la luz, un pequeño punto en lontananza, como el centro de un blanco distante. El blanco, han dicho, es el pecho de un hombre. Y el centro del blanco es el corazón. Se apuntaba al corazón. Se apretaba el gatillo. La bala entraba al corazón. El hombre moría instantáneamente. Instantáneamente… Una palabra consoladora. No había que esperar, no había que sentir nada, no había más allá. ¿O había un más allá? ¿Existía un verdadero Eblis lleno de fuego y poblado de eternos acusadores que tenían el mismo rostro de los que ahora estaban acusando? ¿Había un verdadero Paraíso donde lánguidas huríes tiraban cortezas de granada a la boca del estómago? Sería muy útil averiguarlo. Le llamaba una llama pequeña y la seguía. ¿O estaba volviendo al silo? Estaba ahora cayendo, hacia abajo, interminablemente, y esperaba el chasquido seco de la cuerda que le sostendría suspendido. Pero no había cuerda y la luz le seguía hacia abajo como fuego vengativo que le persiguiera en carne viva.

Gritó, gritó agónica y apagadamente. Y se despertó y vio que Café Blanco le estaba mirando muy sonriente.

—¿Estás mejor, hermano Jarrah? ¿Estás dispuesto ahora?

—Creo que sí.

Le alzaron del lecho y le arrastraron a la mesa. Por un momento pensó que aún podía seguir luchando. Pero sabía que no podría soportar otro asalto a la reliquia de cuerpo que le quedaba. Y dejó de pensar locuras. Le instalaron en una silla y le dejaron con una pluma y un papel en blanco.

Y a su lado le pusieron una carta, una de las que había escrito a la organización en tiempos en que era autoridad importante. Estaba firmada de su puño y letra.

Café Blanco se inclinó y le señaló la firma.

—¿Es esta la firma que tienes en el banco?

—Sí.

—Vuelve a hacerla ahí.

Trató de hacerlo, lo hizo docenas de veces. Pero la mano le temblaba demasiado y la escritura se le convertía en garabatos sin forma.

Café Blanco tenía paciencia. Examinó el papel y movió afirmativamente la cabeza.

—Ya está mejor. Podrás hacerla dentro de una hora. ¿Quieres comer algo?

—Sí.

Le trajeron pan negro, queso duro, una manzana y una botella de agua mineral tibia. Se quedaron mirándole mientras comía, como si fuera un animal enjaulado. Casi vomitó los primeros bocados y Café Blanco tuvo que advertirle que fuera con más cuidado.

—Tómatelo con calma, hermanito. Come despacio. Mastica bien. Y así no volverá a sucederte.

Mientras comía los mendrugos, Idris Jarrah recuperó un poco de energías y, con la fuerza, una débil, muy débil esperanza. No podrían estar seguros de que ahora había firmado correctamente hasta que pudieran comprobar la firma en el banco. Ahora le tenían roto y acobardado. Y todos gozarían metiéndole una bala en el corazón. Todos menos Café Blanco, que consideraba que la vida era un accidente y que solo la Causa tenía verdadera permanencia. Café Blanco sabía de cheques y de bancos. Y conocía a los hombres. Y estaría dispuesto a usar de larga paciencia porque había en juego cien mil dólares. Café Blanco le estaba hablando. Idris Jarrah trató de alzar vacilante la cabeza y escucharle respetuosamente.

—¿Por qué nos has abandonado, hermano Jarrah? ¿Por qué has tratado de robarnos el dinero? ¿Por qué nos has vendido? ¿Acaso somos camellos o asnos con los que se puede comerciar? No lo comprendo. Y me gustaría comprenderlo. ¿Por qué?

Jarrah bajó la cabeza hasta casi tocar el plato sucio. Rozó con el pelo los restos de queso y de la manzana.

—¿Y qué importa eso ahora?

Café Blanco le cogió la cabeza con las manos y le obligó a mirarle.

—¡Importa, hermanito! ¡Explícate! ¿Por qué?

El súbito dolor le inspiró nueva valentía. Hizo un esfuerzo y les disparó despectivamente las palabras por los labios rotos:

—Porque efectivamente somos camellos y asnos. ¡Palestina está tan muerta como Babilonia! Nunca regresaremos. Pero los sirios nos pagan y los egipcios nos pagan para que creamos en esa vuelta. Somos hombres sin patria. ¿Y crees que nos van a dar una? ¡Jamás! Los judíos tienen su muro de los lamentos. Y nosotros somos el muro de los lamentos de los árabes… ¡Pero cuando terminen de llorar se van a mear en nosotros!

—¡Basta!

Café Blanco le abofeteó en la cara y se la golpeó contra la mesa. Un enjambre de abejas le empezó a zumbar en el cráneo. Cuando se marcharon las abejas, volvió a incorporarse en la silla y trató de burlarse una vez más.

—¿Queréis el dinero? Dadme el talonario y firmaré. Y después podéis matarme y acabar de una vez con esta porquería.

Café Blanco colocó el talonario en la mesa, le puso la pluma en la mano y le acercó el modelo de la firma.

—Venga.

Se las arregló para firmar decentemente.

—Otra.

La firma quedó un poco mejor.

—Firma seis más.

Terminó, dejó la pluma en la mesa y se apoyó en el respaldo de la silla, de cara a sus verdugos.

Aún le ardía el pequeño fuego que se le había encendido al comer. Se mojó los labios y se volvió y los fue mirando a todos, desafiante.

—Prometisteis que me mataríais pronto. ¿A qué esperáis?

—Todavía no, hermano Jarrah.

Café Blanco volvía a ser amable.

—Tienes que tener un poco más de paciencia. Esta noche, si te portas bien, te dejaremos dormir aquí mismo. Por la mañana tomaré el primer avión a Beirut y cobraré el cheque. Si has firmado bien, te concederemos lo que nos pides. Si no…

—La firma está bien.

—Estoy casi seguro. Pero mañana lo estaré por completo.

Volvieron a atarle, le pusieron la mordaza, lo echaron en la cama y dejaron dos hombres de guardia. Los demás se marcharon a descansar.

Antes de retirarse, se detuvieron uno a uno junto al lecho y le sacudieron la cara.

Damasco

En el restaurante de Abu Novas, que afirmaba, con mucho optimismo, poseer la mejor cocina al oriente de París, el coronel Safreddin tomaba café y saboreaba confituras junto con el capitán Shabibi. La comida y el placer de la compañía los tenía felices y ambos se prometían grandes cosas.

Arrellanados en un par de cojines y refugiados bajo la madera tallada del apartado, habían caído en esa especie de conversación retórica que constituye el más tradicional ejercicio de las mentalidades árabes y que consiste en una poesía voluble y al mismo tiempo estática, en un diálogo contemplativo sin el cual la monotonía de la acción les resultaría intolerable. Safreddin se había embarcado con todo entusiasmo en su tema favorito.

—… Nunca confundas, muchacho, los medios que usamos con los fines que perseguimos. Si caes en ese error te pareces al jardinero que quita malezas y se imagina que ha creado un jardín de rosas.

El trabajo de los servicios de seguridad —esta carecía de espías y de enemigos del régimen— es lo mismo que quitar malezas y suprimir espinas. Incluso la misma guerra para la que nos estamos preparando solo se puede comparar al arado y a la fertilización de la tierra para poder plantar en ella lo que será cosecha nueva. Deja que te diga algo…

Apoyó la mano en los hombros de Shabibi y apretó hasta percibir los músculos del joven.

—¡Deja que te hable de una traición! Yo podría ser tan judío como árabe. Mi pueblo viene de la región de los grandes ríos, como el pueblo de Abraham. Todos somos semitas. Creemos en un solo Dios. Hemos vivido juntos durante siglos. Nos parecemos mucho más a los judíos que a los egipcios, que se han venido mezclando desde los tiempos de los faraones. Estamos mucho más cerca de los judíos que de los tuaregs y de todos esos esclavos negros que se han establecido en el norte del África. Y, sin embargo, somos enemigos. ¿Por qué? Te lo voy a decir. El judío ha sido siempre un hombre aparte. Da solo a los suyos. Y toma de los demás. Desde el mismo principio tomó y retuvo y perdió y volvió para tomar de nuevo. No presta a nadie ni siquiera su Dios, mientras nosotros hemos repartido a Alá por todo el mundo. Podríamos pasarnos sin ese trozo de tierra que ahora ocupan los judíos. Pero no podemos vivir con ellos, con esos hombres aparte, con esa tribu aparte y ese Dios aparte… ¿Te das cuenta?

—Creo que sí —le dijo cautelosamente el capitán Shabibi—. Pero no lo veo claro. Expulsamos a los judíos. Restauramos Palestina… o agrandamos

Siria. ¿Y qué más? Seguimos siendo tribus separadas. Realmente, envidiamos a los otros árabes mucho más que a los judíos. Mira lo que sucede entre los iraquíes y nosotros mismos. Mira lo que sucedió cuando intentamos crear un mando militar único con los egipcios. Mira a Kuwait y lo que actualmente sucede en el Yemen.

—Dame tu mano.

Shabibi alargó la mano. Safreddin se la sostuvo un momento, gozando de un contacto que, si se hubiera tratado de otra persona, le habría repelido. Le abrió los dedos y colocó la palma hacia arriba sobre la mesa. Cogió un cuchillo, apoyó la punta en el centro de la mano y presionó contra la piel.

Shabibi contrajo los dedos contra la hoja. Safreddin sonrió abiertamente.

—¿Me comprendes ahora? Primero teníamos cinco dedos y un cuchillo. Ahora hay un puño apretado ante el peligro. Eso es lo que los judíos significan para nosotros. Son el puñal que se nos clava en la palma de la mano.

—Pero después, coronel —insistió Shabibi, que era hombre tenaz—, después, cuando se retire el puñal, ¿cómo nos vamos a mantener unidos?

—¿Después? —exclamó Safreddin, enfático pero mesurado—. Después contaremos con el Islam. Con el Islam rearmado con libros y espadas. El Islam vivo, con nuevos maestros…

—Buenas noches, coronel.

Alzó la vista sorprendido, y vio que Selim Fathalla estaba junto a la mesa, con Bitar y Emilie Ayub. Le bastó un segundo para reponerse y hacer las presentaciones del caso.

—Caballeros, señorita Ayub, mi nuevo asistente, el capitán Shabibi.

Y después de los saludos de rigor agregó:

—He lamentado mucho, Fathalla, la inesperada muerte del señor Bellarmino. Te debe haber impresionado mucho.

—Efectivamente, coronel.

—Murió en tu casa, me parece.

—Sí.

—Muy sensible. Me imagino que tendrás multitud de formalidades que cumplimentar.

—Ya he tenido bastantes. Y habrá otras a propósito de los funerales.

—Si tienes algún problema —le dijo Safreddin, amablemente—, no vaciles en llamarme. Estoy seguro de que podremos ayudarte.

—Eres muy amable, coronel.

—No tiene importancia… Espero que esté bien, doctor.

—Con demasiado trabajo, como siempre. Pero bien, gracias.

—Creo que le comunicaré buenas noticias dentro de poco.

—¿Oh?

—Me han pedido que firme cierta recomendación para un alto cargo en el departamento de salud pública. La firmé encantado.

—Muchas gracias.

—Comed bien. Os recomiendo los pimientos rellenos.

Los observó marcharse e instalarse en un apartado del extremo opuesto del salón. Se volvió a Shabibi con el ceño fruncido.

—Muy extraño.

—¿Qué es extraño, coronel?

—Ese grupo. Ayer se juntaron todos cuando murió el italiano. Y hoy salen a cenar los tres juntos.

—¿Y qué puede significar eso?

Safreddin se tranquilizó de nuevo.

—Nada, quizá. Pero siempre es útil hacer preguntas tontas… ¿De qué estábamos hablando?

—Del Islam, coronel. Del Islam y de los nuevos maestros… Eso me interesa. ¿Quiénes son esos nuevos maestros? ¿Dónde están? No están en la Ulema de Damasco, sin duda. ¿En el Cairo? Si están allí, creo que hasta ahora no se palpa su influencia. Y debiéramos notarla, como notamos la suya en el Club Hunafa…

—Tienes que comprender una cosa…

Safreddin volvía a estar ansioso y a hablar enfáticamente. El fanático estaba derrotando al intrigante.

—Una vez y solo una vez, toda gran religión ha unido a sus fieles con tanta fuerza que estos han sido capaces de avanzar o morir juntos como una multitud de hermanos. De ese modo se apoderaron los cristianos del imperio romano. El Islam, en su época gloriosa, fue algo semejante. El budismo ha sido igual. Y el marxismo ha sido igual en nuestra propia época… aunque ya no tanto en la tuya. Se trata de la magia explosiva de las ideas nuevas, de la visión nueva de un hombre renovado… Pero la visión termina siempre oscureciéndose. Intervienen los filósofos, los teólogos, los que son capaces de dividir al hombre en dos con tal de probar una doctrina. Si preguntas qué significa ser musulmán, tendrás veinte respuestas de otras tantas sectas. Los cristianos están divididos. Los judíos están divididos. Los marxistas también se han fragmentado. Y nunca podrás reunificarlos recurriendo a un montón de profesores…

—¿Y cómo entonces, coronel?

—Hace falta volver a lo que tantos profetas han comprendido. A la afirmación elemental. A la mayor sencillez. Todo hombre que dice «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta» es un hermano musulmán. Todo hombre que honra a Cristo es un cristiano… Mira lo que hizo Ben Gurión en Israel. También era un genio. «Todo judío que venga a Israel se convierte al momento en ciudadano de Israel…». Tenemos que hacer lo mismo. Una sola fórmula, un largo y poderoso grito y la bandera de la media luna se desplegará otra vez sobre el mundo.

—Parece demasiado fácil, coronel… y sin embargo…

—Lo sé.

Safreddin continuaba entusiasmado con el resplandor de su propia profecía.

—Sin embargo no es bastante… algo nos falta. ¿Qué? Dímelo, dímelo tú, que eres como un hijo en este instante, dime lo que falta.

—Sangre en la bandera —dijo el capitán Shabibi.

La cena de Selim Fathalla resultó casi un fracaso. La presencia de Safreddin les recordaba a todos el peligro constante en que vivían. La comida era corriente, el servicio del semivacío restaurante era decididamente molesto, como si todos los aburridos camareros fueran funcionarios del servicio de seguridad de Safreddin. Bitar, sereno ya, estaba cansado y algo melancólico. Emilie renunció muy pronto a sus intentos de estar alegre. Fathalla estaba preocupado por el nuevo y urgente problema que Bitar le había comunicado de pasada. Terminaron pronto. El doctor Bitar marchó directamente a su casa; Fathalla y Emilie se fueron al borde del desierto y se quedaron escuchando, en el coche, la música que emitía radio Damasco. Continuaron largo rato en silencio, cada uno concentrado en su propio mundo y sin osar acercarse siquiera al otro por temor a no encontrarle para manifestaciones de afecto.

—¿Qué sucede, Selim? ¿Por qué estás tan preocupado? —le preguntó finalmente Emilie.

—Las cosas se están poniendo muy feas. Es el momento de ocultarse. No podemos. No estoy seguro de si debemos tomarle la palabra a Baratz y marcharnos.

—¿Juntos?

—Por supuesto.

—Entonces hagámoslo, Selim. Tan pronto como podamos.

—Deja que piense un poco. Me sentiría mucho mejor si pudiéramos conservar intacta la red y dejarla en manos de otro. ¡Si ese Bellarmino no

hubiera sido tan condenadamente imbécil! Una libreta llena de nombres… y ese viaje loco a Aleppo. ¡Me gustaría hablar con el hombre que le ha entrenado! En cualquier caso, ya ha muerto, y tendré que enterrarlo y efectuar toda la ceremonia de enviar a Roma la triste historia. Esto significa más contactos con la policía justamente cuando quería que me olvidaran. Y tengo que hablar con Baratz… y este es otro problema. Y no sé todavía qué contestarle.

Le explicó cómo era posible que una emisora clandestina funcionara meses y meses sin que la descubrieran hasta que una noche la detectaban los monitores y localizaban su escondite. Le explicó el riesgo que debía correr todavía…

—Así que, por lo menos durante algún tiempo, no me atrevo a trasmitir desde casa y tampoco desde la de Bitar. Tengo dos posibilidades: o sitúo un trasmisor en el coche y me convierto en unidad móvil o transmito desde la iglesia de los mártires y corro el riesgo consiguiente. En uno y otro caso el peligro es semejante. Si me registran el coche o tengo un accidente como Bellarmino, allí mismo terminaría todo. Por otra parte, si se trasladan a la iglesia mientras estoy allí… me atraparían de todos modos. El camino no tiene otra salida y no hay otro lugar donde esconder el coche… Y, sin embargo, tengo que hallar el modo de enviar estos datos a Tel Aviv.

—Puedo llevarte a la iglesia, dejarte allí y volver a buscarte más tarde. Así no tendrías que preocuparte del coche.

—Pero podrían cogerte en la carretera si localizan la emisión… No, espera…

Cogió un cuadernillo y empezó a hacer una serie de cálculos rápidos.

—Pongámonos en el peor de los casos. Que transmita durante diez minutos. La iglesia de los mártires está a siete u ocho minutos de la ciudad. Supongamos que me detectan y localizan al empezar la transmisión. Tendrán que llamar a la policía y montar una búsqueda en regla. Dispondré de por lo menos cinco minutos para cerrar y escapar a las colinas.

—Pero no podrás hacerlo siempre.

—No estoy pensando en eso. Me refiero al día de hoy. A esta noche… ¿Qué hora es?

—Las once y veintitrés minutos.

—¡Perfecto! Llévame a la iglesia. Empezaré a preparar el mensaje inmediatamente y lo transmitiré a las doce y cincuenta minutos. Llegaré a casa sobre las tres… o más tarde si tengo dificultades.

—Tengo miedo, Selim.

—¡Es una noche… solo una! Si tenemos suerte, será la última. Y después podré volver a ser Adom Ronen.

—¿Y podré tener el niño?

—Te lo prometo.

Se besaron bajo la luna del desierto y Fathalla llevó el coche de nuevo a la carretera de Rumtha.

Llegaron al desvío, se bajó y quedóse mirando a Emilie hasta que el coche desapareció de su vista.

Y empezó a subir por el sendero rocoso hacia la iglesia de los mártires. Sus pisadas resonaban con fuerza en el aire quieto. Había que tener en cuenta un detalle: los sonidos llegan muy lejos y muy claros entre los cerros. Una rama que se quebrara o una piedra que cayera rodando, bastarían para descubrirle. Y la torcedura de un tobillo equivaldría a una sentencia de muerte.

Atravesó la muralla del cementerio y subió al cerro bajo y desierto que había detrás. Quería explorar el camino de la retirada. En el extremo opuesto del cerro, un estrecho sendero bajaba hasta el lecho seco de un arroyo que se dividía en dos al llegar a un conjunto de altas rocas blancas. Uno de los brazos del arroyo iba hacia el norte, hacia la ciudad. Seguiría aquel camino al terminar de transmitir. El otro brazo se dirigía hacia el oeste, en dirección a los cerros del anti Líbano, a treinta kilómetros de distancia. Más allá de las rocas blancas había cientos de cuevas y grietas. Allí podía ocultarse un hombre y solo podrían descubrirle con perros. Pero los cerros eran crueles: todos los arroyos estaban secos en verano, era tan raro hallar un poco de agua como un diamante. Era asarse de día y congelarse por la noche y los beduinos contaban siniestras historias del viento que cabalgaba sobre las arenas cortantes como sierras.

Escuchó un ruido tras de sí y volvióse alerta y a la defensiva. Un viejo chivo, negro y barbón, huyó corriendo por la ladera del cerro. Sonrió, inquieto, y regresó a la blanca iglesia que dormía entre sus fieles muertos.

Beirut

—¡Escucha, muchacho!

Lew Mortimer estaba abriendo su corazón a Mark Matheson en el bar del hotel Fenicio. Ya llevaban cuatro vasos cada uno.

—¿Eres norteamericano, verdad? ¿Y lo eres en serio, verdad? Crees en Dios. Crees en la honradez de los interventores y en que un día de trabajo honrado merece un sueldo honrado y todo eso, ¿verdad? ¿Qué demonios estás haciendo entonces en este nido de monos, eh? ¡Oh, ya lo sé! Te gusta esta vida. A mí también. Deseas que te paguen lo que pides sin que el Tío Sam te esquilme. Yo también. Pero, por Dios, no hay que hacer las cosas de ese modo. ¿Cuánto te paga Chakry? ¿Treinta mil? ¿Treinta y cinco?

—Cuarenta.

—Dejémoslo en cincuenta y trabaja para mí. Vamos, hombre, ganarás diez mil más; sin que un maldito árabe te tiente el bolsillo abierto.

—Es una oferta tentadora —dijo Mark Matheson—. Me gustaría volver a trabajar en una empresa americana. Pero ya sabes cómo son las cosas. Montas algo y te gusta quedarte y ver crecer lo que has iniciado.

—Por supuesto que sí.

Mortimer estaba tan a gusto como un mono columpiándose en su árbol favorito.

—Tú hiciste la mezcla, tú colocaste los ladrillos, y tú cargaste las vigas del techo sobre los hombros. Tienes todo el derecho a sentirte orgulloso y decir «yo lo construí». Y es verdad, muchacho. Has trabajado muy bien. ¡Pero mira! Esta condenada gente no piensa como nosotros. Te han exprimido y ahora te patean en el vientre. Lo que es tuyo es mío, lo que es mío es mío y se acabó; arréglatelas como puedas. ¡Mira a ese Chakry! ¡Hermano! Te ha dejado a ti lo peor. Ve a Suiza, habla con los judíos… ¡y no pensaban prestarte un ochavo! Ve a sondear al Departamento de Estado. ¡Mierda! Eso no lo hace un banco, Mark. Eso es hacer de espía. Y Chakry te ha obligado a hacerlo.

—No lo sé, Lew. Me gusta ese hombre. Tiene agallas. Y es astuto. Le admiro por eso. Quien puede irse a París y presentar un ultimátum a los rusos…

—¿Los rusos? ¡Jesús, Mark! ¿Y te has creído ese embuste? ¿Crees que los rusos tienen tanta valuta como para pagar ciento cincuenta o ciento setenta millones por un castillo de naipes en el Líbano? ¿Crees que actúan tan precipitadamente? Cuando el Comité Central autorice un envío de alfileres, todo habrá terminado en tu banco.

—Pero Chakry está muy seguro, Lew.

—Chakry ha estado seguro de todo desde que le quitó los tres primeros dólares a una prostituta ciega. Te está convirtiendo en la víctima de todo el descalabro, Mark. ¿No te das cuenta?

—Lew, no conoces a ese hombre como yo. Es un mago.

—Ya conozco esa magia. No sirve para nada.

—Resulta muy fácil decirlo. Pero piénsalo un poco. Podemos cerrar dentro de diez días y se marcha a París esta mañana y, si los rusos no pagan, volverá el martes con un préstamo de cincuenta millones de dólares.

—Siempre lo mismo.

—Se marcha a París.

—Ya te oí. Continúa. ¿Dice que vuelve con qué?

—Con un préstamo de cincuenta millones.

—¿Y quién se lo va a dar?

—Lo sé. Pero no puedo decírtelo, Lew.

—¿Dinero francés?

—Sí.

—No me lo creo. Los franceses apenas tienen capital para ellos mismos. Negocio con ellos constantemente. ¡Créeme a mí, Mark!

—Te digo que cuenta con ello, Lew.

—¿No me estás tomando el pelo?

—¿Por qué iba a hacerlo, Lew? Me paga cuarenta mil. Me ofreces cincuenta. ¿Y voy a tomarte el pelo?

—¿De qué dinero se trata, Mark? ¿Bancario?

—No.

—¿Fondos comunes?

—No.

—¿Seguros?

—Sí.

—Ahora es cuando estoy seguro de que te está engañando.

—Me dio el nombre de la compañía y los detalles del trato.

—Me hace falta otro trago. ¿Me acompañas?

—¿Por qué no?

Mortimer chasqueó los dedos, llamando a un camarero, pidió que les sirviera y se acomodó en la silla, estiró las piernas y puso las manos sobre la mesa. El rostro curtido y moreno le resplandecía de benevolente admiración.

—Mark, te aprecio. Te aprecio porque eres tan honrado como una gallina del sur y tan inocente que me haces sangrar por dentro cada vez que hablo contigo. Conozco a todos los hijos de puta franceses que trabajan en seguros desde Alsacia al Midi. Y si puedes sacarles más de dos millones de dólares en este momento, quiere decir que definitivamente sabes más que yo. Chakry te está embruteciendo, Mark. Te está tomando el pelo. Si el próximo lunes el

Banco Central no le avala ni le sostiene —y eso no va a suceder— se marcha a occidente, muchacho… ¡Muy lejos, muchacho! ¿No me crees?

—Me gustaría creerte… y no me gustaría, Lew. Me conviene creerte, pero…

—¿Cuál es el pero, Mark?

—No lo sé.

—Te lo diré yo mismo, muchacho.

Mortimer alargó una de sus gordas manos hacia Matheson.

—Eres una buena persona, Mark. Pero eres un verdadero bebé. Basta que alguien te ofrezca una tierna y cálida teta de donde chupar y ya no quieres moverte. ¡Crece un poco, muchacho! Mamá se la está ya guardando y a punto de marcharse a putear de nuevo.

—¡Basta, Lew!

—Lo siento… No quería ofenderte. Pero tampoco te quiero ver con toda la porquería de Chakry encima. Me hace falta una sola respuesta para estar completamente seguro de si tengo razón o estoy equivocado. ¿Cómo se llama la compañía de seguros?

—No me hagas esa pregunta, Lew.

—Ya sé que es dura. Pero más duro será lo que va a sucederte cuando el ministerio de Hacienda te acuse de fraude para así ocultar el hecho de no tener en el Líbano una ley bancaria mínimamente decente.

—No harán esto. No podrían.

—Se trata de tu cabeza, muchacho… no de la mía.

Era curioso cómo se llegaba a ello… a la última traición y con todas las excusas preparadas. Era curioso lo poco que importaba todo cuando se trataba con un hombre como Lew Mortimer.

Acuéstate con una prostituta o instala un oleoducto: todo es cuestión de músculo y de seguridad.

Vaciló lo bastante para salvar las apariencias. Y dio la respuesta:

—Que no salga de nosotros, Lew…

—Por supuesto… por supuesto…

—Se trata de la Societé Anonyme des Assurances Commerciales.

—¡Hermano mío!

Mortimer tragaba saliva de sorpresa y contento.

—Ese bastardo suave y sonriente… Si llevara sombrero me descubriría en su honor. ¡El es el propietario de esa condenada compañía y bastaría una reclamación en regla para obligarle a cerrar!

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que debes renunciar mañana mismo, Mark. Te incluiré en la nómina el mes próximo. Cincuenta mil al año, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Lew. Y no sabes cuánto te agradezco…

—No me agradezcas nada, muchacho. Me basta con que tu trabajo sea eficaz y honrado. Ahora me marcho al casino a jugarme unos billetes. ¿Quieres venir?

—No, gracias. Tengo que salir a cenar con compañía.

—¿Y vale la pena?

—Sí. Pero habla demasiado.

—Es una manera de agarrarse, muchacho. El truco más viejo y sencillo. Que te diviertas.

Mark Matheson empezó a reírse tan exageradamente que tuvo que venir un camarero a golpearle en la espalda. Lew Mortimer había pagado ya la cuenta y salía a la calle cuando Matheson logró recuperarse.

En el casino del Líbano, encaramado en la cima de un acantilado como un monumento a Midas, estaban ya apartadas las ovejas de los machos cabríos. Las ovejas eran los turistas apiñados en las mesas del gran salón donde comían una cena de alto precio y no tan alta calidad y en donde se les sometía a la contemplación de un extravagante espectáculo de juglares, acróbatas, bailarines, cantantes y un *ballet* de pechos desnudos. Los machos cabríos se reunían en el salón de juego, donde todos los jugadores eran iguales frente al dios-dinero con tal de que tuvieran sólido capital, ingresos seguros y crédito inmaculado.

Nuri Chakry se encontraba entre los jugadores porque su protegida aún tenía que participar en dos números y en el gran final y no tenía la menor intención de quedarse sentado durante todo el aburrido y complicado espectáculo. Por otra parte, él también era actor y sentía necesidad de realizar su última actuación en público y una salida definitiva, triunfal y burlesca. Le gustaba jugar, pero lo hacía con prudencia y hasta cierto límite. No le molestaba el riesgo, sino el que las posibilidades estuvieran siempre en contra suya pues la casa tenía que ganar forzosamente. Y a Nuri Chakry no le placía en lo más mínimo una conclusión tan inevitable. Lo que más le gustaba era el ambiente del lugar: el humo y el perfume y el olor de la agitación humana; los rostros en fila sobre el tapiz verde como en una galería de pasiones; el constante ir y venir de observadores y ansiosos; los gritos de papagayo de los croupiers y de los que dan las cartas, el sonido de las cajas y el giro hipnótico de las ruedas.

No empezó enseguida a jugar. Se paseó de un lado a otro, elegante y sonriente y soberbiamente confiado. Observaba el juego, decía alguna que otra palabra o sonreía de paso a los clientes habituales. Sabía que todos le estaban examinando. Casi oía las preguntas que ellos mismos se hacían. Sin atreverse a hacerlas directamente dentro del sagrado templo donde se supone que cada jugador es rico mientras conserve la tarjeta que le acredita como socio. Había enemigos y amigos.

Ninguno, a excepción de los extranjeros transeúntes, era indiferente a su presencia en la sala. Todo el mundo sabía que Nuri Chakry había colaborado eficazmente en la construcción del casino y que, se calculara como fuese, Chakry seguía funcionando como incógnita que podía dar cero o infinito.

Finalmente compró varias fichas —la mitad de cuanto pensaba permitirse aquella noche—, buscó una silla al extremo de la mesa y se sentó a jugar. No tenía sistema; no cuidaba las apuestas, sino que se arriesgaba al máximo y esperaba. Si tenía suerte, seguía el mismo número. Perdió sin interrupción durante quince minutos. Y entonces ganó con el siete. Movió la ficha al diecisiete.

Volvió a ganar. Volvió a dejar el dinero y puso la ficha en el veintisiete. En la mesa hubo más de un grito ahogado cuando volvió a ganar.

El croupier le sonrió; le alentaba a continuar jugando.

—¿De nuevo, señor?

Chakry negó con la cabeza. El croupier retiró el dinero de la mesa. Chakry le dio una propina y recogió sus ganancias.

—Eres un cobarde, Nuri —le dijo Lew Mortimer, por detrás.

—¿Quiere ocupar mi silla, señor?

Chakry actuaba con fría amabilidad.

—Eres un cobarde —repitió Mortimer—. ¿Por qué no continuaste? Quizá no vuelvas a tener tanta suerte en la vida.

Chakry no le hizo caso, se guardó las fichas en los bolsillos y se encaminó a la caja a cobrar.

El corpulento cuerpo de Lew Mortimer le bloqueaba el paso. Le pisaba los pies. Tenía la cara encendida y los ojos inyectados en sangre.

—No te vayas, Nuri. Me gustaría decirte algo.

—Con su permiso, por favor.

—Una breve conversación, Nuri. Y un trago.

—Prefiero no hablar con usted. Y no quiero beber. Déjeme pasar, por favor.

Se había producido en la sala un silencio sepulcral.

Los clientes se les acercaban, preocupados.

Lew Mortimer alargó la nudosa mano y cogió a Chakry por las solapas.

—¡No me empujes, hombrecito! ¡Ya no puedes hacerlo! ¡No podrás empujar a nadie más en tu vida!

—¡Por favor, señor! Un hombre joven, vigoroso pero amable, se abrió paso hasta ellos.

—¿Le importaría decir lo que tenga que decir fuera del casino? Y quítele la mano de encima al otro caballero.

—¡Ocúpese de sus asuntos! —le gritó Mortimer, furibundo—. ¿Sabe quién es este hombre? El señor Nuri Chakry. Un amigo mío. Y quiere echar un trago conmigo, ¿verdad Nuri?

—No.

Se le acercaron otros dos hombres. Apartaron y retuvieron a Mortimer. Chakry se arregló la chaqueta y se fue a la caja. Pero los hombres no pudieron impedir los gritos de borracho que daba Mortimer, las palabras que se escuchaban en todo el salón.

—¿Te escapas, verdad Nuri? Te marchas. Te has embolsado todo el dinero y ahora huyes a Sudamérica. ¿Y quién les va a pagar a los que tienen cuenta en el banco, Nuri? ¿Quién va a limpiar la mugre? ¡Miradle! Miradle como cambia sus fichas. ¿Pero qué será de las vuestras? ¿Qué será de todo lo demás? Explícales, Nuri… Háblales del gran préstamo que nunca vas a conseguir de la compañía de seguros… Cuéntales por qué vas a quebrar la semana que viene.

Sacaron a Mortimer por la puerta de servicio. Todos los croupiers pedían al público que empezara a jugar de nuevo. Pero nadie les hacía caso. Todos estaban mirando a Nuri Chakry, que acababa de guardarse el dinero recién cobrado. Todo el mundo le observaba mientras salía caminando por la larga alfombra que llevaba hasta la puerta del casino.

No fue mala salida. Fue una especie de triunfo. Le habían humillado en público, pero aún los dominaba. Había sonreído: todos creyeron que su acusador estaba mintiendo. Los miró despectivamente: aun el más violento de sus enemigos quedó acobardado. Y salió como un príncipe, con gesto irónico de despedida.

Nadie sabría con cuánta facilidad pudo habérsele convertido otra vez en niño miserable, en el corto trayecto entre la caja y la puerta del casino.

CAPÍTULO DOCE

Damasco

En la sala de aparatos, cuatro operadores equipados con receptor y auriculares recorrían con paciencia la banda de onda corta para sintonizar una estación que emitiera grupos de cinco cifras.

Otros cuatro operadores operaban en coches que recorrían la ciudad manteniendo contacto directo con la sala de localización y seguimiento. Así pues, bastaba que uno de ellos detectara la estación pirata, para que todos los demás lo supieran al momento y fijaran los aparatos de dirección y seguimiento en la longitud de onda del emisor clandestino. El trabajo requería paciencia y gran sensibilidad digital: los canales estaban repletos, las señales se cruzaban y mezclaban y, a veces, sucedía que una emisora muy distante se saltaba un continente y sonaba con la potencia de una local.

El capitán Shabibi tenía bien organizados a sus hombres. Les había hecho empezar a todos al mismo tiempo y ordenado que sintonizaran a ritmo regular, de modo que hubiera ocho posibilidades de localizar la emisora espía. Shabibi, por su parte, hablaba constantemente con los coches asegurándose de que se mantuvieran separados para contar con cuatro vectores distintos, siempre que, por supuesto, el espía trabajara aquella noche y lograran localizarle.

El coronel Safreddin, sentado cómodamente en una silla, fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Tenía repartida la atención entre los detalles técnicos de la operación y el hombre que con tanta rapidez se había convertido en el director de la misma. Miraba a Shabibi y le entraban tentaciones de derribarlo de un golpe para que no se creciera demasiado. Era el perfecto hombre de carrera rápida, se movía con soltura, dominaba el arte de la adulación, era inteligente, tenaz y bien informado. Pero desde otro punto de vista, veía justificadas todas sus esperanzas: la esperanza de administración honesta, de

progreso industrial y madurez política. Era la mano que podía elevar torres, desplegar la bandera de la medialuna y bañarla con su propia sangre para darle gloria. Le miraba y experimentaba el estremecimiento de pasiones extrañamente confundidas, fraternidad, paternidad y camaradería, pasiones todas nobles y ninguna de ellas libre del deseo de contacto sexual. El deseo también era noble: los grandes poetas del califato lo habían exaltado en cantos y en poemas muchas veces. Pero el afecto más noble siempre tiene leves matices peligrosos cuando concierne a un hombre que acababa de terminar una revolución y luchaba por darle estabilidad y permanencia. No hay baño privado contra el puñal del asesino ni existe vino a prueba de veneno y muchos servidores han escupido al rostro del amo muerto.

Nunca había encontrado curación para aquella debilidad suya. Mientras pudiera odiar, podría mantenerse solo y fuerte; pero nunca podría entregarse a la arriesgada libertad del amante ni a la comunidad de amigos iguales. Retrocedería siempre en el preciso momento de la entrega, se despreciaría a sí mismo por ello y proyectaría su despecho en crueles coerciones del objeto amado.

Aquella noche deseaba que Shabibi venciera. Pero mañana le humillaría, le heriría lenta y delicadamente hasta que sangrara. Y cuando hubiera gozado de la sangre volvería a ser generoso, tolerante y salvadora-mente piadoso.

Observó que uno de los operadores se ponía en tensión, afinaba la sintonía y se apretaba los auriculares. El operador escuchó unos momentos y después se volvió, nervioso:

—Ya lo tengo, capitán. Muy bajo… cuatro con dos… cuatro con tres…

Shabibi dio una orden.

—Que los demás sintonicen y empiecen a copiar.

Volvió a su propio aparato y empezó a llamar a los detectores de dirección, les comunicó la longitud de onda precisa ordenando que le indicaran los vectores que permitieran descubrir la situación exacta de la emisora. Se los indicaron. Los anotó. Pasó los datos a un oficial que los trasladó al mapa de la ciudad. Los vectores salían fuera de Damasco y Safreddin profirió toda clase de juramentos hasta que encontraron el mapa conveniente y pudieron proyectar la convergencia en un punto al sur de la carretera de Rumtha.

Ya habían pasado tres minutos y tardaron otros cinco en concretar las órdenes a la policía y al oficial de turno en la sede de la dirección general de seguridad: cortar la carretera al sur y al norte del punto de referencia; que una patrulla armada saliera a indagar por la zona; que los detectores de dirección

avanzaran hacia el sur por la carretera de Rumtha y continuaran a la escucha. Y finalmente corrieron escaleras abajo, despertaron al conductor del *jeep* y partieron en busca del espía.

Llegaron a los límites de la ciudad, donde empiezan los cerros y la carretera describe amplia curva en torno a una de las laderas rocosas, y encontraron la primera barrera de policía. También estaban allí los detectores: ya no servían de nada pues la transmisión había cesado. Safreddin y Shabibi avanzaron lentamente en el *jeep*; buscaban un camino que se adentrara por los cerros.

Finalmente lo encontraron. Se les reunió en aquel instante el grupo de policía armada. Todos juntos empezaron a subir por el sendero que llevaba a la iglesia de los mártires.

Safreddin trabajaba como perfecto profesional que era. Ordenó a la policía que se dispersara alrededor de la pared del cementerio. Después avanzaron cautelosamente entre las tumbas cubiertas de maleza. Llegaron a la pared de la iglesia. La puerta estaba cerrada con llave.

Hicieron saltar la cerradura y entraron en la nave vacía. Safreddin los retuvo a todos en el umbral y paseó la luz de la linterna por el suelo de la nave. Pudieron contemplar claramente huellas de zapatos sobre la espesa capa de polvo. Safreddin se arrodilló para examinarlas. Llamó a Shabibi.

Trazó dos dibujos con el índice.

—Un hombre y una mujer. El hombre viene con más frecuencia. Podemos pedir que nos saquen moldes del tamaño y forma. Que avancen todos pegados a la pared. Diles que no toquen las huellas.

Safreddin les condujo a todos a la cripta. Paseó la luz por la cámara vacía y reparó en la tumba y en la profusión de huellas alrededor de la misma. Se quedó en silencio largo rato, pensando y finalmente volvió a hablar a Shabibi.

—Que venga un equipo de la policía. No debemos tocar nada… que vengan los especialistas en huellas digitales, los fotógrafos… Quiero que abran esa tumba y examinen suelo y paredes. No estamos bien equipados y podríamos perder algún detalle importante. Salgamos ahora mismo y que rastreen los cerros. No creo que encuentren a nuestro hombre, pero atengámonos a los procedimientos normales. Que vuelvan a informar dentro de una hora. Dejemos un destacamento de cuatro hombres en la iglesia.

Se produjo, entonces, un extraño anticlímax después de la primera excitación del hallazgo.

Shabibi quiso hacer algún comentario, pero miró a Safreddin y lo pensó mejor. Condujo afuera a la tropa y ordenó que rastreara los cerros

circundantes. Llamó por radio a la policía para que enviara un equipo de expertos y se sentó en el *jeep* a esperar que saliera su jefe.

Pasaron casi cinco minutos antes de que saliera de la iglesia caminando cabizbajo por el cementerio, con la cabeza realmente hundida en el pecho, como si volviera de un funeral.

Shabibi le informó de la marcha de las operaciones.

—Los rastreadores han partido, señor. Y pronto llegará el equipo de expertos.

—No pude encontrar la llave —dijo Safreddin, como si pensara en otra cosa.

—¿Coronel?

—Conozco este lugar.

Safreddin seguía hablando en el mismo tono abstraído.

—Lo conozco. Y me parece recordar por qué…

—No le comprendo, coronel.

Safreddin le sonrió fría e irónicamente.

—Usted es un joven muy inteligente, capitán. Esta noche ha avanzado mucho hacia su ascenso.

—¿Y usted, coronel?

Safreddin le puso afectuosamente el brazo sobre los hombros.

—Hace falta esperar muchos años, muchacho. Uno prospera y trabaja y estudia como el avaro que atesora lo que nunca va a poder gastar. Y entonces, un día, alguien se te cruza en la vida, alguien en quien por fin puedes confiar. En mi caso tú has sido ese alguien. Aquí ya hemos terminado. Esperemos que lleguen los expertos y les dejaremos hacer su trabajo. Después te mostraré cuál es el fruto de la paciencia y la buena memoria.

A tientas y tropezando continuamente en los tortuosos desfiladeros, Selim Fathalla avanzaba hacia la carretera. Escuchó a lo lejos el sonido de vehículos que se aproximaban. Un ruido ominoso, pero incierto. Podía tratarse de un convoy militar que se dirigiera al sur, a los puestos fronterizos; no era tan probable que fueran vehículos comerciales camino de los mercados de Damasco. Los cerros distorsionaban el sonido y resultaba muy difícil precisar su dirección. Y entonces oyó disparos; una descarga que resonó en ecos por las montañas vacías. Corrió sin dirección premeditada, alocadamente, hasta que tropezó, cayendo y lastimándose la cara. El dolor le tranquilizó enseguida. Pero otra especie de pánico empezó a invadirle implacablemente. Siguió avanzando, ahora con cautela, pisando sin hacer ruido, de sombra en sombra y a lo largo de uno de los costados del valle. Se detenía de vez en

cuando para recuperar aliento y escuchar el silencio que siguió a los últimos ecos.

Descansaba en la boca de una caverna, jadeando y pasándose la mano por la herida del rostro, cuando oyó nuevos sonidos, débiles pero claros en el aire quieto y seco: el crujido que producían pesadas botas militares sobre las piedras, voces de hombres llamándose unos a otros, mientras llegaban a una cumbre y empezaban a bajar a la depresión que él acababa de dejar atrás. Volvió a sentir miedo. Trató, desesperadamente, de controlarse y lo consiguió después de aferrarse un momento con todas sus fuerzas a una roca. Y volvió a caminar, furtivo como un zorro, tratando de distanciar a sus perseguidores.

Había perdido el sentido del tiempo, de la identidad y relación humana. Estaba poseído solo por el feroz instinto de la supervivencia. La tierra era la única amiga, las cavidades de las rocas que le permitían refugiarse momentáneamente, los senderos por los que podía avanzar con más seguridad durante unos minutos, los pozos y agujeros donde podía ocultarse, recuperar el aliento y escuchar los sonidos de la persecución. Iban alejándose. Ya no alcanzaba a oír las pisadas y sí en cambio alguna voz distante y débil. El desfiladero se estaba ensanchando y muy pronto se abriría amplio y llano frente a la carretera y las afueras de la ciudad.

Volvió a sentir miedo. ¿Qué haría si habían enviado hombres a cubrir la retirada en la boca del desfiladero? A su derecha tenía dos eminencias de roca que se alzaban negras destacando sobre el cielo iluminado por la luna. Si lograba subir allí, dispondría de un observatorio sobre la carretera hasta la ciudad y hasta las primeras curvas en dirección al sur. La pared del valle era abrupta y empinada en aquella parte y tuvo que subir en diagonal y con sumo cuidado para no desprender piedras que provocaran un pequeño y ruidoso alud. El duro granito le destrozada manos y ropa y hubo momentos en que colgó, como un fruto, de las rocas y se convirtió en fácil blanco para cualquier tirador. Estaba empapado de sudor y el corazón le golpeaba el pecho con violencia insoportable. La boca jadeante se le llenó de polvo y a duras penas pudo contener un estornudo antes de subir los últimos diez metros que le separaban de la pequeña zona plana que había entre las dos puntas del cerro. Se quedó un minuto de bruces, exhausto. Después se arrastró hasta el borde y miró hacia abajo.

Había cuatro coches equipados con radio al pie del cerro. Varios hombres descansaban apoyados en ellos, fumaban y conversaban en voz baja. Dos coches de la policía bloqueaban el paso por la carretera. A veinte metros de

distancia dos hombres provistos de linternas estaban preparados para detener a cualquier vehículo que se acercara.

Le habían cortado el camino a la ciudad. Estaba excesivamente cansado para intentar otra subida y escapar por los cerros del oeste. No le quedaba otra posibilidad que esperar y confiar en que interrumpirían la búsqueda antes del amanecer. Mientras tanto tendría tiempo de planear algún modo de intentar el salvamento de la red y el suyo propio. Era evidente que habían descubierto la iglesia y quizá también el trasmisor. No debían haber hallado huellas digitales: tuvo tiempo de limpiar los aparatos y pasar el pañuelo por la losa de la tumba antes de salir de prisa hacia los cerros. Encontrarían huellas de zapatos y las señales de su presencia ocasional en la iglesia, pero no les sería fácil identificarlas mientras estuviera en libertad.

Le preocupaba un pequeño error. Había cerrado la puerta de la iglesia y depositado la llave en el lugar habitual, bajo la roca de una de las tumbas. Un investigador sutil podría argumentar que la posesión de la llave implicaba propiedad. Le preguntarían al Patriarca quién guardaba la llave. El Patriarca informaría que la iglesia estaba cerrada hacía mucho tiempo y que la habían vendido. Si no recordaba el nombre del comprador —y era probable que no se acordara en vista de cuantas preocupaciones suponía la conservación de una comunidad cristiana dentro de un estado musulmán— entonces consultarían los archivos. Y los archivos revelarían que el actual propietario era cierto Selim Fathalla. El problema consecuente iba a ser tal que prefirió no pensar más en el asunto… Así pues, encaramado en su refugio de rocas, con la boca seca y tiritando, empezó a tomar decisiones.

Tan pronto quedara abierta la carretera, correría a casa, avisaría a Bitar que advirtiera a toda la red y cancelara todas las actividades, metería a Emilie en el coche y saldría inmediatamente, por carreteras secundarias, hacia la frontera del Líbano. Abandonarían el coche antes del amanecer, dormirían y descansarían durante las horas de sol y tratarían de avanzar de noche por las laderas del Hermón. Aquella frontera estaba relativamente poco custodiada. Si tenían suerte, llegarían a los llanos del anti-Líbano antes del amanecer del día siguiente.

Se produjo una súbita conmoción en la carretera y Fathalla dejó de pensar. Miró abajo y vio que los coches de la policía se apartaban para dar paso a un *jeep* y a un camión cargado de tropas. Los dos vehículos se detuvieron fuera de la carretera. Safreddin y Shabibi bajaron del *jeep* y se reunieron rápidamente con los policías y los conductores de los vehículos. Trató de escuchar lo que hablaban, pero las voces le llegaban como débiles murmullos

imprecisos. Pocos momentos después, volvieron a los coches y se marcharon. Tres minutos más tarde la carretera estaba desierta.

Fathalla esperó otros diez minutos antes de bajar penosamente de su escondite y empezar a caminar hacia la ciudad.

La vuelta fue una experiencia capaz de destrozar los nervios del más equilibrado. Una vez tuvo que refugiarse precipitadamente en una callejuela lateral para eludir a un policía de patrulla, que de haberle encontrado así —tambaleante, lleno de polvo, herido y sin documentos—, le habría llevado inevitablemente a interrogatorio. Se detuvo a beber en una fuente y casi le sorprendió un coche de la policía. Se sumergió en el laberinto de calles que discurrían entre bazares cerrados. Le siguió un par de rufianes durante unos cien metros hasta que se volvió, se enfrentó con ellos, lanzó a la cuneta un puñado de billetes, aprovechando para huir mientras los otros recogían el dinero. Corría. Las pisadas retumbaban en las arruinadas y viejas paredes. Un mendigo, que dormitaba sobre un montón de paja, estiró una pierna, le hizo tropezar y caer de bruces contra la pared. Se volvió, jurando, y alcanzó a ver el brillo de un puñal. Le obligó a soltar el arma con una patada oportuna y el mendigo se quedó gritando de dolor. Volvió a correr y no se detuvo hasta que llegó a la esquina de su propia calle. Se ocultó en la sombra de un portal y trató de calmarse un poco antes de entrar a su casa y hablar con Emilie.

Entonces aparecieron los coches. Eran tres. Cruzaron a toda velocidad la esquina y frenaron bruscamente frente a la puerta de su casa. Se pegó a la pared y vio a Safreddin y a Shabibi bajar de uno de los coches y tocar el timbre de su casa. Varios policías se apostaron detrás de los dos oficiales, con las armas a punto. Vio abrirse la puerta y vio a Emilie —pálida como la cera— que se asomaba a mirar qué sucedía. Los vio empujarla hacia dentro, entrar detrás de la joven y cerrar la puerta. Entonces, enfermo de desesperación, retrocedió escurriéndose como un gato en busca de la oscuridad de los suburbios.

Tardó diez minutos en llegar al centro de la ciudad y en acercarse al único lugar desde el que podría comunicarse con otra persona: el teléfono público del correo central. Corría mucho peligro, pero no podía hacer otra cosa. Buscó una ficha en el bolsillo y marcó el número de Bitar. Sonó y sonó largo rato. Finalmente le respondió una voz extraña.

—La residencia del doctor Bitar. ¿Quién llama, por favor?

Colgó. Ya habían cogido a Bitar. La policía debía estar buscándole por toda la ciudad. Salió corriendo de la luz del correo central y volvió a las sombras de las calles secundarias posteriores.

De súbito se encontraba desesperadamente cansado, reducido, casi inmovilizado por el increíble colapso de todos sus cálculos. Le paralizaba de vergüenza el que hubieran atrapado a Emilie brusca y brutalmente, mientras él estaba allí al lado, en la sombra, inmóvil, desamparado e inútil. Si un policía le hubiera descubierto en aquel instante, borracho de fatiga y fracaso y apoyado contra una puerta cerrada, se habría rendido sin chistar y rogado que le llevaran junto a la joven.

El ruido de un coche le aterrorizó y le sacó de tal estado de inmovilidad e impotencia. Se ocultó tras un quiosco y esperó a que el auto desapareciera en la distancia. Miró la hora. Las tres y media.

Le quedaba poco tiempo de oscuridad. Después, con la luz del amanecer incipiente y con los primeros movimientos de la población quedaría en un estado de desamparo e impotencia mucho peor que el de aquel instante. Emilie y Bitar estaban virtualmente muertos. No podía hacer nada para suavizar las torturas que les esperaban. Y se daba cuenta de que si pensaba demasiado en ello terminaría trastornándose definitivamente.

Reunió las fuerzas que le quedaban y empezó a moverse, vacilante, a través de aquellas calles de pesadilla, hacia el abrigo de los cerros occidentales.

—Lamento haber tenido que interrumpirle el sueño, doctor.

Safreddin hablaba entre amable y sarcástico.

—… Pero, como usted puede ver, tenemos un paciente que necesita de sus cuidados.

El Dr. Bitar se quedó de pie junto a la puerta con el pequeño maletín negro en la mano.

Contemplaba la habitación de Fathalla. Habían destrozado todos los muebles, arrancado el panel de mayólica y todos los secretos estaban al descubierto.

Emilie Ayub yacía desplomada sobre una silla. Le habían arrancado la ropa. Tenía el rostro y los senos destrozados y sangrantes. Habían actuado como expertos profesionales. La habían asaltado veloz y salvajemente en la esperanza de que la violenta impresión anularía su resistencia antes de que tuviera tiempo de refugiarse en la obstinación. Era evidente que lo habían conseguido.

Había dos hombres detrás de la silla y otros dos acompañaban a Safreddin y a Shabibi junto a la ventana. Los dos restantes se situaron entre Bitar y la salida.

Bitar se volvió lentamente y miró cara a cara a Safreddin. Habló con amargura, cansancio y desprecio.

—¡Sois unos bárbaros! ¡Unos salvajes!

Safreddin sonrió amablemente.

—Haga el favor de despertarla, doctor. Tenemos otras preguntas que hacerle.

—Ponedla en la cama.

Los dos hombres levantaron el cuerpo lacio y pequeño y lo depositaron en el lecho. Bitar se sentó a su lado y abrió la maleta.

Shabibi se adelantó rápidamente y le quitó el maletín.

—¿Lo puedo ver, doctor?

Bitar no le hizo caso y le tomó el pulso a Emilie. Señaló el maletín con la mano. Shabibi se lo entregó sin decir palabra. Bitar buscó en su interior y sacó dos pequeñas cápsulas de vidrio. Las levantó para observarlas mejor.

—Nitroglicerina. Es el único estimulante cardíaco que tengo.

—Úselo —dijo Safreddin.

—Antes de hacerlo —le dijo Bitar, en el mismo tono áspero y tajante—, quiero que comprenda algo. No quiero más torturas.

—Me parece, doctor, que no comprende su propia situación. Usted también tiene que responder a varias preguntas. Preguntas sobre una libreta extraída del bolsillo de un hombre que estaba muriendo en su presencia. Muchas muchas preguntas sobre sus relaciones con Selim Fathalla y sobre el sitio en que debe estar escondido en estos momentos.

Bitar le miró a los ojos, cansado pero inmutable.

—Usted sabe las respuestas. Para qué molestarse en preguntar… Por lo demás, usted me debe una vida. Y ahora se la quiero reclamar.

—¡No le debo nada! La traición no tiene recompensa alguna.

A Safreddin le brillaron los ojos de furia. Y, por primera vez, el rostro largo y melancólico de Bitar se distendió y sonrió burlonamente.

—¡Un noble árabe! ¡Que no es capaz de pagar la vida con la vida! ¡Fathalla, el judío, era más noble y más honrado!

El tiempo quedó en suspenso un instante. Safreddin estaba paralizado por su propia furia.

Shabibi y los demás miraban, impresionados, el rostro retorcido de su jefe. Un momento después, con el brazo en alto para golpear, Safreddin se adelantó hacia el lecho.

Y en el mismo instante Bitar rompió una de las cápsulas bajo la nariz de Emilie y la otra bajo la suya. Murieron en dos segundos respirando un

perfume semejante al de la almendra.

Hebrón El sol salió a las cinco de la mañana y olas de oro y púrpura rodaron por la tierra. Fue un momento breve y milagroso de transfiguración, el momento en que, según dice la leyenda, el ángel de la espada llameante abre las puertas y deja que la humanidad alcance a entrever el Paraíso.

Después las olas retrocedieron y la tierra mágica volvió a ser el mismo desierto raído y roto bajo la luz desnuda.

En el valle de los pinos, la tropa limpiaba las cantimploras y volvía a llenarlas, comprobaba el funcionamiento de las armas y los motores de los vehículos esperando la orden de ponerse en camino. A treinta millas de distancia, los Mystères se aprovisionaban de combustible y armas mientras los pilotos terminaban de tornar el desayuno y esperaban que les llamaran a la última reunión para recibir las instrucciones definitivas para entrar en combate. El nerviosismo era mínimo y la excitación silenciosa; las bromas tenían sabor agrio como si los leones de Judá fueran llamados a luchar contra conejos.

En el puesto de vigilancia sobre el valle de Hebrón, Jacob Baratz tomaba el desayuno con el jefe del estado mayor y esperaba que empezara el juego de la guerra. Estaban tranquilos y casi se divertían. Eran dos técnicos competentes, que habían pasado todos sus datos al cerebro mecánico y que nada tenían que hacer, salvo esperar a que se les entregara la solución prevista. Su responsabilidad había quedado reducida al mínimo. Eran meros espectadores dispuestos a contemplar la actuación de hombres menos experimentados que ahora deberían llevar a término la acción y la decisión en el campo de batalla.

El plan de Hebrón, en esencia, era sumamente sencillo. Había poco sitio para cometer errores.

Los aviones estarían en el aire a las seis y las tropas empezarían a cruzar la frontera de Jordania a la misma hora. Penetrarían cinco kilómetros en territorio ajeno y rodearían la aldea escogida. Se expulsaría a los pobladores y una compañía mixta de infantería e ingenieros se dedicaría a eliminar toda resistencia y a situar las cargas de demolición en las casas y edificios públicos. Explotarían las cargas, los hombres se retirarían y acabaría la operación. Los tanques harían primero acto de presencia para proteger a la infantería, luego una masiva demostración de fuerzas y cortarían la carretera en caso de que se acercaran tropas de la Legión Árabe. La única oposición consistiría en fuego de armas ligeras e incursiones de franco tiradores de la Organización de Liberación de Palestina.

El jefe del estado mayor miró a Baratz y se rio.

—Pudiste quedarte en cama, Jacob. Aquí no hay nada que hacer.

—Podría haberme quedado, Chaim. Pero me despertaron a las tres con un mensaje cifrado de Damasco. Y después ya no tenía sentido seguir durmiendo.

—¿Algo nuevo?

—Un par de cosas. Los iraquíes han accedido a tomar parte en operaciones militares que puedan efectuar Siria y Egipto según el pacto de defensa mutua. El precio es la abertura constante del oleoducto que atraviesa Siria.

—Eso quiere decir que han encerrado a Jordania.

—En sentido geográfico, sí. Hussein está atrapado.

—¿Algo más?

—Un grupo de técnicos sirios ha partido hacia Rusia para prepararse en el manejo de los proyectiles tierra-aire. Así que se disponen a endurecer su política.

—¿Ninguna palabra sobre las fortificaciones en el sector de Galilea?

—Ninguna. Y me parece que tendremos que esperar bastante para conseguir esos datos. Fathalla cree que le han descubierto. Quiere que le saquemos de Damasco con su mujer. Prefiere quedarse unos días para tratar de mantener en funcionamiento la red, pero no voy a permitírselo. Veré lo que podemos hacer apenas vuelva a Tel Aviv.

—¿Así que la joven resultó un error?

—Nosotros cometimos un grave error, Chaim. Le enviamos un contacto pésimo desde Roma.

Era un loco. Ha muerto. Pero cometió varias estupideces.

—¿Cuáles, Jacob?

—Disputó con Fathalla a propósito de la muchacha. Se marchó a Aleppo para ponerse en contacto con el otro agente. No tenía derecho a hacerlo sin consultar antes a Fathalla. Quedó herido en accidente automovilístico y murió poco después.

—¿Es esa la verdadera historia?

—Es la más conveniente —le dijo Baratz—. Y me alegro de poder aceptarla.

El jefe del estado mayor se quedó en silencio un instante y después cambió de tema.

—Cuando termine este ejercicio de tiro —y creo que acabará esta misma mañana, como tenemos calculado—, me gustaría discutir contigo la

oportunidad de realizar otro ejercicio de movilización general y otro ensayo del plan de Abu Agheila antes del invierno.

—También tenemos que hablar de otras cosas, Chaim. De los abastecimientos, por ejemplo.

Estamos por debajo del mínimo de seis meses de reserva. Eso me preocupa.

—Y a mí también, Jacob. Ya envié una nota al ministro para discutir sobre ello cuando le vea por la tarde… Te propongo una adivinanza, ¿qué sucederá después, y cuándo?

—No me gustan las adivinanzas, Chaim. Pero hay una conclusión evidente. Los sirios continuarán molestándonos en Galilea hasta que nos veamos forzados a responder en serio. Y entonces pedirán a gritos la ayuda egipcia. Y si estos trasladan tropas al Sinaí, empezará el juego otra vez. ¿Cuándo?… ¿Quién puede saberlo? ¿Cómo podemos saberlo? Conoces los datos. Lees las noticias diarias. Estamos en un mundo loco, en una torre de Babel donde hablamos sin comprendernos y morimos delirando de modo tan primitivo como los monos.

—¿Qué tal te encuentras, hermanito?

Café Blanco estaba de pie junto a la cama y se burlaba del doloroso despertar de Idris Jarrah.

—¿Qué te parece lo que contemplas la última mañana de tu vida?

—Quiero orinar —dijo Idris Jarrah.

—Desatadle. Llevadle afuera.

Le soltaron las amarras y le pusieron de pie y cuando se tambaleó y cayó al suelo se rieron, y le dejaron allí hasta que reunió fuerzas y equilibrio bastante para ponerse otra vez de pie. Le llevaron fuera y le dejaron junto a un pequeño recinto de piedra, le apuntaron con las armas y se burlaron groseramente de su aspecto mientras se aliviaba contra la pared de piedra. No le dieron tiempo para que pudiera gozar de la luz del sol ni del aire puro de la mañana. Le empujaron de vuelta a la casa y le sentaron junto a la mesa. Le dieron un vaso de agua hedionda y unos mendrugos de pan duro.

Café Blanco se sentó al otro lado de la mesa y jugueteó con la pistola cargada. Aquella mañana no estaba de buen humor. Parecía irritado y amenazante.

—Anoche soñé contigo, hermanito. Soñé con que nos abandonabas y cruzabas la frontera. Y te vi sentado con los judíos contándoles todos nuestros secretos y juntando más dinero. Entonces me desperté. Por eso ignoro el final del sueño. Y me gustaría saberlo ahora.

Jarrah le miraba con los ojos inyectados en sangre. Algo había ido mal. Y se encontraba demasiado confuso para pensar en lo que podía ser.

—No comprendo lo que me dices. Te lo he dicho todo. Tendrás el dinero a mediodía. ¿Qué más quieres?

—¿Cuáles son tus contactos en Israel?

—No tengo contactos.

—Estás mintiendo.

—¿Por qué te iba a mentir ahora?

—De eso trataba el sueño, hermano Jarrah. Explícamelo.

—No hay nada que explicar. Tenía dinero y pasaporte. Me iba al aeropuerto. Y pensaba seguir directamente a París.

—Pero tenías mucho que vender a los judíos, ¿verdad? Mucho más de lo que vendiste a Chakry en el Líbano. Podías haberles vendido el plan completo de nuestra organización en Jordania occidental. Podías haberles vendido una lista de nombres y la situación de nuestros depósitos de armas y de dinero. ¡Y si se llegan a enterar de todo, podrían haberlo ofrecido a los hachemitas y estos nos habrían destrozado en un mes!

—¿Y entonces por qué no se lo iba a vender todo a los jordanos?

—¡Oh, no, hermanito! Los jordanos no te habrían pagado ni con un poco de excremento de camello. Te habrían encerrado y obligado a confesar a palos en menos de veinticuatro horas. Lo sabías. Por eso te pusiste en contacto con los judíos.

—No me he puesto en contacto con nadie. ¿Cómo iba a poder?

—¿Sabes por qué he tenido ese sueño?

Café Blanco sostenía la pistola con las dos manos y apuntaba, por encima de la mesa, al pecho de Jarrah. Este no dijo nada y el otro continuó:

—Debido a una llamada telefónica del cafetero. A las cuatro de la mañana le telefoneó Safreddin desde Damasco. Acaban de atrapar a unos espías judíos. Safreddin cree que estabas en contacto con ellos. Cree que hablaste a los judíos sobre Rumtha y la conspiración en palacio y el papel del comandante Jalil… y sobre muchas otras cosas… ¿Y bien, hermanito, qué me dices?

—Nunca los he conocido. ¿Cómo crees que iba a contarles nada?

—Veamos si reconoces algunos nombres… Selim Fathalla.

—No.

—Una mujer llamada Emilie Ayub.

—No.

—Doctor Bitar.

—¡No!

—Estás mintiendo.

—¿Y qué podría ganar con ello?

—¡Tiempo! Eres muy valioso para los judíos. Esperas que te saquen del lío en que estás ahora.

—No.

—No tengo tiempo que perder esta mañana, hermanito. El avión de Beirut parte a las ocho. Así que piensa un momento y…

Se interrumpió para escuchar el alto y ominoso sonido de aviones que se acercaban. Se puso de pie y ordenó:

—¡Vigiladle!

Y salió afuera seguido de varios compañeros.

Jarrah se quedó sentado, con la cabeza apoyada en las manos mientras la oleada de aviones cruzaba por encima de la casa. Estaba completamente confundido. No podía comprender la sinrazón de las acusaciones de Café Blanco. Tampoco veía camino alguno para escapar a la renovación de las torturas. Le partirían en pedazos poco a poco, rabiosos por una ficción que parecía amenazarles la existencia. Oyó afuera un estrépito de voces: hombres que gritaban, mujeres que lloraban y niños que llamaban de casa en casa. Café Blanco entró en la habitación un momento después. Cogió a Jarrah por el pelo y lo arrancó de la silla. Le empujó contra la pared.

—¡Ya llegan los judíos, Jarrah! Tanques y camiones y aviación. Vienen a buscarte, ¿verdad? ¡Así eres de importante! Todo lo demás era mentira. Esta es la gran matanza, ¿verdad?

Y entonces Idris Jarrah se dio cuenta de la ironía terrible de la situación y empezó a reírse y a reírse en la misma cara de sus verdugos.

Desde el puesto de observación, el espectáculo parecía extenderse lentamente, como maniobras de un ejército de hormigas vistas por el ojo de un gigante.

Primero avanzaron dos columnas de tanques. Levantaban polvo y piedras, sacudían el aire con el rugir de las máquinas y el ruido de las orugas. Avanzaban sobre la aldea de juguete desde dos extremos opuestos, como desfile de monstruos planetarios conducidos por criaturas extrañas de ojos ocultos bajo cascos. Eran invulnerables y tenaces. Los pobladores los vieron y huyeron aterrorizados. Se llevaban consigo muebles y niños y corrían fuera de la ciudad en patética confusión hacia las laderas de los cerros. La huida parecía, a los hombres que la contemplaban desde el puesto de observación, como una carrera de liliputienses cuyo ínfimo tamaño subrayaban la

inmensidad de la soleada planicie y la amenazante procesión de tanques que veían en primer plano.

Detrás de los tanques, y en la misma dirección, avanzaban los camiones de la infantería y los cañones autopropulsados. Parecían muñecos con setas en la cabeza y ropas color tierra y armas un poco mayores cuyas bocas apuntaban al cielo. Vistas así y en lontananza, apretadas en las cajas de metal, parecían tropas de juguete, listas para feliz asalto en un juego infantil.

Ya estaban muy cerca de la aldea. Los primeros vehículos casi habían llegado. Se desplegaron en semicírculo para crear un anillo de máquinas y hombres armados alrededor de la aldea. Se detuvieron antes de completar el cerco. Los tanquistas enfilaron los cañones a los edificios. La infantería bajó de los camiones y corrió a protegerse bajo los flancos de hierro de los monstruos.

Todo era silencio ahora. El polvo empezó a posarse. Hubo una descarga de fusilería que resonó, inútil, entre los cerros. Después de los disparos, una voz potente y distorsionada empezó a advertir a los pobladores —si quedaba alguno— que abandonaran sus hogares y siguieran a sus vecinos a las cuevas de los cerros. No se haría daño a nadie, continuó la voz, pero si alguien disparaba o era sorprendido con armas en la mano, se le mataría inmediatamente y sin apelación. El aviso se repitió dos veces más. Entonces, bajo la mirada vigilante de la tropa, los últimos habitantes salieron de sus casas y huyeron. El anillo de tanques se cerró un poco más alrededor de las vacías habitaciones. Y la tropa entró en el pueblo para preparar su destrucción.

En lo alto, contra el cielo resplandeciente, dos Mystères luchaban en desigual combate contra tres Hunters jordanos. Para los hombres del puesto de observación la batalla era como una serie de destellos solares, unas estelas de vapor y un cañoneo lejano. Todo terminó con una forma quebrada que cayó del cielo envuelta en humo y llamas. Y vieron que los otros dos Hunters bajaban al instante a mínima altura y se perdían sobre los cerros de Jordania mientras los Mistares suspendían la lucha y enfilaban rumbo a Israel.

El jefe del estado mayor cogió del brazo a Jacob y le señaló el valle.

—¡Mira eso, Jacob!

Baratz enfocó sus anteojos de campaña en dirección a la carretera de Hebrón y vio que se acercaba un convoy de camiones descubiertos. Todos venían llenos de tropas de la Legión Árabe. Y juró, furioso.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Están locos! ¡Camiones abiertos con infantería! Espero que Zakkai recuerde las órdenes. Si dispara ahora hará una carnicería.

Apenas había terminado de decirlo, cuando los tanques abrieron fuego formando una barrera de hierro en la carretera. Los camiones se detuvieron y los hombres se dispersaron por las laderas rocosas.

Baratz suspiró aliviado.

—Máxima calificación para Zakkai.

Los tanques volvieron a disparar, volaron los camiones y después hicieron fuego moderado y disperso contra la carretera y las montañas. Seguían disparando cuando empezaron a estallar las primeras cargas de dinamita y empezaron a formar en el poblado verdaderas fuentes de polvo, humo y piedras. Durante veinte minutos hubo una confusión de cañoneo, de hombres que corrían, de edificios que escupían fuego o que se derrumbaban y caían como castillos de naipes en el aire polvoriento. Por fin solo quedó una pequeña mezquita blanca rodeada de ruinas. Los tanques continuaron disparando para evitar que se acercaran los soldados de la Legión Árabe mientras la infantería regresaba a los camiones y retrocedía hacia la frontera. Los tanques dispararon por última vez y giraron en redondo para regresar a casa sin prisa, intactos y triunfales.

—Todo ha terminado —dijo el jefe del estado mayor amargamente—. Muy correcto. Muy eficaz. Volvamos a Jerusalén a sacar cuentas.

—No podemos —le dijo Jacob—. Aún no nos han presentado la cuenta definitiva.

Jerusalén Israel Hacia las cinco de la tarde la cuenta empezaba a cobrar forma precisa. El primer ministro ya había sacado sus propias conclusiones y no estaba satisfecho del resultado.

—Tengo que confesarte, Chaim, que me he quedado bastante sorprendido con la lista de bajas. Podemos disminuir la cifra que han dado los jordanos. Debe haber unos veinte o treinta muertos y no cuarenta y tres. Pero sigue siendo excesiva. Nos prometiste que…

—No prometimos nada.

El jefe del estado mayor estaba cansado y sin deseo de perder tiempo con cortesías inútiles.

—Anunciamos los riesgos. Usted los aceptó. Y no queremos que se nos convierta ahora en víctimas propiciatorias.

El primer ministro guardó los cuernos como un caracol. Vaciló un momento y volvió a plantear la pregunta.

—No estoy buscando víctimas propiciatorias, Chaim. Pero pido una explicación.

El jefe del estado mayor se la dio brevemente.

—No tenemos ni podemos tener un conocimiento completo de lo que sucede al otro lado de la frontera. Imaginamos que, apenas lanzamos el ataque, los policías de guardia pidieron ayuda a la Legión Árabe. Esa tropa está bien preparada y sabe combatir. Ninguno de sus comandantes pudo haber decidido enviar infantería ligera en camiones abiertos contra un ejército mecanizado. Por lo tanto, suponemos que los policías no especificaron que estábamos atacando con tanques. Un caso más de desgracia que tantas veces sucede a los jefes de ejército; mala información… Cuando llegaron los jordanos, pudimos haber partido por la mitad con una sola bala cada uno de los camiones. Y se habría producido una verdadera masacre. No lo hicimos así. Disparamos para crear una barrera infranqueable en el camino y les dimos tiempo para que se dispersaran. Pero tuvimos que mantenerlos alejados del pueblo. Y eso explica las bajas.

—Hay una muerte que requiere más explicaciones.

Esto lo dijo el ministro de Defensa, enrollado como una serpiente en su silla.

—Radio Amman ha informado del descubrimiento de un hombre torturado y muerto de un balazo en el pecho. Descubrieron el cuerpo en una de las casas que no fueron demolidas. Han prometido publicar fotografías en la prensa de mañana y enviar la documentación completa a las Naciones Unidas.

Jacob Baratz le respondió fría y hostilmente.

—Si eso es verdad —y antes tendría que ver el cuerpo para poder creerlo— no puede ser obra nuestra. Una sesión de tortura es asunto bastante largo. Nuestros muchachos tenían demasiado trabajo con la condenada demolición como para ocuparse de tales insensateces. Lo del disparo es posible. No puedo garantizar la conducta de todos los hombres del ejército. Pero la tortura es una imposibilidad absoluta.

—Otra pregunta para ti, Jacob.

El ministro de Relaciones Exteriores fue más cordial.

—Hemos leído en la prensa dos confusos informes de Damasco sobre el desarticulamiento de una red de espionaje israelí que trabajaba en Siria. ¿Sabes algo al respecto?

—Ojalá supiera. Nuestro hombre nos envió un mensaje después de medianoche. Nos dio algunos datos importantes y después solicitó que se le retirara del servicio porque se creía descubierto. Desde entonces carecemos de noticias. Leí las informaciones. Pueden ser verdad. Yo creo que no le han

cogido todavía. Puede que me equivoque. Estamos dirigiéndonos a todas nuestras fuentes.

—Todo esto puede servir para montar una hermosa propaganda, Aron —dijo preocupado el ministro de Relaciones Exteriores a su inexpresivo superior—. Un ataque de represalia con veinte o cuarenta muertos. Un escándalo de espionaje en Damasco. Descubren a un árabe torturado y muerto en la aldea que acabamos de demoler y abandonar. Me hará falta doble salario durante mi próxima visita a las Naciones Unidas.

El primer ministro prefirió no hacer caso de la broma y preguntó sobre otro asunto desagradable.

—¿Qué se sabe de las reacciones de la prensa?

El ministro de Relaciones Exteriores le contestó en la misma línea de humor negro.

—Todo lo que hemos visto es malo. El Goliat judío ataca al David árabe. Brutal e inútil despliegue de fuerzas. Tácticas intimidatorias. Incitación a las hostilidades. Un modo de agravar las dificultades de un gobierno honrado y acosado (Jordania, por supuesto). El tono se modifica un poco hacia el final de los artículos. Pero los títulos nos atacan.

—¿Y los diplomáticos?

—Están perplejos. Y la mayoría está triste.

—¿Con qué cara vamos a presentarnos en las Naciones Unidas?

—No podemos anticipar nada, Aron. Y que esto quede claro desde ahora. En el mejor de los casos, conseguiremos un voto de censura, casi unánime. Y en el peor, una condenación explícita (pero en este caso con solo leve mayoría en contra nuestra).

—Un consuelo muy leve, de todas maneras.

—Tenemos un cadáver en las manos, Aron. Sepultémosle rápidamente y no esperemos a que se abran ventanas en el ataúd.

Y, por un instante, brilló una débil sonrisa en aquellos ojos melancólicos.

—Pero arreglémosle un poco para el funeral, ¿eh? Nuestros enemigos dicen que poseemos la mejor máquina de propaganda del mundo. ¿No podríamos procurar que se dijeran algunas cosas simpáticas y agradables sobre Israel?

CAPÍTULO TRECE

Tel Aviv

Jacob Baratz regresó a Tel-Aviv al amanecer. Meditaba acerca de los tortuosos caminos de los políticos que siempre exigían imposibles: ladrillos sin paja, batallas sin sangre y diplomacia sin engaño, no importándoles que nunca se lograra mientras sus nobles intenciones quedasen en letras de molde y hubiera pacientes ilotas que cargasen con el peso de sus errores. Jugaban con las más firmes ilusiones humanas, brindando garantías de felicidad a cambio de ostentar temporalmente el poder, pero siempre asustados porque la garantía colgaba de sus cuellos como ave marina maloliente hasta que se les tildaba de locos o embusteros.

El soldado era para ellos simplemente víctima propiciatoria siempre a punto y servicial.

Cargaban sobre él todos sus errores históricos, enviándolo al desierto para purgarlos en el juicio primitivo del combate. Si salía victorioso lo traían a casa con guirnaldas de triunfo. Si era derrotado, quedaba oculto en una nota de pie de página, en espera de más gloriosas crónicas. Les preocupaba el número de bajas, pero los hombres desangrados y las vidas tronchadas quedaban para ellos totalmente anónimos.

Un escándalo de espionaje en Damasco, significaría la irrisión ante la Asamblea de Naciones y la rechifla entre sus colegas. Pero en el subterráneo mundo internacional ¿quién elevaría una plegaria o murmuraría una palabra de afecto por los desconocidos soldados?

No obstante, y a medida que iba recuperando cierta calma, comprobaba que las contradicciones de la vida política no eran sino un aspecto más de la amplia paradoja que le venía acosando progresivamente con el paso de los años: la desesperada locura de violencia y la imperiosa necesidad que parecían experimentar los hombres de recurrir a ella; el grito en busca de

comunicación en medio de la humana soledad y el diálogo inútil en que los hombres expresan con las mismas palabras una verdad y una mentira; la alta búsqueda de dignidad humana y los despotismos que la destruían. Quizá tenía razón el viejo Franz Lieberman cuando afirmaba la realidad del mal en el mundo y la eterna lucha por sostener el bien en su presencia. ¿Pero cómo mantener tal equilibrio en el mundo cuando resultaba tan difícil en uno mismo?

Yaveh había clamado durante siglos contra las iniquidades de sus escogidos, pero no había logrado siquiera desarraigarlas del corazón humano… mediante el cautiverio o el exilio, la dispersión o la masacre a cargo de los romanos. Aquella noche, él mismo, se había obligado a salir de Jerusalén a sabiendas de que si se quedaba se habría acostado con la esposa de un hombre que acaso estaría huyendo o siendo torturado en una celda de Damasco. Habría sido una traición muy pequeña —y en tales circunstancias, quizá ni siquiera una traición—, pero un nuevo error a sumar a cuantos hasta aquel instante no se había podido perdonar. Ni siquiera había llamado a Judit. Esta debía ignorar aún los informes de Damasco. La llamaría desde Tel Aviv, siempre que tuviera noticias seguras.

Había otros asuntos que le preocupaban, menos urgentes pero mucho más serios que el destino de un espía o de una red de espionaje. El tono de la reunión con el primer ministro había sido decididamente de mal agüero. El asunto de Hebrón se estaba convirtiendo en desastre de primera magnitud. Había concedido a los árabes un conjunto de mártires auténticos, una víctima torturada y un montón de ruinas dentro de sus fronteras, conjunto que, a ojos del mundo, resultarían claro testimonio de la agresiva brutalidad de una nación imperialista. Presentando todo ello al tribunal internacional lograrían por lo menos un valioso veredicto a su favor, y entonces, honorables y escandalizados explotarían la ventaja. Los sirios, intactos hasta el momento, pedirían a gritos venganza y acciones defensivas contra amenazas no específicas; pedirían sangre a contra de sangre; redoblarían sus ataques en Galilea; cuando se les respondiera al fuego denunciarían la agresión… y como ya contaban con un veredicto favorable confiarían en obtener otro. Y así volvería a empezar el ciclo y la rueda dentada giraría más y más aprisa hasta que estallara en letales fragmentos metálicos… Y a Jacob Baratz le pagaban para que estuviera preparado en el día de la explosión.

Llegó a su despacho, pidió una taza de café para engañar el hambre, y empezó a revisar los papeles acumulados en su ausencia. Las noticias de Damasco continuaban siendo confusas. Habían arrestado a dos agentes: un

hombre y una mujer. A los dos se les tachaba de «traidores sirios a sueldo de Israel». Continuaban las investigaciones. Se esperaban noticias de nuevos arrestos. Se habían encontrado equipos secretos de radio junto con documentos acusatorios que se publicarían a su debido tiempo. Y después venían las lógicas llamadas a la lucha y a la constante vigilancia.

Había también una nota del oficial de turno. Le comunicaba que todos los códigos de Fathalla debían estar comprometidos y habían sido cancelados.

Algunas embajadas amigas agregaron algunos detalles que completaban un poco el cuadro de lo sucedido. Se suponía que los dos agentes sirios habían muerto. Todos los departamentos del gobierno estaban sometidos a investigación minuciosa y había indicios de que en aquellos instantes se realizaba una persecución en gran escala de un iraquí llamado Selim Fathalla. Tanto mejor… o, tanto peor. Un agente que huye es siempre preferible a un hombre torturado que confiesa bajo la luz implacable que suele utilizarse en tales interrogatorios. Pero la red de espionaje quedaba destruida para siempre y en los momentos en que más falta hacía. Y no había ninguna posibilidad de poder reconstruirla o de crear otra en plazo razonablemente breve. Pensó un momento en si convenía avisar a Judit. Prefirió no hacerlo. No tenía objeto hacerle pasar mala noche. Se lo diría al día siguiente con mayor seguridad.

Empezó después a especular sobre la ruta de huida de Fathalla. Bebió el café contemplando el mapa y tratando de imaginar cómo se podía salir de la cárcel secreta y suspicaz que era Siria, desde que el Baas se hizo con el poder. El ejercicio resultaba infructuoso y renunció enseguida. Existían demasiadas suposiciones: si Fathalla tenía dinero y documentos, si estaba herido o ileso, si iba armado, si poseía algún medio de transporte o si tenía amigos o contactos en las fronteras. Quedaba, en fin, la posibilidad de que Fathalla hubiera aceptado por completo lo que decía su contrato: «Si triunfas, no hay recompensa; si pierdes, no hay reparación posible. Patriota o aventurero, te contratamos tal como eres y vivirás o morirás por cuenta tuya».

Jacob Baratz podía abandonar —con la conciencia limpia— a Selim Fathalla: pero no podía apartarse del mapa. Le retenía hipnotizado de manera extraña. Allí, si se tenían ojos para ver, estaba escrita la historia: el pasado, el presente y por lo menos parte del futuro. La contextura de la tierra imponía la de la historia sobre su superficie. La contextura de la tierra imponía un sello a los hombres que la habitaban un tiempo y quedaban luego sepultados bajo su suelo. Bastaba cambiar el contorno y se cambiaba al instante a los hombres y a la historia. Se les cambiaban los cultos, las fábulas, las visiones e incluso los dioses.

Cuando Abraham salió de Ur de los caldeos, llegó, tal como llegan hoy los beduinos, con un dios propio, una promesa propia y una vida tribal también propia constituida por rebaños y alianzas familiares. La promesa fue sencilla y definitiva: «Porque toda la tierra que ves te la daré a ti y a tus hijos para siempre». La promesa no tenía sentido para los reyezuelos de Canaán porque no reconocían al Dios que la hizo. Y el Israel del siglo veinte, que reclamaba la misma herencia, fundado en la misma alianza, se veía desafiado por los mismos motivos.

Los imperios semitas de Asiria y Babilonia y de Fenicia y Siria se habían alzado y caído, pero amenazaban otra vez, bajo nuevas formas, y Egipto —restaurado, aunque sin estar todavía en los siete años de abundancia— volvía a inquietarse con sueños imperiales. Si atacaban iban a avanzar por los mismos caminos que utilizaron sus antepasados y volverían a reunir bajo sus banderas a la gente que Israel había expulsado de la Tierra Prometida.

Y exhalaban los mismos gritos en los momentos culminantes: que el Dios de Israel era un dios celoso que no podía vivir en paz con Baal ni Dagon ni Astarté ni con el muy tolerante y civilizado Alá; que el judío, flexible como junco en tierra extraña, era rígido como los cedros en la propia y solo cubría con su sombra a los circuncisos. Sometido, le acogerían gustosos como habitante de la fértil medialuna, pero no se atrevían a tolerarle como un igual.

Y allí residía la terrible ironía de la historia; uno la veía repetirse y, sin embargo, era impotente para cambiar el curso porque lo tomaba inexorablemente de la misma contextura de la tierra. Las riberas de los ríos seguían siendo fértiles, como lo eran cuando Josué derribó las murallas de Jericó.

El agua seguía siendo preciosa como rubíes en aquella tierra reseca. Había sal en el Mar Muerto.

Había peces en Kineret. Había oro negro bajo las arenas del desierto. Los puertos aún tenían valor extraordinario. Y los hombres seguían codiciándolos como siempre.

Cosa extraña también y casi sardónica, la tierra fomentaba la envidia y alentaba el odio: la historia de antiguas venganzas estaba grabada en roca viva. Allí estaba la era que David compró a los jebusitas, donde Salomón construyó su templo, donde ahora se arrodillaban los musulmanes y nunca los judíos. Allí los judíos habían crucificado a Cristo con licencia de Roma y los cristianos habían disputado durante siglos a la sombra de la eterna misericordia. Allí conmemoramos, con tremenda austeridad, la muerte de seis millones de judíos. Allí, más allá del alambre de espino, están las chozas de

los expatriados que pagan la deuda de que es culpable Europa. Allí está el museo que hemos construido para mostrar cómo el hombre, en este escogido rincón, ha evolucionado desde la Edad de Piedra hasta las naves espaciales. Y un poco más allá, en el desierto, está el reactor atómico que quizás un día provoque su propia aniquilación… Todo está allí. Todo estaba escrito en el mapa con tanta precisión y realismo que Baratz estuvo a punto de pasarle la mano para sentir la arena y el pedernal y la pulpa viviente que allí crece y allí se arrastra.

Y el mañana estaba escrito también allí…, aunque no todo. Solo estaban claras las líneas de combate. Si atacaba el enemigo, cómo penetrarían los tanques hacia el sur bordeando Gaza y El Arish para llegar hasta los Lagos Amargos, cómo forzarían el paso de Abu Agheila y barrerían los desiertos del sur y rodarían hacia el este hasta llegar al golfo de Akaba. Cómo se cerrarían las pinzas en torno a Jerusalén y cómo tomarían las tropas de asalto las alturas de Galilea mientras los aviones limpiarían el cielo y volverían a casa como águilas flotando sobre los vientos de la mañana.

Todo estaba allí. Todo estaba escrito con antelación por si llegaba el esperado día del ajuste de cuentas.

Pero las consecuencias no estaban escritas. No había profetas que las previeran ni salmistas que las cantaran. Yaveh seguía callado en un cielo silencioso. ¿Había hablado tanto y de modo tan elocuente que estaba ya cansado? ¿Pero estaba allí? ¿Había estado alguna vez? ¿Y si la Alianza fuera solo una hermosa y enorme mentira forjada por un genio trashumante para mantener unida a su populosa tribu durante diez mil años de esperanza ilusoria y de interminable sufrimiento? ¿Para qué entonces las largas vigilias y las batallas por librar y el prolongado llanto de Raquel lamentando la pérdida de sus hijos?

Vete a casa, Baratz. Es tarde. Mañana será otro día. Aféitate bien, cámbiate de ropa, preséntate impecable a primera hora. ¡Los ingleses te lo enseñaron y mira lo que les ha sucedido!

Líbano

Selim Fathalla despertó con el sonido de las campanas. Fue un largo y agradable despertar sin ansiedades ni pesadumbre. Le pesaban los miembros, pero podía moverse suavemente y sin dolor.

Abrió los ojos y vio paredes blancas, un rayo de luz que atravesaba una ventana y una mesilla de noche cubierta con un mantel tejido a mano. En la mesa había una campanilla y un recipiente de plástico lleno de agua. Junto al vaso había una nota escrita en árabe. Quería leerla, pero estaba demasiado tranquilo y eufórico como para tomarse la molestia. Cerró los ojos y contó las campanadas. Estaba muy confiado respecto al futuro y sumamente convencido de su pasado. Lo extraño era que tal convicción no le producía ansiedad alguna. Ahora podía repasarlo todo con entera calma, como si estuviera contemplando una película, demasiado confusa y complicada para afectarle emocionalmente.

Selim Fathalla estaba loco en la película. Y también lo estaba Adom Ronen. Dialogaban jocosamente sobre su mutua intimidad. Y sufrían varias dificultades. Adom Ronen hablaba en hebreo y Selim Fathalla contaba su complicada historia en árabe. Cuando uno reía el otro lloraba.

Cuando uno cantaba victoria, el otro temblaba de espanto. La experiencia del espejo se les convertía en elaboradísima experiencia: ya no había solo un espejo y dos hombres, sino mil espejos y diez mil hombres, diez mil hombres alargados, hinchados, quebrados a lo largo y a lo ancho, divididos en prismas y reunidos en risibles conjuntos.

El tiempo era otra dimensión de su demencia. La luz del día era oscura; la noche era un día espantoso; el pasado y el presente se montaban uno sobre otro; momentos aislados resultaban eternidades congeladas. La tierra se convertía en fluido demencial. Las montañas se disolvían en valles; nacían uvas en arbustos destrozados, brotaban higueras de la desnuda roca; planicies llanas se erguían y transformaban en montañas lunares o se abrían como pozos oscuros a sus pies.

En aquel paisaje loco había también monstruos; pero monstruos desfigurados: de ellos se apiadaban inofensivos charlatanes. Había una vieja jorobada que les ofrecía uvas y bendiciones de Alá. En los cerros, un gigante con un solo ojo, provisto de no menos gigantesco cayado y seguido de desgarbadas ovejas, les daba agua y queso y les contaba prodigiosas historias de lujurias juveniles. Jóvenes desmelenadas que les encontraban bebiendo agua fangosa y les daban refugio bajo una tienda de pieles. Y el enano, borracho y hablador, que les subía sobre un cargamento de coles, y les paseaba sobre los cerros y por una ciudad y por el mar… Y detrás de todos esos fantasmagóricos personajes estaba Emilie, pálida como la muerte, mirándolos fijamente y acusándolos eternamente.

Y en la ciudad se extraviaban unos de otros entre la presión de gente extraña. Y caminaban y caminaban en una serie de búsquedas frenéticas, Selim mascullando el nombre de Adom y Adom tentando todos los lugares para encontrar al gemelo sin el cual no podía vivir y se moriría; y ambos buscando a Emilie que, de súbito, los había rechazado para siempre.

Finalmente se reunieron en un bosquecillo de olivos en la ladera de un cerro. Comieron olivas verdes y enfermaron y se tendieron a dormir bajo los árboles. Allí terminaba el sueño… Y era tan distinto al presente de paredes blancas, que no sentía curiosidad por averiguar cómo continuaba.

Advirtió que las campanas habían cesado de tocar. Volvió a amodorrarse.

Cuando despertó de nuevo, la euforia había disminuido y desaparecido la pesadez de los miembros. Se acercó a la mesilla, bebió un poco de agua y leyó la nota. Decía: «Toque la campana si necesita algo». La tocó. Ahora tenía curiosidad y experimentaba vaga inquietud. Pasó muy poco tiempo. Entró un hombre bajo y barbudo con traje negro y largo. Le estaba sonriendo. Parecía aprobar lo que veía. Le dijo en árabe:

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra?

—Todavía con mucho sueño. Pero bien. Gracias. ¿Dónde estoy?

—En un monasterio.

—Oh.

Aún estaba fuertemente protegido contra cualquier sorpresa.

—Nuestra Señora de Éfeso. Debe su nombre a un cuadro que tenemos.

—Comprendo.

No comprendía nada. Pero era muy sencillo aceptar las exóticas informaciones.

—Es una fundación maronita.

—¿Dónde?

—En el Líbano. No muy lejos de Beirut.

—¿Cómo llegué aquí?

—Le trajimos. Los hermanos le encontraron en el campo, bajo los olivos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días y dos noches. El doctor le ha hecho dormir. Dijo que era lo mejor.

—¿Qué doctor?

—Vendrá a verle muy pronto. Un hombre muy agradable. ¿Quiere desayunar? Café. Pan tierno y miel. Nosotros mismos elaboramos la miel.

—Gracias.

—Vendré enseguida.

Se marchó. Fathalla se recostó y trató de digerir la información. Todo parecía satisfactorio y nada alarmante. Apartó las sábanas y se sentó al borde de la cama. Entonces notó que le habían vendado los pies. Los apoyó en el suelo y se puso en pie alegremente. Le dolían un poco, muy poco.

Anduvo hasta la ventana y contempló un pequeño claustro y un jardín con naranjos y adelfos. Un viejo monje paseaba entre las columnas. Leía un libro. Fathalla se acercó a la puerta y trató de abrirla. No estaba con llave. La abrió y miró afuera. Un largo corredor blanco. Había un icono al extremo y, debajo, una mesa con flores y una lámpara azul. Todas las puertas del corredor eran parecidas a la suya. Volvió a la cama.

El monje regresó con una bandeja con café, pan, mantequilla y miel. Bendijo la comida, deseó buen apetito a Fathalla y se marchó. Fathalla comió lentamente, saboreando cada bocado. La languidez empezó a disminuir y su cuerpo fue recuperando lentamente saludables fuerzas. Se volvió a abrir la puerta y entró a la habitación un personaje alto vestido con traje azul de verano. Se presentó.

—Buenos días, señor Ronen. Soy el doctor Silver. ¿Le ha gustado el desayuno?

—Mucho. Gracias. Y no acabo de despertarme.

—Tómeselo con calma. Le hemos administrado muchos sedantes.

Se sentó a los pies de la cama y observó a su paciente inquisitivo y penetrante. Le dijo:

—Por si no lo sabe, soy norteamericano. Enseño en la universidad norteamericana de Beirut. Tengo una casa justamente debajo del monasterio. Soy consejero médico de los monjes.

Fathalla cayó en la cuenta, de súbito, de que estaban hablando en hebreo. La sospecha rompió el estado de euforia y se manifestó en sus ojos. Le preguntó:

—¿Por qué me habla en hebreo? ¿Por qué me llaman Ronen?

El doctor Silver se rio tranquilamente.

—Soy judío. Aunque no me dedico a hacer propaganda al respecto en el Líbano. Aprendí hebreo en Los Ángeles. ¿Y su nombre? Me lo dijo con el primer sedante. Me habló en hebreo también. ¿Tiene otro nombre?

—Sí.

—¿Y otra lengua?

—Sí.

—Hizo un viaje duro. Anduvo mucho. Y evidentemente no comió muy bien.

—No me acuerdo.

—Tiene que acordarse y se acordará. Es importante que recuerde. Le hablo médicamente, por supuesto. No trate de suprimir los recuerdos desagradables. Y menos ahora. El sedante está dejando de hacer efecto. Le volverá el estado de ansiedad. Y, si está preparado, podrá superarlo.

Abrió el maletín y sacó un periódico árabe. No se lo pasó a Fathalla. Se quedó con él. Le habló en voz baja.

—Soy judío. Los monjes son discretos y no desean enredarse con la policía por un acto de caridad. En la prensa siria y libanesa se habla de cierto incidente en Damasco. Por lo que usted me ha dicho cuando llegó aquí y por lo que he leído en los periódicos, deduzco que participó en el incidente.

—¿Y si así fuera?

—Querrá regresar a Israel, naturalmente. Y lo más pronto posible.

—Una conclusión muy natural… si la primera proposición fuera verdadera.

—Pero no tiene dinero ni documentos.

—Tengo dinero en el banco Fenicio de Beirut.

—Podría ser peligroso tratar de retirarlo en estos momentos.

—No había pensado en ello.

—¿Cómo tiene los pies?

—Me duelen un poco. Pero no están mal del todo.

—Necesitará un par de zapatos. Destrozó los otros. Le traeré unos muy suaves esta misma tarde.

—Muchas gracias.

—Acábese el café y deje que le eche un vistazo.

El doctor terminó de examinarle y se declaró satisfecho. Pero le hizo una advertencia:

—No se dé prisa, señor Ronen. No se exija demasiado. Tómese unas buenas vacaciones. Los traumas psíquicos tardan bastante en curarse. Y usted ha tenido varios al mismo tiempo.

—Sí.

—Está en buenas condiciones para viajar. Creo que debemos embarcarle a casa esta tarde.

—¿Cómo?

—¿Le gusta la pesca?

—Nunca la he practicado.

—Tengo una lancha motora en Sour. Esta tarde bajaremos, navegaremos unas cuantas millas y pescaremos un poco. Es perfectamente posible que nos

desviemos excesivamente al sur y nos intercepte una embarcación de patrulla israelí. ¿Qué le parece?

—Demasiado fácil para ser verdad.

—Volveré sobre las tres. Le traeré ropa nueva. Con la otra parecería un muerto.

—Casi lo estoy —dijo Selim Fathalla.

Y entonces, sin saber por qué, empezó a llorar suave y desoladamente, como niño perdido.

Jerusalén Israel

—Se mejorará —dijo Franz Lieberman categóricamente—. Quedará con cicatrices —como todos nosotros-después de la batalla con el ángel negro. Pero mejorará poco a poco.

—Pero no sin ella —dijo Jacob Baratz, tristemente.

—No. No sin ella.

Estaban sentados bajo las higueras del jardín de Judit, bebían té y esperaban a que Judit volviera.

En aquel instante estaba en la casa, sentada en la cama junto a Adom Ronen, tranquilizándole y tratando de que se durmiera después de una apasionada confesión de pesadillas que le habían dejado destrozado, hundido y temeroso del menor instante de soledad. La experiencia había impresionado y conmovido profundamente a Baratz. Nunca había visto a un hombre tan humillado, tan lleno de culpas, tan terriblemente perseguido por la crueldad y la muerte. Ronen había llorado y gritado y caído en un largo y descoyuntado monólogo en que lloró a Emilie y a Bitar y a la multitud de víctimas de su fracaso. Se había aferrado a Judit como niño pequeño, sepultado la cabeza entre sus senos, le había rogado que no le odiara, que no permitiera que su hija le despreciara.

Franz Lieberman lo había observado todo. Confiaba en la terapéutica de la expiación y esperaba el inevitable instante del agotamiento: el triste preámbulo de la desesperación o de la restauración.

Y por fin había llegado: quedó exhausto sobre la almohada a la espera de la piedad del sueño. Judit —pálida, con los ojos húmedos y casi avergonzada de su poco recatada compasión— les pidió que se retiraran del dormitorio.

—¿Qué quieres que te diga, Jacob? —le dijo el viejo lleno de súbito afecto—. ¿Que Judit no puede amarle? ¿Que cumplirá noblemente con un

deber hasta que Adom se mejore y que volverá entonces a ti?

—¿Sería verdadero o falso, Franz?

—Falso —le dijo Franz Lieberman enseguida—. Ella no lo sabe todavía. Pero nosotros sí. El héroe ha regresado. Le han traído sobre su escudo. Tiene heridas por las que llorar, pecados que expiar y una necesidad de amor tan grande que hace que Judit se vuelva a sentir mujer completa y trate de borrar su primer fracaso. ¿Crees que puedes luchar contra eso?

—La quiero, Franz. La sigo queriendo. Y creo que ella me quiere.

—Te ha querido. Y te quiere. Dentro de un mes, si quieres probar, te dará cualquier cosa con tal de demostrarte que te quiere. Y Ronen no te la disputará. La necesita como un cilicio, como penitencia por la joven que se le murió en Damasco. Pero Judit siempre volverá a él y a Golda.

—¿Por qué, Franz? ¿Por qué?

—Porque cuando uno crece, Jacob —y enfrentémonos con esto de una vez, aunque la mitad de la gente no lo haga nunca— uno aprende que siempre hay algo que pagar por haber nacido. Nadie puede pagarlo todo de un golpe y por eso lo pagas a plazos… y con intereses. Todos lo eludimos durante un mes o dos, o durante un año o dos —postergamos el pago—, pero no podemos ser felices mientras no saldemos la cuenta. Tienes una deuda con Hannah. Judit tiene otra con Adom.

En último término, todos le debemos algo a Adom. Así, por ejemplo, puede tenerse una gran aventura amorosa y salir del lecho cada noche y odiarse un poco más. Hay gente que puede soportar esto por mucho tiempo. Pero no creo que tú puedas. Y Judit tampoco.

—¿Y quién nos paga, Franz? ¿Quién nos paga por lo que gastamos y no recuperamos?

—Nadie, Jacob. Nos han pagado por adelantado.

—¿Con qué?

—¡Con la vida!

Y los ojos del viejo se encendieron súbitamente.

—Solo con la vida… corta o larga, feliz o infeliz. Un poco de aire, una mirada al sol, una sonrisa en el rostro de un niño, un bocado de la manzana del conocimiento, aunque se te vuelva polvo y cenizas en la boca… ¡Ve sumando, hombre, y dime honradamente si puedes afirmar que te han engañado!

Baratz se quedó en silencio largo rato y finalmente alzó la vista y sonrió, cansado.

—Eres un viejo zorro, Franz. Debiera aprender muchas cosas antes de discutir contigo.

—Por este consejo —le dijo Franz Lieberman, alegremente—, cobro cien libras israelíes en sesión privada. Pero eres militar. Te lo mereces gratis. Por lo menos trata de tomarlo en consideración. Y ahora ve a despedirte de la joven y llévame de vuelta al hospital.

Se despidieron en la cocina, con Golda pegada a la falda de su madre. No fue una despedida apasionada, solo un poco triste, con cierta sensación de alivio y mucha mucha ternura. Las palabras resultaron triviales porque no había ninguna capaz de expresar lo que podía haber sido… y tampoco ninguna capaz de borrar el sufrimiento de que habían sido testigos en el dormitorio. Se besaron levemente, como amigos, y se fueron cogidos de la mano hasta la puerta.

—¿Vendrás a vernos, Jacob?

—Más adelante. Si hay algo en que te pueda…

—Te lo pediré siempre.

—Shalom, tío Jacob.

—Shalom, pequeñina.

—Shalom, Jacob, querido.

Y ya no quedaba nada que hacer fuera de la visita ritual a Hannah antes de partir a Tel Aviv a vivir días largos y repletos y noches inquietas y vacías.

Cuando llegaron al hospital, Franz Lieberman le llevó en silencio por el pasillo que terminaba en la habitación comunitaria donde había visto a Hannah la primera vez que vino a visitarla. Había los mismos grupos pequeños jugando a los mismos juegos infantiles, ocupándose de las mismas e interminables tareas en miniatura. Estaban allí las mismas enfermeras, atentas y solícitas. También estaba Hannah; pero se las había arreglado para sacarla de un rincón y ahora estaba sentada junto a una mesa y observaba a una enfermera que ponía flores en un florero.

Aún tenía la misma mirada vaga y adiposa, los mismos ojos fijos y sin brillo. No participaba en el trabajo; pero por lo menos observaba y cuando la enfermera le ofreció una flor, la tomó con la mano y la retuvo firmemente, como si se tratara de un trabajo importante. No hizo resistencia cuando le quitaron la flor. Pero le ofrecieron otra y también la cogió. Franz Lieberman observaba la escena en silencio. Baratz le preguntó:

—¿Cuándo sucedió esto?

—Esta mañana por primera vez.

—¿Y qué sucede ahora?

—Repetirá el gesto una y otra vez. Llegará a esperarlo. Si por cualquier razón se le niega la ceremonia, se volverá a hundir en sí misma, engañada y triste. Ha extendido un dedo y tocado la superficie de la realidad. Es posible que se quede allí; puede ampliar el contacto, puede querer acariciar toda la flor u olerla o ponerla a la luz para verla mejor o ponerla en el vaso. Aún no lo sabemos.

—¿Puedo hablarle?

—Ahora no —dijo Lieberman y frunció el ceño—. Acaba de realizar por primera vez un nuevo contacto —un roce— con la realidad. La está redescubriendo. Y si ahora la ponemos frente al más débil eco de aquella realidad de la que ha huido, se retirará a su interior como el caracol al menor roce de un dedo. Hay que tener mucha paciencia para restaurar la más elemental confianza. Y solo gente muy especial puede realizar ese trabajo.

—¿Pero cuánto tiempo falta, Franz?

Lieberman se encogió de hombros y sonrió algo triste.

—Solo nosotros somos conscientes del tiempo. Para ella no existe. Solo cuenta con el instante en que siente el débil e indefinible placer de sostener esa flor. Se quedaría con ella todo el día si la dejáramos… No empezará a curarse hasta que sienta pena o remordimiento y trate de salir fuera de sí misma. Esa es la gran paradoja, Jacob. El dolor también salva y sana. Tú ya lo sabes.

—Lo estoy aprendiendo.

—¡Buena niña!

Lieberman susurró las palabras de aprobación en el momento en que la enfermera dejaba la flor y le pedía a Hannah que se la pasara. Y suspiró apenado al verla quedarse inmóvil, sin responder, mirando la flor.

—Bien, bien… lo intentaremos de nuevo mañana.

—¿Puedes darme una esperanza, Franz?

—Una muy pequeña. Pero sí… una esperanza. ¿Y quién puede pedir más que una pequeña esperanza?

—Nadie —le dijo Jacob Baratz en voz baja.

Masadá… Enero, 1967

El helicóptero despegó del suelo del desierto, como cangrejo, en medio de una nube de arena y se aferró al acerado muro del cielo. Subió en dirección oeste, cruzó veloz sobre el desierto de Zin y torció al sur hacia las pintadas

colinas de Makhtesh Ramon. Abajo, el desierto se tostaba al sol de la tarde. Era un lugar despiadado para el extranjero, pero para el conocedor, el paciente y el fuerte, era lugar de visiones donde asomaban los recuerdos de pasadas glorias.

Allí, entre los pliegues de los cerros, había cuevas y agujeros donde los hombres habían vivido varios milenios antes de los Patriarcas. Por allí anduvo Abraham, en busca de espacio para el ganado; por el sendero hoy carretera de Beersheba a Eilat. Por allí cruzaron las caravanas de Salomón, llevando cobre para las fundiciones de Etzion Gebert y mercaderías del golfo de Eilat.

Allí habían vivido los nabateos, cobrado impuestos a las caravanas, construido sus ciudades y cultivado la tierra yerma con el agua almacenada durante el invierno. Allí los bizantinos habían levantado Abde y Subaita, ciudades que más tarde abandonaron a los lagartos y escorpiones. Y allí vivían ahora los más duros de la raza israelí, los que plantaban naranjos en la arena y en las piedras, los que investigaban el subsuelo en busca de minerales, los que montaban sus granjas experimentales más y más al este, cerca ya de la hendidura rocosa de Arabah.

Y mañana sería un campo de batalla. Las hormigas guerreras estaban ya otra vez en marcha, bajaban por la carretera de Sde Boker, se abrían paso por las laderas para asaltar el puerto de Mitzpe Ramon. Baratz y el jefe del estado mayor suspendidos en el aire resplandeciente, las veían acercarse en plan de batalla y jugaban a un ajedrez aéreo con tanques y cañones y transportes y masas de hombres anónimos. Era la Operación Macabeos, que se repetía diariamente hacía diez años con las mismas unidades; había sido comentada, revisada, probada una y otra vez para que estuviera a punto el día en que hubiera que montarla en la sangrienta realidad que podía tener lugar en otro desfiladero lejos de allí.

El verdadero objetivo era el puerto de Abu Agheila, un paso clave del desierto del Sinaí, donde, durante la campaña de 1956, Israel había sufrido graves pérdidas en el asalto a blocaos y emplazamientos artilleros muy bien defendidos. Si había que realizar de nuevo la campaña —y todos los indicios parecían indicarlo— habría que tomar Abu Agheila al asalto una vez más. Pero ahora tendría que ser a costo mínimo. En Israel toda vida era preciosa porque, sin hombres, el desierto volvería a sus antiguos lares, se comería los pastos, helaría los pinos y con la arena cegaría las cisternas.

Así pues, la Operación Macabeos no tenía nada de rutinario. Era un ensayo para sobrevivir y el jefe del estado mayor la dirigía con dureza y exactitud tiránicas, mientras Baratz ponía a prueba el guión, a fuer de frío y

meticuloso analista y crítico brutal. En tales instantes, más que en ningún otro, se les hacía patente la naturaleza de su confianza: eran dos millones y medio de vidas, recogidas por todo el mundo, acampadas en estrechísimo perímetro superadas por decenas de millones; un país recién nacido que debía enfrentarse con terribles gigantes.

Patrullaron por el aire cerca de una hora y después, como el movimiento de las tropas había disminuido y el despliegue fue interrumpido para dar comida y agua a la gente, el jefe del estado mayor, dominando el estrépito de la máquina, gritó:

—Descansemos un momento, Jacob.

—Como quieras, Chaim. ¿Dónde bajamos?

El jefe del estado mayor lo pensó un momento y finalmente dijo:

—¿Te gustaría hacer un viaje un poco sentimental? Baratz sonrió y le contestó:

—Donde quieras.

El jefe del estado mayor se inclinó sobre el piloto y le indicó el rumbo. Fueron hacia el norte hasta divisar la ciudad de Oren. Se guiaron entonces por la carretera asfaltada que cruza entre las montañas gemelas de Bagadol y Hakatan, hasta llegar al cruce con la carretera de Beersheba al Mar Muerto. Allí torcieron hacia el este, camino de la gran depresión, y pudieron contemplar el gran lago salado, encerrado en acantilados, brillante como escudo de plata. Sodoma yacía allí debajo, una ciudad de potasa, hundida al borde del agua, con acantilados desnudos de color blanco, ocre y amarillo a sus espaldas. Volvieron a cambiar de rumbo y siguieron por encima del agua hacia el norte, hasta que vieron la gran fortaleza de Masadá que se alzaba, enorme, sobre la desolación absoluta del paisaje.

—Gire alrededor de ella —indicó el jefe del estado mayor al piloto—. Dé una vuelta y baje después.

Fueron bajando en espiral alrededor de la gran eminencia plana y quedaron en silencio, impresionados por la monstruosa majestad del lugar, conocido por su historia terrible, sagrado, glorioso y lleno de recuerdos sangrientos.

Hacía dos mil doscientos años que Jonatán Macabeo la había fortificado. Cien años más tarde, Herodes el Grande se había hecho construir un palacio en la cima; un edificio fantástico y paranoico, con termas y graneros y depósitos de armas y enormes pozos capaces de contener agua suficiente para todo un ejército, y con cámaras estucadas y habitaciones destinadas especialmente a los placeres del monarca y sus amantes. Y cuando los partos

tomaron Jerusalén, se retiró al desierto y se encerró allí, dentro de la muralla y de las treinta y siete torres que dominaban todos los accesos a la meseta. No se cubrieron aún de gloria aquellas piedras. Fue solo una imitación de malos actores, de sibaritas refugiados en un paisaje muerto a la vista de un mar podrido.

Y vino el día en que Tito puso cerco a Jerusalén, crucificó a los fugitivos junto al foso y obligó a los defensores a morir de hambre. Los sometió y destruyó la ciudad, allanó el lugar y esclavizó a los supervivientes. Y entonces algunos recordaron Masadá. Eliezer ben Jair reunió a sus partidarios —con mujeres e hijos— y los condujo al desierto de Zin y más al oeste hasta la fortaleza abandonada.

Eran en total unas mil almas. Acamparon sobre la roca estéril barrida por el viento del desierto.

Reconstruyeron las murallas de Herodes con mano limpia. Abrieron los graneros y los almacenes de armas y encontraron lo que les hacía falta para vivir y luchar. Y esperaron…

El helicóptero describía círculos cada vez más bajos en torno a la roca y Baratz pudo ver la fachada del palacio y las apretadas filas de graneros y las murallas y las cisternas de Herodes.

Contempló los senderos sobre el abismo, por los cuales los jefes habían subido a la tribu pertinaz, y los dentados desfiladeros que escalaron para llegar a su refugio.

> «… Y entonces habían llegado los romanos, ofendidos porque un grupo tan pequeño desafiara aún las águilas de sus legiones. Flavius Silva iba al mando de diez mil hombres. Acamparon al pie de la roca, construyeron una muralla alrededor del campamento y se quedaron para sitiar constantemente y sin tregua la fortaleza. Trajeron para trabajar esclavos judíos y también otros servidores y todos esperaron mientras el gran Silva examinaba el problema. Podían esperar, porque Roma era grande y eterna y su imperio se extendía desde la tierra de los partos hasta las Columnas de Hércules…».

El jefe del estado mayor del ejército de Israel señaló el valle donde aún podían verse los ocho campamentos de Flavius Silva: filas y filas de suelos de tiendas y de plataformas dentro de las clásicas fortificaciones. Baratz movió afirmativamente la cabeza, pero no pudo expresar su pensamiento porque se lo impedía el ruido de los rotores del aparato: aquella fortaleza era un símbolo

de la misma Israel asediada por el boicot y el bloqueo de sus rivales beligerantes. Nunca podrían someterla por hambre, pero podían —y así era en efecto— reducirle la estatura obligándola a convertir en armas un exceso de dinero, cortándole las arterias vitales de su comercio, presionando a los que podían comerciar con la nación judía. Pero aún se sostenía en pie… como los mil defensores de Masadá habían soportado tres años el asedio de diez mil romanos.

> «… Flavius Silva decidió finalmente su plan. Utilizó a los esclavos judíos para construir una gran rampa de tierra y roca desde el valle hasta las murallas de la ciudadela. Y llevó sus armas y catapultas y arietes hasta la cima de la rampa. Y empezó a bombardear la fortaleza con piedras ennegrecidas para que los defensores no las vieran por la noche. Y los defensores cubrieron las brechas de las murallas con maderas entretejidas, amarradas de tal modo y tan eficazmente reforzadas con tierra y piedras que los arietes golpeaban pero no lograban destruirlas. Entonces Flavius Silva ordenó prender fuego a la muralla de madera, pero el viento del desierto lanzaba el fuego al rostro de los romanos y tuvieron que retirarse, aunque a sabiendas de que a la mañana siguiente podrían tomar la fortaleza sin dificultades…».

El viento del desierto no soplaba ahora y el piloto pudo situar el helicóptero sin dificultad en el extremo norte de la roca. Bajaron, estiraron gozosamente las piernas y se encaminaron juntos adonde los fuegos romanos ardieron hacía diecinueve siglos en una noche de terror y magnificencia.

Nadie hablaba. No hacían falta palabras. Eran gemelos que regresaban al útero de un mismo recuerdo tradicional. Las mismas voces les hablaban a los dos desde el pasado: la voz de Eliezer ben Jair, que exhortaba a su ejército irremediablemente perdido al heroísmo final, la voz que el cronista renegado había dejado escrita para siempre.

> «… Muramos entonces, pero no nos convirtamos en esclavos de nuestros enemigos y marchémonos del mundo como hombres libres junto con nuestras mujeres y nuestros hijos. Eso es lo que nuestras leyes nos ordenan; lo que nuestras esposas e hijos han depositado en nuestras manos: es Dios quien nos ha puesto en esta necesidad. Los romanos, en cambio,

desean lo contrario: temen que no quede nadie vivo cuando nos asalten por última vez… Démosles un ejemplo que por una parte les asombre de nuestro modo de morir y, por otra, les deje admirados de nuestro valor…

Así pues, depositaron todas sus pertenencias en un mismo sitio y les prendieron fuego; después eligieron por sorteo a diez hombres entre ellos. Estos debían matar uno por uno a todos los demás.

Se tendieron en el suelo cada uno junto a su mujer y sus hijos y rodeándolos con los brazos y ofreciendo juntos el cuello al golpe de los que la suerte eligió para tan triste misión. Y cuando aquellos diez, sin temor, hubieron matado a todos los demás, procedieron del mismo modo entre ellos mismos y eligieron a uno que debía dar muerte a los otros nueve y matarse él finalmente.

Así pues, ninguno tuvo menos valor que los demás para la acción y el sufrimiento; los nueve ofrecieron el cuello al ejecutor que habían elegido y este, el último, antes de darse muerte contempló todos los cuerpos por si alguno necesitaba ayuda para acabar de morir. Comprobó que todos habían muerto, incendió el palacio y, con toda la fuerza de su vigoroso brazo, se atravesó con la espada dejándose caer junto a su familia. Así murieron todos con la clara intención de que no quedara ninguno vivo para convertirse en esclavo de Roma…

Los romanos esperaban que habría combate por la mañana y acordaron ponerse las armaduras y proteger las escaleras con planchas de hierro para asaltar la fortaleza. Así lo hicieron. Pero no vieron enemigo alguno y solo una terrible soledad por todas partes, fuego dentro del recinto amurallado y también absoluto silencio…».

El jefe del estado mayor sacó del bolsillo de la túnica un pequeño fragmento de cerámica escrito en caracteres hebreos. Sonrió y se lo mostró a Jacob Baratz. Baratz movió afirmativamente la cabeza y sacó el suyo. Los arqueólogos les llaman «Ostraca». Eran las fichas personales de los indomables Masadá, que utilizaban para distribuir las raciones de comida y quizá también en el sorteo fratricida de la última noche vivida en la cima de la montaña. Eran la última respuesta a la última pregunta. Los símbolos allí escritos eran las únicas palabras que tenían sentido en la Torre de Babel de la

política, de las legalidades, de las disputas familiares y de las lealtades divididas. Tarde o temprano, creyente o incrédulo, todo hombre tenía que hallar una pulgada de tierra sobre la que alzarse y desafiar al mundo. Tarde o temprano tendría que decir: «Esto es todo lo que sé. No es suficiente. Pero así es». Tarde o temprano, profeta o charlatán tendría que empuñar su pequeño fragmento de verdad, escribir en él su nombre, echarlo en el recipiente común disponiéndose a vivir o a morir según la suerte.

—Se ha cerrado el círculo —dijo Jacob Baratz—. Han pasado veinte años y estamos aquí otra vez.

—¿Recuerdas las palabras, Jacob?

—Las recuerdo.

Se estrecharon la mano, apretando con las palmas los fragmentos de cerámica, y recitaron el viejo juramento de la Haganah, y su propia alianza con la nueva Israel.

«Masadá no volverá a caer».

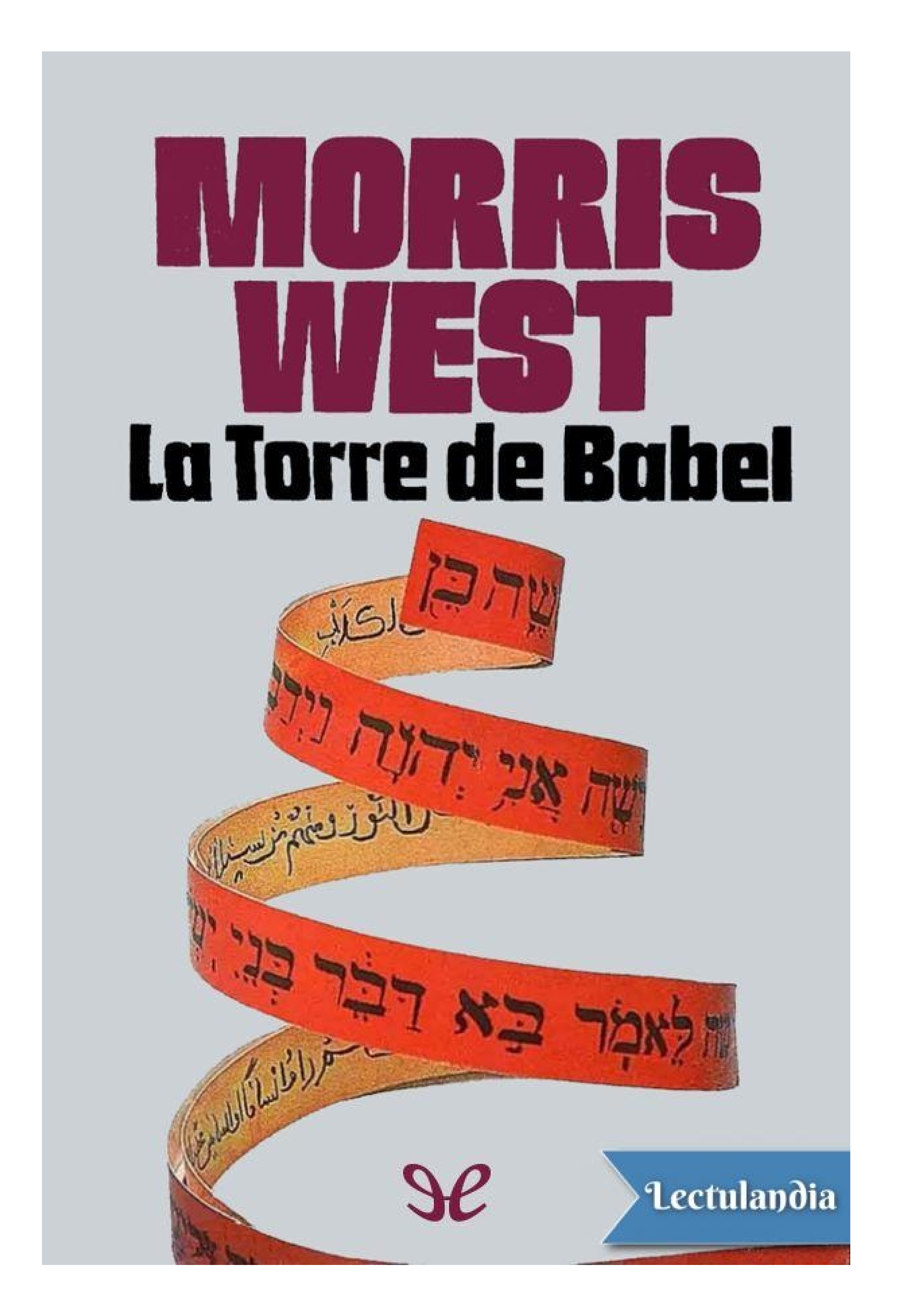


MORRIS LANGLO WEST (Melbourne, 1916 - Sídney, 1999) fue un escritor australiano. Se educó en una comunidad religiosa (cristiana) en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de esta comunidad en la que se crio le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de varias de sus novelas.

Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne. En 1943 tras concluir el servicio militar se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980. Trabajó para la radio y durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions. Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sídney y se dedicó a escribir novelas.

Se hizo famoso con la tetralogía que tiene como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica. Muchas de sus historias han sido llevadas al cine. Es considerado el escritor más leído de la historia literaria de Australia, con 60 millones de ejemplares vendidos y más de treinta libros publicados.

Él mismo realizó adaptaciones al teatro de algunas de sus obras.


MORRIS
WEST
La Torre de Babel
Lectulandia